AMY Y LA ISLA DE LAS ÁGUILAS

DANIELLE PÉREZ GUILLÉN

AMY

Y

LA ISLA DE LAS ÁGUILAS

Danielle Pérez Guillén

1

La Joven de Grasspick

Amy Dorson no cree en la magia, pero tiene habilidades mágicas sin desarrollar, solo que aún no lo sabe. Ella y su madre, Dora, viven holgadamente en el rancho *La Estancia*, rodeadas de estilizados caballos y vacas regordetas; y nada en sus costumbres las diferencian de las otras familias de Grasspick. Mientras vivieron en el campo, nadie jamás imaginó que tuvieran algo que ver con la magia, absolutamente nada había que sustentara tal suposición. Hasta que un día comenzaron a suceder extraños eventos, y Dora supo que sus vidas darían un vuelco vertiginoso.

Las Dorson eran muy queridas en su comunidad, asistían a misa los domingos, horneaban pasteles de calabaza para las ferias y participaban en todas las actividades del pueblo, incluso las aburridas, como reparar las goteras del Orfanato Dowells antes que llegara el invierno, para que los niños no tuvieran que recorrer las salas, tobo en mano, cazando los irreverentes chorros de lluvia que se colaban a través del techo. También repartían panfletos en busca de las tan preciadas donaciones para las obras de caridad del padre Bundy.

Amy era una adolescente de dieciséis años, que estudiaba en el Colegio de los Capellanes, en la Calle 11, del municipio Bacores, de carácter afable, en ocasiones tímida, que aprendía con facilidad todo lo que se le enseñaba; si lo que se le enseñaba estaba en concordancia con lo que ella consideraba importante o de utilidad para el futuro. Por los estudios formales no sentía mucha afición, de hecho pensaba que la educación era una pérdida de tiempo; y se negaba a aceptar que las reglas de la gramática, la geografía y la física pudieran ayudarla a convertirse en una entrenadora de caballos, que es lo que aspiraba ser cuando fuera mayor. Desechaba lo superfluo como se desecha una brasa caliente debajo del brazo; razón por la cual, sus notas dejaban mucho que desear, en especial en las asignaturas que ella misma tildaba como “aburridas”. No tenía muchos amigos, sus más íntimos eran Molly y Betina, compañeras de escuela, a quienes conocía desde niña, y con quienes compartía la mayor parte de su tiempo libre. Desde pequeña le gustaron los caballos, lo que era una suerte ya que tenía muchos; pero su favorito era un potro azabache que trajeron de Cataluña, al que puso por nombre *Trueno*. Además de

Trueno, existía *Pelusa*, la terrier esquizofrénica, con tendencia a destrozar los cojines de lana ibérica que adornaban los muebles de la sala, razón por la cual la mantenían fuera de la casa; pero, en ocasiones, Amy la pasaba a la cocina de contrabando para obsequiarle algún pedazo de tocino o salchicha. Y por último, existía *Sombrita*, la gata de Dora, de costumbres misteriosas, que caminaba en puntillas por toda la casa y le gustaba escuchar las conversaciones ajenas, según la opinión de la Sra. Banks.

Por otro lado, Dora era una mujer de buenas costumbres, comedida y trabajadora, que pronto se ganó la aceptación y el cariño de los moradores, que pensaban que la pobre mujer era viuda. ¿Qué otra cosa podían pensar? Llegó sola, embarazada, con una gata negra debajo del brazo y, a los pocos días de estar en el pueblo, compró el rancho en remate del viejo Bob, quien se vio en la obligación de venderlo para cancelar algunas deudas de juego. Ella nunca habló de su estado civil, fue algo que se supuso y, con el transcurrir de los años, se tomó como un hecho.

El sol de verano llegó esa temporada con más fuerza que nunca. Las grandes extensiones de tierra se veían amarillentas y chamuscadas, los ríos redujeron su caudal y un tenue vapor parecía brotar del suelo, dando la sensación de estar en una sauna. Sin embargo, un día, un cúmulo de espesas nubes apareció en el firmamento cubriendo por completo la brillantez del sol, y el clima se hizo agradable y fresco. Amy se levantó muy temprano, como suelen levantarse las personas que viven en el campo, abrió la ventana y dio un vistazo a su alrededor, justo cuando el capataz arreaba el ganado hacia el río.

—¡Qué espléndido día para cabalgar! —se dijo, muy complacida.

Se vistió rápidamente y salió de la casa, sin desayunar, rumbo a las caballerizas. Pero, *Trueno*, que amaba retozar por las colinas y comer zanahorias del huerto del Sr. Fonchales, se rehusó a salir del establo, cosa que no había ocurrido nunca; y Amy se preguntó si el animal estaría enfermo y se dispuso a llamar al veterinario en la tarde si no veía mejoría. Pero ninguno de los otros caballos de la cuadra se dejó ensillar tampoco, y se mostraron intranquilos y nerviosos.

En vista de que no había posibilidad de salir a cabalgar esa mañana, decidió volver a la casa a leer el libro de Julio Verne, *Veinte Mil Leguas de Viaje Submarino,* que su amiga Molly le dio en navidad, y que no había leído por falta de interés y tiempo. Fue al estudio y lo buscó entre la ruma que albergaba polvo y chiripas en la biblioteca, y que su madre compró en una ocasión para incentivarle el hábito de la lectura. Salió al porche con el libro debajo del brazo sin mucho entusiasmo, y dio otro vistazo a las colinas. Era una pena que no pudiera cabalgar, ya que la mañana se pronosticaba acogedora y

fresca.

Sin ninguna otra opción, pues, más que leer, se acurrucó en el mullido sillón de mimbre del porche y abrió el tomo en la primera página, sus ojos se deslizaron por las pequeñas letras que, con apariencia de paticas de hormiga, parecían saludarla como una vieja amiga. Una hora más tarde, se encontraba bostezando y tratando de no dormirse, ya que la lectura no era una de sus actividades favoritas, ni la fantasía un género literario que le apasionara, cuando escuchó a la Sra. Banks en la cocina, hablar con su madre y quejarse de que las gallinas no habían puesto huevos, lo cual era muy irregular porque las gallinas cumplían con su deber con precisión suiza. También escuchó cuando le decía que, más temprano en el pueblo, ocurrió un extraño fenómeno que coloreó de verde el horizonte, que los asustó mucho a todos y que atribuyeron a un evento climático de desconocida procedencia. Pero lo que, definitivamente, llamó la atención de Amy, e hizo que dejara de lado a *Julio Verne* para ponerse a mirar el cielo, fue cuando a un grupo de águilas les dio por volar en círculo alrededor de su casa; y la muchacha, que no era muy intuitiva ni creía en misterios, aun así, tuvo una sensación atorrante de que algún suceso de naturaleza fantástica pronto sucedería. Por un rato, se entretuvo mirando el errático vuelo de las aves.

—¡Algún fenómeno magnético, sin duda! —dijo para sí, como justificativo de aquella manera tan peculiar de comportarse. Tampoco se detuvo mucho en esas consideraciones que para ella no eran de importancia.

No obstante, su madre sí vio en esas señales motivo suficiente de angustia, y rezó porque sus sospechas fueran infundadas. Como bien sabía Dora, los animales eran sensibles a la presencia de magos en la zona, y era conocido que en los lugares de poca densidad poblacional, como el condado de Grasspick, hasta podían ocasionar alteraciones meteorológicas menores, como la ocurrida aquella mañana. Sin embargo, se abstuvo de compartir sus impresiones con Amy; después de todo, su hija no tenía por qué estar al tanto de los posibles eventos mágicos que estaban ocurriendo en la zona.

Durante el resto del día, Dora estuvo intranquila, caminaba por la sala mordiéndose los labios y sonándose los nudillos de las manos, abstraída en sus propios pensamientos, con *Sombrita* siguiéndola a todas partes.

—Tú también lo sientes, ¿verdad? —le dijo a la gata, al tiempo que le acariciaba el lomo con cariño.

Grasspick había sido siempre un lugar seguro para ellas. Allí no ocurría nunca nada relevante, ni figuraba en ninguna estadística de corte mundial, y apenas si aparecía su nombre en los mapas. La noticia más importante de la semana tenía que ver con la fuga de un

grupo de cerdos a través de un agujero que lograron hacer en una de las paredes del corral en la finca del Sr. Fonchales, lo que le valió a los puerquitos la inmerecida fama de "inteligentes". Una investigación posterior reveló que la pared, en realidad, se había desplomado por las continuas filtraciones que minaron su estructura, y no a un plan urdido por los animales para su escape.

—¡Mamá!

—Mamá, ¿Me estás escuchando? —repitió su hija, tratando de llamar su atención, mientras se revolcaba en el piso de la sala con *Pelusa*.

Su madre volteó a mirarla. Por un momento, pensó en reprenderla, por tener a la perra dentro de la casa, pero decidió dejar pasar el incidente ya que su mente estaba ocupada en otros asuntos de mayor relevancia.

—¡Por supuesto, hija! Siempre te escucho.

Amy dejó a *Pelusa* de lado, y se levantó para sentarse en el sofá, al tiempo que decía:

—Anoche tuve otro de esos sueños, con el muchacho de los caballos rojos. Esta vez lo vi cabalgar por una hermosa playa, con cocoteros y todo, y las patas del animal se hundían en la arena, mientras las olas rompían en la orilla convirtiéndose en espuma. Huía de algo que mis ojos no podían ver. Luego, todo se tornó oscuro, y me desperté.

Dora recordó el único lugar del mundo en donde existían los caballos rojos y se preguntó si su hija estaría teniendo sueños premonitorios, pero no quiso dar cabida a tales pensamientos; porque, de ser el caso, significaría que la magia estaba tratando de abrirse camino en el corazón de Amy, y tal suposición la aterraba.

—Vamos, cariño. No debes angustiarte. Los sueños no significan nada.

Esa noche, Dora no pudo dormir, y salió a pasear por el jardín a la luz de la luna menguante y los luceros. Caminaba despacio entre los setos, pero, a menudo, miraba hacia el sendero temiendo ver a alguna figura del pasado; aquel pasado que hacía años había dejado atrás. Pensó en la Isla de las Águilas, y los recuerdos acudieron a su memoria: la Ciudad Flotante, la Ciudad Amurallada, el Fuerte Jacobor, el Coliseum, los pueblos mágicos de Doraplata, Pueblo Hermoso, Villa Gnomo, Cabo Centella y Durling. ¿Conservarían aun el encanto de otros tiempos? ¿O la guerra de poder entre sus gobernantes los habría aniquilado? No lo sabía. Cuando dejó la isla, cortó nexos con todo: su esposo, amigos, lugares y, sobre todo, los recuerdos; en especial, los recuerdos...

Su esposo, Nicolai, había consentido en que Dora abandonara la isla para proteger a su hijo, que aún no nacía. Pero había una

condición: debía regresar cuando el niño, o la niña, hubiera cumplido los dieciocho años; entonces, se prepararía para asumir el cargo de Regente; pero para eso todavía faltaban dos años. Él había cumplido su parte del acuerdo, no la contactó en ningún momento. Ni siquiera cuando nació su hija y Dora le envió una carta comunicándole el hecho y el nombre de la niña. No había tenido noticias suyas desde entonces. ¿Viviría aun? ¿O sus enemigos, finalmente, habrían logrado su cometido? ¿La contactaría al final del lapso para hacerla cumplir su parte del trato? Pero, en noches como aquella en las que el sueño huía sin remedio, se atormentaba pensando en Amy y en la verdad sobre su origen. ¿Qué pensaría si supiera que su madre fue una hechicera antes de llegar a Grasspick? ¿Y que su padre era un mago de la Isla de las Águilas? ¿Estaba Amy preparada para ser Regente? ¡Seguro que no! ¡Y Dora resentía tanto haber aceptado los términos de aquel acuerdo que no deseaba cumplir en modo alguno! El lugar de Amy estaba en Grasspick y ella se aseguraría de que así fuera. *Sombrita* le jaló la túnica y la sacó de sus abstracciones, la mujer sintió un frío helado que se le colaba entre los huesos, escuchó el ulular de unas aves nocturnas y el croar de los sapos, y supo que era hora de regresar a la casa.

2

Magos en el Pueblo

Mientras tanto en el pueblo, los habitantes de Grasspick vieron a dos hombres encapuchados cruzar con paso apurado el puente que empalmaba con el camino que llevaba a *La Estancia.* El pueblo no recibía a muchos turistas, y menos en esa época del año, por lo que la visión de los hombres llamó mucho la atención; pero, aunque la tenue neblina les impidió ver con más detalle su fisonomía, por el movimiento de sus cuerpos dedujeron que se trataba de dos viejos, y dedujeron también que podrían ser familiares de Dora.

—¿Estás seguro de que vamos en la dirección correcta? —preguntó uno de los caminantes, ajeno a la curiosidad que despertaba.

—¡Por supuesto! —contestó el otro, jadeante, mientras se adentraba en el bosque— *Xondor* nos está mostrando el camino —y en efecto, un águila blanca de considerable tamaño volaba delante de ellos.

Pasada la medianoche, los hombres llegaron al rancho.

—¡Tal parece que es aquí! —dijo uno de ellos, sacudiéndose el polvo.

Pelusa, que dormía en un cojín en el porche, tan pronto divisó a los forasteros comenzó a ladrar y, cuando estuvieron en el porche, ladró con más ahínco y se dedicó a olfatear con fastidiosa insistencia sus enlodados zapatos, decidiendo en el acto que no eran bienvenidos. Gruñó y les mordisqueó las suelas y los tobillos, dando brincos alrededor de ellos, y *Xondor,* que no estaba para esas necedades, alzó sus alas y azuzó sus ojos, amenazando con atacarla. Entonces, el más viejo sacó una varita de su bolsillo y con un potente destello de luz paralizó a *Pelusa,* poniéndole fin al conflicto. Enseguida, apareció *Sombrita* por un costado de la casa*,* ronroneando su saludo, y saltando a los brazos de Pita.

—Hola, vieja amiga —saludó cariñosamente el mago—. No has cambiando nada, aunque te ves un poco barrigona. Se ve que Dora te trata bien, ¿no? Pero, quien soy yo para hablar de barrigas, si la mía propia parece un balón —dijo, riendo, mientras la acariciaba.

Toroh tocó la puerta y Dora supo inmediatamente quiénes eran. La abrió con el corazón compungido y un nudo en la garganta. Reconoció a los directores de las Casas Agua y Aire.

—Pasen, por favor. Hagan silencio. Mi hija duerme —y se apartó para que entraran, pero, viendo que *Pelusa* yacía inerme en el suelo, preguntó:

—¿Qué le pasó a mi perra?

—Un pequeño accidente —respondió Toroh, en forma jocosa— Era muy ruidosa. Deberías enseñar a tus animales a comportarse en forma amistosa.

—¡Arréglala! —dijo Dora, a quien la broma no le causó gracia. Un segundo más tarde, un rayo devolvió a *Pelusa* su movilidad natural. No obstante, como es natural, la perra no se quedó en el porche, sino que salió corriendo y aullando hacia las caballerizas.

En la sala, los hombres se quitaron las capas y las capuchas y dejaron ver sus rostros. Sacudieron los zapatos y una gran cantidad de barro se esparció por el piso, y *Xondor,* que venía agarrado del brazo de Toroh, voló hasta situarse en lo alto de un gabinete, mientras *Sombrita,* para no quedarse atrás, se arremolinó a los pies de Dora.

La mujer se tomó unos minutos para ver cómo el paso de los años los había cambiado, pero, después de una rápida valuación, concluyó que, a pesar de las canas y las ligeras arrugas en sus ojos, sus amigos conservaban la misma vitalidad de juventud. Y tanto Pita como Toroh estuvieron de acuerdo en que Dora seguía tan encantadora como siempre.

—¡Buen lugar el que escogiste para esconderte! Nos tomó tres días llegar hasta acá, y no lo hubiéramos logrado sin las indicaciones de Marlow. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Quince años? ¿Veinte? Perdí la cuenta.

—¡Muchos! —dijo Dora, mientras les hacía señas para que la siguieran al estudio, ya que no quería que Amy se despertara con sus voces.

Se sentaron en las cómodas butacas que la Sra. Banks había sacudido temprano esa mañana, y *Xondor*, que los había seguido, volvió al brazo de Toroh. Dora prefirió la silla que estaba detrás del escritorio, con *Sombrita* acurrucada entre sus brazos.

—Te estarás preguntando qué hacemos aquí ¿no? —dijo Pita, yendo directamente al grano.

—Es exactamente lo que me estaba preguntando —dijo Dora con un poco de temor en su voz, sabiendo que la presencia de los hombres en su rancho no era una visita de carácter social.

Toroh contestó con firmeza:

—Venimos por Amy, Dora. Nicolai está muy enfermo y manda a buscar a su hija para que tome las riendas del Coliseum.

La mujer palideció; de todas las cosas que esperaba oír, aquella era la más inesperada. Se tomó unos minutos para digerir sus palabras. De repente, se sintió sofocada, se levantó de la silla con violencia, y *Sombrita* cayó al piso. Necesitaba aire. Caminó hasta la ventana y la abrió, una ráfaga de viento entró y tiró algunos de los papeles que estaban en el escritorio al piso. Toroh se apresuró a recogerlos y los colocó en la mesa nuevamente. Dora recobró su compostura y se aclaró la garganta para decir:

—No dejaré que se lleven a mi hija. Su lugar está aquí en Grasspick, no en la Isla de las Águilas.

Pita trató de razonar con ella, aunque sabía, por experiencia, que Dora no era un hueso fácil de roer.

—Es la hija de Nicolai, y el cargo es hereditario. Debe asumirlo. Tú sabes eso. Si no la llevamos, mandarán a la guardia, y ellos no serán tan cordiales como nosotros.

Dora sabía que lo que decía Pita era verdad, pero no dejaría que se llevaran a su hija sin haber recibido una notificación previa.

—Lo siento, pero no se la llevarán. Nicolai no conoce a Amy. Jamás, en todos estos años, hizo el intento de verla; y ahora pretende sacarla de su ambiente para llevarla a un lugar que jamás ha visto.

Pita defendió a su amigo.

—Lo estás juzgando injustamente, y lo sabes. Él no puede abandonar la isla. Cuando ocurrió la tragedia, el hechizo no solo le quitó sus poderes, también su libertad. Y si consintió en que te marcharas fue para protegerlas. Sus enemigos, en una ocasión, casi te matan. Su sacrificio ha mantenido a tu hija viva.

Recordaba el episodio, un desconocido irrumpió en su habitación y confundió su cuerpo con unos almohadones y lo apuñaló catorce veces. Después de eso, Petronio, el consejero de Nicolai, le recomendó que saliera de la isla y su esposo estuvo de acuerdo. Dora siempre se preguntó si el interés de Petronio en que ella se alejara tuvo que ver con la secreta esperanza que tenía el consejero de que el Regente se fijara en alguna de sus hijas.

—¿Qué tiene Nicolai? —preguntó, dudando de que en realidad estuviera enfermo.

Pita se explayó en la explicación de los síntomas. Aseguró que ningún mago o hechicera de la isla había visto hechizo igual, y que los esposos Brutt, los únicos capaces de conocer la causa del padecimiento, se encontraban estudiando la magia de los beduinos en algún lugar del medio oriente, y no habían podido localizarlos.

—¿Creen ustedes que se trate de un maleficio?

—Si se trata de un maleficio, debe ser uno muy bueno. A lo mejor tú, Dora, que te entrenaste con ellos, puedas ayudar a Nicolai.

Recordó a los Brutt, un matrimonio muy singular, expertos en todo

tipo de hechizos y sortilegios, reconocidos mundialmente por su pericia en los asuntos de la magia, aunque muchos veían sus egocéntricas personalidades como achacosas y voyeristas. Con demasiada frecuencia la fama y la fortuna ocultan los defectos del carácter, que suelen verse como extravagancias propias del estatus, y no como debilidades, que es lo que en realidad son. Pero, a pesar de su peculiar forma de comportarse, Dora guardaba muy buenos recuerdos de ellos.

Reflexionó unos momentos, por los síntomas tuvo sospechas del tipo de padecimiento que sufría Nicolai, pero hasta que no lo viera con sus propios ojos, no podría estar segura de su diagnóstico. Si lo salvaba, Amy no tendría que quedarse en la isla y podrían continuar su apacible vida en Grasspick; y con estas consideraciones en mente accedió a ir, a regañadientes.

—Creo que puedo ayudarlo. Tengo años sin practicar la magia, pero no he olvidado mis facultades. Si se trata de un sortilegio, lo descubriré. Iré con ustedes.

Los hombres se mostraron satisfechos, no esperaban menos de ella.

—Lo mejor es partir mañana temprano. Te llevaremos con él, pero tu hija debe venir con nosotros —precisó Pita.

Dora frunció el ceño.

—Puede que haya un problema —dijo, haciendo una pausa— Amy no sabe nada de Nicolai, ella cree que su padre está muerto. Tampoco le he hablado de la Isla de las Águilas, ni de magia ni hechicerías. Ella piensa que somos una familia ordinaria, como una de las muchas que viven en Grasspick.

Los hombres intercambiaron miradas entre sí.

—¿Cómo? ¿No sabe nada de magia? —interrogó Pita.

La mujer negó con un movimiento de cabeza.

—¿Cómo es posible? ¿Jamás le mencionaste de dónde venía, ni cuáles eran sus raíces? ¿Ni sus obligaciones? ¿Por qué? —objetó Pita, sin poder creerlo.

Dora se defendió.

—Perdí a toda mi familia por la magia. No pueden culparme por querer apartarla de ella. Quería que mi hija creciera en un lugar como Grasspick, y que asistiera a un colegio regular y que tuviera buenos amigos, sin que la magia se interpusiera en su camino. Yo sufrí mucho de niña. Mis padres me educaron como hechicera, hacíamos las cosas de manera distinta a como las hacía la gente ordinaria y, a medida que crecía, me di cuenta de que las personas nos trataban de forma diferente. Parecían intuir, de alguna manera, que no éramos como ellos. No quise que Amy pasara por el mismo martirio.

Toroh la escuchó con atención; sus razones eran irrefutables, pero no por ello justificaban que hubiera mantenido a la muchacha

ignorando el legado de sus ancestros, ni su papel en el orden político de la isla. Consideraba que una decisión de esa magnitud no debió tomarse tan a la ligera.

—Vamos, Dora. Tú sabías que este día llegaría. Debiste, al menos, hablarle de su padre —dijo Pita— ¿Muerto? ¿En serio? ¿Y qué pensabas decirle cuando cumpliera los dieciocho años y tuviera que ir a la isla?

Dora se mordió los labios.

—Lo sé, ahora creo que fue una decisión estúpida, pero en su momento me pareció de lo más indicada. Siempre pensé que Nicolai viviría muchos años, que seguiría siendo Regente, y que Amy no tendría necesidad de ir a la isla por ningún motivo. Lucía de lo más conveniente decirle que su padre estaba muerto, así no tendría que hablarle de Nicolai ni de la magia.

—¿Y del Coliseum? Si por alguna razón, ella no pudiera ser Regente, el cargo lo tendría el mago con mayor rango de las Casas, y ese es Bolmer. Y ya sabes lo que Nicolai piensa de Bolmer —agregó Toroh

—Especialmente ahora que quiere borrar la magia ancestral de Alluvien e implantar la magia contemporánea. Otra de sus locuras es que planea abrir las fronteras de la isla para que las personas no mágicas puedan entrar sin restricciones ¿Te imaginas? ¡La Regencia no puede caer en manos de Bolmer! —comentó Pita.

Dora se mordió los labios, mostrando un poco de remordimiento. Conocía la enemistad entre Nicolai y Bolmer pero, después de tantos años, pensaba que ya los amigos habían hecho las paces. No obstante, volvió a referirse a su hija:

—No creo que Amy quiera convertirse en Regente de una comunidad de magos y hechiceras. No cree en la magia, es una muchacha muy escéptica. De niña no creía ni en Santa Claus ni en el Hada de los Dientes.

—¿A quién estabas criando, Dora? ¿A la hija de Ebenizer Scrooge? —replicó Pita malhumorado.

—No debiste mentirle, Dora.

—No le mentí. Solo le oculté ciertos hechos.

—¡Y qué hechos! —refutó Toroh.

Pita levantó la mirada y dijo:

—Solo nos queda esperar y ver cómo reacciona tu hija a todo esto.

—Está bien, pero hay un punto que quiero aclarar: sin importar lo que diga Nicolai, cuando regrese a Grasspick, mi hija se viene conmigo —y por el tono de su voz los magos concluyeron que hablaba muy en serio.

Por lo pronto, los magos asintieron. Cumplirían su tarea de llevar a la muchacha a la isla, una vez allá, Nicolai se encargaría de Dora.

Conversaron todavía un rato más hasta que oyeron el cantar del gallo que anunciaba el amanecer. Dora los llevó a la habitación de huéspedes, que se mantenía siempre reluciente y limpia porque así se mantenían todos los rincones de la casa, y allí los acomodó. Aunque solo dormirían unas pocas horas, la idea de descansar en una confortable cama pronto los ganó, y los fuertes ronquidos resonando como huracanes en el cuarto no se hicieron esperar. *Xondor*, por su parte, salió por la ventana para conseguirse su propio aposento.

3

Amy y los Magos

A la mañana siguiente, la muchacha se despertó temprano, estiró los brazos entre un mar de cobijas y almohadones, mientras la luz del sol le golpeaba el rostro. Terminó de bostezar y saltó de la cama. Se acordó de *Trueno* y quiso correr a los establos para ver cómo había pasado la noche. Bajó las escaleras en pijama, saltando los escalones de dos en dos, como solía hacerlo, pero, al pasar por la cocina, se sorprendió al encontrar a dos extraños con apariencia de vikingos, sentados en la mesa, tomando café y conversando con su madre. Aquello no era usual, su madre no solía tener invitados en la casa, y mucho menos a horas tan tempranas. Se detuvo en la puerta, con aire cauteloso, y ambos desconocidos voltearon a mirarla. Aquellos hombres no eran del pueblo, en un lugar tan pequeño como Grasspick, todos se conocían.

La observaron con detenimiento y se sintió incómoda.

—Tiene el porte de Nicolai —comentó Pita, viendo que la muchacha tenía una larga cabellera negra y lacia, ojos negros y un cutis blanco de porcelana; a diferencia de su madre, que era más bien rolliza con abundantes rizos dorados en su cabeza.

—Y el gusto por la moda de Dora —bromeó Toroh, observando que ambas llevaban el mismo tipo de pijamas de lunares y rayas.

Y mientras su madre retiraba del fuego una olla de agua hirviente, le dijo con un tono de voz muy serio:

—Siéntate, Amy. Tenemos que hablar.

Hubo algo en aquel tono de voz que la predispuso para una mala noticia. La muchacha hizo lo que le pedía, sin apartar la vista de los extraños. Estaba segura que los dos hombres tenían algo que ver con lo que su madre pensaba comunicarle. Dora tomó una silla, que colocó al frente de su hija, de manera de que pudiera mirarla a los ojos mientras hablaba.

—Estos hombres que ves aquí, Amy, son viejos amigos míos. Ellos son Toroh y Pita.

Amy los miró con más detenimiento, de la misma manera en que

ellos la habían mirado cuando entró, es decir, de una forma descortés y ambigua. El primero era alto, delgado, de larga barba y cabello canoso, y el segundo, un poco más viejo, bajo, regordete, con una barba aún más larga que le llegaba al ombligo, y ojos tan azules como las aguas del mar.

Su madre prosiguió:

—Nos conocimos hace muchos años, cuando yo era una estudiante en la Isla de las Águilas. Sé que nunca te hablé de mi pasado y espero que entiendas las razones que me obligaron a ocultarte ciertos hechos, pero me temo que es hora de decirte la verdad. Siempre te dije que tu padre había muerto en un accidente automovilístico antes de que nacieras, pero eso no era cierto, Amy. Tu padre vive, se llama Nicolai y es un mago poderoso que dirige una congregación de seres mágicos en la Isla de las Águilas. Yo misma fui una hechicera mientras viví allí, pero te traje a Grasspick porque quería que tuvieras una vida normal, sin magia. Estos señores están aquí porque deben llevarte a la isla. Nicolai, tu padre, está muy enfermo y quiere verte. Tú, por ser su única heredera, debes asumir la dirección del Coliseum, que es el lugar que habita el dirigente de las Casas, mientras se mejora.

Toroh iba a intervenir para aclarar que el cargo estaba disponible de forma permanente, y no solo mientras Nicolai *"se mejora"*, pero una mirada de Pita bastó para callarlo, y dejó que Dora siguiera manejando las cosas a su manera con su hija. Ya habría oportunidad de hacerle la aclaratoria.

Amy abrió mucho sus ojos. Le costaba entender lo que le estaba diciendo. ¿Algo sobre su padre? ¿Magos y águilas? Su expresión era de total incredulidad.

—No entiendo lo que dices, mamá. Bueno, en realidad entiendo las palabras, lo que no entiendo es a dónde quieres llegar con esto, porque no creo que estés en tus cabales. ¿Fuiste una hechicera? Eso no es posible. ¿Y que tengo un padre? y que, además ¿es mago? ¿Acaso estos hombres te hicieron ingerir algún alucinógeno? —la muchacha tuvo un momento de angustia y un ahogo terrible, y les lanzó una mirada colérica a los viejos, la cual ellos juzgaron inmerecida.

—¡Por supuesto que no! —refutó Pita— Somos magos, no narcotraficantes.

Entonces, la joven pensó que su madre bromeaba y que pronto le diría, entre risas, que le estaba tomando el pelo, y esperó. Pero, su madre seguía con aquella expresión dramática que denotaba seriedad.

—Déjame explicarle, Dora —dijo Toroh, viendo que la chica seguía sin entender.

Dora se levantó de la silla, cediéndole su lugar al mago; y este, dirigiéndose a la muchacha, que lo miraba con suspicacia, prosiguió:

—Te asombrará saber que los primeros habitantes de la isla

llegaron en la temprana Edad Media por mar, acompañados por la hechicera Alluvien, de las tierras bajas, adoradora del cosmos, las fuerzas místicas y los elementos. Dividió la tierra descubierta en cuatro regiones y le asignó a cada una la protección de un elemento. Así nacieron las Casas Tierra, Fuego, Aire y Agua, gobernadas por un Regente en el Coliseum. Nicolai es descendiente directo de Alluvien, con poder para dirigir las cuatro Casas, por lo tanto, tú también lo eres.

Dora continuó:

—Amy, la Isla de las Águilas es un lugar de ensueño, que alberga a muchos seres del mundo mágico. Hay pueblitos muy coloridos. Te hablo de calles empedradas, casitas, chalets, con hermosos jardines, lugares en los que puedes salir a pasear y tener una buena vida.

La muchacha refutó, con mucha vehemencia:

—¡Ya tengo una buena vida! Pero, por favor, aclárenme una cosa, si la isla era tan buena, ¿Por qué mi madre la abandonó y no me habló jamás de ella?

Los dos hombres intercambiaron miradas con Dora, y esta se vio obligada a responder:

—Cuando me fui, la isla estaba muy convulsionada. Había enfrentamientos entre las Casas y no era un buen lugar para criar a un niño.

—¡O sea que, ahora, las circunstancias han cambiado! Y pretenden llevarme, en contra de mi voluntad, a un lugar que fue escenario de guerra.

—La isla ha vivido en paz durante esta última década —aclaró Toroh.

—Eso no la hace atractiva a mis ojos, ni la convierte en un lugar que desee visitar. Además, aunque la historia de Alluvien que me contaron es muy interesante, dudo de que haya ocurrido en realidad. Los magos no existen.

Entonces, Toroh y Pita se sintieron con la autoridad para desmentirla.

—Pero sí ocurrió, y yo sí existo –refutó Toroh.

—Yo también existo —agregó Pita, rascándose la barriga, ocurriéndosele a este realizar un acto mágico para convencer a la muchacha y sacarla de su testarudez. Buscó en su saco la *piedra púrpura del destino*. Era circular y cabía en su puño. La colocó sobre la mesa e inmediatamente se iluminó como si mil velas la alumbraran, cambió de color tres veces, hasta volverse tan cristalina como el agua, y convertida en una bola de cristal, reflejó una nítida escena en su interior: era una isla de exuberante vegetación, con una playa de blanca arena, cuyas olas rompían en la orilla con espumosa agitación; al fondo se esbozaban las siluetas de las palmeras que se mecían como

veletas al son del viento.

—Esa es la Isla de las Águilas, tu hogar —dijo Dora.

Aquel era el primer acto de magia que Amy presenciaba en su vida; no obstante, no lo catalogó como tal, sino más bien lo atribuyó a un fenómeno hipnótico de naturaleza psíquica.

—Debe existir alguna explicación racional para eso.

Toroh y Pita dieron muestras de enojo. No podían entender que existiera alguien que viendo un acto mágico descartara con tanta vehemencia la existencia de la magia.

Por otro lado, Amy respiraba con dificultad. Una pesadilla era lo que estaba viviendo. Pero, magos o no, de una cosa estaba segura: no iría a ninguna parte, no dejaría Grasspick, en donde estaba muy a gusto y no dejaría a *Trueno,* ni a *Pelusa,* ni a los otros animales. El águila no dejaba de mirarla, mientras *Sombrita* jugueteaba con uno de los extraños como si lo conociera de toda la vida. Al mirarla, tan juguetona y remolona, Amy pensó en lo que diría la Sra. Banks si viera la forma en que se comportaba el animal, tan contraria a su temperamento habitual.

Toroh quiso ser indulgente:

—En la Isla hay muchos chicos y chicas de tu edad. Seguro harás nuevos amigos y te ayudarán en tu proceso de adaptación. Te recomiendo que abras tu mente a nuevos retos.

La muchacha, lejos de conformarse con una consolación tan pobre, catalogó su comentario de insolente, y lo único que hizo fue enfadarla más. ¿Con qué derecho se atrevía aquel extraño a darle un consejo? Y, alejándose de las normas de cortesía, armó su respuesta de forma tal que no le quedara duda al extraño de su postura.

—No quiero nuevos amigos. ¡Quiero a mis viejos amigos! En cuanto a nuevos retos se refiere, no necesito ir a ninguna otra parte para encontrarlos, y si hablamos de consejos, tengo suficientes con los que me da mi madre.

Toroh y Pita concluyeron, cada uno por su lado, que la impertinencia de la muchacha rayaba los límites de lo intolerable, y después de escucharla, Pita consideró que estaba muy mal criada. No quería siquiera pensar en la posibilidad de que Nicolai muriera. ¿Aquella chiquilla manejando el Coliseum? Se le erizaban los pelos de solo pensarlo. Si la mocosa no quería aceptar el cargo, caerían en manos de Bolmer. ¿Amy o Bolmer? —pensó y no supo decidir cuál de las dos alternativas era la mejor.

—Amy —dijo Dora, usando el tono de voz de las madres cuando quieren hacer valer su autoridad— Tu padre está muy enfermo. No es momento de discusiones. Iremos a la Isla de las Águilas juntas y, si no quieres quedarte allá, encontraremos una solución que nos acomode a todos. Te prometo que solo serán unas semanas. Cuando Nicolai

mejore, regresaremos a Grasspick. Arregla tus maletas porque salimos en una hora.

Amy se puso roja de ira, y dio un puntapié a la mesa que hizo que el águila volara por el recinto para posarse en un lugar más seguro, y que las tazas de café derramaran su contenido sobre el mantel. Abandonó la cocina para correr a encerrarse en su habitación. Estaba demasiado molesta como para ponerse a discutir con su madre frente a extraños.

Dora se quedó en la cocina con sus visitantes, y volvió a colocar la olla de agua al fuego para hacer el té, avergonzada por el comportamiento de su hija:

—¡Lo siento! Por lo general, no se comporta así.

—¿No la habrás malcriado demasiado, Dora? A las muchachas no se les debe tolerar tales rabietas. Debiste prepararla para afrontar el reto que se le avecinaba. Creo que tendrás que trabajar mucho para educar a esa chiquilla —refutó Pita, pensando que sus hijas, Brocania y Brenia, a pesar de estar criadas sin la presencia de una madre, jamás le hubieran hecho pasar una vergüenza como aquella frente a extraños. Brocania era solo un poco mayor que Amy y ya estaba lista para gobernar.

—No le contaste toda la verdad –agregó Toroh, tajante.

Dora lanzó un fuerte suspiro.

—No, prefiero contarle todo de a poco. Esto es demasiado para ella.

En la soledad de su habitación, tirada boca arriba sobre su cama, con las manos entrelazadas detrás de la nuca, Amy pensaba en sus circunstancias. Un viaje a esas alturas era inconcebible, mucho menos a una isla donde supuestamente habitaban magos y hechiceras. ¡Qué locura! ¿Qué otra cosa puede ser, sino locura, aseverar que la magia existe? Hasta su propia madre lo había dicho. ¿Quién sabe qué oscuros medios habían utilizado aquellos hombres para convencerla de semejante desatino? Por otro lado, ¿Quién era el tal Nicolai? ¿Un mago? ¿Por qué las abandonó? ¿Por qué su madre vivía sola? ¿Dónde quedaba la Isla de las Águilas? y peor aún ¿Qué tenía ella que ver con ser Regente? ¿A qué se referían?

Su madre confesó que ella misma había sido una hechicera. Nunca la imaginó como otra cosa que no fuera su madre. Siempre estuvo en casa, haciendo lo que todas las madres hacen: cocinar, limpiar y regañarla cuando sus notas eran deficientes, lo cual sucedía con demasiada frecuencia, porque estudiar no era lo suyo. También estaban las tareas del rancho, en las que Dora se apoyaba en su capataz, el Sr. Aldo, pero de magia y hechicería jamás había habido indicios en su casa. Nunca vio una vela, ni una varita, ni una bola de cristal; aunque sí debió haber sospechado de *Sombrita,* porque reunía

todas las características para ser la diabólica gata de una bruja.

Se levantó de un tirón y quedó sentada de frente a la ventana, ladeó la cabeza y vio su imagen reflejada en el espejo. Sus pensamientos volaron lejos. A lo mejor pasar unas semanas fuera de Grasspick no sería tan malo. La mayoría de sus amigos salía de vacaciones al terminar la escuela, incluso Molly estaba en ese momento disfrutando las delicias del sol en las Islas Canarias, y Betina veraneaba en algún lugar del Caribe. Amy nunca salía; ella permanecía en el rancho todo el verano, y su madre le prometía siempre unas vacaciones que nunca llegaban. A lo mejor, ya era hora de explorar el mundo. A lo mejor, era el momento de intentar cosas nuevas. Iría a la Isla de las Águilas y les demostraría a todos los magos y hechiceras que estaban equivocados, y que la magia no existía. Entonces, buscó su maleta en el closet, la colocó sobre su cama, y comenzó a meter su ropa, pensando en que este año sí tendría interesantes y descabelladas historias que contarles a Molly y a Betina cuando regresara del viaje.

4

La Casa Tierra

Al sudoeste de la Isla de las Águilas está la Ciudad Amurallada, el asentamiento de magos y hechiceras de la Casa Tierra. Tres cosas los diferencian de las otras Casas: primero, su magia, que implica el uso de hierbas, cuarzos o cualquier otro elemento proveniente del subsuelo y las minas; luego, los famosos caballos rojos de Erenov, de gran altura, musculatura de acero y con gran capacidad para recorrer grandes distancias; y por último, su avinagrado Director, Bolmer Weldon, un hombre irritante, cuya única ambición es convertirse en el próximo Regente del Coliseum. Orgulloso y pedante, basa su superioridad en el alto concepto que tiene de sí mismo. Poco considera el criterio de los otros, prevaleciendo siempre el suyo por encima del de los demás. Con este conjunto de atributos, justo es decir que gobierna la Casa con el autoritarismo de un tirano.

Bolmer entró al corredor del palacio oficial, con pasos largos y apurados. Tenía prisa por llegar al Salón de las Conquistas, en donde lo esperaban sus hombres de confianza para discutir las novedades de la semana. Llevaba en sus manos un ejemplar del periódico de mayor circulación de la isla, *Magia al Día*. Al llegar a la puerta, la abrió de una patada y, sin saludar, tiró el periódico sobre la mesa.

—¿Qué les parece, eh?

Enseguida notó que el salón estaba helado, y de un centellazo que salió de su mano, encendió el fuego de la chimenea y las velas del candelabro de la mesa, y se quejó de que ninguno de los presentes lo hubiera hecho antes.

Sus hombres estaban acostumbrados a los frecuentes ataques de ira del Director, no por eso dejaban de ser molestos. Su fuerte temperamento era bien conocido por todos; en especial, por Celeste, su esposa, pero esta, al menos, tenía la potestad de protestar y contradecir sus azarosos dictámenes; cosa que hacía con demasiada frecuencia, llegando incluso a protagonizar, sin mesura alguna, escandalosas confrontaciones públicas para disgusto de Bolmer.

Volvió a tomar el ejemplar, lo alzó a la altura de sus ojos y leyó el

texto de un reportaje de primera plana del periodista norteamericano John Lewis:

"Triano Perkins, Presidente del Concejo de Magia y Hechicería ha proclamado, por quinta vez consecutiva, a la Casa Agua como la Casa más exitosa y próspera de la Isla de las Águilas. El galardón fue entregado a su Director, Pita Portokalos, el pasado lunes 28 de octubre, en la ciudad de Nueva York." —y aparecía una foto de Triano entregando un trofeo a Pita, quien lo recibía sonriente.

Cerró el periódico con un movimiento brusco de su mano y lo volvió a lanzar sobre la mesa; se quedó mirando el rostro de cada uno de los presentes. En la sala hubo un silencio glacial, nadie se atrevía a pronunciar palabra.

—¿Y bien? ¿No tienen nada que decir? ¿El ratón les comió las lenguas?

Promeo no se sentía inclinado a contestar, pero, siendo el administrador, no había forma de eludir la pregunta. El pulso se le aceleró y su cara palideció, pero reunió coraje para responder:

—Para ser prósperos, necesitamos más recursos financieros. Los fondos que envía el Concejo no nos alcanza para cubrir todas nuestras necesidades.

El Concejo de Magia y Hechicería sostenía a todos los asentamientos mágicos alrededor del mundo. Enviaba los recursos a los Regentes, quienes se encargaban de distribuirlo entre las Casas, de acuerdo a sus necesidades.

—¡Tonterías! —interrumpió Bolmer, sentándose a la cabecera de la mesa— La Casa Agua recibe el mismo fondo que nosotros; y aun así está en los periódicos como ejemplo de prosperidad y éxito. ¿Saben por qué?

Otra vez los hombres callaron.

—Porque tienen negocios comerciales. El artículo 185-A del *Manual de Actividades No Mágicas Autorizadas para Magos y Hechiceras*, nos da la potestad de realizar cualquier actividad comercial que no ponga en peligro el secreto de la existencia de la sociedad mágica en el mundo. La Casa Agua tiene una flota que comercializa y transporta mercancías, en la isla y en tierra firme.

Hizo una pausa y vio que todos estaban atentos a sus palabras.

—Tengo una idea que puede incrementar nuestros ingresos.

Todas las cabezas convergieron en él. Sus ideas, por lo general, eran inaplicables o muy costosas. A raíz de la muerte de su padre, Tratos, Bolmer había manejado la Casa erráticamente. La mitad de los emprendimientos no se llevaba a cabo, y la otra mitad terminaban en fracasos. No obstante, todos se alistaron a oír la novedosa idea de la semana sin mostrarse escépticos.

—Abriremos nuestro propio acceso al mar. Haremos una rampa y

un muelle por el Acantilado del Fin del Mundo, y transportaremos mercancías como lo hace la Casa Agua.

Todos guardaron silencio. Les pareció una idea osada, pero ninguno se atrevió a contrariarlo, excepto Marlow, el viejo consejero de Tratos, quien siempre expresaba abiertamente sus opiniones.

—¡Eso es imposible! Está muy alejado de nuestra ciudad, es muy alto y la roca muy dura. Tardaríamos años en formar una rampa y construir un puerto.

Bolmer no se inmutó.

—Ya he estado en el lugar, y la parte más baja del acantilado no llega a los diez metros. Es el sitio ideal para un puerto.

—No entiendo el objeto de incurrir en semejante gasto —objetó el consejero, y Promeo asintió con la cabeza, ya que no se atrevió a hacerlo con la boca.

—Tenemos que ser la Casa más poderosa de la isla. Debemos sacar a la Casa Agua de su pedestal.

—¿Por qué? Estamos al borde de la quiebra—preguntó Marlow.

—Porque solo los poderosos pasan a la historia. ¿Qué mérito tiene que seamos siempre los segundones?

Sin embargo, Marlow no había terminado de decir lo que pensaba.

—Los trabajadores son muy supersticiosos, el Acantilado es el hogar del Caballero Negro, y te aseguro que no se aventurarán a invadir su territorio. Sus dominios están embrujados —dijo Marlow con un tono grave.

Bolmer no contestó enseguida, se levantó de la mesa y caminó por el salón con las manos entrelazadas en la espalda. Sus pasos eran fuertes y vigorosos.

—¿Alguno de ustedes ha visto al citado Caballero Negro? —preguntó desafiante.

Los asistentes negaron con la cabeza.

—¿Algún campesino lo ha visto? ¿Algún habitante de los pueblos circundantes ha hablado con él?

Los hombres volvieron a negar.

—¡ENTONCES, NO EXISTE!—gritó Bolmer.

—Yo lo he visto —aseveró Marlow— En una oportunidad tuve trato con él.

Bolmer sonrió irónicamente.

—Perdóname si no tomo en serio tus palabras, Marlow. Me resulta muy curioso constatar que el único que no quiere la construcción del muelle, sea el único que ha visto al Caballero Negro.

Luego, modulando la voz:

—¿Se olvidan que nuestros aprendices descubrieron la forma de desplazar grandes cantidades de tierra y roca con el conjuro de *Urina*? Podemos tener una rampa y un puerto por el Acantilado en menos de

un mes.

—Nunca escuché de tal conjuro —refutó Marlow.

—Se trata de magia moderna, no de la antigua de Alluvien. Haríamos bien en aprender los conceptos de la magia contemporánea, se ha probado que es mucho más efectiva que la nuestra.

—¡Estás loco! —dijo Marlow.

En este punto, Bolmer estalló en cólera.

—¡Cuida tus palabras, anciano! La razón por la que permaneces aquí es porque fuiste leal a mi padre y lo serviste con honor durante muchos años. Pero cuida tus palabras, si quieres conservar tu lengua dentro de tu boca.

Sin embargo, Marlow no se amilanó:

—Durante años tu padre usó la flota de la Casa Agua para transportar nuestros productos y suscribió un pacto con ellos que se ha mantenido hasta ahora. ¿Piensas echarlo por tierra?

Bolmer suspiró, esperaba cierta resistencia a su planteamiento por parte del consejero, pero no pensó que fuera tan tenaz.

—El mago Pita está viejo, ya no es el guerrero de otros tiempos. Tendrá que aceptar que nosotros tengamos nuestra salida al mar.

Tromedus, Jefe de las Caballerías, opinó:

—¡Pero tienen armas! Y no conocemos la composición de su arsenal. Si nos ven como su competencia, podrían confrontarnos. Los he visto en la costa realizar maniobras militares. No son buenos, pero tampoco debemos menospreciarlos.

Bolmer le lanzó una mirada glacial:

—Nunca dije que la confrontación sería directa. Hay muchas formas de someter a un enemigo.

—¿Vas a iniciar una guerra? —preguntó Marlow, con incredulidad.

—¿Guerra? ¿Quién está hablando de guerra? No estamos en tiempos medievales. Las confrontaciones modernas ahora se hacen por la vía de la diplomacia.

Y como Marlow viera que el plan de Bolmer era ya un asunto decidido, preguntó:

—¿Avisarás de tus planes a Nicolai?

—No creo que le importe. Está enfermo y muchos dicen que morirá pronto.

—Lo cual será muy conveniente para ti, porque te convertirás en el próximo Regente, y tendrás acceso a los fondos que manda el Concejo, lo que imagino usarás para tapar los fracasos financieros de nuestra Casa.

—¡Exacto! Pero preveo cierta resistencia a mi nombramiento por parte de las Casas Agua y Aire.

—¿Y la Casa Fuego? —preguntó Tromedus.

—Mi alianza con Atroyana es sólida. Víctor, el más aguerrido de

los morganos, enfrentó a mi padre durante décadas, pero murió, y solo le sobrevive su hijo, Victorio, de trece años. Su madre está tullida en una cama y Atroyana maneja al muchacho a su antojo. La Casa Fuego no representa una amenaza para mí.

—Es una pena que no utilices esa alianza para aliviar el martirio de los hombres que trabajan en la metalúrgica. Atroyana los hace trabajar sin descanso y no tienen tiempo para la magia. De continuar así, el legado de Alluvien se irá perdiendo poco a poco.

Bolmer estaba cansado de los comentarios mordaces de Marlow. Siempre era igual en sus reuniones, el viejo refutaba todo lo que él decía. Quizá, ya era hora de deshacerse del viejo consejero. Varias noches llevaba pensándolo, pero no se decidía porque su hijo Marcus lo tenía en muy alta estima. Necesitaba a alguien que compartiera sus ideas y lo ayudara a avanzar, no que obstaculizara sus planes. Entonces, decidido, anunció:

—Marlow, abandona el salón.

El viejo asintió con un suspiro. No era la primera vez que lo sacaban de la sala a la mitad de una reunión. Se levantó lentamente de la silla, tomó su báculo y caminó hacia la puerta, arrastrando los pasos.

—Marlow, me temo que ha llegado el momento de tu jubilación —dijo Bolmer sin remordimientos, y el viejo volteó la cabeza—. Recoge tus pertenencias y abandona también la Ciudad Amurallada —dijo, sentándose nuevamente a la cabecera de la mesa, sosteniéndole la mirada.

El consejero se detuvo en seco y su respiración se agitó. No esperaba semejante reacción. En el salón reinó un silencio mortal, solo se escuchó la voz de Marlow, débil como un susurro, refutar:

—Pero este ha sido siempre mi hogar. No tengo a dónde ir. Dame al menos un poco más de tiempo.

Animado por el sentimiento de humillarlo, Bolmer agregó:

—¡Está bien! Seré generoso contigo, después de todo mi padre te apreciaba mucho. —dijo con ironía— Te daré un día para que abandones la ciudad y llévate solo lo que puedas cargar en un caballo.

Marlow se tambaleó por un instante, pero se repuso. De ser posible se retiraría con dignidad, no dejó que Bolmer viera las lágrimas que amenazaban con salir de sus ojos, y con la mano temblorosa, y un sentimiento de impotencia y desamparo que bullía en su interior, cerró la puerta tras de sí. Bolmer prosiguió como si nada hubiera ocurrido:

—Ya se fue el ave de mal agüero. Pongámonos ahora a trabajar. ¿Qué saben de la Casa Aire?

Orgón, Jefe de Guardias, aún aturdido por la escena y temeroso de correr la misma suerte, respondió:

—El mago Toroh es un ermitaño. Tiene tres hijos, pero rara vez bajan de la Cordillera Nevada del Este; aunque últimamente se les ha visto en el Coliseum con la hija de Mabel. Tendremos que enviar unos *"Ojos"* para recabar más información.

Los *Ojos* de la Ciudad Amurallada era un cuerpo de jóvenes magos que se mezclaba con la población para recoger información que pudiera interesar a Bolmer. Eran dirigidos por Orgón.

—¡Hazlo! —agregó el mago.

Bolmer volvió a levantarse. Caminó hasta la ventana, tomó una buena bocanada de aire, y se entretuvo un rato viendo a la gente en el mercado. ¿Cómo tomaría su hijo la partida de Marlow? Tendría que inventar una buena excusa para convencerlo de que el viejo era un traidor. Por otro lado, se felicitó por haber tomado de una vez la decisión, el hombre había perdido agilidad en sus movimientos, se desplazaba con un bastón y refutaba todas sus decisiones. Luego, pensó en Nicolai y deseó que muriera pronto, tenía prisa por ser el próximo Regente. ¡Regente de la Isla de las Águilas! Su pecho se henchía de placer solo al imaginarlo.

Pensó en los últimos gastos de la Casa, fueron exorbitantes. La comercialización de lo que sacaban de las minas (carbón, plata, oro), además de lo aportado por la metalurgia de la Casa Fuego y el Concejo, no eran suficientes. Con el muelle estarían en capacidad de mercadear productos a todas partes del mundo, pero necesitaría barcos, y habría que buscar la manera de obtenerlos. Su plan de convertir a la isla en una potencia no podía esperar. Repasó mentalmente todas las acciones que aspiraba acometer para lograr su meta.

Bolmer era un hombre acostumbrado a mandar, y a ser obedecido sin refutar; le abrasaba el alma un sentimiento tormentoso y violento, por eso su mal carácter se proyectaba en todo lo que hacía.

Tras varios minutos de reflexiones, volvió a su asiento y miró a sus hombres que aún continuaban sentados:

—¿Qué hacen aquí? ¡Retírense! La reunión ha terminado.

5

Un Viaje muy Especial

Habían recorrido cientos de kilómetros desde su Grasspick natal, y aún no llegaban a su destino. Después de tomar un taxi, un tren y un avión, todavía faltaba abordar un barco, y Pita había dicho que navegarían en uno de los suyos. El ánimo de Amy por la aventura había disminuido en gran medida. Sí, estaba cansada, sedienta y hambrienta, y su ropa, ajada y sus zapatos cubiertos de polvo, pero, de todos sus males el que más la martirizaba era el hambre. Hubiera dado cualquier cosa por tener aunque sea un mísero mendrugo de pan, pero su madre insistía en que podría comer todo lo que se le antojara en el barco. Así pues, esperaba sentada sobre su maleta, con el contenedor en donde viajaba *Sombrita* sobre sus muslos (que su madre insistió en llevar a última hora), en la rampa del muelle de Valparaíso, aspirando el penetrante olor a pescado y camarones que le llegaba con la brisa. Y para alejar los ardores de su estómago, se entretuvo mirando la hilera de embarcaciones mecidas por el vaivén rítmico de las olas, y a las personas que iban y venían arrastrando sus pesados fardos. De vez en cuando, alguna gaviota solitaria se zambullía violentamente en las pacíficas aguas a pescar, mientras el chillido del pito de alguna embarcación que se alejaba, dejaba escuchar su estridente silbido.

Dora y Toroh esperaban a Pita, quien había ido a la oficina naviera a indagar la causa del retardo. Cerca de las doce, finalmente, regresó el mago diciendo que el barco había llegado y que pronto los llamarían para abordar. Minutos más tarde, se acercó un oficial de imponente presencia y bigotes afinados, y los condujo al puente para embarcarse. Amy esperaba una especie de ferry o buque de segunda, no el ostentoso barco de tres niveles, blanquísimo como una escharcha de nieve, con personal debidamente uniformado, equipado como para un crucero de lujo. Tampoco eran los únicos pasajeros. Inmediatamente se formó una fila detrás de ellos de gente elegantemente vestida, portando lentes de sol y equipaje de marca, y Amy se sintió como una pariente pobre en una casa de ricos.

Amy y Dora cruzaron la escalerilla, y Pita y Toroh las ayudaron con las pesadas maletas. Ya a bordo, una simpática señorita que no paró de sonreír, les indicó el lugar en donde estaban los camarotes, y Dora y Amy tomaron su equipaje y se enrumbaron hacia la cubierta inferior. Tuvieron que caminar por estrechos y laberinticos pasillos, tan estrechos que hubieran hecho sufrir a un claustrofóbico. No obstante, el cuarto aunque pequeño, tenía suficiente espacio para las dos, con una litera de regular tamaño y un mueble para guardar la ropa, que no usarían porque el trayecto hasta la isla era de apenas seis horas. A Amy le emocionó mucho que tuvieran baño privado, ya que no le entusiasmaba la idea de tener que hacer fila con extraños en uno público para ducharse. Su madre colocó el contenedor de *Sombrita* en un rincón, y abrió la puerta para que la gata estirara las patas. Esta inmediatamente salió y se encumbró en la cama superior, dando un largo y significativo bostezo. Después cerró los ojos y se quedó dormida. Las relaciones entre *Sombrita* y Amy no eran de las más cordiales; la gata solo se dejaba agarrar y abrazar por Dora; por eso cuando la vio retozando en el rancho, en el torso de Pita, se sorprendió tanto, pero su madre adoraba a aquel costal de huesos, por alguna razón que ella no entendía. Amy se llevaba mucho mejor con *Pelusa*, peluda y mullida como un peluche.

La muchacha lanzó la maleta en la cama inferior y sacó un paño para asearse antes de ir al comedor. En el baño, abrió el grifo y para su sorpresa, había agua caliente. Mientras dejaba correr el agua por su cuerpo, provechó para hablar con su madre:

—¿Cómo es mi padre, mamá?

Dora tuvo que gritar para que la escuchara.

—Es un hombre bueno y generoso. La gente de la isla lo tiene en gran estima porque es un gobernante justo. Te gustará. Su único defecto es que trabaja demasiado.

Amy tenía muchas preguntas y deseaba que su madre las contestara todas:

—¿Por qué nunca nos fue a visitar?

—Es complicado, hija. Te lo explicaré después que hable con Nicolai.

Pero, Amy no se dio por vencida y siguió preguntando:

—¿Y no lo extrañaste nunca?

—Por supuesto que sí, pero tuvimos razones para separarnos —y Amy sintió la tristeza en su voz.

—¿No me las dirás?

—A su debido momento.

Amy salió de la ducha cubierta con una toalla, descalza y con el cabello mojado. Dora, que era amante de la pulcritud y de que todo estuviera limpio y en su lugar, se alarmó al ver el charco de agua que

se iba formando a sus pies. La reprendió fuertemente y le lanzó otra toalla para que se secara. La joven se tomó un tiempo para escurrir su cabello y secarlo. Luego, tiró la toalla al piso para secar también el charquito; causando un nuevo alarido de su madre, quien no se cansó de repetirle que las toallas no se usaban para tal fin. Amy no refutó nada, porque las punzadas del hambre no se hicieron esperar y deseaba ir al comedor antes de que la comida se acabara, pero su madre tenía otros planes.

—Adelántate, Amy —dijo Dora— Yo me daré un baño y dormiré un rato. Subiré tan pronto pueda.

La joven asintió porque su hambre ya no daba para más, y su estómago producía extraños sonidos que no le había escuchado antes. El comedor lo encontró siguiendo las flechas informativas que se hallaban distribuidas por todo el barco. Pensó en su padre. ¿Sería alto? ¿Guapo? Pita había dicho que ella se parecía a él, por lo que dio por sentado que debía tener el cabello y los ojos negros. Tal era la conclusión de sus elucubraciones. Su madre dijo que se trataba de un hombre bueno y generoso; pero no había nada de bueno y generoso en abandonar a su familia; y los esfuerzos de Amy por indagar las causas se encontraron siempre con una respuesta evasiva por parte de su madre. <Algo muy oscuro estaría ocultando para no poder hablarlo abiertamente> —pensó. A lo mejor Nicolai no era tan santo como querían pintárselo, y tuviera defectos de carácter incongruentes con su imagen de gobernante o padre; y el hermetismo de Dora solo buscaba no enturbiar la primera impresión de Amy con prejuicios. ¿Quién sabe? Solo el tiempo lo diría.

Cuando llegó al comedor, una pequeña fila estaba formada cerca del bufet. Sonrió ante la perspectiva de comer todo lo que se le antojara. Buscó a Toroh y Pita con la mirada, pero no los encontró. Tomó un plato del montón y deleitó su vista con la cantidad de platos exóticos que se exhibían en la mesa. Se sirvió pequeñas porciones de todo lo que le pareció crujiente y apetitoso, teniendo cuidado de dejar un buen espacio para los postres. Ubicó una silla y se sentó a comer hasta el hartazgo y, como no estaba su madre, hasta pudo chuparse los dedos. ¡Aquello si era algo digno de contar a Molly y Betina! Entonces, le dio por pensar en los niños del Orfanato Dowells, atol de arroz y croquetas de avena era todo lo que ingerían durante el día, y al punto se sintió avergonzada, y se apenó por ellos.

Decidida a olvidarse del pecado de su gula, subió a la cubierta superior, pensando que un paseo por la borda y un poco de brisa marina aliviarían la pesadez que estaba sintiendo por haber comido tanto. Otras personas, con indumentarias extrañas, pasaban a su lado y la miraban con especial interés.

—Son magos y hechiceras —dijo Toroh, quien también se

entretenía caminando por la proa, descompuesto por el vaivén del mar —. En la isla, casi todos nos conocemos; por eso, la presencia de un extraño llama tanto la atención.

La muchacha asintió con deferencia.

—Eso suele suceder en los lugares pequeños. En Grasspick nos pasa igual.

Alzó la vista y vio que Pita estaba en la cabina de mando sosteniendo una acalorada discusión con el capitán. Quince minutos más tarde, bajó y se unió a Toroh y Amy en la cubierta.

—¿Qué te parece, muchacha? —preguntó señalando al navío— Este es el *Brocania*, lo llamé así en honor a mi hija mayor. Es uno de los mejores de la flota. Me gusta navegar en él porque ofrece comodidades que no tienen los otros.

El fuerte viento arremolinaba los cabellos de Amy, quien luchaba para atarlos con una cinta, sin mucho éxito. El sabor a sal impregnó su sentido del gusto y los vigorosos rayos del sol se hicieron sentir sobre su piel, que comenzaba a tener una pigmentación rojiza. Lamentó no haber traído un sombrero o un bloqueador solar. Entonces, se le ocurrió una idea que catalogó como brillante. Si su madre no quería hablarle de su padre, quizás, sus amigos, sí. Y, enseguida, preguntó:

—Dígame, Pita, ¿Conoce a Nicolai? ¿Alguna vez ha pensado en abandonar a su hija, tal y como lo hizo mi padre conmigo?

Tanto Pita como Toroh se dieron cuenta de las pretensiones se Amy, y se negaron a seguirle el juego.

—¡Lo siento, niña! No soy yo quien debe contestar tus preguntas — dijo uno.

—Tus padres lo harán cuando sea el momento oportuno, y te explicarán las razones de su proceder —remató el otro.

Amy lanzó un suspiro de impotencia. Al parecer, todos estaban confabulados para no decirle nada.

—Pero ustedes lo conocen ¿verdad? A Nicolai.

—¡Todo el mundo conoce a Nicolai Bestru!

—¡No! No todo el mundo. Yo no lo conozco y soy su hija — rezongó con disgusto, cruzando los brazos.

—Bueno, ya pronto lo verás y aclarará tus dudas.

La joven los miró con incredulidad. Siguió luchando con el fuerte viento y la sensación de náuseas que comenzaba a formársele en la garganta. Toroh optó por sentarse, ya que, mientras más caminaba, más mareado se sentía. No estaba acostumbrado a navegar.

—¿Y el águila? —le preguntó Amy.

—¿*Xondor*? Ya está de regreso a casa —contestó, todavía pálido.

Pita continuó hablando:

—Este es uno de los mejores barcos de nuestra flota. Nosotros dominamos el Mar Dorado y edificamos allí la Ciudad Flotante de

Mies, hogar de nuestra Casa Agua.

—No le des alas o seguirá hablando de su Casa todo el trayecto —susurró Toroh al oído de Amy, y esta sonrió.

Pero Pita hablaba sin parar y Amy sentía gusto al escucharlo:

—Construimos la ciudad sobre una plataforma gigante con anclaje en la arena. La ciudad es una obra arquitectónica de impresionante magnitud. Tenemos pequeños islotes, separados unos de otros por una corta distancia, que nos facilitan el desplazamiento dentro del complejo. Las actividades comerciales del puerto nunca paran, viajamos a todos los rincones del planeta, nos encargamos de cargas marítimas y también de cruceros de placer.

—Vamos, ¿Qué es lo impresionante de construir una ciudad sobre el mar? —se mofó Toroh, quien encontraba especial satisfacción en llevarle la contraria a su amigo. Se conocían desde que eran niños, crecieron juntos y siempre habían vivido en la isla.

—No te rías, no quieres reconocerlo porque te mata la envidia. ¿Qué edificaciones tiene la Cordillera Nevada del Este que se compare con nuestra ciudad, ah? —ya encolerizado por las necedades de Toroh.

El aludido soltó unas carcajadas, viendo que las orejas de su amigo se tornaban rojas, refutando:

—No necesitamos hacer construcciones impresionantes porque vivimos en la cima del cielo ¿Qué es más espectacular que el firmamento? Tener las nubes al alcance de tu mano ¡No hay nada que pueda compararse con eso!

—¿Qué te parece el templo sumergido de Damaris? Un recinto en el océano, con paredes de cristal, donde divisamos la fauna y el paisaje marino, a cualquier hora y en cualquier momento del año.

Toroh, entonces, se dirigió a Amy:

—¿Quién quiere divisar el paisaje marino todo el año? ¿Sabes a quién adora la Casa Agua? ¡A Damaris y sus ninfas! Un grupo de mujeres locas, casi transparentes y de cabelleras despeinadas, que no hacen más que retozar en el agua todo el día.

Ante el denigrante comentario acerca de las deidades de la Casa, Pita se sintió muy ofendido:

—¡Es mejor que adorar a Eolo, un dios que ni siquiera tiene cuerpo!

El otro refutó:

—¿Cómo va a tener cuerpo si es el dios del viento? Nuestro teleférico es mucho más impresionante que tu templo, pero no lo sabes porque no has tenido las agallas de montarte por temor a las alturas.

—¡Ay! Y lo dice un hombre que le tiene temor al mar…

A medida que los ánimos se iban caldeando, Amy intuyó que este

tipo de discusiones era frecuente entre ellos, así que decidió intervenir:

—Caballeros, mejor cambiemos de tema. ¿Cuánto falta para llegar?

Los dos hombres se miraron entre sí, y gritaron casi al unísono:

—¡FALTA POCO! —y por unos momentos todos se mantuvieron en silencio.

Mientras, Amy se puso a mirar el mar. Nunca lo había visto, y si sabía de él era por las referencias y fotos de las clases de geografía del Sr. Montés, y por los diferentes programas que se transmitían en la televisión. Grasspick no tenía costas cerca, solo lagos y riachuelos; por eso cuando Molly y Betina regresaban de sus vacaciones detallando la amplia gama de actividades divertidas que habían realizado frente al mar, Amy no tenía otra opción más que quedarse callada e imaginar cómo sería su vida si ella también pudiera disfrutar de esos gratos períodos recreacionales que todos parecían tener, menos ella. Pero ninguna foto, ningún programa, ninguna referencia, le hacía justicia a aquella gigantesca masa de azules que era el océano. Su vista se perdía en la inmensidad turquesa del mar y el pálido azul del cielo que no dejaba de asombrarla por su magnificencia. Entendió que el mundo era mucho más grande e interesante que Grasspick, y que este se mostraba ante sus ojos en toda su belleza. En ese momento, la sensación de estar viviendo una aventura la llenó de una alegría expectante. ¿Cuántos lugares como aquel debían existir sin que ella lo supiera? Este pensamiento cruzó su mente, no porque despreciara las gratas vivencias que había tenido en su pueblo, sino porque recién se daba cuenta de que existía un mundo inmenso que se había perdido de conocer.

Pero viendo que los dos hombres se mantenían en silencio, consideró prudente traer a colación un tema que fuera neutral para ambos:

—¿La Isla debe su nombre a las águilas que allí habitan?

—En tiempos de Alluvien había una buena cantidad de ellas, y por ello el nombre. Ahora están por todos lados porque la Casa Aire las reproduce sin control —vociferó Pita reiniciando otra vez la controversia.

El otro se defendió:

—Ellas se reproducen por sí mismas. Nosotros solo las cuidamos y protegemos. Además, ¿Cómo podría el lugar llamarse Isla de las Águilas si no hubiera águilas? ¿Por qué no le aclaras a Amy la proliferación de tus animales?

Pita se dirigió a Amy:

—No hay nada que aclarar, tenemos delfines, así como la Casa Aire tiene sus águilas. Cada Casa tiene un animal distintivo al cual proteger. Tierra tiene a sus caballos y Fuego, a los lobos.

Amy deseaba continuar con la conversación, la cual encontraba muy interesante, e iba a replicar cuando vio cómo las aguas del océano fueron cambiando de color, y entendió por qué Pita se refería al mar como el "Mar Dorado de Mies"; y era que el efecto del sol sobre ciertos corales abundantes en la zona, le otorgaba un resplandor dorado a sus aguas que las hacía parecer como bañadas en oro. Entonces, vio a una manada de delfines, saltando y revoloteando alrededor de la embarcación. Nadaban en círculo; y cada vez llegaban más.

—¿Qué está pasando? —preguntó Amy, corriendo a la barandilla, entre sorprendida e intrigada, viendo que los animales se movían a una velocidad vertiginosa. Brincaban y se dejaban caer con todo su peso sobre el agua, produciendo un sonido estrepitoso. Uno de ellos cayó tan cerca, que al chapotear mojó a Amy y a unas cuantas personas que se encontraban cerca de ella, quedando todas enchumbadas de agua salada.

La muchacha reía con mucho entusiasmo.

—Es increíble. Nunca antes había visto algo así.

—¡Y nosotros tampoco! ¡Creo que están dándote la bienvenida! —declaró Pita, estallando en risas.

Las personas se seguían agolpando en la barandilla, sorprendidos por el espectáculo de los delfines. De pronto, Amy ladeó la cabeza y la vio: La Ciudad Flotante de Mies ¡Fantástica! ¡Impresionante! ¡Imponente! Un conjunto de blancos edificios y estilizadas torres que flotaban en las doradas aguas de un mar que se mostraba sereno y confiado. En el costado este, estaba el puerto, con su camino de barcos y yates, alineados en perfecta formación, y el trajín cotidiano del comercio con el embarque y desembarque de mercancías.

—Mi hogar —señaló Pita con orgullo, y Amy pensó que jamás un orgullo estuvo mejor representado.

Mucho más allá, Amy distinguió la silueta de una isla, la blanca franja de la costa y el verde esmeralda de las palmeras pavoneándose al son del viento. Al noreste, se veía una serie de montañas, altísimas, que parecían fundirse con el horizonte, coronadas por un blanco manto de nieve.

—¡Allí vivo yo! —le dijo Toroh al oído, y sonrió.

Pita se excusó porque debía volver a la cabina de mando para dar instrucciones al personal para el desembarque. La gente comenzó a arremolinarse en la cubierta y a prepararse para el descenso. Toroh se dirigió a Amy:

—El barco es muy pesado para llevarnos a la isla. Bajaremos en la Ciudad Flotante y tomaremos un bote para ir a la costa. Hice arreglos para que las transporten al Coliseum.

Amy le agradeció con una sonrisa y se alejó de la barandilla para

buscar a su madre. Pero Dora ya estaba en cubierta y venía arrastrando las pesadas maletas por sí sola, con *Sombrita* de nuevo en su contenedor, quien miraba a su alrededor con su característico modo despectivo. Dora tenía mejor semblante y una buena disposición de ánimo. Dio un vistazo a la playa y dijo:

—¡Finalmente, llegamos! Todo está tal y como lo recordaba —y tomando a Amy por el brazo le señaló la isla, mientras el viento las azotaba cruelmente.

—Allí viví mi infancia y mi juventud, hija. Es un lugar mágico e increíble. Sé que te gustará.

Y dirigiéndose Toroh:

—¿Dónde está Pita?

—Aquí estoy –contestó una voz detrás de ella.

Dora volteó y lo abrazó.

—Quería despedirme de ti antes de irme. Después que vea a Nicolai, te prometo que vendré a hacerte una visita, tal como lo hacía en los viejos tiempos. Quiero ver a Brocania, cuando me fui tenía apenas tres años, ya debe ser toda una mujer.

—Así es, y no conociste a Brenia, tiene diez. Ahorita deben estar en el lago, te las presentaré en otra oportunidad.

—Lamento no haber estado cuando murió Clarence. Debió ser muy doloroso para ti.

—Así fue —dijo el mago y sus ojos se humedecieron al recordar el suceso.

—Si lo visitas a él, también tienes que visitarme a mí —bramó Toroh.

—¡Claro que sí, viejo zorro! —dijo Dora cariñosamente, sobándole el mentón— También tengo ganas de ver a Brea.

Pita se despidió de ellos en la barandilla porque aún tenía asuntos urgentes que atender en el barco. Toroh acompañó a las mujeres en el bote y, ya en la playa, las escoltó hasta el vehículo. Se despidió efusivamente de ellas, con apretados abrazos y besos en las mejillas, prometiendo que se verían pronto. Antes de irse, le preguntó a Amy.

—Con todo lo que has visto ¿Aún no crees en la magia?

—¡Aún no!

—Pronto lo harás. Nadie que haya estado en la Isla de las Águilas puede dudar de su existencia.

El conductor tomó el equipaje de las mujeres y los guardó en el maletero. Dora abrió la puerta del contenedor de *Sombrita,* y la gata salió corriendo hacia los cocoteros.

—¿No temes que se pierda? —preguntó Amy, viendo que de la gata lo único que se veía era la cola

—¡Claro que no! Nos encontrará en el Coliseum. Ella también tiene amigos que saludar.

Amy sonrió.

—Tus amigos son algo extraños, ¿no? —le dijo a su madre, mientras abría la puerta del vehículo.

—No más que Betina y Molly. Reconozco, eso sí, que son algo extravagantes, pero son buenas personas —dijo Dora, sentándose en el asiento trasero con su hija— Ellos son confiables, es bueno que lo sepas.

—¿Por qué nunca me hablaste de la magia, mamá?

—Porque era un mundo que no quería que conocieras. La magia, Amy, tiene un lado oscuro y perverso. Nunca lo olvides.

La muchacha asintió, pero algo en la advertencia de su madre la asustó.

El vehículo arrancó y Amy se quedó mirando cómo se iban alejando lentamente, dejando atrás al intrincado sendero de cocoteros, el mismo que había tomado *Sombrita,* y que corría a todo lo largo de la playa.

6

La Isla de las Águilas

Pocas cosas exaltan más la alegría juvenil que las regocijantes vivencias de un viaje, y el de Amy al Coliseum, lo pasó en extasiadas contemplaciones. Tan pronto tomaron la carretera asfaltada, su madre no paró de contarle historias que surgían a cada vuelta o recodo del camino, y su conversación se vio nutrida de agradables anécdotas. El conductor manejaba el vehículo con lentitud, siguiendo las instrucciones de Toroh, para que las visitantes disfrutaran de las bellezas naturales de la isla. Y su juicio no pudo ser más acertado, porque Amy, quien nunca había salido de Grasspick, encontró especial placer al ir descubriendo los nuevos parajes que la isla mostraba ante sus ojos. Hasta Dora olvidó que el motivo de su viaje no era turístico, y que Nicolai la esperaba en una cama, muy enfermo y, posiblemente, al borde de la muerte.

Muchos de los pueblitos que Dora recordaba permanecían tal y como los había dejado diecisiete años atrás; y en un intento por comunicarle a su hija lo mucho que significaban para ella, se excedía en detalladas descripciones. Cuando pasaron por Durling, su madre le mostró el viejo mercado, que expendía el más alto surtido de materiales de uso mágico, en tarantines que se exhibían a todo lo largo de sus tumultuosas calles. Vendían desde trajes y sombreros, pasando por varitas, pócimas, polvos, escobas, calderos, libros de magia y muchos otros elementos y utensilios, como cabría esperarse en este tipo de mercados; en Cabo Centella, en cambio, la música sonaba con mucha estridencia y en las calles los jóvenes se divertían bailando un son que se asemejaba mucho a la samba brasilera; en Doraplata había duendes, eran más comedidos y reinaba un ambiente de armonía y tranquilidad, y Dora dijo que eso se debía a que no aceptaban muchos visitantes, que eran más bien huraños y estaban considerados como los menos amistosos de la isla; Villa Gnomo bullía en actividad , era muy colorida y había muchos bares y tabernas, los gnomos eran reconocidos no solo como rastreadores y prestamistas, sino por también por destilar el mejor whisky de la isla. Pero, Pueblo

Hermoso, tal como lo denotaba su nombre, era de una espectacularidad que Amy no había visto jamás. Elegantes chalets, finamente decorados, sus calles empedradas meticulosamente limpias, y sus floridos jardines, lo colocaban definitivamente como el mejor de los cinco; y Amy pidió a su madre que lo visitaran tan pronto las circunstancias así lo permitieran.

Dejaron atrás a Pueblo Hermoso y Amy se concentró en la carretera. Bosques frondosos se abrían a su paso, con árboles que cubrían a lado y lado el camino, formando un arco vegetal que tapaba el azul del cielo. Se dispuso a disfrutar del paisaje, aprovechando un momento de silencio que Dora usó para tomar agua. Entonces, vio que dos águilas blancas se disputaban su atención, volando casi a nivel del suelo, subiendo y bajando con actitudes audaces. Por un momento, Amy temió que se estrellaran con el túnel vegetal por el que estaban circulando. Se cruzaban con vuelo rápido frente al automóvil y volvían a remontarse, para comenzar de nuevo el mismo acto. El chofer se asustó mucho y aceleró para escapar del acoso, pero las aves siguieron volando encima del vehículo. Salieron del túnel, y las águilas se quedaron atrás.

—¿Qué fue eso? —preguntó Amy.

Su madre se encogió de hombros.

—No lo sé.

Luego, después de una curva cerrada, se encontraron de frente con una manada de lobos que corría por la carretera; la pericia del conductor permitió esquivarlos sin tener un accidente. Amy volteó a verlos por el parabrisas trasero, y vio que los animales cambiaban su trayecto para correr detrás de ellos.

—¡Mira! —los señaló Amy— ¿Acaso todos los animales de esta isla están locos?

El conductor, viéndolos por el retrovisor, contestó:

—No sé qué les pasa. Hoy se están comportando de forma extraña —y Amy se acordó de los caballos de *La Estancia*, que también se comportaron de manera inusual.

Dora quiso tranquilizarla.

—No te inquietes, Amy. Son lobos de la Casa Fuego. Suelen vagar por el bosque durante el día. Te acostumbrarás a su presencia, no son violentos.

Amy puso en duda que alguna vez se acostumbrara a ser seguida por una manada de lobos; pero el hecho de ver a su madre tan alegre, tan alborozada y disfrutando el momento, hizo que ella también se entregara a esa alegría deliciosa que dan los ratos de exaltada dejadez; por esa razón cuando le señaló el árbol en donde había tallado su nombre, o al *toyui,* de inusual plumaje, o la roca cuya base escondía un muy amado tesoro, Amy se mostró interesada y exteriorizó su

deseo de conocer más de la isla.

Entonces, vieron a un viejo que caminaba por la vía usando un bastón. Iba a pie porque su caballo, rojo como los que Amy veía en sueños, cargaba un enorme fardo que le doblaba el lomo. Amy se fijó en el caballo, pero los ojos de Dora fueron directamente al viejo.

—¡Deténgase! ¡Alto! —gritó de repente, haciendo que el conductor frenara estrepitosamente, y que la cabeza de Amy se estrellara contra la ventanilla.

Su madre se apeó y salió al encuentro del anciano, dejando a su hija muy sorprendida porque Dora no era propensa a recoger extraños en la vía.

—¿Marlow? —dijo, con una expresión de asombro y alegría al mismo tiempo, que tomó al hombre por sorpresa. Lo abrazó.

—¿Qué haces aquí? ¡Tanto tiempo sin vernos! ¿Quieres que te lleve a algún lugar?

El viejo la reconoció enseguida, a pesar de que no la había visto en muchos años, y sus ojos se cubrieron de lágrimas.

—¡Dora! No puedo creer que seas tú. Me encuentro solo y sin hogar. Iba camino al Coliseum a ver si Nicolai me daba alojamiento.

Amy no dejó de admirar al caballo rojo que lo acompañaba. Era un magnífico animal, grande y de marcada musculatura; aunque su buena impresión se limitó solo al caballo; ya que el viejo, en cambio, le produjo una terrible desconfianza. Pero su madre actuaba como si lo conociera, y no quedó dudas de que se trataba de alguien por el cual sentía mucho aprecio.

—¡Nosotros también vamos al Coliseum! —articuló Dora— Te llevaremos. Ya me contarás toda la historia.

El conductor se bajó del vehículo y ayudó a desatar el fardo del caballo para colocarlo en el techo, ya que no había espacio en el maletero, y el mago, agradado por el favorable cambio de sus circunstancias, dijo algo al oído del animal, y este arrancó a correr, adentrándose en el bosque. Dora se colgó del brazo de Marlow y avanzó hacia el vehículo, sonreída.

—Quiero presentarte a mi hija –le dijo.

Y abriendo la puerta trasera, agregó:

—Ella es Amy.

La muchacha lo saludó con reticencia.

—Marlow fue mi tutor —continuó diciendo— Fue como un padre para mí, y mi infancia no hubiera sido la misma sin él.

La muchacha se movió para hacerle espacio y el hombre entró. El auto arrancó.

7

La Visión de Atroyana

El asentamiento de la Casa Fuego estaba en el Valle de Hierro, cerca de la cadena montañosa denominada Los Fuegos Humeantes de Jeró, ubicada al sudoeste de la isla. En realidad no eran montañas, sino volcanes activos con poca actividad, que lo más que hacían era arrojar ceniza, vapor de agua y pequeñas piedras al aire.

Los morganos dedicaron mucho tiempo a la construcción del templo del dios Tur, la deidad con cuerpo de hombre y cabeza de lobo, dios de la guerra y las actividades volcánicas, y aunque sus enemigos vociferaban que sus facciones, algo afeminadas y delicadas, inspiraban muchas cosas menos temor, los morganos lo adoraban con mucha reverencia y fervor. Este templo se edificó dentro de la montaña, en una cueva que se comunicaba por un pasadizo serpenteado con la residencia oficial en el valle. Las hechiceras, jovencitas translúcidas y con poca inteligencia, transitaban diariamente este túnel de piedra para buscar los implementos de sus ceremonias almacenados en la casa del Director. Estos rituales se realizaban en las primeras horas de la mañana, en especial los que involucraban sacrificios, en cuyo caso destacaba el uso de velas, inciensos, salamandras y ovejos.

Pero Victorio nunca había sentido inclinación hacia los actos violentos. Una vez presenció el degollamiento de un cordero, sintió que se ahogaba, que las tripas se le contorsionaban en el estómago y que el vómito no tardaría en aparecer. La cruenta imagen del animal decapitado, el olor y color de la sangre corriendo por la piedra de las ofrendas y las hechiceras danzando alrededor del cuerpo inmóvil con expresión hipnótica, le produjeron una terrible impresión. Las pesadillas vinieron después, en las noches, cuando cerraba los ojos y recordaba, entonces, se levantaba gritando. Al día siguiente, la servidumbre lo veía como a un lunático que estaba perdiendo contacto con la realidad y que se movía hacia el terreno de la locura, y lo trataban con la misma condescendía con que se trata a los dementes.

Desde entonces, Victorio evadió constantemente sus compromisos

religiosos con la excusa de que se debía al cuidado de su madre. Y en efecto, mucho de su tiempo lo pasaba con ella en su habitación, siguiendo los avances de su enfermedad, y hablándole constantemente como si estuviera consciente.

—No ha llegado Atroyana, pero las hechiceras ya colocaron en la entrada las velas y la pira para los inciensos —dijo, ubicado detrás de la ventana, cuya vista daba a la fachada del templo.

—Ahora están llevando un ovejo para el sacrificio. ¿Sabes? Le he dicho a Atroyana que debemos prohibir estas ofrendas, madre, pero, no me obedece, hace tiempo que no me obedece. Dice que eso enfurecería al Dios Tur, pero yo no le creo. Ninguna de las Casas de la isla ofrece sacrificios. Lo primero que haré cuando asuma el mando será abolir esa estúpida regla.

El muchacho se alejó de la ventana y se acercó a la cama. Chequeó la temperatura de su madre; luego, le tomó el pulso y, con un pañuelo, secó unas gotas de sudor que venían resbalando por su frente. Volvió a la ventana.

A pesar de su juventud era un joven muy aplicado y dulce, casi no conoció a su padre porque murió cuando él tenía siete años, y al poco tiempo, su madre cayó en un extraño sopor del que nunca había despertado. El Concejo, entonces, nombró a Atroyana como su tutora, quien dirigiría los asuntos de la Casa hasta que el muchacho cumpliera los dieciocho años. Sin embargo, en los últimos dos años, la actitud de la hechicera hacia Victorio había cambiado. Lo trataba con el desdén propio de una madrastra, no tomaba en cuenta sus opiniones, evitaba a toda costa que sus aprendices lo educaran en las artes mágicas, y no se le permitía salir más allá de los límites del complejo, alegando que la medida se tomaba para resguardarlo. Ante la población, las burdas apariencias parecían confirmar que el muchacho llevaba una vida de opulencia y extravagancias, cuando en realidad vivía una de prisionero confinado a las paredes de su propia casa.

—Parece que las aprendices ya tienen todos los elementos del ritual listos, madre. Los cirios deben estar encendidos, las vasijas llenas con las esencias correspondientes y la piedra ardiente recibirá pronto el incienso.

Volteó a mirarla, y constató que su respiración era tranquila y serena. Fijó, nuevamente, su vista en el templo.

—¡Llegó Atroyana!

La hermosa mujer, morena, de ojos verdes y largos cabellos castaños, era conocida en la comunidad mágica por sus habilidades clarividentes, pero sus constantes desplantes y la falta de tacto con que se manejaba, le habían atraído la antipatía de los moradores. Quizá fueran estos los aspectos de su carácter que la hacían tan afín a

Bolmer. Muchos la suponían románticamente involucrada con él, en especial Celeste, pero tal no era el caso. Su alianza se basó siempre en acuerdos de cooperación mutua para ayudarse a lograr sus objetivos individuales, que en el caso de Atroyana, era convertirse en la Directora de la Casa Fuego, derogando el derecho de sucesión de Victorio.

La puerta de la habitación se abrió y el joven vio entrar a Itzel, la mucama que lo ayudaba con el cuidado de su madre, quien traía en sus manos unas toallas dobladas, meticulosamente blancas, que procedió a colocar en el gabinete de la ropa. Se saludaron con un guiño de ojos. La madre de Victorio jamás estaba sola ya que el joven temía la ocurrencia de algún evento fortuito o intencionado que pusiera en peligro su vida; y sus sospechas apuntaban todas hacia su tutora como la única causante de su desgracia.

Aquella mañana, Atroyana entró al templo, como todos los días, y, sin demora, comenzó el matutino ritual ante la imagen de Tur. Lanzó los polvos al fuego sagrado y, enseguida, las llamas alcanzaron la altura del techo e iluminaron la estatua tallada en piedra que se observaba detrás del altar. Siete hechiceras se situaron a su lado, mientras cantaban mantras sagrados, en un tono penitente que inducía a la ensoñación. En ese estado de trance, entre el sueño y la vigilia, y la bruma de imágenes que acudían a su mente en tropel, Atroyana tuvo una visión, tan clara y nítida en sus detalles que no le quedó duda de su realidad; y le confirmó lo que había sentido aquella mañana: la presencia de Dora en la isla.

Colérica y desencajada, la hechicera se quitó el traje ceremonial. Bolmer debía ser informado inmediatamente, y debía saberlo de su propia boca. Le gritó a su asistente, Lucía, que le buscara un medio de transporte. La sensación de urgencia en el tono de su voz era notable, y Lucía no se hizo rogar. Ninguna de las hechiceras se atrevió a preguntarle lo que había visto; no tenían permitido esa familiaridad. Atroyana era una de esas mujeres acostumbradas a no dar explicaciones sobre sus actos. No se andaba por las ramas y siempre era frontal en la ejecución de sus acciones. Al rato regresó Lucía:

—Dice el encargado que no tienen vehículos disponibles hasta dentro de una hora.

La hechicera se encolerizó.

—Entonces, que me preparen uno de los caballos de Erenov —dijo, recordando que Bolmer le había obsequiado cinco de los mejores ejemplares de su cuadra.

Los hombres que trabajaban en el taller metalúrgico solo vieron a la mujer montar al portentoso animal con apresuramiento, y salir disparada hacia el Bosque Garay. Transcurrida una hora, entraba a la Ciudad Amurallada y, cinco minutos después, en la residencia oficial

de Bolmer. Las murmuraciones de la servidumbre de la Casa Tierra no se hicieron esperar, Atroyana se presentaba en la residencia sin anunciarse y se comportara con una familiaridad que no le correspondía, dando órdenes como si tuviera la autoridad para hacerlo. Celeste se molestó mucho por lo que consideró una falta total de respeto hacia su condición de esposa. Las mujeres se profesaban un odio profundo, que disimulaban solo ante la presencia de Bolmer. Por eso, cuando Celeste la encontró en el corredor de su casa, se enfureció.

—¿Otra vez hurgando en los asuntos de mi esposo? ¿Es que no hay cosas qué hacer en la Casa Fuego que debes venir a la nuestra a entrometerte en lo que no te concierne?

Atroyana la miró desafiante, tratando de encontrar la respuesta más hiriente:

—La ironía de la situación, Celeste, es que sí me conciernen y cuido más de los intereses de tu esposo que tú misma.

—¡Mentirosa! Los únicos intereses que cuidas son los tuyos. Tu alianza con mi esposo es más beneficiosa para ti que para él. Y sé de buena fuente que tus servicios no son gratuitos —contestó Celeste, roja de ira.

Atroyana soltó una carcajada que demostraba lo poco que le importaba su opinión. Iba a continuar descargando su desprecio hacia la mujer, cuando salió Bolmer del Salón de las Conquistas y le hizo señas para que se acercara.

—¡Aléjate de mi esposo! —tuvo tiempo de susurrarle Celeste al oído, mientras la hechicera pasaba a su lado.

Atroyana la miró con una amplia sonrisa y soltó la frase que tenía atragantada en la garganta:

—No es de mí de quien debes preocuparte, querida —dijo, pero no agregó nada más dejando a la otra en un estado de incertidumbre.

Bolmer cerró la puerta con una patada, tan pronto la hechicera entró. Estaban solos. El sol se colaba por la ventana y el salón soltaba un tufillo con olor a encierro. Bolmer, con la magia de sus dedos, cerró la cortina de un tirón. Tomaron asiento y el mago la urgió a hablar:

—¿Qué te ha traído aquí? Pensé que nos veríamos el viernes.

A la hechicera le brillaban los ojos de excitación.

—Un asunto de gran importancia.

—¿No podías hablarlo por teléfono? Ya sabes cómo se pone Celeste con tu presencia.

La hechicera esgrimió una sonrisa irónica.

—¿Y desde cuándo te importa cómo se ponga Celeste?

Bolmer ignoró el comentario.

—Está bien. Habla —urgió.

Atroyana le tomó la mano, mientras le advertía:

—Lo que tengo que decirte no te gustará.

El mago se sintió incómodo, tenía asuntos que atender y Atroyana no terminaba de decirle lo que estaba ocurriendo.

—Habla de una vez que estás agotando mi paciencia.

La mujer soltó su mano y fijó su mirada en sus ojos.

—Recibí una visión de Tur. Las llamas del destino cambiaron de dirección. Tu antigua prometida, Dora, está en la isla para salvar a Nicolai. Mi visión no te ve ya como el nuevo Regente del Coliseum. Vienen días difíciles para la Casa Tierra.

Las venas de las sienes de Bolmer palpitaron, su rostro se tornó escarlata y se puso de pie con un salto. Dio media vuelta y, con el puño, le propinó un fuerte golpe a la pared, dando un alarido de impotencia.

—¿Cómo puede ser eso posible? Dijiste que el hechizo era efectivo y mortal.

Atroyana no hallaba palabras para justificarse.

—Sé lo que dije, pero ella es una de los pocos que conoce el *hechizo de parra,* y su remedio. No había forma de saber que estaba viva o que regresaría. Pronto verá a Nicolai y lo sacará de su martirio.

Bolmer caminaba por el salón como un león enjaulado, sus pasos retumbaban en la superficie encerada del piso.

—Entonces, buscaremos otra forma de terminar con Nicolai —dijo furioso—. Yo debo ser Regente ¿Aún tienes contacto con los *lenguinos* de tierra firme?

La hechicera asintió.

—Manda a buscar al más sanguinario y desalmado de ellos. Haz que se ocupe del trabajo, y mantenme informado. Habla con Promeo para que te dé todos los recursos que necesites, y trata de no aparecerte en mi casa sin avisar.

Luego de unos segundos de silencio, Bolmer le preguntó:

—¿La has visto?

Atroyana sabía a quién se refería:

—Aún no, pero siento su presencia en la isla. No deberías atormentarte por la mujer que te dejó plantado. Ibas a dejar a Celeste por ella, pero Dora no valoró el sacrificio que estabas dispuesto a hacer.

Bolmer le dirigió una mirada glacial.

—Si hubiera querido tu opinión, Atroyana, te la habría pedido —dijo, adoptando el tono displicente con el que solía comunicarse.

La hechicera entendió que era hora de marcharse. Antes de irse lo miró de soslayo, sin que él se percatara. <Los hombres, todos son unos tontos cuando entran al juego los asuntos del corazón> —pensó. Allí estaba él, fuerte y poderoso, con su carga de ironía y agresividad, hecho guiñapo ante la sola mención de Dora, a quien Atroyana había

conocido en sus tiempos de estudiante. Le pareció una muchacha ordinaria y no la brillante hechicera que todos decían que era. Presenció el encaprichamiento de Bolmer por su pupila, así como el compromiso a los seis meses de conocerse, pero, el mago olvidó mencionar un pequeño detalle: que ya estaba casado y que tenía un hijo en tierra firme. Cuando Celeste, enterada del idilio por maliciosos rumores, llegó a la isla para ocupar su sitial de esposa, Dora terminó el compromiso inmediatamente. Meses más tarde se casaba con Nicolai en el Coliseum. Una sonrisa le cruzó el rostro al pensar en la cara que pondría Celeste al enterarse del regreso de su rival.

Anochecía cuando Victorio vio que llegaba Atroyana y entraba al templo. Media hora después, la hechicera salía con un pesado cubo, tan pesado que tenía que arrastrarlo con las dos manos, y daba un vistazo a los alrededores. Se sentó sobre una vieja rueda de madera, roída por termitas, que se hallaba tirada en el pequeño patio delantero, y esperó. Un cacho de luna se asomaba por el norte, y delineaba claramente su rostro. Veinte minutos más tarde, una manaba de lobos saltó la verja y la rodeó. Ella no se inmutó, ni los lobos tampoco, tomó el cubo y sacó los trozos sangrantes de carne que lanzó, uno a uno, mientras los animales los alcanzaban en el aire. Los lobos se mantenían en estado salvaje, pero, llegaban por las noches hasta las puertas del templo para comer. A veces, les soltaba ovejos vivos para incentivar sus instintos asesinos. En esas noches, Victorio prefería retirarse de la ventana para no ver el macabro espectáculo del ovejo siendo comido vivo. Solo uno, *Rayo de Nieve,* se acostumbró tanto a la presencia de Atroyana que pasaba más tiempo con ella en el templo que con la manada. Y aunque nunca había habido incidentes con lobos atacando a la población, los habitantes de la Casa Fuego, cuando llegaba la oscuridad, y la luna resplandecía allá en lo alto, corrían a resguardarse en sus casas con cerrojo.

8

El Coliseum

Dora divisó las amplias columnas de mármol blanco que sostenían la compleja estructura del Coliseum, y admiró su regio diseño, tal como lo hizo cuando las vio por primera vez, siendo estudiante. La laguna, a un costado, los grandes abedules y los picudos pinos que abundaban en los jardines, la fragancia de las cerezas frescas macerándose sobre la hojarasca de los árboles, todo le trajo un sentimiento de alegría y nostalgia al mismo tiempo. Las impresiones de Amy, como sea, fueron muy diferentes. La mansión de tres pisos que se extendía hasta donde alcanzaba su vista, aunque elegante, le pareció fría y terrorífica. Los grandes vitrales, similares a los de la iglesia del padre Bundy, el techo victoriano y el brillante musgo que crecía impunemente sobre la superficie empedrada del edificio, le produjeron una impresión desagradable. Quizás porque las gárgolas de piedra que sobresalían en las cornisas del tercer piso, otorgaban al entorno un aspecto amenazante que trastocaba la armonía que aportaban los demás elementos.

Bastante alejadas de la mansión, había otras casas menos suntuosas, mucha gente vivía allí. ¿Era aquel el supuesto sitio que debía dirigir? Era imponente, sin duda y, de repente, se sintió sofocada y le faltó el aliento. La embriaguez inicial del recorrido había pasado, y ahora se hallaba ante su realidad: en pocos minutos conocería a su padre y este le diría qué diablos significaba ser Regente. Había preparado unas cuantas frases breves y corteses que aspiraba decirle en su primer encuentro, las repasó mentalmente, entonces, le parecieron vacías y carentes de significado. Se acobardó, consideró que era mejor no decir nada que parecer tonta.

El vehículo se detuvo y Dora salió disparada en dirección a las escaleras, que eran amplias y con pequeñas columnas blancas adosadas a los lados. Amy y Marlow la siguieron, mientras, el conductor sacaba las maletas y desataba el fardo, dejándolos en la entrada. Luego, dio la vuelta y se marchó. Dora golpeaba la puerta con el puño cerrado, pero no hubo respuesta. Siguió golpeando, mientras

Amy daba un vistazo a los alrededores, no había nadie y el silencio era sepulcral. Luego de algunos minutos, se oyeron unos pasos que se acercaban. Una señora alta, de aspecto lúgubre, que vestía de negro y tenía cara de pocos amigos, abrió el pesado portón.

Dora se presentó:

—Soy la esposa de Nicolai y esta es su hija. Queremos verlo inmediatamente —dijo, señalando a Amy que ya estaba junto a ella, pero, por la expresión del rostro de la mujer supieron que sus fachas no eran las más idóneas para presentarse en la residencia del Regente y pedir audiencia. Debido al viaje, sus ropas estaban arrugadas y sus cabellos despeinados con insertos de ramas que se colaron por la ventana abierta del vehículo mientras anduvo en movimiento, dándoles un aspecto desaliñado que en nada inspiraba a la confianza. Era frecuente que las personas que no podían ver al Regente en el Tribunal Conciliatorio se acercaran a su casa; y con toda razón, el ama de llaves pensó que aquel era el caso. Jamás había visto a las mujeres, y se negó a dejarlas pasar porque no tenía notificación de esta visita. En cambio, sí conocía a Marlow, a quien había visto con frecuencia en la Casa y en el Tribunal, sabiendo que era persona de confianza del señor.

—Déjelas pasar, Mabel. Lo que dicen es cierto —entonces, con reticencia, el ama de llaves se hizo a un lado y ellas entraron.

Dora corrió a la habitación que compartió con Nicolai cuando vivió en la residencia, esperando encontrarlo allí. Y, efectivamente, allí estaba con una enfermera que le tomaba el pulso en ese momento, y Petronio, su consejero, quien se hallaba sentado en una silla de cuero, leyendo unos papeles que sostenía en su mano. Se sorprendió mucho al ver a Dora, no la esperaba. Y después de un frío saludo, tanto Petronio como la enfermera, se retiraron discretamente, dejándolos solos con el enfermo.

El hombre yacía acostado, boca arriba, con los ojos cerrados y aspecto cadavérico. La cama estaba muy cerca de la ventana, y los rayos del sol impactando directamente en su cuerpo le otorgaron una aureola dorada como las que portan los seres celestiales. Así, con esta visión distorsionada, Amy vio por primera vez a su padre. Tenía el cabello despeinado, perfil helénico y una incipiente barba que crecía en desorden. No había señal de conciencia en aquel cuerpo inerme; y aprovechando esta contingencia, Amy lo detalló buscando semejanzas físicas con su persona, llegando a la conclusión de que solo coincidían en el color del cabello y la piel.

Dora se sentó al lado de su esposo y, durante un angustioso instante, lo miró sin tocarlo. Luego, como accionada por un resorte invisible, le examinó las pupilas y las encías, y tanteó su temperatura corporal. Se detuvo a pensar unos minutos y, sin mediar palabra, salió

de la habitación. Amy y el mago la siguieron. En la cocina se puso a revisar ollas, sartenes, gavetas, y toda clase de recipientes. Se comportaba como un náufrago que estuviera en busca de agua, tirando al piso todo lo que encontraba a su paso. El personal de cocina, que no la había visto nunca, la miraba con absoluto asombro, sin atreverse a detenerla, pensando que era alguna bruja aquejada por un hechizo mal hecho.

—¿Qué buscas, mamá? —la interrogó su hija, alzando los utensilios que estaban en el piso y buscando colocarlos de nuevo en su lugar.

—Te lo diré cuando lo encuentre —dijo, y siguió destrozando la cocina.

Amy se alegró de que Mabel no estuviera por los alrededores, tenía la impresión de que aquella mujer con rostro de piedra no hubiera consentido esa clase de comportamiento, ni siquiera en la esposa de Nicolai.

Entonces, debajo del fregadero, escondido entre los productos de limpieza y unos trastos viejos, encontró un ramillete chamuscado de ramas de parra atado con un listón rojo. Lo tomó, lo alzó hasta la altura de sus ojos y dirigió unas palabras a los presentes:

—Alguien en esta casa ha estado usando esta planta para envenenar a Nicolai.

Hubo un murmullo general de incredulidad y asombro. ¿Cómo se atrevía aquella extraña a acusarlos de semejante atrocidad? Sin embargo, todos observaron que se comportaba como si tuviera autoridad para hacerlo, y se mantuvieron tan silenciosos como feligreses en misa de domingo.

Dora continuó hablando:

—Que sepa que he de averiguar su identidad y que actuaré en consecuencia.

Y diciendo esto dejó la cocina para salir de la casa.

—Mamá, ¿a dónde vas? –preguntó la muchacha, pisándole los talones, y pasando entre los cocineros que estaban apilados en la puerta.

—Quédate aquí. Debo ir al Bosque Garay a recoger unas semillas para preparar el antídoto.

—Iré contigo —acotó, ya que de ninguna manera deseada quedarse en aquella casa que tan mala impresión le había causado, con sus altos techos, sus extraños tapices, sus cortinas color sangre y su vasta colección de objetos de principios de siglo, obsoletos y desvencijados, que rememoraban los tiempos de la inquisición. En especial, le pareció terriblemente siniestro el ambiente asfixiante que emanaba de cada rincón, y peor fue su impresión cuando vio que las gárgolas que adornaban el exterior, se encontraban también diseminadas en el

interior. Experimentaba, pues, una especie de terror anómalo que le oprimía el pecho y le vedaba los sentidos, aunque muy a su pesar, tuvo que reconocer que no tenía una razón concreta que sustentara tales sensaciones.

—¡No! Es muy peligroso —recalcó su madre.

—Con más razón debo ir.

—Iré con ella, Amy —intervino Marlow— Tu madre no puede buscar las plantas y ocuparse de ti al mismo tiempo. Ve a la habitación de tu padre, hazle compañía y espéranos allá.

Nicolai era un completo extraño para ella y, aunque no se lo mencionó a su madre, prefería pasear por el jardín antes que quedarse en aquella casa opresiva, enfermiza, cuyos habitantes parecían salidos de una novela de Stephen King. El rostro del ama de llaves se le antojó de una fealdad intolerable y Petronio, a quien solo tuvo oportunidad de ver unos minutos, le recordaba a los verdugos de la revolución francesa.

El caballo de Marlow aún no aparecía, por lo que un mozo les procuró unos de la cuadra del Coliseum, por ser el medio más cómodo de adentrarse en los matorrales y alcanzar los sectores intrincados en donde crecía la planta. Tomaron el camino del bosque, evadiendo los sitios en donde acampaban los renegados, cabalgaron por la orilla del río Moroy hasta llegar al Monte Risco. Al momento, Dora revivió muchos de sus recuerdos:

—Casi no recordaba este olor —dijo, bajándose del caballo y tomando una fuerte bocanada de aire. La zona estaba rodeada de árboles de mangos y naranjales.

Luego agregó:

—Este olor a frutas y a tierra mojada no se respira en ningún otro lugar del planeta, Marlow. No me malinterpretes, adoro Grasspick, pero, en ocasiones, sentí añoranza por la isla.

Marlow sonrió.

—Si mal no recuero, era tu lugar favorito. Siempre pensé que volverías, pero a medida que pasaban los años, me convencí de que ya no lo harías. ¿Qué pasó, Dora?

Ella lo miró con una débil sonrisa.

—Tuve que elegir entre la magia y mi hija. Este mundo no es para ella, Marlow. Amy es demasiado dulce para las intrigas que aquí se viven. La magia es vez de resolver los problemas, los complica.

—La magia no es el problema, Dora; como todo recurso, es solo un instrumento que se puede utilizar para el bien o el mal —dijo, mientras se agachaba en busca de las plantas.

—Si Nicolai vive, pienso convencerlo de que nos deje volver.

—Si Nicolai vive, habrá visto lo frágil que es su Regencia sin una heredera que continúe su legado. Especialmente ahora que Triano

dirige el Concejo de Magia y Hechicería. Es un activista que busca erradicar todo rastro de la magia ancestral. Bolmer es un liberal y apoya esta iniciativa. ¿Sabes que está sustituyendo el templo de Gea por un instituto para el estudio de la magia moderna? Todo parece indicar que si llega a tener la Regencia del Coliseum, eliminará de la isla todo vestigio de la magia de Alluvien.

Conversaban mientras buscaban a la *ecunacia* entre los pastizales, planta cuyas semillas constituían el único antídoto para el mal de Nicolai. Cuando la encontraban, desgajaban sus granos y los metían en una pequeña bolsa que Dora cargaba atada a su cintura.

—¿Tienes idea de quién es la persona que intenta matar a Nicolai?

Marlow lanzó un emotivo suspiro:

—Siempre ha tenido enemigos, tú más que nadie lo sabe. Especialmente ahora que está enfrentado con Bolmer. Hay dos prefectos, uno de Cabo Centella y otro de Doraplata, con los que ha tenido sus diferencias, pero no creo que se atrevieran a tanto. Además, están todos los que de alguna manera han tenido que dilucidar un pleito en el Tribunal Conciliatorio.

Dora continuó con su tarea, mientras pensaba en los posibles sospechosos; pero un movimiento en la maleza captó su atención.

—¿Escuchaste eso, Marlow? —gritó, porque el viejo se había alejado un poco.

El mago asintió y vio cómo los pastizales se abrían para dejar paso a un bulto blanco que venía hacia ellos.

—¿Un lobo?

El animal gruñía y mostraba los dientes, su tamaño era considerable y Dora no recordaba haber visto nunca uno tan grande. Se detuvo a pocos pasos de ella. Marlow se fue acercando, sin apartar la vista del animal, listo para usar su magia en caso de que fuera necesario.

—Creí que no eran violentos.

—No lo son. Este debe estar hechizado.

Al instante, apareció Atroyana, quien no había perdido para nada aquella belleza magnifica que, no obstante, se afeaba por el macabro brillo de su mirada.

—Cálmate, *Rayo de Nieve* —dijo la hechicera sardónicamente, acariciando el lomo de la bestia— No vale la pena manchar el lustre de tus colmillos con la sucia sangre de esta gente.

Y dirigiéndose a Dora:

—Sabía que te encontraría aquí.

Dora la reconoció. ¿Cómo no hacerlo? Fue un dolor de cabeza durante el tiempo que vivió en la isla. En la única clase que veían juntas, la de *Transformaciones de Objetos y Animales*, solía ser el blanco de sus pesadas bromas. Eran niñas, pero Atroyana solía ejercitar su

maldad con los miembros más frágiles de la clase. Convertía en babosos sapos los sándwiches de su merienda y en serpientes sus varitas mágicas. En una ocasión en Pueblo Hermoso, conocido por sus espesos bosques, embrujó a un abedul que la mantuvo cautiva con sus ramas por espacio de dos horas, tiempo en el que la profesora Gilma, notando su ausencia, se aprestó a buscarla por todos lados.

—Si sabes lo que busco, debes saber también la identidad de quién le ha estado suministrando hojas de parra a Nicolai.

Atroyana se hizo la desentendida.

—No lo sé, y si lo supiera ¿por qué te ayudaría?

—Me da igual. Yo misma lo averiguaré. Solo espero que tus manos no estén metidas en esto porque lo sabré y lo reportaré al Concejo.

Y viendo a Marlow, en actitud protectora, al lado de Dora:

—Ya veo que llegaste rescatando perritos falderos, pero debiste buscarte uno más joven, el que tienes fue desechado por Bolmer.

Dora la miró con desdén.

—Marlow es demasiado educado para contestarte como te mereces, pero yo no. Me precio de tener una labia ardiente cuando el caso lo requiere. ¿Acaso no eras tú misma la perrita faldera favorita de Bolmer? Según recuerdo, era un papel un poco humillante, incluso para una pobre hechicera como tú.

Atroyana le lanzó una mirada de furia, y usando su magia y azuzando al animal, gritó:

—¡*RAYO DE NIEVE,* ATÁCALA!

Pero Marlow, lanzó un destello verde con sus dedos y lo detuvo. El lobo se alejó aullando como si mil puños le hubieran golpeado el hocico. A la hechicera no le quedó otro remedio que rumiar su rabia.

—Una vez más comprobamos que la mediocridad de tu magia no ha mejorado con el tiempo —dijo Dora.

—¡No cantes victoria todavía! ¡Nos volveremos a ver más pronto de lo que crees! —dijo la otra, antes de desaparecer.

Luego del episodio, Dora miró a Marlow.

—Había olvidado lo desagradable que pueden ser algunas personas. Y tu magia, ¡aún es tan poderosa!

Marlow sonrió.

—¿Lo ves? La magia no siempre es mala. En ocasiones nos brinda muchas satisfacciones.

Terminaron de recoger las semillas y montaron sus caballos de vuelta. En el Coliseum encontraron a Amy y al caballo de Marlow comiendo cerezas silvestres del jardín. *Sombrita* también había llegado y se paseaba, indiferente, por el lago.

Sin pérdida de tiempo, Dora y Marlow se dirigieron a la cocina. Amy los siguió, y pudo ver, por primera vez, cómo su madre preparaba una pócima que olía a rana cocida y a tripas de cucaracha

aderezadas con ajo. Amy pensó que era una suerte que su padre estuviera inconsciente, porque no había nadie en el mundo que se tomara ese menjunje estando en sus cabales. De vuelta a la habitación, Amy y Marlow sostuvieron la cabeza de Nicolai, mientras Dora, con una cucharita, introducía pequeños sorbos en su boca de aquella sustancia acuosa que Amy mirada con repugnancia.

—Ahora déjenme sola, es hora de hacer el conjuro.

Amy y Marlow abandonaron el recinto y fueron a sentarse en unos muebles del pasillo. Una armadura oxidada formaba parte de la decoración, y Amy volvió a sentir aquel estremecimiento en el pecho.

—Tu madre es una hechicera poderosa. Debes estar muy orgullosa de ella.

La muchacha encogió sus hombros.

—Nunca supe que era hechicera. Fue toda una sorpresa para mí. Aun ahora, encuentro difícil la idea de que sea una bruja ¿La conoces de hace tiempo?

Marlow asintió.

—Sí. Fui su tutor durante veinte años. Sabes, tu madre no nació aquí. Vino del continente cuando sus padres murieron. Solo los mejores llegan a la isla, y ella era la mejor de su clase. Tu abuelo Rodolfo, el padre de Nicolai, la ubicó en la Casa Tierra. Fue una alumna excepcional——recordó Marlow—. Pero, ella no se conformó con estudiar la magia de su Casa, aprendió todo lo que pudo de las Casas Agua, Fuego y Aire. No es común ver a una hechicera que domine los cuatro elementos, como Alluvien, sin ser descendiente directa.

—¿Y a qué Casa perteneces tú?

—Hasta hace poco fui consejero de la Casa Tierra; pero siempre tuve lazos de amistad con tu abuelo, y luego con tu padre, inclusive después del episodio del pleito que tuvo con Bolmer. De más está decir que me tocó mantener nuestra amistad en secreto, porque de haberse sabido, Bolmer me habría echado de su Casa mucho antes —dijo riendo.

—¿Y por qué se pelearon? —preguntó Amy con curiosidad.

—Eso es algo que debe responderte Dora. Es una historia muy larga, Amy. Cuando lleves aquí un tiempo te darás cuenta de que hay historias por todas partes. Algunas, no muy buenas.

—No pienso estar aquí mucho tiempo. Volveremos a Grasspick en unas semanas.

—No creo que eso sea posible, Amy. Una vez que entras en contacto con la magia, la magia nunca te deja.

—Pero, yo no sé nada de la magia. Mi madre nunca me enseñó.

—Entonces, tu única meta debe ser aprender la magia de los elementos.

—Pero, yo no quiero aprender ninguna magia, ni esa, ni las otras.

—¿Cómo lo sabes? Mi recomendación es que conozcas un poco de ella y, luego, tomes tu decisión.

—¿Crees que Nicolai se salve? Si es así, él puede seguir siendo Regente y mi madre y yo podríamos regresar a Grasspick —dijo Amy, esperanzada.

—No creo que las cosas sean tan sencillas…

Marlow se sintió obligado a prevenirla.

—Muchacha, aquí las cosas no son como en tu pueblo. Las apariencias engañan y nadie es lo que parece. Aquí todos son magos y hechiceras y usan la magia constantemente, incluso para engañar. Para alguien como tú, que no conoce nada de hechizos ni conjuros, eso te coloca en un estado de indefensión. ¿Me entiendes?

Y haciendo una pausa, dijo:

—Pero no debes preocuparte, la sangre de Dora y la de Nicolai corren por tus venas, así que, algún día, serás una excelente hechicera.

Las palabras de Marlow la inquietaron sobremanera. La advertencia suponía peligros ocultos, vedados a sus ojos porque no era hechicera. ¿Qué podría hacer? En eso, Dora salió de la habitación interrumpiendo la conversación.

—¡Terminé! Ahora es solo cuestión de tiempo —dijo, satisfecha— Mañana estará mejor. ¿Y Petronio?

—Creo que ya se marchó.

—El pobre casi se muere de un susto cuando me vio. Creo que todavía no le caigo bien —dijo riendo.

Luego, dirigiéndose a Amy:

—No le agrado porque él quería que Nicolai se casara con una de sus hijas; y siempre me vio como la que había destrozado la felicidad de su muchacha.

—¡Pobre! Debe estar desesperado, aún le quedan cinco hijas por casar. Y si me lo preguntas, creo que ya no hay esperanzas de que alguna consiga marido —acotó Marlow, tristemente.

—¿Y desde cuando la soltería es una pena? —refutó Dora— Hay muchas hechiceras que nunca se casaron y viven muy felices, sin la presencia de un marido que las atormente. Madame Telof, por ejemplo.

Y dando por concluida la conversación, agregó:

—Busquemos a Mabel para que nos ubique habitaciones.

Amy no deseaba dormir en aquel cuarto, a pesar de que su madre le había asegurado que sus temores eran infantiles e infundados. La pieza estaba finamente decorada, con muchos almohadones de plumas y mantas acolchadas, y la mampostería no mostraba señales de deterioro, pero los cuadros sí tenían una tenue decoloración, desagradable a la vista, que ni siquiera el moderno mobiliario había

podido disimular; y, como todo en la casa, emanaban una tristeza sombría que hacía muy difícil que Amy se sintiera a gusto en ese ambiente. Su madre pasaría la noche velando al enfermo. Cuando quedó sola, la joven echó otro vistazo a los cuadros, eran paisajes boscosos pintados en tonos oscuros y turbios, de apariencia mortuoria. Para no mirarlos, optó por tomar una de las sábanas que Mabel le dejó sobre la cama, y los cubrió por completo; solo haciendo esto se sintió mucho mejor y pudo irse a dormir a la confortable cama.

Sin embargo, el sueño no acudió con la rapidez que esperaba, otros asuntos ocupaban su mente: las palabras de Marlow la habían inquietado y el tan esperado encuentro con su padre le atacaba los nervios. Con relación a esto último, se imaginaba la escena con nitidez: Ella lo vería, con la sensación de arrobamiento por los largos años de ausencia, correría a sus brazos, llorosa, y le diría unas palabras cariñosas al oído. ¿Qué le diría? ¿Se abrazarían? ¿Llorarían juntos? Se preocupó, ella no lloraba con facilidad, pero el momento bien exigía que dos o tres lágrimas se deslizaran subrepticiamente por sus mejillas. ¿Qué haría si no lo hacían? Tendría que conformarse con los abrazos. ¿Lo abrazaría ella primero? ¿O esperaría a que el gesto cariñoso proviniera de él? Su cabeza era un mar de confusiones.

Dio unas cuantas vueltas en la cama, volteó la almohada y, de nuevo, intentó dormir, pero, cuando ya sus cansados ojos estaban a punto de cerrarse, el estrambótico sonido de unas campanadas, que se repetían a intervalos regulares, estremeció la habitación y la despertó; y en eso estuvo toda la noche.

9

Nicolai Bestru

Cuando Amy abrió los ojos, por un instante, no supo en dónde se encontraba. Permaneció inmóvil en la cama unos minutos, mientras trataba de recordar los eventos del día anterior. Entonces, imágenes de su extraña travesía pasaron velozmente por su mente: los pueblos, las águilas, los lobos, el caballo rojo, Marlow, Mabel y su padre. Mucho había ocurrido en poco tiempo. Pensó en Nicolai, quien dormía en su lecho a unos cuantos pasos de su habitación, y no sintió emoción alguna, excepto la que se siente a la vista de un ser humano cuando está atravesando similares circunstancias. ¿Estaría mejor? ¿Habría funcionado la pócima? En todo caso, en unas horas lo sabría. Su pensamiento voló hasta Marlow, era un hombre callado y taciturno, pero aparentemente sabio, y su madre lo tenía en alta estima, y consideró que no lo había tratado lo suficiente como para formarse una opinión, favorable o desfavorable, de su persona. Entonces, se dio a pensar en la casa, y de ella había mucho que decir, el mismo sentimiento de terror que había experimentado el día anterior lo volvió a experimentar con todos sus espeluznantes detalles. Le pareció que todo era oscuro y tenebroso. La distribución del espacio era irregular, tenía todo lo que las grandes mansiones tienen: vestíbulos, salas, habitaciones, comedores y jardines, pero los objetos de la casa irradiaban un aura peculiar que Amy aún no lograba definir, pero que le resultaba incómoda y desagradable.

Estaba ya preparándose para levantarse cuando la vio, y fue tanto el espanto que el grito se le congeló en la garganta. Una gárgola estaba en el rincón opuesto a la ventana, casi oculta por una gruesa cortina que tapaba parcialmente la pared, y como la iluminación era débil, la figura había pasado desapercibida para ella la noche anterior; pero ahora, a la luz del día, se mostraba en toda su monstruosa dimensión. Amy se levantó, todavía con el corazón dando tumbos y con la sangre helada, y tomando la cortina la corrió para terminar de cubrirla por completo. ¿Qué mente morbosa disfrutaría teniendo en la habitación a una gárgola? Las pocas dudas que tenía sobre la

naturaleza lúgubre del lugar se disiparon.

Ya repuesta de la impresión, sintió los ligeros espasmos del hambre. Debido a la agitación de la noche anterior por la preparación de la pócima, cuyos aromas y textura poco incitaban a la gula, había olvidado cenar, y ahora sufría las consecuencias. Consideró esperar a su madre para desayunar juntas, pero era muy temprano y, seguramente, estaría trasnochada. Decidió no molestarla, así que se aventuraría hasta la cocina por sus propios medios. Se vistió y se preparó para bajar.

Abrió la puerta con cuidado, y se encontró en un corredor cuya decoración tenía una tendencia marcadísima por lo gótico, no lo notó la noche anterior porque las penumbras lo ocultaron. Ahora, la claridad la proveían dos grandes vitrales que daban a la parte frontal de la casa; había un reloj de pared, muy pegado al ventanal, que marcaba los minutos con un péndulo que, al completar el ciclo de una hora, sonaba a rabiar y a todo pulmón. Cuando dio la campana de las siete, Amy reconoció en aquel sonido el que había perturbado su sueño toda la noche. Miró a la derecha y a la izquierda, no había nadie, excepto las grandes esculturas de bronce de aspecto animalesco, pegadas a la pared con expresiones ambiguas. Caminó en puntillas hacia la escalera, tenía la sensación de que aquellos objetos de espanto cobrarían vida y que pronto se abalanzarían sobre ella para destrozarla, pero comprobó, para su tranquilidad, que el lugar estaba desierto y que los objetos no se habían movido de lugar. Su mayor preocupación era encontrarse con el ama de llaves. El día anterior, la mujer las había llevado hasta las habitaciones, pero no se veía contenta del trabajo adicional que la presencia de las mujeres le generaba. Su mala actitud, su cara larga y su cabello estirado en un moño amarrado en la nuca, le produjeron a Amy una desagradable impresión. No obstante, a Mabel, en su posición de subordinaba, no le quedaba otro remedio que atender servilmente a las visitantes hasta que el señor dispusiera lo contrario. El ama de llaves era una de esas mujeres indefinibles que abundan en los pueblos y en las grandes ciudades, a las que el sufrimiento ha enseñado a controlar cada minúsculo músculo de su rostro, cuya tétrica expresión ocultaba siempre lo que estaba pensando o sintiendo, inclusive al ojo más observador. Amy se preguntó cuál sería su historia: ¿Habría nacido en la isla? ¿Viviría en uno de los adorables pueblitos que había visto en su trayecto a la casa? ¿Habría sonreído alguna vez? Lo dudaba, porque de haberlo hecho el conjunto de rasgos, que hacían que su cara se viera tan avinagrada, le habrían otorgado una calidez que hubiera sido notoria.

Ya en la cocina, se detuvo a observar los gabinetes, decidiendo cuál de ellos era el que tenía más probabilidades de contener cereal o

galletas, o lo que fuera que desayunaran los magos. En ese menester estaba cuando entró por la puerta una joven, de edad similar a la suya, con el cabello rubio y ensortijado, el rostro pecoso, vistiendo una túnica negra que le llegaba hasta los pies.

—Tú debes ser la hija de Nicolai —le dijo mirándola fijamente.

—Sí, soy yo —respondió la aludida, sin moverse de su lugar.

La joven se dirigió a una gaveta y tomando un gran tarro de mermelada de suculento aspecto y unas galletas que colocó sobre la mesa, se sentó y, con un gesto amistoso, le indicó a Amy que estaba dispuesta a compartir. Entonces, se presentó:

—Soy Brandy, la hija de Mabel, el ama de llaves. Creo que la conociste ayer —dijo, mordisqueando la galleta que ya estaba debidamente untada de mermelada, dándole el cuchillo a Amy para que se sirviera.

Amy se acercó a la muchacha, tomó el cuchillo y untó su galleta, diciendo:

—¡Sí! Ya nos conocimos —agregó, cuidándose de no mencionar su opinión acerca de Mabel, y cambiando de tema— Esperaba encontrar a muchas personas trabajando en la cocina, dado el tamaño del lugar.

Brandy no parecía sentirse intimidada por la presencia de Amy. Se notaba que estaba acostumbrada a manejarse en ese ambiente. Parecía conocer la ubicación de todos los víveres de la alacena, por lo que Amy intuyó que pasaba mucho tiempo en la mansión. La joven bruja, quien ya había sacado un pote de leche de la nevera y se servía medio vaso, al tiempo que lo empinaba hacia su boca, contestó:

—Los empleados llegarán pronto. Muchos viven en los pueblos cercanos. Los duendes de Doraplata vienen en las tardes, porque son muy huraños y nadie quiere trabajar con ellos, ni ellos quieren trabajar con nadie. Pero hay ciertos platos de la comida doraplatense que le gustan a Nicolai, así que los aguantamos, y mi madre los supervisa para que no se lleven nada. Aquí solo viven tu padre, la enfermera, mi madre y yo; pero yo vengo solo en vacaciones porque me entreno en la Casa Aire. Las mucamas, los guardias, los cocineros y los escoltas no pernoctan aquí. Vienen por las mañanas y se van en la noche.

Amy se preguntó a qué sabría la comida de los duendes, y se aseguraría de no irse de la isla sin probarla. Luego, agregó:

—Esta casa es tan grande, que pensé que viviría un ejército aquí dentro —dijo con la boca llena.

Brandy la miró con curiosidad. Le parecía extraño que nadie supiera de la existencia de la hija de Nicolai hasta ahora. Seguramente había una historia interesante detrás de todo aquello, y como en la isla todo se sabía, pronto el relato y sus detalles serían de dominio público.

—Aquí hay muchos salones en donde se puede curucutear: corredores, habitaciones, pasadizos que en algún momento fueron secretos, pero que ahora todo el mundo conoce. Yo uso mucho uno que está en el lado sur y que sale al Bosque Garay. Solo hay una habitación que está prohibida en el tercer piso, pero habiendo tantas, no echo esa de menos. Nadie tiene permitido ir allá, ni siquiera las mucamas.

Amy preguntó, picada en su curiosidad:

—¿Y por qué está prohibida?

La otra se encogió de hombros.

—No lo sé. Nunca me lo han dicho, ni he preguntado. En el mundo mágico hay muchas cosas misteriosas, y esas es mejor dejarlas tranquilas. Si quieres, podemos explorar el lado sur. Allí tengo lo que yo llamo "la guarida de la bruja", una especie de club que fundé con dos de mis amigos: Cesor y Amgar, ambos de la Casa Aire. Allí nos reunimos a platicar casi todas las tardes, cuando no estamos en clase. Serás bienvenida, si así lo deseas.

La guarida no era más que un enorme salón que Brandy usaba para guardar los objetos que encontraba en sus exploraciones y le parecían interesantes, ideal porque era poco visitado por la servidumbre, excepto para depositar trastos viejos o inservibles. Amy no sabía cuánto tiempo se quedaría en la casa, así que respondió:

—Bueno, no sé si pueda quedarme para las exploraciones. Tan pronto se recupere Nicolai, regresaré con mi madre a nuestro pueblo.

—¿De dónde vienes?

—Del condado de Grasspick, está muy lejos de aquí. Espero volver pronto. Allá están mi vida y mis amigos.

Brandy la miró con recelo:

—¡Es extraño que pienses así! Cuando lo primero que nos enseñan los magos es a no tener apego ni por las cosas, ni las personas, ni los lugares. Un mago sufre muchos cambios a lo largo de su vida, y, con frecuencia, debe desprenderse de las cosas más queridas.

Amy pensó que a lo mejor fue eso lo que había hecho su padre con ella, y viendo que estaba pensativa, Brandy creyó oportuno comentarle sobre las singularidades de la isla.

—En la Isla de las Águilas viven muchos seres del mundo mágico. Hay lugares muy bonitos: playas, montañas nevadas, teleféricos, volcanes y abismos. Aquí se conjuga lo mejor de lo antiguo y lo moderno. Tenemos puentes, molinos y edificaciones medievales que se combinan armoniosamente con la arquitectura moderna. Hay vehículos y caballos; teléfonos y palomas mensajeras; hornos de leña y cocinas eléctricas. Mi lugar favorito es Cabo Centella, hay mucha diversión para los jóvenes allí y casi no hay duendes.

Amy enseguida simpatizó con Brandy, por lo cual decidió

compartir sus impresiones de la casa con ella.

—¿No sientes que la atmósfera de la mansión tiene algo de lúgubre y sombrío? Desde que llegué, siento que la desesperanza me persigue. Es como si una tristeza muy honda se anidara en sus paredes.

La joven la miró como si no supiera de lo que estaba hablando

—Estás exagerando. Pienso que lo que te produce esa sensación son los objetos viejos que se han ido acumulando al pasar de los años, desde los tiempos en que Alluvien habitaba la isla. Hay mucha historia aquí, y la sensación no debería ser diferente a lo que sientes cuando visitas un museo.

Mabel apareció repentinamente en la puerta de la cocina, y Amy se llevó un tremendo susto porque no escuchó el característico taconeo que la precede en todos lados. Detrás de ella venía el personal, debidamente uniformado y de blanco. No se sorprendió de la presencia de las jóvenes allí, pero su cara era tan inexpresiva que Amy se preguntó si sería de piedra.

—Amy, tus padres te esperan en el estudio. Tienes que caminar hasta el final de este corredor —dijo, señalándole una dirección— luego, cruzas a mano derecha, la segunda puerta a la izquierda es el estudio de tu padre.

Amy se levantó de la mesa, se limpió la boca con la orilla de su manga, cuestión que no pareció agradarle a Mabel, y salió al corredor, no sin antes despedirse de su nueva amiga. Había llegado el momento, vería a su padre. De pronto, se dio cuenta de que su discurso, tan pensado y articulado los últimos días, se había borrado por completo de su memoria; por más esfuerzos que hacía, no lograba recordar ni una palabra. Caminaba despacio, como si con esto pudiera demorar el momento del encuentro. Como todo en la casa, el corredor estaba oscuro, y los sombríos tapices y las altas molduras del techo arrojaban sobre ella una acechante sombra que la seguía a medida que avanzaba. Sintió que le sudaban las manos y que el corazón se le saldría por la boca. Por un instante, pensó en regresar a la cocina por agua, pero, reprimiendo el deseo, continuó. Como decían en Grasspick, *“Al mal trago, darle apuro”*. Vio a su madre en la puerta del estudio, y se tranquilizó.

—Vamos, Amy. Nicolai te está esperando —la apuró, y le pasó el brazo por su hombro cuando entraron.

La estancia estaba decorada con madera y mármol. No había libros, ni cuadros, ni retratos de familia; sobre las paredes colgaban los estandartes de las Casas y un juego de sables cruzados resaltaba en la pared frontal; del lado derecho, había una chimenea enorme, desprovista de leños y con la apariencia de no haberse usado en mucho tiempo. El diseño interior era simple y minimalista. Lo único que le pareció a Amy hermoso de la habitación, no estaba en la

habitación: era el lago que se veía desde la ventana. Todo lo demás, era frío e impersonal y un lugar muy poco acogedor para un primer encuentro familiar. Su padre, sentado detrás de un gran escritorio, con la tez rebosante en salud, como si nunca hubiera estado a pasos de la muerte, vestía un sweater negro, que no hacía más que resaltar la blancura de tu tez, su cabello ya no estaba desordenado y la barba había desaparecido. Pudo notar que era guapo.

Nicolai se levantó y, con un gesto de su mano, le señaló su asiento:

—Tu madre y yo tenemos mucho que contarte, muchacha.

La joven dio unos pasos vacilantes y se sentó en la butaca.

—Mi nombre es Amy.

—Lo sé —dijo en un tono amable y cordial, y a Amy le pareció que su voz denotaba algo de emoción.

Su madre se ubicó a su lado, mientras su padre se mantuvo en pie.

—Me imagino que te estarás preguntando por qué estuve alejado de ustedes todos estos años. Sé que debes sentirte confundida y hasta furiosa. Pero debes saber que todo lo que hicimos fue con la intención de protegerte. Veinte años atrás la isla no era un lugar seguro para nosotros. Las Casas estaban enfrentadas, y Tratos, antiguo Director de la Casa Tierra, quiso tomar el Coliseum por la fuerza. Fui objeto de varios atentados, pero una noche, un desconocido irrumpió en nuestra habitación y casi mata a tu madre. Se salvó del cuchillo gracias a que el asesino no era un profesional. Por el bien de ustedes, decidí que Dora abandonara la isla y fuera a un lugar seguro. Por mucho tiempo, ni siquiera yo supe a dónde habían ido.

—No lo entiendo, ¿Por qué? —preguntó la joven.

—La mayoría de mis enemigos eran hechiceros y magos, y habrían hecho cualquier cosa para perjudicarme, incluyendo embrujar, dañar o matar a mi familia. Para ese momento, yo ya había perdido mis poderes y no tenía forma de protegerlas. Por eso, el viejo Marlow se encargó de sacarlas de la isla, y decidimos cortar cualquier vía de comunicación para que nadie pudiera rastrearlas.

Amy estaba confundida.

—Si Marlow era el consejero de la Casa Tierra ¿Por qué los ayudó?

—También era el tutor de Dora y la quería como a una hija. Era la persona ideal para hacer el trabajo porque nadie sospecharía de él. Tratos nunca supo de la amistad de Marlow con mi padre, que databa desde los días de su infancia. Él tenía contactos en tierra firme que podían ayudar a Dora a desaparecer.

Se tomó unos minutos para tomar aliento. Observó a la muchacha. <Tiene un carácter decidido, y es testaruda como yo> —se dijo. Pero en el rostro de su hija no veía nada que le indicara lo que estaba pensando. Nicolai sacrificó su vida familiar para cumplir con sus obligaciones como Regente y gobernar con ecuanimidad y justicia. La

paz entre las Casas se mantuvo, pero a un alto precio para todos. Nunca dudó de la decisión que había tomado: salvó a la isla y mantuvo a su hija viva. Admitía, no obstante, que ahora que regresaban la convivencia iba a ser difícil. El tiempo los había convertido en extraños, cada uno con rumbos y caracteres diferentes. Dora insistía en regresar a Grasspick, pero él necesitaba a Amy; sin ella sus planes no serían viables. Nicolai continuó su relato:

—La idea era que estuvieras lejos y aprendieras a protegerte para que al regresar tuvieras dominio de la magia; de esta forma tendrías los medios para defenderte de tus enemigos. Pero, al parecer, Dora no entendió bien las reglas —dijo, haciendo énfasis en la entonación de la voz y frunciendo el entrecejo, y Amy tuvo la impresión de que sus palabras encerraban un sutil reproche para su madre.

—Ahora debemos ocuparnos de la parte de tu educación que quedó relegada.

Nicolai se acercó a ella con la intención de abrazarla, pero no estaba seguro de cómo recibiría Amy este gesto de su parte, entonces, mantuvo su distancia.

—Espero que me des la oportunidad de ser un padre para ti —dijo finalmente.

Amy comprendió que aquel hubiera sido un momento oportuno para decir su discurso, si hubiera tenido uno. Se levantaría con la solemnidad que requería el acto, vería a su padre a los ojos con reticencia, y hasta derramaría una o dos lágrimas, adoptando el modo y tono casual con el que se dicen las grandes verdades. Si bien buscaría herirlo, lo haría disfrazando el reproche con el manto voraz de la indulgencia. ¡Sí! Mucho tenía que reprocharle, pero el tan anhelado discurso había huido de su memoria, dejándole nada más que un bochornoso silencio, muy parecido a la apatía. Luego de un incómodo intervalo, agregó:

—La verdad es que a estas alturas no sé si quiero tener un padre. Lo único que deseo es regresar a Grasspick. Y disculpa si no puedo llamarte “papá”, es un término que nunca he usado y sonaría extraño en mi boca. ¿Está bien si te llamo Nicolai?

—No seas tan dura, Amy —declaró Dora.

—En este momento estoy muy confundida, mamá. Recién me entero que tengo un padre, y encima, que es un mago. Es algo que tendré que asimilar con el tiempo. Por lo pronto, considerando que Nicolai está recuperado, creo que podemos regresar a casa y continuar nuestras vidas.

Este la miró entre comprensivo y condescendiente. Era natural que la chica sintiera cierto desconcierto, pero mientras más pronto entendiera su papel en el Coliseum, mejor sería para todos. Luego, dijo:

—Hay familias que no tienen la libertad de ejercer el libre albedrío, y no siempre pueden hacer lo que quieren. La nuestra es una de ellas. Muchas personas dependen de nosotros, Amy. El Regente es el que mantiene el equilibrio entre las cuatro Casas. Si no estuviéramos, la isla sería un campo de conspiraciones e intrigas. Si no quieres un padre, al menos, recíbeme como consejero o amigo.

Y diciendo esto, caminó alrededor del escritorio para quedar de frente a la muchacha:

—Hagamos un trato —continuó Nicolai— Entrénate con cada una de las Casas y aprende la magia de los elementos. Si después de eso, aún quieres marcharte a Grasspick, lo aceptaré.

Los ojos de Amy se iluminaron y, por un instante, lamentó haber sido dura con él. Quizás, el proceder de sus padres no había sido el más idóneo, pero eso no significaba que fueran padres perversos; segura estaba de que sus decisiones habían sido tomadas tomando en cuenta el más alto grado de bienestar para ella. La propuesta de su padre era tentadora, pero no aceptaría hasta tener mayores detalles.

—¿Cuánto tiempo me tomará?

—Dependerá de ti. Podrían ser unas pocas semanas o unos meses…

—¿Quién me entrenará?

—Buscaré al profesor más competente del continente.

—Y si no aprendo nada, igual podré irme ¿no?

—Eso es correcto. Pero te pediría que consideraras asumir la Regencia.

Estuvo largo rato pensando en la propuesta. Molly y Betina estaban de vacaciones y no regresarían hasta el final del verano. Tenía que reconocer que el verano en Grasspick, sin sus amigos, era de lo más aburrido. Podría usar el tiempo para aprender la magia y, cuando su madre y Nicolai comprendieran que no tenía madera de hechicera, regresaría al rancho con Dora, a tiempo para el comienzo del nuevo año escolar. Entonces, como el trato le pareciera muy justo, dijo, con mucho entusiasmo:

—Está bien. Eso haré, pero sepan que no cambiaré de opinión —le dio un apretón de manos a Nicolai y un beso a su madre, pero cuando ya alcanzaba la puerta para irse, recordó una cuestión.

—¿Podrían decirle a Mabel que saque la gárgola y los cuadros de mi habitación? Son algo tétricos y no me dejan dormir.

Dora asintió y permaneció en el estudio con Nicolai. Habían platicado temprano esa mañana, mucho antes que tuviera lugar la conversación con Amy, y el mago le había expresado claramente que necesitaba a su hija en la isla para poder continuar como Regente; y hace unos minutos le había escuchado decir que podrían marcharse cuando terminara el entrenamiento. Dora se mostró confundida.

—¿Nos dejarás regresar a Grasspick? No me malinterpretes, pero

hace unos momentos entendí que necesitabas a Amy a tu lado.

Nicolai se llevó las manos a la cabeza.

—Y es cierto. Solo le dije lo que quería escuchar, y espero que el contacto con la magia le haga entender su rol.

Dora arrugó el entrecejo.

—¡La engañaste! No es un buen inicio para comenzar una relación padre-hija.

Nicolai trató de buscar las palabras para replicarle:

—Han pasado muchas cosas desde que te marchaste. No puedo seguir gobernando solo. Las cosas han cambiado. Triano es el nuevo presidente del Concejo de Magia y Hechicería. Acaba de cambiar el reglamento para el ejercicio de las Regencias y las Direcciones en todo el mundo. Ahora solo los magos en completa posesión de sus poderes pueden dirigir los asentamientos. Bien sabes que perdí los míos cuando ocurrió la tragedia, ¿recuerdas? Es solo cuestión de tiempo que me remuevan del cargo. Por eso necesito a Amy. Ella puede convertirse en Regente y yo gobernaría a su lado como su tutor. Todavía prevalece el derecho de sucesión para los herederos directos.

—Pero Amy no sabe nada de magia.

—Pero aprenderá.

—No quiero a nuestra hija envuelta en esto, Nicolai. No está lista. La magia y la política son los grandes males que aquejan a las civilizaciones, y Amy no tiene ni idea de cómo se manejan las cosas en esos ámbitos. Ella solo conoce la vida del rancho, y créeme, allí los caballos no se confabulan unos con otros para quitarse los cargos. ¿Qué dice Petronio?

—Él está de acuerdo en que Amy asuma la Regencia. Durante todos estos años ha tratado de devolverme mis poderes, pero no ha podido, nadie ha podido. Los he perdido, Dora. ¡Todos! Necesito a Amy —dijo en tono quejumbroso— Siempre pensé que si volvías, podríamos reanudar nuestra vida como familia.

La mujer se mostró renuente.

—Ambos hemos cambiado. No somos los mismos chicos alocados que actuaban sin pensar. Mi vida está en Grasspick y la tuya está aquí. No podrías vivir sin el Coliseum. Este es tu medio, no el mío.

El hombre consideró pertinente tocar otro tema:

—Tenemos que planificar la presentación de Amy ante el Concejo de Magia y Hechicería. Como fecha tentativa, he considerado hacerla en tres semanas. Es un evento muy importante en la vida de toda hechicera.

Dora frunció el ceño.

—Amy no es una hechicera aún, y no sabemos cuánto tarde en aprender. Es prematuro considerar alguna fecha, sin conocer sus avances.

—¡Tonterías! Tiene nuestra sangre en sus venas. Será una hechicera muy poderosa. Tan pronto entre en contacto con la magia, se moverá como pez en el agua. Confía en mí, Dora, ya lo verás.

—En el rancho tenemos un dicho: *"No cuentes los huevos antes de que la gallina los ponga"* No te adelantes, Nicolai.

—Arreglaré la reunión con el Concejo y si no está lista, la cancelo —prometió.

—¿Quién te aconsejó eso? ¿Pretonio? ¿Es que no se cansa de meterse en nuestras vidas?

—Solo trata de ayudar. Entiendo que tuvieron sus diferencias en el pasado, pero ya es hora de dejar todo eso atrás.

Dora no estaba muy contenta por cómo estaban resultando las cosas. Consideró necesario aclarar su punto de vista.

—Le prometiste a Amy que si aprendía magia, podría regresar a Grasspick; y ella aceptó tu propuesta. No estoy dispuesta a dejar que la engañes. Cuando ella cumpla, tú cumplirás también. Si quieres, pide la presentación con el Concejo para dentro de tres semanas. Pero estás advertido, después de la presentación, sea cual fuera el resultado, Amy y yo volveremos a Grasspick.

Y dando un portazo salió del estudio.

10

La Furia de Bolmer

Orgón manejaba al grupo de muchachos que llamaban los "*Ojos",* y, aunque sus actividades no eran consideradas de importancia en el orden jerárquico de la Casa, él se sentía muy satisfecho con su desempeño. Tenía la equivocada idea de que mientras menos perturbara la tranquilidad de su jefe, más probabilidades tenía de trabajar a su lado muchos años más. No había razones para dudar de la estabilidad de su empleo, Bolmer lo había felicitado en varias oportunidades porque los muchachos hacían realmente bien su trabajo; pero su jefe tenía la mala y recurrente costumbre de despedir a las personas sin mediar motivo, y por asuntos tan pírricos como derramarle accidentalmente una taza de café sobre la ropa, o simplemente porque le daba la gana. No obstante, se sentía seguro. No podría ser de otra forma, los *Ojos* estaban por todos lados, a todas horas, y era muy poco lo que escapaba a su escrutinio. El único lugar que quedó fuera de su alcance fue Doraplata, y eso, porque no había ninguno de ellos que pudiera pasar por duende, y tampoco pudieron reclutar uno que se prestara a realizar el trabajo.

Cuando Orgón recibió la información del *Ojo* del Coliseum, supo que tenía que comunicársela a Bolmer inmediatamente. Esas eran las órdenes y así debía hacerse; aunque su sentido común recomendara lo contrario. Sabía que el Director se molestaría al enterarse de la noticia; no cabía duda de ello, pero se molestaría más si no se enteraba. En tal disyuntiva se encontraba Orgón mientras decidía si presentarse o no en las caballerías en donde Bolmer solía encontrarse a esas horas. Dudaba, aunque bien mirado, no tenía otra opción y no cabía demorar más el deplorable momento. Así que, armándose de valor, se dirigió a los establos con paso firme, decidido a hablarle, sin importar las circunstancias. Lo vio con Tromedus y escuchó que conversaban sobre las potencialidades de un caballo que mostraba un rendimiento superior a los otros de la cuadra. Miró su cara para darse una idea del estado de ánimo en el que se encontraba, no era cuestión de darle una noticia cuando estaba en su peor momento. Parecía

enojado, pero entendió que ese era su estado habitual.

Entró dubitativo, ya no le quedaba nada del valor que lo había llevado hasta allá, y se detuvo muy cerca de ellos. De pronto, sintió el olor, el repugnante olor del estiércol que se acumulaba en porrones para ser usado como abono en los pastizales. Una gran ruma se hallaba al lado de él, mientras un mozo con rastrillo lo ventilaba. Arrugó la frente y se apretó la nariz:

—Vengo a decirle algo importante —indicó, y Bolmer volteó a mirarlo.

—Uno de los *Ojos* del Coliseum emitió su informe —agregó.

Los hombres dejaron de conversar y caminaron hasta donde el otro se encontraba, para escuchar mejor lo que tenía que decir. Orgón no podía ocultar su nerviosismo.

—Nicolai se recupera y sabe del *hechizo de parra*.

Bolmer colocó sus manos en la cintura, y le dijo:

—No tenemos de qué preocuparnos. No tienen forma de rastrear el hechizo hasta nosotros. Atroyana se encargó de todo y ella es experta en borrar huellas. ¿El *Ojo* sigue en el Coliseum? —preguntó Bolmer.

—Sí.

—¡Bien! Que no se mueva, sería sospechoso que se ausentara sin motivo.

Orgón tragó hondo. Sabía que la parte que le faltaba por informar era la que más lo enfurecería.

—Hay otro asunto…

Bolmer se impacientó.

—Habla de una vez que no tengo todo el día.

—¿Recuerdas a Dora? Volvió a la isla.

Orgón vio cómo Bolmer se mordía los labios y su cara se tornaba roja y más roja.

—Eso ya me lo había dicho Atroyana –contestó, tajante.

Tromedus se alejó al fondo del establo e hizo como si estuviera acicalando a un caballo. Tuvo la impresión de que Orgón no había terminado de hablar, y no quería estar cerca cuando lo hiciera.

—El *Ojo* dijo que Dora vino con una muchacha. Es hija suya y de Nicolai, y será la próxima Regente del Coliseum.

Bolmer quedó como paralizado, y por unos minutos no supo qué decir y Orgón pensó, erróneamente, que la noticia no le había afectado al punto de enfurecerlo. De pronto, soltó una violenta patada que hizo que el estiércol del porrón saltara sobre Orgón, y se puso a caminar como loco, con los ojos fulgurantes, dando golpes a las tablas del establo, rumeando y vociferando maldiciones, parecía que hubiera perdido la razón. Por su parte, Orgón, asqueado por los restos que quedaron adheridos a su ropa, se sacudió como pudo, y sacando un pañuelo perfumado del bolsillo trató de limpiarse la porquería. No se

atrevía, sin embargo, a irse sin autorización, y Bolmer estaba demasiado desquiciado, como para pedírsela. A gritos, el mago demandó que le ensillaran un caballo, y uno de los mozos que presenció toda la escena hizo lo que le pidió lo más rápido que pudo, para no acrecentar su ira. Cuando estuvo listo, montó al caballo con violencia y salió disparado por el camino que llevaba a la Casa Fuego.

Tromedus y Orgón se quedaron con la boca abierta, viendo la figura que se alejaba por el sendero.

—En este momento no quisiera ser Atroyana –le dijo Tromedus a Orgón, mientras tomaba el cepillo para continuar con sus labores y el otro salía corriendo a tomar una ducha.

Bolmer llegó al templo de Tur cegado por la ira y sin saber cómo había llegado. El único pensamiento que dirigía sus acciones era encontrar a Atroyana y exigirle las explicaciones de rigor. ¡Era su culpa! ¡Todo era su culpa! Confiado como estaba en sus visiones, había obrado en consecuencia, y ahora todo por lo que había trabajado en los últimos meses se derrumbaba como un castillo de naipes ante sus ojos. Porque fueron sus visiones las que presagiaron, lo que hasta hace poco era para él solo un sueño: que se convertiría en el próximo Regente del Coliseum y que gobernaría por muchos años.

Atroyana y sus sacerdotisas estaban a media luz, haciendo una ofrenda de fuego a su dios, cuando escucharon los gritos de Bolmer en la antesala. La ferocidad de su mirada y las maldiciones proferidas a viva voz, a medida que se acercaba, las asustaron.

—¿Qué clase de hechicera eres tú que no supiste, en todos estos años, que Dora y Nicolai tuvieron una hija? —reclamó tumbando cuanto objeto se interponía en su camino.

Las sacerdotisas se escabulleron por una de las puertas laterales y Atroyana se quedó sola con Bolmer, sorprendida por la violencia de sus movimientos.

—¿Una hija? No lo sabía, pero no puedes culparme por eso. Los dioses no siempre revelan todos sus secretos —dijo, tan pálida como una hoja de papel, buscando refugio detrás de una columna.

Bolmer se fijó en la imagen de Tur, detrás del altar, y le lanzó uno vasija de barro que encontró a su lado, que se estrelló convirtiéndose en añicos.

—Entonces, ¿para qué queremos dioses? ¿Para qué los adoramos? Por esa razón, me deshice del templo de Gea. La magia ancestral no funciona.

Atroyana trató de calmarlo, un hombre en tal estado era capaz de cualquier cosa, pero no hallaba las palabras que controlaran su enojo.

—No lo sé. Debe haber una razón…

Bolmer se sentó en una pira.

—¡Y la hay! —dijo con vehemencia— ¡La hay! Nuestra magia no

sirve, es obsoleta, vieja, caduca. Tenemos que renovarnos y olvidarnos de toda esa basura del legado de Alluvien. Un cargamento de champagne y exquisiteces viene navegando hacia acá para el día de mi nombramiento. ¿Qué sugieres que haga con todo eso? ¿Debo tirarlo a la basura? ¿Tus lobos toman champagne? ¡porque mis caballos, no! Voy a quedar como un estúpido ante mis hombres.

Atroyana se recompuso.

—Debes calmarte, Bolmer. No todo está perdido. Aún tenemos a los *lenguinos*. Uno de ellos ya está en camino para encargarse de Nicolai. Puede encargarse también de su hija.

Los ojos de Bolmer brillaron en la oscuridad. La idea de deshacerse de Nicolai y su hija al mismo tiempo le produjo un placer inconfesable. El hecho de tener que recurrir a una acción tan perversa no le preocupó. Todavía tenía una oportunidad de convertirse en Regente.

Entonces, con el ánimo más calmado, dijo:

—No quiero fallas esta vez, Atroyana. ¿Cuándo llegará el *lenguino*?

La hechicera se sintió más tranquila al verlo relajado, y se situó a su lado.

—En tres semanas. Es muy solicitado porque jamás falla en ninguno de sus encargos.

Bolmer, que se encontraba frente al altar, se lavó las manos en un recipiente de plata que contenía el agua consagrada, y dijo, con una mirada severa:

—Espero que así sea, porque no tendrás otro chance de redimirte ante mis ojos –y saliendo del templo, montó su caballo y se marchó.

Esa noche, Nicolai ofreció una cena en honor a las recién llegadas, con la intención de que su hija conociera a las personas más influyentes de la isla, entre ellos, a los prefectos de los pueblos mágicos y a los Directores de las Casas, con quienes entraría en contacto tan pronto asumiera la Regencia, porque Nicolai no tenía dudas de que su hija se quedaría a su lado gobernando; y confiaba en que el roce social le daría la confianza suficiente para tratar a los súbditos. La reunión, por todo lo alto, se llevaba a cabo en una de los salones del Coliseum del ala norte, el más elegante de la mansión. Pero Amy no era muy asidua a las fiestas, en realidad, le desagradaban, y no recordaba ninguna que Dora hubiera hecho en el rancho. En los festejos de sus cumpleaños, siempre estaban presentes los mismos: la Sra. Banks, Molly, Betina y Dora, y la celebración se limitaba a la súbita aparición de un pastel de arándanos con crema batida en la mesa del comedor, que *Pelusa* trataba de lamer a toca costa, con algunos dulces de manteca que la Sra. Banks horneaba ese mismo día. La ruidosa manifestación de música y baile no estaba incluida dentro de sus actividades favoritas.

—Vamos, Amy —decía Dora en la habitación de su hija, con un hermoso vestido en mano que había traído de Pueblo Hermoso, suave y vaporoso como una espuma— Sería de mala educación que una de las homenajeadas no se presentara en su agasajo.

Amy, tirada en la cama y con expresión de desamparo, se resistía; aunque sus protestas eran insustanciales, porque sabía que al final complacería a su madre.

—No conozco a nadie allí abajo. Sabes que no se me dan esta clase de celebraciones. Puedes decir que soy huraña y asocial, si así lo deseas. Estoy segura de que en algún momento se me escapara un comentario inconveniente, y entonces, los avergonzaría ante sus amigos. Además, nunca he usado un vestido. Me sentiré incómoda toda la noche y tendré cara de pocos amigos.

Dora se acercó y puso el vestido sobre la cama, al lado de Amy, y tiró de los brazos de su hija para hacerla levantar.

—Vamos, ya es hora de que empieces a vestirte como una señorita, y dejes de lado esos sucios vaqueros y franelas. Este vestido es digno de la ocasión. Pruébatelo. Compláceme y bajemos a recibir a nuestros invitados.

Y habiendo dicho esto, ayudó a Amy a vestirse y peinarse; y en menos de media hora estaban listas para bajar al salón.

Los asistentes se aglomeraron alrededor de Amy tan pronto la vieron bajar las escaleras. Y era de esperarse, ya que en todo el pueblo no se hablaba de otra cosa sino de la hija de Nicolai y Dora. Todos querían saludarla e insistían en darle fuertes apretones de mano, adulándola con palabras empalagosas y conversando de asuntos triviales que poco, o nada, le importaban. El deseo de Amy no era otro que dejar el salón y esconderse en algún apartado rincón sin que se notara su ausencia; pero era la invitada de honor y todas las atenciones se concentraban en ella. La sensación de desagrado crecía a cada minuto, pero pronto comenzaron a formarse pequeños grupos que se dispersaron y conversaban sin que la presencia de Amy fuera necesaria.

A las ocho llegó Pita en compañía de sus hijas, y Amy se alegró de ver, al fin, un rostro conocido. El gran vikingo, como lo llamaba la muchacha en broma, la saludó dando grandes muestras de afecto y la muchacha no dudó, ni por un instante, de la sinceridad de su cariño. Brocania, de unos veinte años, y Brenia, de diez, ambas blancas, eran rubias y de una belleza etérea, refrescante, que hacía rememorar a las vírgenes del renacimiento. Las muchachas, desplegando las buenas maneras que tanto alababa Pita, se quedaron a conversar con Amy unos minutos, pero no eran muchos los temas que tenían en común; en especial cuando Amy, hastiada de las conversaciones fútiles que había sostenido a lo largo de la noche, no hacía más que contestar a

sus preguntas con odiosos monosílabos.

Al rato también llegó Toroh, acompañado de sus hijos, Maxelor, Cesor y Amgar, todos altos, atléticos y con una tupida barba rojiza como las que solían usar los escandinavos de la zona nórdica.

—Mi querida niña —dijo alzándola por los aires— ¿Cómo te han tratado en la isla? Al parecer, muy bien porque estás muy guapa —y a Amy se le subieron los colores al rostro, y el mago, seguidamente presentó a sus hijos, y acotó que su esposa Brea no había podido venir porque se encontraba enferma.

Los muchachos la saludaron educadamente y le hicieron algunas preguntas sobre el clima y el tiempo que pensaba quedarse en la isla; a lo que Amy, obviamente, contestó con evasivas, y tan pronto las normas de cortesía lo permitieron, se disculpó y se zafó subrepticiamente hacia el segundo piso. No soportaba el ambiente de aquella fiesta, demasiados sombreros, demasiadas joyas, demasiados magos… Se sentía incómoda y fuera de lugar; en especial, porque todos pensaban que era una especie de prodigio en el uso de las artes mágicas, cuando en realidad no sabía ni cómo utilizar una varita, ni jamás había visto una. Allí, sentada en el piso, y a través de un barandal, tenía una visión más amplia del salón, y se disponía a entretener su vista con las excentricidades de los concurrentes. Dora y Nicolai conversaban animadamente con unos amigos cerca de una ventana. Maxelor bailaba en la pista con Brocania, y Toroh y Pita conversaban con dos señores altos y flacos que parecían parientes.

—¿Qué haces que no estás en tu celebración? —preguntó Brandy, quien venía de la cocina cargando en sus brazos unas manzanas y algunas peras.

Amy alzó la mirada y la invitó a sentarse. Lanzó un suspiro lleno de significación.

—No me gustan las fiestas, y mucho menos cuando no conozco a nadie. Todos ellos son amigos de Nicolai.

Brandy se sentó a su lado y le dio una manzana.

—¿Ves la mujer que está entrando? Es Atroyana, Directora encargada de la Casa Fuego —dijo Brandy, observando con atención el diminuto vestido que llevaba. Amy centró su mirada en ella y pensó que solo una mujer demasiado segura de sí misma se atrevería a vestir una prenda como aquella que, además, le lucía espectacular. Dora la saludó con frialdad y le susurró unas palabras al oído de Nicolai; entonces, este se acercó a saludarla. No podía hacer otra cosa. A pesar de ser la principal sospechosa del intento de envenenamiento, era la Directora de una de las Casas, y no podía ser dejada de lado en este tipo de celebraciones. Así se manejaban las cosas en las altas esferas.

—¿Y cuál es el Director de la Casa Tierra? —preguntó Amy.

—Es Bolmer, pero él no asiste a las reuniones de las Casas porque

tuvo un pleito con Nicolai hace algunos años. Después de eso, era Marlow quien venía, pero luego de su retiro, le tocará a Marcus, el hijo de Bolmer, tomar su lugar. Escuché que estaba de viaje, así que no lo veremos hoy; lo que es una gran pena porque es un primor.

Desde aquel lugar privilegiado, ajeno a las miradas inquisitivas de Mabel o la servidumbre, y en compañía de Brandy, se burló toda la noche de los asistentes: del señor con sombrero de hongo y capa roja que devoraba todos los bocadillos de atún que ponían sobre la mesa, de su acompañante, una mujer con corsé negro y plumas de guacamaya que sobresalían de su cabeza, que hablaba y hablaba sin parar de un hechizo que realizaban unas tribus por los lados de Cusco, muy efectivo contra ciertos sortílegos de luz de luna; otros aparecían y desaparecían objetos por pura diversión, y la mayor parte bailaba y conversaba animadamente. Toda aquella parafernalia le recordó a Amy la vez que fue al circo hacía ya algunos años. Era un martes de diciembre, no lo olvidaba porque ese mismo día llegó *Trueno* a la cuadra. La carpa del circo se instaló en la plaza mayor de Grasspick, y desde el primer día vendieron boletos para sus funciones; y Dora se aseguró de tenerlos para la función de la tarde. Amy era apenas una niña de ocho años, muy impresionable, aunque llena de entusiasmo y expectación. Presenció todos los actos con manifiesta alegría: los enérgicos malabaristas, los leones danzantes, los monos saltarines, pero, cuando encendieron las luces y llegó el acto de los payasos, con sus atuendos brillantes y extravagantes y un maquillaje exageradamente colorido, haciendo piruetas y travesuras, su actuación, lejos de divertirla, la asustó; aquellos seres más que hombres le parecieron monstruos detestables, y desde entonces, no había vuelto a pisar un circo en su vida. Ese mismo sentimiento de frustración y desilusión lo sentía en ese momento mientras miraba a los invitados de su padre.

—Brandy, voy a salir a tomar aire fresco. Aquí siento que me sofoco ¿Quieres acompañarme?

Su amiga negó con la cabeza.

—No puedo, Amy —dijo, levantándose— Mi madre me está esperando desde hace rato. Me senté contigo porque no pude resistirme al arte de criticar. Siempre es reconfortante burlarse de los demás; en especial con esos magos locos que en lugar de una fiesta creen que están en un baile de disfraces. Mejor nos vemos mañana. A propósito, la gárgola que sacaron de tu cuarto la llevaron a la guarida de la bruja. Te lo advierto porque sé que eres muy impresionable y no quiero que te asustes cuando la veas.

La aludida frunció el entrecejo, pero no dijo nada.

Las muchachas se despidieron, y Amy salió de la casa hacia las caballerías. El aire fresco de la noche avivó su espíritu. ¿Sería

realmente capaz de aprender magia? La isla era realmente hermosa, pero ella era una extraña, una forastera, y sabía que nunca se adaptaría a vivir allí. Tenía, además, la impresión de que su padre se preocupaba más por mantener su Regencia que en tener una relación con ella.

El mozo que cuidaba los potros la dejó entrar. La cuadra tenía excelentes caballos, y cuando encontró el de Marlow, se entretuvo acariciándole el lomo.

—¿Aturdida por la bulla? —preguntó Marlow, cuya presencia no había notado porque estaba sentado en un rincón poco alumbrado del jardín y, al verla, la siguió para hacerle compañía.

—Un poco. Creo que me gustan más los caballos que las personas.

El viejo creyó ver un halo de tristeza en su mirada y supo que la joven no la estaba pasando bien, lo que atribuyó a las presiones que soportaba para convertirse en hechicera y al ambiente de la casa que no era el más adecuado para una adolescente.

—Entiendo —dijo el mago con simpatía, y luego, como si dijera un gran secreto— Yo también estoy más a gusto con los caballos.

Amy sonrió, aquel anciano empezaba a caerle bien, después de todo.

11

El Plan

Pronto la noticia de la presencia de Amy en la isla corrió como un torbellino, y el hecho dio rienda suelta a teorías malsanas que buscaban explicar el motivo por el cual su padre la había mantenido alejada tanto tiempo: algunos aseguraron que había nacido con una cola de lagarto de varios metros, o con cara de puerco, o brazos de chanchito, o con tres piernas o con ninguna, que si era muy gorda o muy flaca; la lista de motivos era interminable. Muchos querían acercarse al Coliseum para conocerla, y después emitir una opinión sustentada en hechos y no en meras suposiciones. Los que conocían a Dora se alegraron de su regreso y esperaban verla pronto; en todas partes no se hablaba de otra cosa sino de las recién llegadas y su presencia fue vista, en general, como un muy buen augurio.

El Coliseum bullía en actividad, pero por otro motivo. La presentación de Amy ante el Concejo fue fijada para dentro de tres semanas, y se hizo necesario realizar algunas remodelaciones a la mansión y ultimar los detalles del evento. Amy era de la opinión de que para cambiar la naturaleza lúgubre del lugar era necesario deshacerse de las gárgolas y de todos los objetos que tuvieran más de veinte años en la residencia, pero como aquello no era posible, se contentaron con comprar algunos muebles y con dar una mano de pintura a los salones y al comedor. Mabel iba y venía con una larga lista en mano de las cosas que aún quedaban por hacer. Muebles y cajas se descargaban de camiones para la ocasión. Contrataron a los profesores Leoncio y Beatriz, los esposos Brutt, para entrenar a Amy. Dora estaba nerviosa porque no sabía si su hija estaría lista para la fecha. Por esos días también, Nicolai envió la solicitud de las credenciales de Amy a Houston.

Entretanto, en la Ciudad Amurallada, Bolmer pasó esa semana de muy mal humor. Se peleó varias veces con Celeste por tonterías, aunque Orgón y Tromedus recibieron también su buena dosis de insultos. Una tarde, mientras caminaba por el corredor lanzando maldiciones, una mucama se acercó a entregar la correspondencia. El

mago la tomó de mala gana y se fue a la biblioteca para leerla. Un sobre amarillo con sellamiento en cera, llamó su atención.

—Una carta de Brutt ¡Qué extraño! —dijo, al tiempo que la abría. El mago fue instructor de Marcus en la Academia de Magia Contemporánea, había hecho amistad con su hijo y se escribían frecuentemente; pero aquella carta iba dirigida especialmente a Bolmer, lo cual no dejó de causarle cierta extrañeza. En ella decía:

"*Mi muy estimado Director de la Casa Tierra,*

Excelentísimo Sr. Bolmer Weldon:

Me dirijo a Usted en ocasión de solicitar su atenta colaboración en el asunto que, a continuación, detallo: Me ha sido encomendada la tarea de entrenar a la hija de un muy querido amigo. Quizá lo cuente Usted entre sus propias amistades ya que estoy en conocimiento de que residen ambos en la misma isla. Se trata del Sr. Nicolai Bestru, quien ha tenido la amabilidad de confiarme el más preciado de sus tesoros: su hija Amy. El caballero en cuestión está en un apuro, ya que precisa introducir a la muchacha al mundo de la magia, contando para ello con tan solo tres semanas. Y por muy arriesgada que parezca esta meta, confiado estoy que con su ayuda, y la de los otros Directores de las Casas, podré honrar la confianza que ha depositado en mí nuestro queridísimo amigo.

El entrenamiento comenzará en breve, le ruego que confirme por esta misma vía su disposición de enviar a un instructor de su distinguida Casa para ayudarme en esta encomiable tarea, la cual durará de dos a tres semanas, pero que contará por siempre con nuestra infinita gratitud.

Atentamente,

Prof. Leoncio Brutt

Bolmer leyó la carta varias veces, para comprender en su completo significado el alcance de las palabras, luego, soltó una sonora carcajada. ¿Cómo era posible que la hija del Regente y de la hechicera más brillante necesitara clases de magia? Brutt seguramente le había enviado la carta sin el consentimiento de Nicolai, ya que este jamás le habría solicitado ayuda. Pero Brutt no vivía en la isla, y acaso no estuviera al tanto de los problemas que habían tenido los dos hombres en el pasado. Como sea, decidió aprovechar el malentendido y urdió un plan para sacar provecho de la contingencia. Apenas podía contener su emoción. Su maquiavélica mente esbozó cada detalle del plan con absoluta minuciosidad, cuando terminó respiró satisfecho. Después, tomó una hoja de papel y una pluma, y se dispuso a escribir:

"*Mi muy estimado Prof. Brutt,*

Con gran placer he recibido su carta y me complace informarle que nuestra Casa siempre estará dispuesta a prestar ayuda para tan loable causa, cuanto más cuando se trata de expandir el conocimiento de la magia en el mundo. Mi hijo Marcus, a quien Usted conoce perfectamente por haber sido estudiante suyo durante el tiempo en que enseñó en el

Instituto de Magia Contemporánea en Surrey, se ha ofrecido a fungir como instructor por nuestra Casa. Él, como usted, también conoce la magia de los elementos.

Solo esperamos nos envíe los horarios del entrenamiento y cualquier otra información que considere pertinente para ayudar a la joven.

Atentamente,

Bolmer Weldon

Mandó a llamar a uno de sus lacayos y le entregó la carta para que fuera despachada inmediatamente. Ahora lo único que tenía que hacer era esperar a Marcus y hacerlo participe de su papel, porque su aporte sería indispensable para el éxito del plan. El destino había puesto al alcance de sus manos la forma más expedita de cumplir su deseo. Nicolai no podía gobernar porque no tenía poderes, y si su hija no aprendía magia, tampoco podría hacerlo. Eran las reglas. Por esa vía, la Regencia caería en sus manos sin necesidad de usar a los *lenguinos*. Lo único que tendría que hacer era buscarle una distracción a la muchacha que la mantuviera alejada de la magia por tres semanas. Y Marcus era la distracción perfecta. ¡Era una idea brillante!

Su hijo había estado ausente unas semanas, pero esa noche estaría en casa y su llegada no podía ser más oportuna. Cuando escuchó el ruido del motor de un vehículo, se apresuró hasta la puerta. Venía con Ralf, el amigo de Marcus desde los tiempos de su infancia. Trabajaban juntos en todos sus proyectos; en especial ahora, con la remodelación del antiguo templo de Gea, que pronto abriría sus puertas convertido en una sucursal del Instituto de Magia Contemporánea. Ralf era, a la fecha, un habitante permanente de la Ciudad Amurallada, a quien Celeste apreciaba como un hijo gozando de los mismos privilegios de Marcus en la Casa.

Bolmer lo abordó, tan pronto entró al salón.

—Marcus, necesito hablar contigo.

Ralf, quien venía cargado de planos y papeles, se despidió discretamente para ir a la sala de trabajo, dejándolos solos.

—Te espero allá, amigo —le dijo a Marcus.

Este, al ver la ansiedad en el rostro de Bolmer, se preocupó. Las desavenencias en el matrimonio de sus padres eran cada vez más notorias, y hasta la servidumbre, a pesar de su discreción, había comenzado a hacer comentarios al respecto. Su padre rara vez lo esperaba cuando llegaba a altas horas de la noche, y temió que el asunto en cuestión se tratara de una nueva discusión con su madre.

—¿Pasó algo? —preguntó— ¿Peleaste otra vez con mamá?

—No, de ninguna manera. Se trata de otro asunto.

Bolmer quiso asegurarse de que nadie los escuchara, alargó su cabeza para ver que no hubiera criados por los alrededores y dijo, en tono de confidencia:

—Mejor vayamos para la biblioteca. Hablemos allá.

El muchacho estaba cada vez más intrigado, su padre no solía ser tan misterioso. Caminaron en silencio por el corredor y al llegar a la biblioteca, Bolmer cerró la puerta con postigo, y tomó asiento en la cabecera de la mesa, Marcus arrastró una silla y se sentó a su lado.

—Tengo un plan, Marcus, pero necesito tu ayuda para ponerlo en marcha. Me he enterado de que Nicolai planea poner a su hija al frente de la Regencia. La muchacha no está preparada, es incompetente para el cargo y solo será un títere que él manejará a su antojo. Pero lo más insólito del caso es que la joven no sabe nada de magia, y Nicolai cree que puede prepararla para el Concejo en tres semanas. Tú y yo sabemos que eso no es posible, pero si estuviera preparando alguna treta, necesito a alguien cerca que pueda descubrirla. Esta tarde, recibí una carta de tu antiguo profesor, Leoncio Brutt, solicitando a un instructor de la Casa que lo ayude a entrenar a la muchacha. Quiero que ese instructor seas tú. Serán tres semanas hasta su debut como hechicera. Si pudieras distraerla lo suficiente como para que no se interese por la magia, entonces, ni ella ni Nicolai podrían ser considerados por el Concejo para el cargo; y yo sería el próximo Regente del Coliseum.

El muchacho miró a su padre con absoluto asombro. No estaba acostumbrado a esta clase de solicitudes de su parte. A su modo de ver, le estaba pidiendo que fuera deshonesto, y esto lo incomodaba. Era posible que debido al stress, Bolmer estuviera perdiendo la cordura, y no se diera cuenta del alcance de sus palabras.

—¿Y no te parece que tu plan es muy poco ético, papá? ¿Quieres que me convierta en un soplón? Tenemos muchos instructores con mucho más experiencia que yo en este asunto que pueden hacer el trabajo. Sabes que la remodelación del instituto no me deja mucho tiempo libre y todavía nos queda mucho por hacer.

Bolmer insistió. Sabía que ningún otro podría hacer el trabajo como él.

—Pero, quiero que lo hagas tú. Quiero que seas mis ojos en el Coliseum. Ninguno de los *Ojos* de Orgón está preparado para ello. Son muchachos demasiado básicos que no entenderían las implicaciones de mi proyecto, y ninguno es bien parecido. Además, siendo un asunto tan delicado, no puedo delegarlo en cualquiera, sino en alguien de mi entera confianza.

El joven tenía sus aprensiones. Lo que le pedía su padre estaba mal, desde todo punto de vista. Le resultaba penoso que lo estuviera colocando en una posición tan canallesca, así que se rehusó.

—Padre, no estaré cómodo con ese papel. Si como dices la muchacha no sabe nada de magia, entonces, no representa ningún peligro para nosotros. Debe estar asustada ante la magnitud de la

tarea. Nadie aprende magia en tres semanas, eso debería servirte como garantía de que el Regente no conseguirá su propósito.

Pero Bolmer no era hombre que aceptara un "no" como respuesta.

—Nicolai es un tramposo. Lo conozco, no en vano fuimos amigos por muchos años. Hará todo lo posible para que su hija consiga el cargo. ¿Quién me asegura que no está planeando en estos momentos alguna treta para quedarse con la Regencia? Necesito estar al tanto de sus movimientos, y la mejor manera de hacerlo es tener a alguien de confianza cerca de ellos. Con Nicolai y su hija fuera del panorama, yo seré el próximo Regente. En estos momentos, necesito tu ayuda, Marcus. Por favor, no me falles. La Casa está en problemas. La remodelación del instituto está consumiendo mucho más recursos de los que estipulamos, necesitamos la Regencia para obtener dinero.

Marcus se levantó y caminó hasta la ventana para tomar una bocanada de aire fresco. Aquella conversación se le antojaba odiosa y no estaba llevando a ninguna parte.

—No me malinterpretes, padre. Te entiendo —contestó el joven— pero enredar a esa muchacha en este asunto, no me parece justo.

Bolmer abrió bien los ojos cuando dijo:

—Esa niña asustada, como tú la llamas, será la próxima Regente del Coliseum, si no hacemos nada. Pensé que tenías claras cuáles eran nuestras prioridades. Tú serás el próximo Director de la Casa Tierra y con esa experiencia podrás optar a un cargo en el Concejo de Magia y Hechicería, como es tu deseo, y el mío, bueno, sabes bien cuál es.

—¡Claro que lo sé, padre! No paras de repetirlo día y noche. Pero los trabajos del Instituto consumen todo mi tiempo…

—Ralf se puede ocupar de eso unas semanas. El trabajo no se irá a ninguna parte.

El muchacho seguía dudando, pero su padre sabía presentar muy bien sus argumentos, haciendo parecer su plan como viable.

—¿Desde cuándo te parece un sacrificio salir con una muchacha? Tengo entendido que estuviste con muchas en Londres. Solo tienes que estar cerca de ella, y si oyes algo que te parezca importante, me lo dices.

El muchacho sentía violentada su naturaleza y dudó:

—Sí, pero en Londres no tenía que estar engañándolas para obtener información.

—Vamos, hijo. Conócela, llévala a Cabo Centella, invítala a comer helado. Es todo lo que pido. Estoy seguro de que no tendrás que interrogarla, ella misma te empezará a dar información cuando menos lo esperes.

Marcus, en contra de su voluntad, finalmente, accedió:

—Está bien, papá. Haré lo que me pides, pero solo hasta el día de la presentación.

Bolmer se acercó a la ventana y lo abrazó efusivamente, dándole muestras de agradecimiento con unas palmadas en la espalda. Marcus aprovechó la ocasión para tocar otro tema que lo inquietaba:

—¿Qué pasó con Marlow? Mi madre me dijo que lo habías despedido. Debió ocurrir algo muy grave. Marlow siempre estuvo con nosotros, y aunque sabía que en algún momento se retiraría, pensé que se establecería en la ciudad y que aquí pasaría sus últimos días. No entiendo por qué se marchó, sin despedirse de mí.

El hombre se vio en la necesidad de explicarle a su hijo las causas del despido, y para ello tuvo que valerse de mentiras.

—Sí, el viejo Marlow estaba conspirando contra mí. Uno de los *Ojos* me lo confirmó. Orgón investigó el caso y resultó que todo era verdad. Por tratarse de un amigo de tu abuelo, no lo mandé al calabozo, pero le pedí que se retirara y meditara sobre la vileza de sus acciones.

El muchacho, que conocía al viejo desde siempre, no dio crédito a lo que escuchaba.

—¿Conspirando? ¿El viejo Marlow? Encuentro eso difícil de creer. Es más probable que Orgón se hubiera equivocado en sus investigaciones. Por Dios, padre, hasta tú debes reconocer que tu hombre no es muy brillante en sus criterios.

Bolmer le pasó el brazo por los hombros a su hijo, y le dijo al oído.

—Cuando estés gobernando comprenderás con qué frecuencia se tejen las traiciones en las manos de los que consideramos nuestros amigos. Era un hombre viejo, sí, y tenía sus manías; pero no podía seguir trabajando con un consejero cuya credibilidad había sido cuestionada.

—Lo voy a extrañar. ¿A dónde fue? Tengo que visitarlo.

—No lo sé. Quizá esté con algún pariente —y al hablar de él, Bolmer hizo un gesto de desagrado. Después de unos minutos de conversar sobre otros tópicos, se despidieron.

Marcus se quedó un rato en la biblioteca, aturdido, pensando en las palabras de su padre. No acababa de entender cómo había aceptado participar en semejante engaño. Mientras más lo pensaba, más veía la vileza del ardid, y más se cuestionaba su participación en él. ¡No podría hacerlo! Mañana temprano se retractaría. Se dirigió al cuarto de trabajo, en donde Ralf debía estar esperándolo para revisar los planos de los arreglos que se realizarían en el templo al día siguiente; pero este, al ver la expresión grave de su amigo, lo interrogó:

—¿Qué pasó, Marcus? ¿Malas noticias?

Marcus no tenía secretos para Ralf, así había sido siempre, desde que se conocieron en Londres. Se graduaron de magos en el mismo instituto, viajaron por el mundo estudiando las distintas

manifestaciones de la magia, desde las más primitivas hasta las más modernas. Eran compañeros de farra y mejores amigos. Por eso cuando Ralf lo interrogó, el otro no dudó en exponerle el plan de su padre con toda su crudeza. Ralf escuchó con atención y lo tomó a broma.

—¡Vamos, hombre! ¡No es tan grave! A menos que la muchacha sea poco agraciada y parezca un troll; entonces, el asunto sí constituiría un sacrificio, y hasta yo te recomendaría que la dejaras como se deja a una papa caliente. Pero, por lo general, las jóvenes siempre tienen algún encanto, aunque esté escondido y no sea visible con los ojos físicos sino con los del alma —dijo, bromeando.

Ralf veía siempre el lado divertido de las situaciones. Muy propenso a tomar con poca seriedad asuntos que requerían el enfoque de una mente responsable o crítica; y Marcus muchas veces pensó que el alcance de su decencia rayaba en lo inexistente.

—¿Realmente no ves lo perverso de la situación? Se trata de engañar a una persona para obtener un beneficio.

Ralf le restó importancia, y retirando algunos papeles del escritorio, hizo espacio para colocar una taza humeante de café que recién le había traído la criada.

—¿Y no es eso lo que hace todo el mundo? Magos, políticos, dirigentes. ¿Crees que la gente con poder llegó a esas posiciones por ser idealistas o santurrones? Su escalera al éxito está plagada de los cadáveres de los que pisotearon para escalar hasta el sitial en donde ahora se encuentran. Tuvieron que dejar atrás muchas cosas; y no hablo solo de personas. Los principios y valores, a veces, se convierten en pesadas cargas de las cuales debemos deslastrarnos en el camino.

Marcus lanzó un suspiro, mientras se quitaba la chaqueta.

—El mundo que me pintas es aterrador —dijo.

—Aterrador, no, realista. A ver, Marcus, siempre has sido un donjuán. ¿Me vas a decir ahora que sientes escrúpulos por una muchacha que ni siquiera conoces?

—No es cuestión de escrúpulos, Ralf. Es ética. ¿No te parece que hay algo bochornoso en toda esta situación?

Ralf soltó una carcajada.

—No veo nada bochornoso en salir con mujeres.

—Igual, ya accedí a su petición. Solo espero que el tiempo pase rápido y no tenga que arrepentirme de mis acciones.

—Y yo solo espero, por tu bien, que la muchacha no sea fea —agregó Ralf con una sonrisa burlona.

—No creo que sea más fea que la que conseguiste en el bar de los troles en Nueva Zelanda; y aun así pasaste con ella toda la noche.

El otro se defendió.

—No fue mi culpa. Fue culpa del whisky de los elfos.

Ambos rieron.

Ya en su habitación, Marcus trató de dormir, pero lo torturaba su conciencia. Se levantó y prendió la luz. Tomó un poco de agua y volvió a acostarse. La tenue luz de la lámpara de noche le recordó su vida en Londres. <¡Qué tiempos aquellos!> —pensó, y deseó vivirlos nuevamente. Entonces, no tendría que engañar a una muchacha con el único fin de complacer a su padre. Se preguntó si estaría haciendo lo correcto, y con esa pregunta en mente se quedó dormido.

El encuentro con Marlow se produjo en el mercado de Durling a la mañana siguiente. Marcus sabía que allí el viejo mago hacía las compras de sus elementos mágicos, porque lo había acompañado muchas veces y hasta conocía por nombre a todos los comerciantes. El antiguo mercado de Durling siempre estaba atiborrado, porque expendía productos, utensilios e instrumentos provenientes de todos los rincones del mundo. Marlow solía detenerse en el puesto del Sr. Bluff, para proveerse de ciertos polvos que hacían desaparecer objetos. Allí lo encontró Marcus.

—MARLOW —gritó— AL FIN TE ENCUENTRO —y se acercó corriendo, esquivando a las personas.

Los dos hombres se abrazaron con cariño.

—Te he buscado por todas partes. ¿Tienes tiempo para tomarte un trufin?

Marlow lo miró sonriendo, el trufin era una bebida achocolatada, aliñada con cierto hongo, muy selecto, que crecía en la India, muy difícil de encontrar, y por lo tanto, muy costoso. Solo se vendía en la tienda de un elfo llamado Tryan, quien lo descubrió en uno de sus viajes y lo vendía como un producto Premium en su cafetería; a Marlow le encantaba tomarlo con un toque de nuez moscada y canela.

—¡Siempre hay tiempo para un trufin! —contestó Marlow sonriente, cuyos ingresos no alcanzaban para pagar semejante lujo.

Ya sentados, con la burbujeante bebida entre sus manos, que acompañaron con un esponjoso budín de vainilla, conversaron.

—¿Qué pasó, viejo amigo? Mi padre piensa que lo traicionaste, pero te conozco bien y sé que no serías capaz de una acción como esa.

El viejo mago sorbió un poco de su trufin, antes de contestar:

—Nunca lo traicioné, Marcus. Puede ser que haya descubierto mi amistad con Nicolai, y le pareciera deshonesto de mi parte. Pero te aseguro que nunca divulgué información. Mi amistad con Nicolai, era solo eso, amistad, y nunca comprometí la estabilidad de la Casa.

Marcus apreciaba al viejo y sabía que hablaba con la verdad.

—¿Dónde te estás quedando?

—En el Coliseum. Nicolai me tendió la mano, porque tuve que partir dejando muchos de mis bienes.

—Te ayudaré, Marlow. Te enviaré todas tus cosas, solo tienes que

darme una dirección cuando te asientes. Y si necesitas conseguir una casa, te puedo ayudar también.

Marlow sonrió.

—Gracias, muchacho. Por los momentos, no sé qué haré. Tengo un primo en tierra firme que siempre me ha invitado a visitarlo, quizá vaya. También tengo un hermano aquí en la isla, a quien no he visto en mucho tiempo. Es hora de rehacer mis lazos familiares. Cuando tenga claras mis acciones, te las haré saber.

Marcus, viendo que su viejo tutor estaba en el Coliseum, aprovechó para preguntar:

—¿Has visto a la hija de Nicolai? No se habla sino de ella en todas partes. Es extraño que, de repente, aparezca esta muchacha de la nada. Aunque debo acotar que fue muy conveniente para Nicolai, quien habría de ser removido por el nuevo reglamento pronto. ¿Están seguros de que es su hija y no una impostora?

Marlow rió. Sabía que lo que expresaba el muchacho era la opinión de Bolmer y no la suya.

—Claro que la he visto. Vivimos en la misma casa. Es una chiquilla muy dulce y delicada. Te aseguro que sí es hija de Nicolai. No sé si se acostumbre a vivir en la isla, la veo temerosa y desconfiada; pero es natural, está rodeada de magos y hechiceras, y bien sabes que nosotros no somos muy fáciles de tratar, por decir lo menos. Tiene una gran responsabilidad sobre sus hombros, y trataré de ayudarla en lo que pueda, se lo debo a su madre, aunque mis viejos huesos ya empiezan a rechinar como bisagras oxidadas, pero aun así, lo intentaré. Hay algo en su dulzura que te atrapa, siento mucha pena por ella, sé que no es aquí donde quiere estar. Extraña su rancho y debe sentirse como una oveja entre lobos, y la metáfora no está muy lejos de la realidad.

Conversaron todavía un rato más, aunque el joven se cuidó de no mencionar el plan de su padre; era demasiado vergonzoso para ser comentado. Luego se despidieron con la promesa de volverse a encontrar en pocos días.

12

El Gnomo Po

El gnomo Po fue traído para investigar el asunto del intento de envenenamiento de Nicolai. Nadie dudaba de las habilidades de los gnomos para esclarecer situaciones confusas, como encontrar objetos perdidos en el bosque, deshacer maleficios de elfos e identificar a ladrones de artículos mágicos. Su gran sentido del olfato era solo comparable con la histérica percepción de algunos canes para rastrear determinados elementos. Aquella era la primera vez que uno intentaría dilucidar la identidad de un presunto asesino y había mucha curiosidad al respecto. Cabe destacar que John Lewis, el más famoso periodista de *Magia al Día,* había llegado desde las nueve de la mañana al Coliseum, con su séquito de maquilladores, camarógrafos y fotógrafos, para asegurarse de cubrir debidamente la noticia; y como este contaba con un club de fanáticas que lo seguían a todas partes, las bulliciosas mujeres se ubicaron sobre el césped del jardín frontal, pisoteando las gardenias que Mabel había comprado en Durling y que el jardinero había sembrado dos días atrás.

Ajeno a la petulante animosidad del ambiente, Po llegó en un coche destartalado, descapotado y con las ruedas ligeramente torcidas hacia los lados, atendiendo a la llamada de Mabel, quien pidió a la Agencia de Gnomos que fuera Po personalmente el encargado de llevar a cabo la investigación. Había mucha inquietud entre los cocineros, los jardineros y los guardias que fueron reunidos en el gran salón, quienes ignoraron hasta el último momento el motivo de la presencia de Po en la casa.

Nicolai, con aire de solemnidad, enfundado en un elegante conjunto de gabardina y portando un sombrero negro de ala ancha, presidía la reunión, con Dora a su lado, cargando a *Sombrita* entre sus brazos. Para ese momento, Amy estaba en su habitación, pero al escuchar las voces provenientes de la planta baja, decidió averiguar la razón de tanto alboroto. En las escaleras se encontró con Brandy, quien habiendo escuchado también el bullicio bajaba a cerciorar del motivo del mismo; juntas corrieron hasta la sala, llegando justo en el momento en el que Nicolai presentaba al hombrecito. Este, lejos de

sentirse intimidado por el medio metro que medía de estatura, se bamboleaba como un pavo real en carretera al tiempo que explicaba su metodología de trabajo. Pero las personas allí reunidas, más que escucharlo, lo miraban con creciente asombro porque su apariencia física parecía no corresponder con lo que se esperaba fuera la apariencia de un gnomo: su cabeza era descomunal, y encima, coronada por un desordenado cabello anaranjado que lucía, más bien, como si fuera un bosque en llamas, su nariz era desproporcionada si se comparaba con el tamaño de su cara, sus ojos no eran equidistantes, y su mirada, penetrante y extraviada, escudriñaba todo lo que lo rodeaba sin recato.

Amy y Brandy se acomodaron en uno de los muebles para escucharlo mejor. Po decía a viva voz:

—Inspeccionaré, primero, cada cuarto, cada estudio, cada salón, cada pasadizo y esquina de esta casa —su voz era chillona y nasal, y resultaba muy desagradable al oído, mientras hablaba los flashes de la cámara del fotógrafo de *Magia al Día* lo alumbraban— Luego, me reuniré con cada una de las personas aquí presentes y descubriré sus intimidades y sus secretos más oscuros —y diciendo esto se frotaba las manos.

Luego, haciendo una pausa:

—Posteriormente, basado en mis hallazgos, emitiré mi informe.

Los empleados de la Casa se veían intranquilos y se lanzaban miradas furtivas entre sí. ¿Estaría entre ellos el perpetrador? Amy consideró aquello una pérdida de tiempo, porque era poco probable que el culpable todavía estuviera entre sus filas, pero Mabel, quien por naturaleza desconfiaba hasta de su propia sombra, no dejó de escrutar las caras de todos buscando indicios de culpabilidad; por eso cuando la cocinera se sonó la nariz con un pañuelo, esgrimiendo un ademán nervioso, y el jardinero se rascó la mano con reuma, los tomó como señales delatoras y esperaba que Po confirmara sus sospechas. No obstante, también tenía el convencimiento de que era Petronio el supuesto perpetrador, por haber mostrado un comportamiento inusual durante la semana.

Po comenzó por la planta baja, se adentró en el vestíbulo mientras caminaba con sus cortas piernas de gnomo por el corredor, para entrar a la primera habitación en donde se guardaban trofeos y libros viejos; olfateó los objetos con especial esmero, curucuteó los muebles y revisó hasta detrás de las cortinas, como un sabueso en cacería de faisanes; y este proceso se repitió en cada una de las habitaciones. En unas tardaba más tiempo que en otras, y Amy pensó que si seguían a ese ritmo, nunca acabaría y tendrían que pasar el Año Nuevo en la isla. Afortunadamente, solo alcanzó a jorungar la primera y segunda planta, ya que cuando iba para la tercera, lo detuvo Mabel alegando

que estaba deshabitada y que no tenía caso revisar por esos lares; y allí se plantó la controversia, con el gnomo, muy encolerizado, refutando que el tercer piso era tan parte de la casa como cualquiera otra y, por tanto, debía ser revisada, y con Mabel, plantada como un boxeador en el cuadrilátero, obstaculizándole la entrada. No llegó a mayores porque Dora intervino permitiendo que Po diera un recorrido rápido por el corredor, mientras los demás esperaban en la sala.

Cuando regresó, venía cargado de alimañas y polvo, y en su cabello flotaba el fino manto de unas telarañas. Se dirigió a la cocina y escudriñó las gavetas y los rincones. Debajo del fregadero, en donde Dora encontró las hojas de parra, tardó mucho más de lo que había tardado en las otras habitaciones y puso cara de perro confundido. Estuvo unos minutos pensativo, sin mediar palabra, con la penetrante mirada perdida entre la mesa y el cubo de la basura. Minutos después, corrió hacia la sala.

Entonces, pasó a entrevistar a los empleados. Po empezó a olfatear a las personas, en especial el cuello y las orejas. Lo lamentable del proceso era que el sospechoso tenía que arrodillarse en una alfombra que Mabel colocó en medio del salón, para que Po pudiera hacer su trabajo, sin que lo exiguo de su estatura obstaculizara su desempeño, no obstante, la situación era bastante embarazosa de por sí. Uno a uno fue pasando por aquella denigrante inspección, y habiendo terminado Po su labor con los cocineros, jardineros, escoltas y guardias, enfocó su atención en el resto de los concurrentes. Y sus ojos fueron a posarse, precisamente, en Amy, quien continuaba sentada con Brandy en el mueble de cuero, cerca de la puerta, contemplando la escena con desdeñosa actitud. La muchacha solo desvió la mirada un infinitesimal segundo para observar a *Sombrita* que ronroneaba sin razón, y no se percató de la presencia del gnomo sino cuando ya era demasiado tarde. Ni siquiera Dora tuvo tiempo de intervenir para decir que su hija no era sospechosa. En un abrir y cerrar de ojos, Po la había olfateado y manoseado sin que ella pudiera articular palabra, sintiendo, henchida de indignación, como si hubiera recibido el lengüetazo de un perro. De igual manera, Brandy recibió el tratamiento, a pesar de las acaloradas objeciones de Mabel.

—¿Son todas las personas de la casa? —preguntó el hombrecito, quien no parecía darse cuenta del estado de molestia en el que se encontraban todos en la sala.

Mabel negó.

—Faltan las mucamas que estaban terminando de hacer su trabajo. Ya deben estar por llegar —Y en efecto, ocho mujeres con delantales blancos entraron por la puerta y se colocaron en fila para la entrevista. Ninguna sabía por qué estaba allí, hasta que Po les explicó.

Entonces, ocurrió. Cuando iba a lengüetear a una de las mucamas,

la de nombre Claudia, esta se apartó un poco del grupo, y lanzando un raro conjuro, en el que intervinieron palabras y gestos, hizo aparecer una gruesa nube de polvos azules y ocres, y ante los ojos de los espectadores y del periodista de *Magia al Día*, se convirtió en un cuervo, negrito como la noche, que voló por una de las ventanas del frente y se perdió de vista ante la mirada atónita de todos los presentes. Po, con aires de suficiencia, informó:

—Allá va la culpable —dijo, señalando el amplio cielo, con los subsiguientes aplausos de los allí reunidos, y los flashes de las cámaras que no paraban de alumbrar.

Nicolai alertó a sus guardias para que iniciara su búsqueda, pero Dora lo detuvo.

—No te molestes, Nicolai —dijo, asomada a la ventana— Es una hechicera, no la encontrarán. Puede que esa mujer haya intentado matarte, pero estoy segura de que solo cumplía órdenes de alguien más. ¿A qué Casa pertenece?

—Casa Fuego —dijo Mabel, levantando la alfombra.

—Tal como lo sospeché, fue Atroyana —dijo Dora, convencida de su afirmación.

Nicolai intervino:

—Pero no tenemos pruebas de que sea culpable; y sin pruebas no es posible acusar a nadie ante el Concejo.

—Tienes razón. Si todo esto es obra suya, nunca tendremos pruebas. Es muy habilidosa y tan escurridiza como una serpiente —dijo Dora, resignada, pero pensando en la forma de exponer a la hechicera; alguna había de haber.

Por otro lado, el sentimiento de euforia que experimentó Amy al presenciar la transformación de la mucama en cuervo no podía explicarlo con palabras. Había presenciado algo excepcional. Y el hecho en sí corroboraba lo que ella tanto había negado: la existencia de la magia, no cabía otra explicación. La certidumbre la alcanzó como un rayo, y otra concepción del mundo, con la magia jugando un papel preponderante, se vislumbraba ante sus ojos. Entendió también la importancia del secretismo con relación a los actos mágicos, ya que muchos tildarían de “loco” a cualquiera que se refiriera a tales eventos. Y pensó, con un halo de nostalgia, que ni Molly ni Betina conocerían jamás lo extraordinario del hecho que ella atestiguó. ¿Dolería ser pájaro? ¿Cuánto tiempo llevaría realizar aquel acto? ¿Por qué alguien querría convertirse en un cuervo, un animal tan oscuro y feo? Si ella fuera una bruja, se convertiría en un ave con más garbo y espectacularidad, como un águila, por ejemplo. Sí, un águila atravesaría el firmamento hasta perderse en el colosal azul de los cielos, extendería las alas y planearía por las campiñas, volaría sobre los lagos, los ríos y las montañas nevadas de la Cordillera del Este,

recorriendo grandes distancias sin pestañear. No podía haber una experiencia más excitante ni gratificante que esa. Si ser hechicera era todo lo que se requería para volar, entonces, ella quería convertirse en una. Pero su resolución no duró mucho, tal nivel de maestría debía requerir mucha erudición y estudio, cuestiones de las que ella carecía.

Po, quien continuaba en la sala firmando autógrafos, consideró que su trabajo ya estaba realizado y, enseguida, solicitó el pago por sus servicios. Mabel se negó porque no había capturado a la culpable, pero el gnomo aseguró que su trabajo no era capturarla, sino descubrirla, y eso ya estaba hecho. Al ama de llaves no le quedó otro remedio que sacar las cinco monedas de oro que guardaba en su bolsa y entregarlas al avaro Po, quien las tomó, mordisqueándolas una a una para comprobar que no eran faltas, y sonriendo, caminó hacia su destartalado vehículo; no sin antes ser entrevistado y tomarse unas fotos de cuerpo completo para el periódico.

—¿Oro? ¿Cobran en oro? —preguntó Amy, con incredulidad

—¡Claro! Todo en la isla se paga con oro. Los gnomos son muy ricos. Tienen casas de empeño y bancos. También hacen préstamos, pero los intereses son exorbitantes, y si te atrasas en los pagos, estás en serios problemas. Ellos no perdonan ni dan prórrogas.

—Gracias por alertarme, ya sé para no pedirles prestado —bromeó.

Entonces, viendo que todo volvía a la normalidad, Mabel mandó a los empleados a que reanudaran sus tareas, recalcando con autoridad que no se permitirían holgazanerías en la casa. Brandy iba a Durling a comprar unos materiales para sus prácticas y se despidió de su amiga:

—Nos vemos más tarde en la guarida de la bruja —le dijo a Amy, saliendo por la puerta, acompañada del sonido tintineante de sus pulseras.

13

El Cuarto Misterioso

Amy subió las escaleras y un palpable sentimiento de desamparo la invadió en cuanto se halló frente al corredor. Siempre que llegaba allí, sentía un escalofrío en su espina dorsal, los vitrales emanaban su mismo vaho de ventanas desvalidas y tristes, el cuadro de una campiña se mostraba en sus tonos más fríos y oscuros, y el escandaloso reloj de pared anunciaba el paso del tiempo como si se tratara de una marcha mortuoria, todo, absolutamente todo conspiraba para crear un ambiente lóbrego y tenebroso que a Amy le atacaba los nervios. De allí hasta su habitación serían como quince pasos, que siempre transitaba corriendo.

Se disponía a correr, cuando escuchó el llanto de un niño proveniente del piso superior. Aquel llanto se escuchaba con claridad de ultratumba y se repetía regularmente como un eco lejano atrapado en la pared. Se detuvo, lívida de miedo, y lo escuchó otra vez. Le produjo una gran inquietud porque pensó que alguna de las mucamas había dejado encerrado a su hijo en uno de los aposentos, aunque a las mucamas no les estaba permitido deambular por allí; pero los niños eran proclives a ignorar las advertencias de los adultos, y era posible que alguno se hubiera saltado la prohibición aventurándose en la zona, quedando atrapado en algún lugar. Quizás hasta estaba herido. El taconeo de Mabel lo escuchó alejándose en la planta baja, por lo que decidió subir a liberar al niño ella misma. Ahora lloraba con más desesperación. No había tiempo que perder. Subió las escaleras con sigilo, mirando hacia todos lados, su corazón latía muy fuerte. El corredor del tercer piso era aún más oscuro y siniestro que el segundo, porque el polvo cubría los ventanales y no dejaba pasar la luz del sol. El polvo también se acumulaba en los rincones y las grandes telarañas que colgaban del techo se extendían como marañas arropando a todos los objetos. Vio que las huellas de Po habían quedado marcadas en la alfombra El lugar olía a humedad, y en algunas partes crecía un moho verduzco, producto de las filtraciones de las paredes. Caminó hasta la puerta de dónde pensó provenía el sonido, pero, de repente, el llanto cesó. Esperó un rato más, pero no escuchó nada.

—¿Hay alguien allí? —gritó, y su propia voz le sonó monótona, extraña, distorsionada por el encierro, sus manos temblaban y sus

piernas no le respondían.

Iba a regresar, pensando que el llanto era un engaño de su imaginación, cuando lo oyó de nuevo. Esta vez, lo sintió a su lado, como si el chiquillo le estuviera susurrando al oído, pero al voltear no había nadie. Entonces, se le puso la piel de gallina, y el terror que la casa le causaba volvió a sacudirla con más fuerza. Recobró la sensación de sus piernas y pudo correr, regresando sobre sus pasos. Saltó como loca los escalones, abrumada como estaba del miedo. Sin embargo, su incursión no pasó desapercibida, porque el ama de llaves, la esperaba en la base de las escaleras, con la expresión colérica que ya era habitual en su trato con Amy.

La muchacha habló con apresuramiento.

—Escuché un llanto en la habitación de arriba, por eso subí. Es extraño porque no encontré a nadie, aunque no tuve tiempo de revisar los cuartos. Quizás, usted pueda ir y verificar que no haya niños.

El rostro del ama de llaves se recompuso, y respondió con una tranquilidad que a Amy le pareció fingida.

—Acabo de salir de la habitación, no hay nadie adentro —dijo, cortante.

—Pero, yo lo escuché, además usted no estaba allí. Sé de lo que estoy hablando. Hay un niño allá arriba.

Mabel la miró con impaciencia.

—Debió ser el sonido del viento pasando por los corredores, suele ser aterrador —dijo— Algunas de las mucamas me han referido el incidente, pero, créeme, no hay nadie allá arriba. Las habitaciones del tercer piso están prohibidas. Aunque sea la hija de Nicolai, espero que acate las normas de la casa. Si no, me veré en la necesidad de notificarle a su padre su falta de disciplina.

Amy entendió que no conseguiría nada con el ama de llaves, y se alejó por el pasillo sin decir palabra. Con aquella mujer no se podía hablar, parecía un manual ambulante de normas de conducta. Volteó para ver si Mabel se retiraba a la cocina, pero esta no se movió de la escalera hasta que ella entró a su habitación.

Cuando el reloj marcó las tres, Amy se dirigió a la guarida de la bruja y, tan pronto vio a su amiga, no perdió la oportunidad de interrogarla:

—Brandy, ¿Sabes lo que hay en el tercer piso?

—El cuarto prohibido.

—¿Sabes lo que hay allí?

La aludida negó con la cabeza. Brandy era una muchacha extraña. Nadie que la observara podría dudar de que estuviera en presencia de una hechicera. Vestía siempre de negro, incluso su esmalte de uñas y sombra de ojos eran negros. Le agradaba usar el sombrero de cono para que no quedara duda de su identidad, a pesar de que las brujas

modernas ya no lo usaban. Era la única hija de Mabel y un comerciante que vivía en Portugal; y cuando Amy la interrogó con relación a su padre, su respuesta había sido clara y mordaz:

—Soy el fruto prohibido de una relación que duró un verano, cuando mi madre estuvo en tierra firme.

Por lo que a la joven no le quedaron más ganas de interrogarla, contentándose con tratarla sin saber nada de su pasado. Brandy era impulsiva y, a veces, lúgubre como su madre, pero tenía cierta tendencia a romper las reglas y a meterse en problemas que a Amy le llamaba poderosamente la atención.

—¿Y no te da curiosidad saber lo que hay allí? Esta mañana me pareció oír llorar a un niño, y el llanto provenía de la primera habitación del tercer piso ¿Por qué estará prohibida? Me encontré a tu madre en las escaleras y trató de quitarle importancia al asunto, atribuyendo el llanto al sonido del viento, pero yo sé que mentía ¿Por qué? ¿En serio no tienes curiosidad? —le preguntó Amy a su amiga, mientras la ayudaba a tender un mantel en un claro para disfrutar de una especie de picnic en interiores. Brandy estiró bien las puntas, y colocó sobre él la cesta de víveres que había sustraído de la cocina. Sacó un panecillo, y se acostó a mordisquearlo mientras observaba las telarañas del techo. Entonces, contestó:

—¡En realidad no! Y ni se te ocurra acercarte a merodear. Hay un hada guardiana que te dará una descarga eléctrica si intentas abrir la puerta —y Amy entendió que hablaba por experiencia.

Se sentó a su lado, y buscó en la cesta algo que le gustara. Encontró galletas, abrió la caja y sacó una.

—Yo no vi a nadie. Solo escuché a un niño llorar.

—¿Entraste al cuarto?

—No, solo me acerqué a la puerta.

—Si hubieras tratado de abrirla, te hubieras encontrado con el hada que te habría repelido a unos cuantos metros del pasillo.

—Pero, quiero saber que hay —dijo con la boca llena.

—Entonces, pregúntale a tu padre.

—No puedo hacerlo. Apenas si le dirijo la palabra. No puedo ponerme a preguntarle esa clase de cosas.

—¿Por qué no? Estás en su casa.

—No lo conozco lo suficiente.

—Entonces, pregúntale a tu madre.

—Ella no debe saber. No ha estado aquí en diecisiete años.

Se oyó un revolotear de alas en la ventana y las muchachas vieron a *Xondor* entrando y posarse en el mantel, al lado de Amy. Brandy estaba molesta por las preguntas de su amiga.

—¡Es el águila de Toroh! —dijo Amy, acariciándole el plumaje— ¿Qué hace aquí?

—Ese pajarraco recorre todas las Casas de la isla. A veces creo que es un espía, pero al final concluyo que solo viene a comer —dijo, lanzándole una manzana que el ave ensartó con su pico— ¿Desde cuándo conoces a Toroh Jacobor?

—No hace mucho. Él y Pita fueron los magos que fueron a buscarme en Grasspick.

—Maxelor, Cesor y Amgar son buenos amigos míos. Te advierto que Amgar es casi mi novio. Te puedes quedar con los otros dos —dijo Brandy, haciendo hincapié en que tenía especial predilección por el más joven, y Amy tuvo la impresión de que esta arbitraria repartición se hacía sin el consentimiento de los muchachos.

—No temas, tener nuevos amigos no aparece en mi lista de prioridades, por el momento —indicó Amy para tranquilizarla.

—Eso es porque no conoces de veras a los hermanos Jacobor —acotó la otra y rió con todas sus ganas— Me tomó tiempo decidirme. Los tres son altos, varoniles y con sentido del humor; aunque Maxelor es propenso a arreglar sus problemas a fuerza de puños. Escogí a Amgar porque es de mi talla.

Amy creyó que su amiga estaba bromeando, considerando que la talla era un criterio poco apropiado para seleccionar un novio, pero, viniendo de Brandy, todo era posible.

—Los verás hoy, ya que los invité a nuestra reunión.

La molestia de Amy se hizo evidente en la palidez de su rostro. Agrió la expresión y lamentó que su amiga no le hubiera avisado con anterioridad que esperaba visitas. No le agradaba aquel tipo de sorpresas, en especial cuando involucraban muchachos. Era tímida y, generalmente, no sabía conducirse con miembros del sexo opuesto. Lo primero que pensó fue en levantarse y salir de allí corriendo, pero era demasiado tarde, por el pasadizo que usaban para escaparse al Bosque Garay, oyó el sonido de una puerta abriéndose, y segundos después, el de unas pisadas acercándose. Pronto, las siluetas de los dos muchachos aparecieron en el salón y Amy no tuvo más remedio que quedarse. Vestían vaqueros y chaquetas gruesas y, a no ser porque Amy sabía que eran magos, podrían haber pasado por estudiantes de Grasspick.

Brandy se levantó, se limpió las migas de la ropa y fue directamente a recibirlos, saludándolos con un sonoro beso. Su amistad databa de la infancia, lo que se traducía en su trato, despreocupado y alegre. Luego, volviéndose hacia Amy:

—¿Recuerdas a Amgar y Cesor? —los jóvenes ya estaban junto a ella. Amgar extendió su mano y le dio un fuerte apretón y retuvo su mano más de lo debido. Lo mismo hizo Cesor.

—Sí, los recuerdo —fue la débil respuesta de Amy.

—¿Y Maxelor? —preguntó Brandy, buscándolo con la mirada.

—Nuestro padre lo ocupó en otros asuntos. ¡Pobre Maxelor!

Siempre se pierde la diversión.

Amgar se dirigió a Amy:

—¡Bienvenida a la isla! Espero que estés disfrutando tu estada con nosotros —dijo con una mirada y una sonrisa que denotaba que estaba ante la presencia de un donjuán, y considerando la advertencia de Brandy, optó por mostrarse taciturna e indiferente. Amy iba a contestar, pero Brandy se adelantó:

—La verdad es que no creo que la esté pasando bien, ya que quiere regresar a su tierra lo antes posible.

—Entonces, tendremos que hacer algo para que cambie de opinión —agregó Cesor con picardía— Oí que comienzas tu entrenamiento mañana. Maxelor te entrenará por nuestra Casa.

Amy abrió la boca para contestar cuando escuchó que Brandy tomaba nuevamente la palabra.

—Sí. Mandaron a buscar al profesor Brutt y a su esposa en tierra firme para que dirija las sesiones.

Por la expresión del rostro de los muchachos, supo que aquello no era bueno. Ya de por sí, estaba bastante nerviosa porque tenía miedo de no dar la talla y fracasar estrepitosamente como hechicera, y ahora parecía que también debía preocuparse por sus instructores.

—¿Qué hay de malo con los Brutt? –preguntó, finalmente, Amy.

Los tres comenzaron a hablar al mismo tiempo. Luego se dieron cuenta de que la muchacha no estaba entendiendo nada, así que cada uno tomó la palabra por separado.

—Digamos que es un poco estricto y sus métodos de enseñanza son poco convencionales, pero efectivos —se apresuró a decir Cesor.

—Es un verdugo —agregó Amgar.

—Es un patán —concluyó Brandy.

Amy se sintió consternada. El ambiente la sofocaba y la falta de ventanas viciaba el aire. Además, la inquietaba ver a la gárgola, con sus ojos de piedra, sus engarrotadas manos y su encorvada espalda. Todos se sentaron sobre el mantel, y los muchachos cogieron unas manzanas del cesto que comenzaron a mordisquear con desgano.

—Lo que quieren decir es que no la tendrás fácil —dijo Brandy, quien había tomado asiento al lado de Amgar— En una oportunidad, el chico Snipe estuvo una semana con orejas de burro por no completar una tarea.

—¿Y recuerdas cuando congeló a Doris de la Casa Tierra? Estuvo descongelándose dos días, chorreando agua por los pasillos.

—Y Josey, su hijo, es peor. Es una pesadilla. Le gusta colocarles rabos de animales a las personas —dijo Amgar.

A la joven le causó espanto la perspectiva de andar con partes de animales adosadas al cuerpo como castigo. La magia, que contemplaba aquel abanico de posibilidades tan diferentes a las

usadas en el mundo real, la martirizaba. No es lo mismo parecer burro que estar encerrada en el cuarto, que era el castigo que le infligía su madre cuando se daba el caso.

Entonces, Brandy, dirigiéndose a los muchachos:

—Amy quiere entrar al cuarto prohibido.

Hubo un silencio incómodo. Amgar le dio un segundo mordisco a su manzana y se hizo el desentendido. Amy indagó:

—¿No sienten curiosidad por saber que hay allí dentro?

—En realidad, no. Hay muchos lugares a donde podemos ir sin meternos en problemas —dijo Cesor— Si mi padre se entera que estamos merodeando en la casa del Regente, seguro nos castigaría por años —y Amgar asintió.

Entonces, comenzaron a elaborar teorías acerca de lo que podría estar escondido en el cuarto. Brandy comenzó diciendo:

—Pudiera ser que algún viejo antepasado de Nicolai esté preservado en un recipiente con formol, en lugar de estar enterrado en un panteón, lejos de la vista de curiosos, y exhibido como trofeo en la habitación.

—Aunque también pudiera ser que hubieran objetos mágicos prohibidos en custodia, en cuyo caso sería interesante que estuvieran en nuestras manos —arguyó Cesor, frotándose las manos con avaricia.

—Los objetos prohibidos están prohibidos por una razón —dijo Brandy— ¡Son peligrosos!

Entonces, Amgar tomó la palabra:

—O quizás sea el dormitorio del Caballero Negro que viene a retozar durante el día después de degollar a campesinos inocentes y, seguramente, habrá una colección de cabezas sangrantes exhibidas en alguna vitrina.

—Son ustedes patéticos —aseveró Amy, comiendo otra galleta y tratando de desviar el interés que Amgar tenía en ella— ¿Quién es el Caballero Negro?

El joven la miró con sus ojos verdosos, y dándole a su voz una entonación grave, afirmó:

—Es una aparición que vive por los lados del Acantilado del Fin del Mundo. Es tenebroso y siniestro, y nadie que lo haya visto ha vivido para contarlo. Vive al oeste de la isla, el lugar está inhabitado, siempre nublado y nadie se atreve a poner un pie en el sitio.

—¿Y si nadie vive para contarlo, cómo saben ustedes que existe?

Los muchachos se miraron entre sí, pero ninguno supo contestar la pregunta.

Luego, cambiando el tema, Cesor sugirió:

—¿Qué tal si le damos a Amy un recorrido en el teleférico, y de paso, visita la Cordillera Nevada?

Amy agradeció la invitación, pero reiteró que su único deseo era

entrar al cuarto misterioso.

—¡Está bien! —dijo Amgar, secundando la idea de Amy— Eres la hija del dueño de la casa y tienes derecho a conocer todos los rincones de la mansión; pero no quiero lloriqueos de niñita cuando entremos y encontremos algo feo ¿de acuerdo?

Cesor advirtió:

-No podremos entrar por la puerta, la guardiana nos destrozaría. Usemos la ventana y para eso puede ayudarnos *Xondor* —el animal al escuchar su nombre fue a posarse en su brazo.

—Sí –exclamó Brandy, muy entusiasmada ahora con el proyecto, levantándose y estirando los brazos, apenas escondiendo su sonrisa.

—¿Cómo lo haremos? —inquirió Amy, intrigada.

—*Xondor* puede alzarnos y llevarnos a la ventana, suponiendo que esté sin seguro —sugirió Cesor.

—¿Estás loco? ¡Mira sus garras! Podría desgarrarnos la carne con facilidad —arguyó Amy.

—O es eso, o la magia de Amgar invocando a Eolo y, créeme, no ha sido muy aplicado en sus estudios, por lo que es muy probable que terminemos estrellados en el piso.

Amgar le dio un empujón a su hermano y este casi se cae. Luego agregó:

—Mi chaqueta tiene un material especial en hombros y antebrazos. *Xondor* podrá alzarnos sin hacernos daño. Está acostumbrado a hacerlo. Nos turnaremos el uso de la chaqueta y así todos podremos subir.

—Entonces, ¿Qué esperamos? –dijo Brandy con los ojos brillantes por la excitación.

Se levantaron y se enrumbaron hacia la salida. En el pasillo estaba Mabel regañando al personal de limpieza por unas lámparas que habían quedado sucias en el salón. Pasaron de refilón, por un costado. Afuera se situaron debajo de la ventana y dieron un vistazo. Parecía abierta, pero los asustó la altura. Era un tercer piso y una caída desde allí equivaldría a una fractura grave, por decir lo menos. Amy no sabía si en la isla había hospitales, y se sintió tentada a abandonar el proyecto. Amgar pareció adivinar sus temores.

—Hay enfermerías en todas las Casas.

Pero, fue Brandy quien acabó por decidir el asunto.

—¡Vamos! ¡Ya llegamos hasta aquí! Tú primero, Amgar. Demuéstranos lo que el pajarraco puede hacer. Una vez que estés adentro, nos lanzas la chaqueta.

Amy tenía los nervios de punta, pero quiso aparentar más coraje del que sentía. Comenzó a morderse las uñas, a pesar de que era un hábito que había dejado atrás hace tiempo. A la orden de Amgar, *Xondor* se acercó y tomó al muchacho por los hombros, y como si

fuera una ligera pluma lo llevó hasta la ventana. Amgar se agarró del marco y, con los dos pies, empujó suavemente las hojas de vidrio de la ventana que se abrieron con facilidad, y se impulsó hacia adentro, desapareciendo de la vista. Los otros esperaban abajo a que Amgar tirara la chaqueta; pero pasaban los minutos y el joven no aparecía.

—¡Algo pasó! Seguro la guardiana lo atrapó –conjeturó Cesor, presa del pánico.

Uno de los escoltas de Nicolai pasó por el lugar y saludó a los chicos, quienes simularon tener una conversación amena y casual. Tan pronto se fue, comenzaron a elucubrar.

—¿Qué hacemos?

—¿Entramos por la puerta?

—¿O le contamos a alguien?

—Pero, ¿A quién?

—¿Llamamos a Mabel?

En eso se asomó Amgar por la ventana, riendo a carcajadas por la broma que les había gastado. Según supo Amy más tarde, Amgar era muy dado a las ocurrencias de mal gusto. Todos respiraron de alivio.

—Ríete ahora porque, cuando estemos arriba, las pagarás —gritó Cesor, muy molesto.

Amgar se quitó la chaqueta y la lanzó. Subió Brandy, luego Amy y, por último Cesor, quien ya estando en la habitación le propinó a Amgar un certero golpe en el estómago que lo dejó sin aliento por algunos minutos.

De más está decir que el cuarto misterioso no tenía nada de misterioso, salvo la suciedad que reinaba en todas partes, provocando los fuertes estornudos de Amy. Las paredes, la cama y los muebles lucían grises debido a la espesa capa de polvo que los cubría. La habitación parecía pensada para un niño de ocho o diez años, en un estilo victoriano igual al del cuarto que estaba usando Amy, pero este tenía las paredes tapizadas en tela con motivos infantiles de monos y tortugas. Sobre una mesa, una estación de tren lucía avejentada y, en el armario, otros juguetes ostentaban el descuido que les da el olvido. A pesar de todo, daba la sensación de que su ocupante aparecería en cualquier momento.

Brandy abrió las gavetas de un mueble y encontró ropa de niño.

—¡Que extraño! —exclamó— No recuerdo a ningún niño en el Coliseum.

—Pero, ¿por qué mantener la habitación cerrada? –inquirió Amy, quien ahora estaba más intrigada que antes. Se sentó en la cama y el chillido de un resorte la asustó.

—Estoy seguro de que aquí hay un misterio, solo que nosotros no lo vemos –agregó Cesor, quien no cesaba de mirar hacia los rincones, pretendiendo esconder el miedo que lo embargaba.

—¡Miren! —dijo Amgar, muy entusiasmado, quien había encontrado una extraña cajita sobre el escritorio— ¡Es un *simulador de olores*! Actualmente no se consiguen.

Brandy se lo arrebató de las manos para mirarlo con detenimiento. Había escuchado sobre él, pero nunca había visto uno.

—¿Cómo funciona? —preguntó Amy.

—Le susurras por esta abertura —dijo Cesor, señalando un agujero — el olor de tu preferencia y la caja se encarga de simularlo. Es un juguete para niños magos.

Amy lo miró con incredulidad. Le pareció que el objeto era ridículo y dudaba de su funcionalidad.

—Es muy conveniente cuando se te acaba el perfume y le puedes pedir al simulador que duplique el tuyo –exclamó Brandy.

—O cuando vas al baño por alguna indigestión estomacal y quieres aromatizar el ambiente con alguna fragancia de lavanda —sugirió Cesor, con una sonrisa.

—No me malinterpreten, pero el *simulador* me parece un objeto de lo más ordinario y sin ninguna utilidad en el mundo real —concluyó Amy.

De repente, Amgar se quedó sin palabras. Estaba parado al frente de un espejo oscilante de gran tamaño. Luego, balbuceó:

—Encontré el misterio del cuarto misterioso —el espejo no reflejaba los objetos de la habitación; al momento en que lo miraban lo único que se veía era una especie de nube grisácea en movimiento.

—¿Qué es? ¿Otro juguete? —preguntó Amy.

Los muchachos negaron.

—Es un *espejo dimensional*. Siempre escuché de él, pero nunca había visto uno. Se usa para comunicarse con seres mágicos. Escuché que en determinadas circunstancias hasta puedes comunicarte con personas fallecidas.

—¡Genial! ¿Es como el Skype de los magos? —bromeó Amy— ¿No sería mejor que tuviera tamaño de bolsillo?

—Solo los magos o hechiceras de mayor jerarquía tienen permiso para usarlo. Aparentemente, implica muchos peligros que nosotros, los novatos, no estamos preparados para enfrentar. Debe ser de Nicolai, Y no, no es Skype. Skype no te permite hablar con personas muertas — dijo Amgar, aclarando el punto.

Y Amy entendió que había hecho un comentario impertinente. Los objetos que ella veía como inútiles para ellos tenían una significación importante. Era parte de su mundo mágico, un mundo al que ella no tenía acceso por los momentos.

—¿Por qué está en esta habitación? —inquirió, asustada, porque si no le gustaba la magia, menos aún las personas muertas.

—Llamemos a ver quién contesta —dijo Brandy, empujando a

Amgar y colocándose en su lugar.

—¡Ni lo sueñes! —replicó este, mientras él y su hermano tomaban a Brandy por los brazos, desplazándola del lugar con un empujón. La muchacha soltó unas carcajadas y se burló de ellos.

—¿No me van a decir que tienen miedo? ¡Cobardes! —y se burló de ellos sin mesura.

En ese momento, Amy sintió antipatía por Brandy. Su impulsividad era un problema, y ahora que sabía lo que hacía el *espejo dimensional,* no quería permanecer en aquella habitación ni un minuto más.

—Creo que ya es hora de irnos —dijo Amy, a quien ya el placer por la aventura se le había acabado.

—¿Dónde está *Xondor*? —preguntó Cesor.

El ave no estaba por ninguna parte. Entonces, Amgar consultando el reloj, dijo:

—Me temo que tendremos que salir por la puerta. Es hora de la comida y *Xondor* no se pierde una, debe estar camino al comedero. Uno de nosotros tendrá que sacrificarse, salir por la puerta y correr tan lejos como pueda para que la guardiana lo persiga. Eso les dará chance a los demás de salir después, sin problemas.

El buen ánimo de Brandy se tornó en molestia.

—Yo no seré voluntaria –dijo Brandy, tajante— No me expondré a recibir una descarga eléctrica; siendo Amy la que nos metió en todo esto, sugiero que sea ella la sacrificada.

Amy quedó muy sorprendida ante la actitud de la muchacha.

—Lo echaremos a la suerte —dijo Amgar, y tomando unos palillos chinos que estaban sobre la mesita de noche, partió uno, lo mezcló con los otros, cubrió un extremo y los colocó en su puño.

—El que tenga el palillo más pequeño sale.

Todos tomaron un palillo, siendo el de Cesor el seleccionado para la tarea.

—¡Suerte, hermano! –dijo Amgar con una sonrisa burlona— ¡Adelante! Te veré en la casa.

Cesor aceptó su derrota con resignación, se armó de valor y, tomando el picaporte, lo giró y salió corriendo. Amy vio una figura halada perseguirlo por el corredor, en sentido contrario a las escaleras. Los otros esperaron unos minutos antes de abandonar la habitación, corriendo, empujándose unos con otros, entre risas y burlas, sin darse cuenta de que abajo los esperaba Mabel, con cara de enojo y las manos en la cintura. Brandy, Amgar y Amy fueron descubiertos en el acto.

—¿Qué hacían ustedes arriba? —preguntó en tono displicente— Creo haberles advertido que el tercer piso es un área prohibida para ustedes.

Y con una expresión aún más amarga y desagradable, agregó:

—En vista de su imprudencia, no me queda otro remedio que avisar al Sr. Bestru para que aplique su castigo.

—¿Quién es el Sr. Bestru? —susurró Amy al oído de Brandy.

—Es tu padre —respondió la otra.

—¡Oh!

El rostro severo de Mabel los precedía mientras conducía a los tres muchachos por el corredor, rumbo al estudio. Amy se preguntó si su padre, en verdad, la castigaría, ¿se atrevería? En todo caso, sería la primera refriega que el mago administraría a su hija. ¿Cómo lo haría? Lo que había escuchado, hasta el momento, de los castigos del mundo mágico no era nada alentador. Al parecer, todos implicaban el uso de partes animales.

Ya en la puerta del estudio, Mabel tocó con los nudillos, la voz de Nicolai dio la orden de pasar. Hasta última instancia, Amy tuvo la esperanza de que su padre no estuviera en la casa. Entraron y quedaron de frente al escritorio, con Nicolai mirándolos en forma expectante. Enseguida, Mabel pasó a relatar los hechos, exaltándolos de manera negativa y haciendo ver a los muchachos como delincuentes, vagabundos y merodeadores, con Amy como la jefa de la banda.

Ninguno tuvo el valor de refutar porque los enigmáticos ojos del Regente los cohibían hasta el punto de ser incapaces de hablar, mucho menos articular una defensa convincente que los relevara del castigo. Entonces, el mago, rascándose la barbilla, de forma condescendiente, se dirigió a Mabel:

—Creo que esta vez podemos pasar por alto el incidente —y le guiñó el ojo— Pero están advertidos. No se acerquen a ese lugar. Es peligroso. Si los vuelven a encontrar merodeando, el castigo será severo. ¿Entienden?

Todos asintieron. Salieron de allí y los muchachos regresaron a su casa. Amy se despidió de Brandy y se fue a su habitación.

Después del embarazoso episodio del cuarto misterioso a Amy no le quedaron más ganas de husmear en zonas prohibidas. Se sintió muy mal por haber quedado como una entrometida ante los ojos de su padre, y prometió no incursionar en actividades no autorizadas, al menos por el momento. Ya encontraría la manera de averiguar a quién pertenecía el cuarto y el espejo, sin comprometer su credibilidad.

14

El Entrenamiento

Los Brutt terminaban de dar un seminario en Ciudad de México sobre *Hechizos en el Mundo de Hoy*, cuando recibieron la llamada de Nicolai Bestru solicitando sus servicios para entrenar a su hija. Leoncio Brutt revisó su agenda aterciopelada y vio que tenía algunos compromisos menores para esas fechas, pero decidió cancelarlos y aceptar la solicitud del Regente de la Isla de las Águilas, porque previó que sería un acontecimiento importante. El matrimonio era conocido por sus excentricidades, y no faltaba quien achacara lo estrafalario de su conducta al uso escandaloso de los diferentes tipos de magia.

Leoncio era extremadamente delgado, de huesuda cara, con ojos oscuros y ojerosos. Dictaba cátedra en la magia de los elementos, la egipcia, la contemporánea, la astral y la guatemalteca. Su esposa, Beatriz Brutt, era regordeta, de poca estatura y con las mejillas rojas como manzanas. Enseñaba la magia escandinava, la asiática y la griega, entre otras. La exuberante mujer era muy dada a las fiestas de sociedad, sobre todo las que derrochaban vino tinto y champagne, y aparecer en las crónicas sociales de los periódicos constituía para ella un placer que rayaba en lo enfermizo. No era de extrañar que el entrenamiento de la hija del Regente llamara tanto su atención y quisiera estar presente en las clases, considerando que aquel acontecimiento era la noticia del año y no dudaba en que sería reseñado por *Magia al Día*.

Llegaron temprano a la playa, el sol apenas se asomaba tras las montañas, pero ya el calor comenzaba a hacer estragos. Era evidente que el día iba a ser caluroso, y Beatriz se alegró de haber traído sus bebidas a base de soda y aloe vera, tan refrescantes y nutritivas en climas tan cálidos como aquel. Fue gracias a esta bebida que se salvó de una deshidratación severa en Egipto. Afortunadamente, tenían la playa para ellos solos, porque los seres mágicos no eran adictos a los embates del sol, la arena y el agua salada, prefiriendo medios más mundanos, como los bares y tabernas, para su diversión.

—Leoncio, cielo querido, ¿Puedes traer ese tronco viejo que está

por allá? —dijo, señalando a uno que estaba medio enterrado en la arena y roído por el salitre, a unos cuantos metros de distancia— Quiero sentarme, pero a mi alrededor solo hay rocas, y son tan duras…

Leoncio leía las instrucciones de un manual para ensamblar un toldo, y en la arena descansaba todo un compendio de tubos de diferentes tamaños y amarres, pero al escuchar la solicitud de su esposa, se aprestó a complacerla.

—Lo que digas, mi tesorito —y habiendo dicho esto, chasqueó los dedos y el tronco desapareció para reaparecer al lado de Beatriz.

—¡Gracias, cielo! —indicó haciéndole un guiño, y se sentó en el tronco que crujió bajo su peso. Seguidamente, sacó los lentes de su cartera, colocándoselos encima de su respingada nariz.

Luego, preguntó:

—¿A qué hora crees que llegue la gente de la prensa?

El esposo continuó enganchando los tubos en la arena buscando tener un buen soporte.

—No creo que vengan, querubín. Se supone que este entrenamiento es confidencial. Solo unos pocos sabemos de esto.

La mujer lo miró con sorpresa a través de sus anteojos de carey.

—¡Pamplinas! La prensa siempre se entera de todos los acontecimientos importantes, y este es uno de ellos. Me arreglaré un poco, solo por si acaso…

Leoncio miró a su esposa con embelesamiento.

—No necesitas arreglarte, cielito. Te ves perfecta tal como eres —dijo, meloso, dándose por vencido con el toldo y dispuesto a utilizar la magia.

La señora soltó una risa remolona.

—¡Adulador! Siempre hace falta un toquecito. ¿Por qué te empeñas en hacer las cosas como las hacen los hombres? Al final, siempre recurres a tu varita —y sacando ella la suya dio unos toques que hicieron que los tubos se ensamblaran por sí solos y se colocaran en posición sobre la arena, teniendo al toldo erguido en pocos minutos.

—Me gusta probar mi inteligencia. En ocasiones en necesario dejar descansar la magia.

—¡Tonterías! No veo razón alguna para hacer tal cosa. Ven a sentarte conmigo —y le señaló un lugar al lado de ella.

El hijo de la pareja, Josey, caminaba entre las olas, hundiendo sus manos en la arena y recogiendo moluscos y estrellas de mar, que luego alzaba por los aires con un suave movimiento de sus dedos, dejándolos caer de vuelta a las aguas cristalinas. Mientras, un plato de patatas iba detrás de él.

—Josey, cariño —gritaba la madre desde el tronco— Cómete las patatas. Tienes que engordar, pareces un pitillo —y habiendo dicho

esto, un fuerte viento le arrancó el sombrero, provocando un chillido de la mujer.

Leoncio enseguida usó su varita y el huidizo sombrero volvió a la cabeza de su esposa.

—Me disgustan muchísimos los entrenamientos en la playa. Estoy en total desacuerdo con ellos. Son muy inconvenientes: el sol, la arena, el viento, todo conspira para hacernos pasar un mal rato —y sintiendo el zumbido de un mosquito en la oreja, acotó— y ni hablar del acoso de los insectos ¡Alimañas chupasangre!

—Ánimo, querido. No hay forma de enseñar la magia de los elementos, si no es al aire libre. ¿Cuánto tiempo vamos a estar con esta niña, cielito? —dijo Beatriz, sacando su bolillo de lana para tejer y matar el tiempo, pero la fuerte brisa lo arrancó de sus manos y lo hizo rodar por la arena, y Leoncio tuvo que correr detrás de él. Cuando estuvo de vuelta, contestó su pregunta:

—Tres semanas.

—No puedo esperar a conocerla —dijo en tono quisquilloso— Imagínate, hija de Nicolai y Dora. El mago más brillante y la hechicera más lista; y tener el placer nosotros de introducirla al mundo de la magia. Algún conocimiento debe tener, ¿no lo crees?

—Pronto lo sabremos. Nicolai debe haberle enseñado algo, aunque haya perdido sus poderes.

Beatriz suspiró con melancolía. Una tragedia, en verdad. El hecho fue reseñado por los periódicos de la época; también fue contado como uno de los grandes fracasos de la pareja en su carrera como magos, ya que ninguno pudo ayudarlo con la restauración de sus poderes.

—Es cierto, cariño. Quién sea el que se los haya quitado, debe ser muy poderoso: un archimago, por decir lo menos. Aun después de diecisiete años no ha sido capaz de recuperarlos ¡Un caso muy extraño en verdad! ¡Sin antecedentes en el mundo mágico! Espero que no sea un mal genético. ¿Dónde se habrá metido esa niña? —dijo, enfadada, viendo para todos lados.

—Es temprano, tesorito. Pronto todos comenzarán a llegar.

Pero Amy no llegaría pronto, porque en ese momento se hallaba en su mullida cama, en un mar de colchas y almohadas, recién despertándose con la sensación de haber olvidado algo. Abrió la ventana, vio el sol flameando detrás de unas montañas y pensó que era una bonita mañana para cabalgar. <Ojalá tuviera a *Trueno*> —pensó. Disfrutó el momento extasiándose en la belleza de la naturaleza, y, por un instante, creyó ver a unos gnomos recogiendo cerezas cerca del lago. Caminó con flojera hacia el baño, pensando en lo que comería por desayuno. Luego, como un flash que pasara volando por su mente, recordó: ¡Hoy era el día en que iniciaba su

entrenamiento! Amy no podía creer que hubiera olvidado algo tan importante, y como su madre estaba ausente por estar pasando unos días con Brea, no la había despertado. Se reprochó no haberle pedido a Mabel que lo hiciera.

El aseo le tomó menos de cinco minutos, se vistió con lo primero que consiguió en el armario y salió como un rayo de la casa. El chofer la esperaba en el auto, pero Amy no podía recordar cuál era el sitio de la reunión. Afortunadamente, el chofer estaba al tanto y se adentraron en la carretera a máxima velocidad, e hicieron en menos de treinta minutos un trayecto que se hacía en cuarenta y cinco. Cerca de la playa, Amy bajó del vehículo y corrió hasta donde se encontraba el grupo. Llegó jadeando y faltándole la respiración. Al primero que vio fue a un hombre que se encontraba de pie, hablando con dos jóvenes bajo un toldo verde. Luego, se fijó en una señora sentada en un tronco que tejía algo con apariencia de calcetín, y a su lado había un mozo comiendo papas.

—Usted debe ser la Srta. Bestru, llega tarde. Aunque sea la hija de Nicolai, se espera que muestre consideración y respeto por nuestro tiempo —dijo con altivez el profesor Brutt, mientras el escaso cabello que tenía lo abanicaba el viento a su antojo. Y como no había terminado de reprenderla, prosiguió, con más ahínco:

—Aquí no hay privilegios para nadie. Aspiro a que mis estudiantes entiendan que mi función no es regañarlos como si fueran niñitos, sino impartir conocimiento.

Amy se disculpó, aclarando que su apellido era Dorson y no Bestru; cuestión que el profesor ignoró ya que continuó llamándola por el apellido paterno durante toda la clase. Amy intuyó que no tenía caso discutir por algo tan insignificante como el nombre porque, después de todo, ella solo estaría allí unas semanas. Se dijo para sí que el profesor podía llamarla como quisiera, igual ella se comportaría civilizadamente, ya que estaba ante la presencia de un mago y debía evitar castigos innecesarios.

El profesor Brutt presentó a la señora gorda que tejía, como su esposa, y Amy se encontró diseccionada por dos pequeños ojos azules que resaltaban a través de los cristales de sus lentes.

—Hola, querida —dijo, mirándola de arriba abajo; y lo que vio pareció decepcionarla porque volvió la cabeza a su tejido, esgrimiendo un gesto de desencanto.

El profesor Brutt consideró necesario iniciar la clase.

—Hagan un círculo mis queridos estudiantes y siéntense.

Amy pensó que era muy difícil hacer un círculo con tres personas, pero ninguno de los otros jóvenes objetó, así que, para no crear controversia, se sentó en la arena, esperando que los demás tomaran su lugar en el imaginario círculo que solo existía en la mente del

profesor.

Cuando todos se hubieron sentado, en lo que parecía más un triángulo que una circunferencia, el profesor, quien permanecía de pie, señalando a Amy, acotó:

—Y tú, al centro.

El nerviosismo de Amy se hizo evidente cuando no se atrevió a moverse de su lugar. Lo menos que quería era estar en el centro de un triángulo escudriñada por ojos desconocidos. ¿Cómo saldría del barullo, sin parecer desobediente o grosera? Pero el profesor tomó su desconcierto como un acto de insubordinación, y carraspeando articuló:

—Srta. Bestru, desea que le envíe una invitación por correo para que se digne a pasar al círculo —agregó el profesor Brutt en tono displicente.

Los demás rieron nerviosamente. Amy recordó la conversación sostenida con Brandy y los hermanos Jacobor en la guarida de la bruja sobre los castigos que el profesor propinaba a los alumnos desobedientes, así que, para no tentarlo, se levantó y, con pasos vacilantes, se situó en el centro.

Brutt se sentó en el tronco, al lado de su esposa. El muchacho rubio, con aparatos en los dientes, había terminado de comerse sus papas, y ahora sostenía un voluminoso cuaderno en el que anotaba todo lo que decía el profesor.

—Brocania, adelante, preséntate —ordenó Brutt, alzando ligeramente la nariz, y cruzando los brazos sobre sus muslos.

La muchacha se levantó y saludó a Amy con un suave movimiento de cabeza. Sus hermosos cabellos rubios los alborotaba el viento, sus ojos resplandecían y su piel, aun viviendo en la costa, no estaba curtida ni desteñida, sino sedosa como la porcelana.

—Soy Brocania y te mostraré el tipo de magia que hacemos en la Casa Agua; al menos la del nivel I.

Amy no sabía nada de los niveles y arrugó el rostro. Su compromiso era saber lo suficiente para impresionar al Concejo, y no para obtener una maestría.

—¿Cuántos niveles hay?

Brutt la interrumpió.

—Vamos, querida. No nos desviemos del tema —y Brocania con disimulo abrió la palma de su mano para indicarle que habían cinco.

—Maxelor, tu turno.

Amy reconoció al muchacho de la fiesta, con la misma apariencia de vikingo que su padre, pero a diferencia de aquel, este tenía una fuerte contextura que hacía evocar a los osos grizzli. Con su potente voz le dio la bienvenida, y la muchacha sintió, por primera vez desde que llegó a la isla, que alguien le simpatizaba, además de Brandy y su

combo. Pero el otro muchacho, que pensó era el representante de la Casa Tierra, era en realidad el hijo del profesor, Josey, alto y huesudo como Leoncio, con los ojos enjutos y la mirada maliciosa de las hienas. Josey observaba a todos con aires de superioridad, con prepotencia y desprecio por sus habilidades. La verdad era que nadie lo había visto realizar grandes proezas mágicas, y el único que sustentaba que era capaz de hacerlas era su propio padre. Los comentarios de Amgar y Cesor sobre él no pudieron ser más acertados.

—Estoy aquí para disciplinarlos —expresó Josey con una sonrisa que prometía martirios.

Amy se veía distraída, por lo que Brutt le gritó:

—¡BESTRU! —y Amy se sobresaltó—, no aprenderá nada si no pone atención. ¿Debo recordarle que este entrenamiento ha sido preparado especialmente para usted? Tengo que decirle que aun no entiendo cómo, con los padres que tiene, tenga necesidad de estas clases.

Los rubores se le subieron al rostro y tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar su ira, desde que llegó no había recibido más que maltratos. Brocania y Maxelor le lanzaron una mirada compasiva, pero no tuvo tiempo de contestar. Un jinete venía cabalgando por la orilla de la playa sobre un caballo rojo que chapoteaba y hundía sus patas en la blanda arena. El jinete y el caballo se confundían en una sola imagen que realzada por el sol, le daba un halo de apariencia mística. Por un momento Amy quedó paralizada de espanto: el muchacho y el caballo que se acercaban eran los mismos que veía en sus sueños. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y fue la primera vez que pensó que algún vestigio de magia debía existir en su interior. ¿Qué más podría explicar lo que estaba viendo? Sintió la imperiosa necesidad de comunicarse con su madre, ella seguramente tendría una explicación; pero estaba en la playa, rodeada de extraños y no tenía otra opción más que esperar a que terminara el entrenamiento para correr a casa y preguntarle.

Cuando estuvo cerca, el joven se apeó. Amy no podía apartar los ojos de él. Apreció su fuerte musculatura, sus gallardos rasgos y la seguridad de sus movimientos; pero no pudo evitar la sensación de encontrarse en un inminente peligro.

El profesor Brutt lo recibió como si fueran grandes amigos, y Amy notó que no le reprochó que hubiera llegado tarde. Josey, por su parte, lo saludó con un fuerte abrazo y un apretón de mano. Luego, el profesor se dirigió al grupo:

—Para los que no lo conocen —dijo mirando a Amy— les presento a Marcus Weldon, representante de la Casa Tierra y Fuego. Fue mi alumno en el Instituto de Magia Contemporánea en Surrey, y debo confesar que fue uno de los mejores, solo Josey se encuentra a su

mismo nivel.

Y dirigiéndose a Marcus:

—Esta es Amy, la hija de Nicolai, quien incomprensiblemente, no sabe nada de magia.

Marcus miró a Amy, y tuvo tiempo de hacer una detallada inspección de su fisonomía. Cutis pálido, cabello lacio, excesivamente negro, y ojos tentadores. No tenía la belleza arrolladora de Brocania, pero había algo en la picardía de sus ojos que llamó poderosamente su atención. Y aunque no tenía el tipo de encanto que lo atraía, poseía una belleza cándida y serena que resultaba muy reconfortante. Sin embargo, algo en la expresión de su rostro, o la fragilidad de su mirada, le hizo sentir remordimientos por lo que se disponía a hacer.

—Será un gran honor para mí ayudarte —dijo Marcus, sin dejar de mirarla.

Amy se turbó y balbuceó unas palabras. Marcus le produjo una fuerte impresión. No era como los chicos del Colegio de los Capellanes, con sus miradas morbosas y su vestimenta descuidada y sucia, siempre pendientes de las fiestas del fin de semana y persiguiendo a las muchachas por placer. Marcus tenía clase y garbo; además era un mago. El joven se ubicó al lado de Beatriz, mientras Amy continuaba de pie, sintiéndose como una acusada de los tiempos de la inquisición.

Fue Brutt quien interrumpió la magia del momento.

—Brocania, hazle una demostración a Amy de lo que puede hacerse con el dominio del elemento agua.

La muchacha se levantó y caminó hasta la orilla de la playa. Sus movimientos fueron suaves y delicados. Se adentró en el mar, cerró los ojos y puso su mente en blanco. Colocó sus manos sobre la superficie espumosa y Amy vio con asombro como unas pequeñas ninfas se arremolinaban alrededor de ella. Luego, abrió los ojos y torciendo sus manos, alzó una porción de mar en el aire y la fue moldeando dándole diferentes formas: primero, una flor, luego un caballo y, más tarde, un águila.

Brutt la miró complacido y se dirigió a Amy:

—¿Me puedes decir qué has visto?

La muchacha titubeó:

—Creo que fue la fuerza del elemento agua.

—¡No! —dijo con firmeza— Lo que viste fue la fuerza de una mente enfocada en un objetivo. Sin eso, la magia no existe.

Entonces, señaló a Maxelor y le hizo la misma solicitud. El joven se levantó y se alejó unos pasos del grupo. No fue tan elegante como Brocania; sus maneras eran más bien bruscas. Tampoco su magia exigió mucha concentración, con un leve chasquido de sus dedos, produjo una leve brisa que fue ganando contundencia a medida que se

desplazaba hasta convertirse en un torbellino que levantó arena y pequeñas rocas y fue a estrellarse contra una endeble palmera que soltó todos sus cocos.

—¡Muy bien! —sentenció Brutt.

—Aunque pudo ser mejor —concluyó Josey con gesto displicente. Maxelor lo fulminó con una mirada.

Brutt prosiguió:

—¡Ciertamente! Los elementos por separado tienen un gran poder, pero, cuando se combinan son devastadores. Brocania, Maxelor, al agua.

Los muchachos caminaron hasta la orilla, siguiendo las indicaciones del instructor.

—Ahora hagan el mismo acto que recién hicieron, pero ahora en conjunto.

Mientras Brocania levantaba una masa prominente de agua, Maxelor le daba movimiento con el viento; pronto, el conjunto tuvo la fuerza de un huracán.

—¿Viste? —preguntó Brutt a Amy— La combinación de los elementos te da una magia mucho más poderosa.

—¿Más poderosa? Yo diría que más violenta y destructiva.

Brutt difirió de tal apreciación.

—Solo los débiles podrían definir como "violenta" una manifestación tan imponente como esa. En realidad es una demostración de poder que va mucho más allá de la comprensión del hombre.

Cuando le llegó el turno a Marcus, Amy se interesó muchísimo en lo que tenía que enseñar. El profesor Brutt elogió insistentemente la magia de las Casas Tierra y Fuego; y se hizo evidente su predilección por esta. Marcus se arrodilló muy cerca de Amy, tomó una buena cantidad de arena y la reunió en un montículo y, solo con la intensidad de su mirada le prendió fuego. Luego de que las llamas se extinguieron, y este proceso llevó solo un minuto, un objeto cristalizado apareció en la tierra. Era un cuarzo rosado, único y hermoso, que Marcus tomó y le entregó a Amy.

—¡Asombroso! —profirió Brutt, aplaudiendo con sus dos manos.

Entonces, intervino Beatriz, quien casi no había hablado durante toda la sesión, y para lo que dijo, más valía que no hubiera abierto la boca:

—Cielo, que nuestra querida Srta. Bestru, nos muestre lo que sabe.

La joven puso cara de susto y palideció. Lo que pedía aquella mujer estaba fuera de contexto, y esperaba que el profesor Brutt se diera cuenta de las inconveniencias de la solicitud. Todos los ojos estaban puestos en ella, quien, aterrada, vio como el profesor secundaba la propuesta de su esposa. Amy estaba convencida de que

no haría más que el ridículo. Estaba segura. Solo había presenciado los actos, pero no había aprendido nada del proceso que los manifestaba. Entonces, balbuceó unas palabras:

—Me gustaría saber más de la teoría de la magia, antes de realizar las prácticas.

—¡Tonterías, Amy! —refutó Josey, quien al lado de su madre la miraba con suficiencia— La magia solo se aprende con la práctica.

—Pero…

—Nada de peros —sentenció Brutt— ¡Al agua!

Amy dio unos pasos vacilantes hacia la playa. Su fracaso sería evidente. Se ubicó en el agua, en el mismo lugar en que Brocania y Maxelor estuvieron minutos antes, e imitó lo que recordaba de sus movimientos, pero nada sucedió. Hizo el proceso varias veces, infructuosamente.

Hasta que Josey dijo:

—Increíble que una descendiente de Alluvien no pueda producir ni siquiera una insignificante ola —denigró.

—Sal del agua, Amy —ordenó el profesor Brutt.

Amy no tenía fuerzas para levantar los ojos y mirar a los demás. Se sentía humillada, ultrajada, y deseó no haber aceptado nunca la propuesta de su padre. Su primera clase estaba resultando una tortura. Salió del mar arrastrando los pasos, Marcus se acercó para ayudarla y la condujo al tronco en donde estaba Beatriz, la obligó a sentarse y le puso su chaqueta alrededor de los hombros, al tiempo que amonestaba al hijo del profesor:

—Déjala, Josey. Está nerviosa. Se encuentra en un lugar extraño, rodeada de desconocidos y con una tarea descomunal sobre sus hombros. Hasta yo hubiera tenido problemas de estar en las mismas circunstancias.

Amy no pudo controlar la emoción que le produjeron sus palabras, lo miró con agradecimiento, y Marcus notó que la muchacha estaba a punto de echarse a llorar. Entonces comprendió las palabras de Marlow cuando le dijo que la joven tenía “una dulzura que te atrapa”.

—Bueno, parece que la Srta. Bestru sabe menos de lo que pensé. Es obvio que debe estudiar desde lo básico —sentenció el profesor Brutt, y tomando su maletín, se puso a buscar un objeto que resultó ser un lápiz que cumplía las funciones de varita. Lo sacudió y lo apuntó al cielo. De la nada, cayó un libro que aterrizó en las manos de Amy, y casi la tumba, de no haber tenido los brazos de Marcus que estaban allí para sostenerla.

—Le daremos a Amy cinco días para que estudie *“La Teoría de la Magia”* de Alan Dow, una compilación de lo mejor de todos los tiempos. Nuestra próxima reunión será en la Cordillera Nevada de la Casa Aire, y espero que, esta vez, todos sean puntuales.

Amy se quedó mirando el tomo. Aún no había terminado de leer el libro de Julio Verne, que era mucho menos voluminoso y más interesante que el que sostenía en sus manos. Su afición por la lectura era prácticamente nula, y si leía, era siempre por las fuertes presiones que Dora ejercía sobre ella. Si se hubiera tratado de un libro sobre caballos, otra sería la historia, pero la magia no figuraba en su lista de tópicos favoritos. No obstante, le hizo una promesa a su padre y deseaba regresar a su pueblo natal, por lo que haría, por lo menos, el intento de estudiarlo.

—Es imposible que lo lea todo en una sola semana.

A lo que el profesor Brutt refutó:

—Eso es algo para lo cual tendrás que planificarte muy bien. Sabemos que no te convertirás en una hechicera de la noche a la mañana. Se trata de escoger dos o tres actos que puedas realizar para impresionar a los miembros del Concejo y nada más —indicó, al tiempo que recogía su maletín y acercaba su brazo a su esposa para ayudarla a levantar, mientras Josey ya se dirigía al bote.

Marcus aprovechó para hablar con Amy.

—Puedo ayudarte, si lo deseas. La lectura es tediosa cuando la hace uno solo, pero entre dos es mucho más divertida. Conozco muchos tipos de magia y he dado clases en algunos institutos. Estoy seguro que te sería de mucha utilidad. Tampoco debes preocuparte mucho por la presentación ante el Concejo; ellos solo esperan evaluar tus potencialidades para la magia y un acto sencillo bastará.

Amy sonrió con franqueza.

—Me encantaría tener tu ayuda —contestó, deseando que su tono no sonara demasiado atrevido.

Pero, Amy todavía quería aclarar un punto con Brutt, y dejando a Marcus en la arena, corrió hasta el bote para alcanzarlo:

—Profesor, tengo una pregunta ¿En qué clase aprenderé a usar el espejo dimensional?

El instructor se volteó, sorprendido, hasta quedar de frente a la joven. ¿Cómo sabía Amy de la existencia de aquel espejo?

—Espero que nunca. Esa clase no está pensada para novatos. Se requiere años de experiencia para ser merecedor y portador de dicho conocimiento. ¿Has visto alguno aquí en la isla?

Amy negó rápidamente con un suave movimiento de cabeza.

—¡Bien! Porque si hubieras visto uno, tendrías que reportarlo al Concejo de Magia y Hechicería que es el custodio de tales artículos.

Dicho esto, se acomodó en el bote y dirigió unas palabras al conductor, quien comenzó a remar, alejándose de la playa, mientras Amy se quedaba observándolos desde la orilla. Desde donde estaba escuchó a Beatriz preguntarle a su esposo:

—¿Qué te pareció la muchacha, tesorito?

Leoncio frunció el ceño y contestó:

—Es un desastre, amorcito. Parece que tendré que trabajar mucho para sacar algo bueno de ella.

—Soy de la misma opinión. ¡Es una pena! —sentenció la otra.

Amy se sintió decepcionada por aquellas palabras que reflejaban la opinión experta de los Brutt sobre sus habilidades. Tendría que poner mayor empeño en la lectura si quería alcanzar su meta. Lanzó un largo suspiro de resignación y volvió con Marcus, quien en ese momento conversaba con Maxelor.

—Pensé que se quedaría más tiempo —dijo Amy, refiriéndose al profesor.

—Lo hará, tan pronto aprendas los conceptos básicos de la magia. No te inquietes, él te enseñará bien —contestó Marcus.

Marcus y Maxelor se quejaron de la rudeza de Brutt, y Brocania estuvo de acuerdo en que el profesor se había comportado de manera grosera con Amy. Mientras charlaban, Amy notó que Marcus le dispensaba una atención especial que no le daba a Brocania, y que cuando le hablaba, lo hacía en términos delicados y amables. Se sintió halagada por tan galante distinción. Luego de unos minutos, Brocania se despidió y se marchó en su bote, quedando solo Amy, Marcus y Maxelor, sentados en la arena, analizando la mejor manera de estudiar la magia, y dándole consejos a la joven para dominar los actos.

Entonces, un vehículo se detuvo a pocos metros de la playa. Los tres voltearon a mirarlo con curiosidad, ya que no esperaban a nadie. Era Dora, quien regresaba de la Cordillera Nevada y no pudo resistir el impulso de ver a su hija en su primer día de clases. Amy corrió a recibirla, y después de un fuerte abrazo, a la pregunta de su madre de cómo le había ido, ella contestó:

—Mi clase no fue muy bien, mamá. Fue mucho peor que una tortura. Mi ignorancia raya en lo ridículo. No sé nada de magia y creo que nunca aprenderé. No aprobaré. Además, le caigo muy mal al profesor Brutt, quien no hizo más que reprenderme durante toda la clase. Fue muy grosero, mamá.

Su madre sonrió y la abrazó; bien conocía el dramatismo de Amy cuando las cosas no salían como ella deseaba.

—No te aflijas, hija —dijo, retirándole un mechón de cabello de la frente— Él siempre es un poco huraño, pero es el mejor profesor que conozco. ¡Ten paciencia! Nadie aprende en un día.

—¿Paciencia? Hoy no hice más que practicarla. Si hasta creo que esta clase en lugar de magia trataba precisamente de ejercitar la tan renombrada paciencia. Ni te imaginas lo que me hizo hacer la esposa del profesor Brutt. ¡Es terrible! Esa mujer debería ser quemada en la hoguera, como las antiguas brujas de Salem.

—¡Debes ser más respetuosa, Amy! —dijo, riendo.

Juntas caminaron hasta donde se encontraban Marcus y Maxelor. Amy inició las presentaciones:

—Mamá, él es Marcus, el representante de la Casa Tierra y Fuego.

Dora supo que estaba delante del hijo de Bolmer y Celeste. Su sorpresa fue grande porque no esperaba encontrarlo allí y estaba segura de que Nicolai tampoco sabía de eso.

—Eres el hijo de Bolmer, ¿verdad? Conocí a tu padre, cuando estudiaba en la Casa Tierra; pero de eso hace ya muchos años —dijo, con nerviosismo. No sabía cuánto de la historia entre ella y su padre conocía el muchacho.

Marcus le dio un fuerte apretón de mano y Dora vio que sus rasgos eran varoniles y armoniosos. Tenía los ojos verdosos, como Bolmer, pero sus cabellos y porte se inclinaban más hacia la familia de su madre.

Luego, dirigiéndose a Maxelor:

—A ti ya te conozco —dijo, dándole un fuerte abrazo— acabo de dejar a tu madre y me habló mucho de ti.

—Cosas buenas, supongo —y asomó su encantadora sonrisa.

—¡Claro! ¿De qué otra clase podría ser?

Entonces, ocurrió un hecho de lo más extraño que Amy y los presentes recordarían por mucho tiempo. Un grupo de águilas blancas volaba en círculos sobre la playa. Sus movimientos eran articulados y parecían estar realizando algún rito o danza sobrenatural. De repente, una de ellas aterrizó estrepitosamente sobre la arena, muy cerca de Amy. Era *Xondor* y la joven se acercó a ver si se encontraba bien. Luego, las águilas, que parecían venir de todas las direcciones, fueron aterrizando, una a una, hasta que cubrieron completamente la playa. El fenómeno era inusual y se prestaba a muchas especulaciones.

—Al parecer tenemos águilas que se creen gaviotas —dijo Dora, quien no dudó que aquello tenía algo que ver con Amy. Ya había empezado a notar que los animales se comportaban de forma extraña en su presencia.

—Nunca antes vi algo como esto —expresó Maxelor— y eso que tenemos una buena cantidad de ellas en la Cordillera.

—Sí, en realidad esto es algo muy inusual —concluyó Marcus, pensativo.

Todos se quedaron un buen rato contemplando a las aves, que parecían no tener intenciones de moverse de allí, hasta que el sol comenzó a ocultarse y vieron que era tiempo de despedirse y así lo hicieron.

Esa noche, Amy conversaba con su madre en su habitación, se había acomodado en el suelo, mientras esta, sentada en una butaca con un fino peine de carey entre sus manos, le desenredaba el cabello a su quejumbrosa hija, quien no paraba de narrar los vejámenes de los

cuales fue objeto durante el entrenamiento. El espejo les devolvía su imagen, por lo que Amy observaba a su madre cuando deslizaba el peine que iba desde su cabeza a su cintura.

—Mamá, ¿Por qué Nicolai no pasa tiempo conmigo? Entiendo que no lo hiciera cuando estaba en Grasspick, pero estoy aquí, y no veo que la situación haya cambiado.

—Tu padre es un hombre muy ocupado, Amy. Aunque la isla puede parecerte pequeña, sus problemas, no lo son. Siempre hay conflictos que resolver, y el Tribunal Conciliatorio nunca cierra sus puertas.

—¿Es allí donde va cada mañana?

—Sí, así es.

—¿Podemos ir en algún momento?

—¿Por qué no? —pero Dora no la llevaría. Lo último que deseaba era que Amy contemplara en primera fila la verdad de lo que implicaba la Regencia. Allí se encarnaba lo peor de la comunidad mágica; los pleitos, los malos hechizos, las envidias, y era imposible contemplar tales miserias sin salir salpicado de su influjo. De todas maneras, ya había decidido que su hija no se quedaría en la isla más allá de las tres semanas prometidas a su padre.

—Aun así, su tiempo libre lo pasa cazando perdices.

—Nicolai es muy aficionado a la cacería con arco y flecha. Lo relaja y es muy bueno en eso.

—¿No crees que yo soy más importante que las perdices?

—¡Claro que sí! —dijo, abrazándola— No hay duda, y tu padre también lo cree. Debemos tener paciencia con él, Amy.

Hubo un momento en el que su hija guardó silencio, y Dora supo que le hablaría de Marcus.

—Mamá, ¿te acuerdas del muchacho de mis sueños?

Dora se tensó porque sabía lo que le iba a decir.

—Es Marcus. No lo podía creer cuando lo vi llegar esta mañana. ¡Es él! Con el mismo caballo rojo que aparece en mis sueños.

Dora siguió desenredando la maraña de cabello que tenía ante sí, muy enredada porque Amy no eran de las muchachas que le gustara peinarse.

—Por lo que veo has tenido una mañana muy agitada —dijo, dando un jalón que hizo que su hija emitiera un chillido.

—¿Tú crees en los sueños, mamá? ¿Crees que tienen algún significado?

—Ciertamente, nunca debes desdeñarlos, pero a veces, es muy difícil descifrarlos. Amy, por algo tuviste esa visión. Debes andar con cuidado y estar muy pendiente por si tienes otras.

—¿Qué pasó allá, mamá? —preguntó refiriéndose al evento de los animales.

Y Dora le dijo lo que en realidad pensaba:
—Creo que la magia te está descubriendo, cariño.

15

El Idilio

A pesar de las apariencias en contra, Marcus no era un muchacho de malos sentimientos ni le agradaba ir por la vida engañando a dóciles doncellas, como bien podría dar a entender su comportamiento, pero su afán por complacer a su padre lo colocó en una situación que, a la larga, le acarrearía nefastas consecuencias. Creció en un ambiente amoroso gracias a los cuidados de su madre, porque a su padre lo veía muy poco, solo en vacaciones y en navidad. Celeste se empeñó en que tuviera la mejor educación que ofrecieran los institutos extranjeros, y a muy temprana edad había viajado y conocido las principales ciudades del mundo. Fue un muchacho travieso, adicto a la magia, y pasaba cortos períodos de tiempo en la isla, bajo la tutela de Marlow, por quien sentía una especial afinidad y apreciaba como a un padre. Los que no se sentían muy contentos con la presencia del muchacho en la casa eran los miembros de la servidumbre, blanco de sus bromas y sus incipientes actos mágicos.

Marcus solía acosar a Berta, la cocinera, haciendo aparecer babosas ranas y escurridizos lagartos dentro de sus utensilios y ollas. Cuando uno menos lo esperaba, saltaba uno de estos animalitos que se adhería a la ropa con una fiereza y una fuerza hercúlea que hacía necesario el uso de una cuchara caliente que se acercaba al cuerpo para que el batracio aflojara su indeseable abrazo. La mujer vivía siempre al borde de un ataque de nervios, y en varias ocasiones amenazó con dejar la residencia si la actitud del chico no cambiaba. Pero Celeste, que no era muy adicta a las labores culinarias, lejos estaba de prescindir de una empleada que tanto trabajo le había costado conseguir y que guisaba como los dioses, (si es que los dioses han guisado alguna vez), por lo que una charla muy formal con Marcus en la biblioteca se llevó a cabo para dirigir los alcances de su magia hacia una dirección que no pusiera en peligro la salud mental de Berta.

Por otro lado, la servidumbre de la Casa Tierra se había acostumbrado a ver objetos volando por los pasillos, a los que esquivaban para no terminar con un moretón en la frente o algún labio sangrante. Pero, como en la conversación que el muchacho tuvo con su madre no se mencionó para nada a las mucamas, fueron estas las que pasaron a ser el nuevo objetivo de su magia; y a la que le

aseaba el cuarto, le tocó la peor parte, ya que, entre las sábanas y escondidos entre los almohadones, aparecían siempre animales de las más variadas texturas y colores, con formas inverosímiles en el reino animal, que la pobre empleada desalojaba a fuerza de apurados escobazos. Pero lo peor, lo realmente malo y angustioso, ocurría cuando los bichos eran voladores; en ese caso el desalojo era más engorroso ya que requería la participación de casi todos los criados de la casa. Las travesuras de Marcus acabaron cuando el muchacho cumplió los doce años. Ese verano vino a la isla con un amigo, Ralf. Estudiaba con Marcus en el mismo instituto en Surrey y se hicieron inseparables. Entonces, su magia se limitó a experimentar con procesos alquímicos extravagantes que realizaban en uno de los cuartos que quedaba cerca de la cocina, e impregnaban el ambiente de un olor sulfuroso que no se quitaba en varios días. Durante ese tiempo, aunque no tenía nada que ver con la magia, se obsesionó con el mundo de los microbios y las bacterias, a quienes espiaba a través de un microscopio buscando semejanzas con el mundo de los humanos. Con el pasar de los años, Marcus surgió de su adolescencia convertido en un agradable joven, de rasgos helénicos e irrefutable encanto. Era un muchacho bien portado, que agradaba a todo el mundo, aunque muchos lo tildaban de orgulloso, pero su orgullo estaba bien sustentado en sus muy deseables atributos físicos e intelectuales. En el campo amoroso, se decía que sus conquistas eran numerosas; muchas eran especulaciones y ninguna llegaba a destacar como favorita en sus sentimientos.

Estaba determinado a que su amistad con Amy prosperaba. La muchacha era tímida, sin experiencia y fácil de embaucar. Había conocido decenas de muchachas como ella en los barrios londinenses y neoyorquinos, ingenuas, embriagadas de nobles causas y sueños utópicos que terminaban, siempre, afligidas y arrepentidas, víctimas de terribles calamidades. Los remordimientos no lo acosaban sino en las noches, cuando su conciencia se aventuraba a mostrarse para objetar su denigrante comportamiento. Pero, no toda la culpa recaía sobre sus hombros, después de todo, él no había sido el precursor de aquel plan tan detestable en sus términos, y existían factores atenuantes que pudieran inducir a disculparlo. La injerencia de Bolmer en el asunto tuvo un papel predominante, además, estaba la opinión de Ralf haciendo parecer la treta como algo inocuo, que en nada comprometía su moralidad ni su ética.

—No es como si la estuvieras matando, ni robando sus bienes —decía Ralf—. Al final, la chica tendrá tres semanas para recordar; habrá visitado sitios bonitos, comido muchos helados y recibido regalos caros. Ni siquiera tienes que convertirte en su novio, con ser su amigo y confidente bastará.

Por el contrario, Amy, con sus dieciséis años, estaba viviendo el preámbulo de su primer amor. Marcus la había mirado con insistencia el día del entrenamiento, de eso no tenía dudas, prefiriéndola por encima de Brocania, a quien ella consideraba como el pináculo de la belleza femenina, poseedora del más alto estándar de perfección en sus formas. Si bien él se había ofrecido a ayudarla con la lectura, no había dicho cuándo se verían de nuevo. La noche después del entrenamiento no pudo dormir, la imagen de Marcus daba vueltas en su cabeza y su voz resonaba con fuerza en sus oídos. Aquel muchacho no sería fácil de olvidar, había calado hondo. Dio varias vueltas en la cama y reacomodó la almohada por quinta vez, intentó dormir. A las doce, las desenfrenadas campanadas del reloj sonaron con macabro ritmo, pero ella no las escuchó, en ese momento soñaba plácidamente con el joven del caballo rojo.

La intención de Marcus de cortejar a Amy seguía en pie a la mañana siguiente. Se vistió meticulosamente, se afeitó y perfumó, con la idea de presentarse en el Coliseum e invitarla a visitar la Ciudad Amurallada. Esperaba que la muchacha no pusiera objeciones ya que se presentaría sin haber sido invitado, pero, habiendo estudiado sus reacciones el día anterior, se sentía seguro de recibir una respuesta favorable. Se encontró con su padre en el corredor, iba en bata y pantuflas, y con una taza de café en la mano. Enseguida lo detuvo para interrogarlo. Marcus, quien iba apurado, le respondió que había conocido a la chica en cuestión y que planeaba verla de nuevo esa mañana y Bolmer se mostró muy satisfecho. Quedaron en conversar sobre el asunto a su regreso.

Pero, a la salida, Ralf lo atajó en la puerta, esgrimiendo una sonrisa de lagarto que Marcus conocía muy bien y que usaba cada vez que le quería tomar el pelo.

—¿No se te olvida algo?

Marcus lo miró con extrañeza y luego de pensar un rato, respondió:

—No lo creo. ¿Por qué?

El amigo hizo un gesto de impaciencia y se llevó las manos a la cabeza. Entonces, abriendo el saco que llevaba puesto, sacó una caja de chocolates en forma de corazón de uno de sus bolsillos.

—Por lo que veo, tendré que darte clases de romanticismo, amigo mío. Nunca vayas a una cita sin llevar algún regalo —y le puso la caja en sus manos.

La actitud de Marcus fue de sorpresa, tomó la caja, le dio una vuelta y la miró con desdén.

—¡Ni lo pienses! ¿Estás loco? Esto es una cursilería. Jamás le he dado chocolates a nadie, y no quiero que Amy se haga ilusiones románticas conmigo —y se la devolvió de mala manera.

—¿En qué quedamos? ¿La cortejarás o no? En un instante dices que ayudarás a tu padre, y en el otro que saldrás corriendo como un gatito perseguido por perro.

—Estoy confundido, Ralf. En realidad, no sé lo que estoy haciendo. Debería dejar las cosas como están.

—No seas tonto. Confía en mí. Ve por ella y dale los chocolates. A las muchachas le gustan esas boberías —y lo acompañó hasta su auto, poniendo la caja en el asiento delantero.

Marcus no tardó mucho en llegar al Coliseum. Sin embargo, mientras subía las escaleras, luchaba con las ganas de volver a su auto y alejarse de allí rápidamente; pero las palabras de Ralf comparándolo que un gatito fueron suficientes para darle coraje y tocar la puerta.

Dora lo recibió y lo saludó cortésmente. No sabía que Amy esperaba visitas. El muchacho lucía nervioso y aquello le causó gracia, porque Bolmer, muchos años atrás, hacía los mismos gestos inarticulados cuando se encontraba con ella en los entrenamientos. Lo observó con detenimiento: era apuesto, de buenas maneras y respetuoso; pero, eso no implicaba que se tratara de una buena persona. No podía olvidar que era el hijo de Bolmer, y deseó que los defectos del padre no hubieran sido heredados por el hijo. No obstante, le extrañó que Amy no le hubiera mencionado esa visita. Dejó al visitante con Mabel, quien ya le había servido una taza de café, mientras Dora subía para avisarle a su hija. La encontró en su habitación, aún en pijamas, tirada en la cama, con flojera y atisbando de lejos el libro de magia de Brutt, preguntándose si tenía la disposición de leerlo.

—Marcus te está esperando en la sala, Amy —anunció Dora y la muchacha saltó como accionada por un resorte.

—¿Está allá abajo? ¿En la casa? —preguntó incrédula, y al recibir una respuesta afirmativa, gritó y dio patadas de alegría, al tiempo que, alborozada, corría al closet para buscar su mejor ropa. Su madre la miró divertida, nunca antes la había visto tan entusiasmada por ningún muchacho, y se preguntó si Nicolai compartiría su mismo entusiasmo cuando supiera que Amy estaba saliendo con el hijo Bolmer. Dora era de la opinión de que no había que juzgar a los hijos por el comportamiento de los padres, aun así estaría pendiente del desenvolvimiento del idilio.

—¿Esto me queda bien? —inquirió Amy, y sin esperar respuesta, sacó otro vestido y se lo colocó encima para verse en el espejo. Luego, sacó otro y otro, y a su lado ya se iba formando una ruma.

—¡Ya basta, Amy! Ponte este —dijo Dora, sacando un conjunto de dos piezas del closet.

También la ayudó a peinar y a buscar los zapatos que no aparecían por ninguna parte. Cuando Amy bajó, dejó en su cuarto tal desorden

que Dora tuvo que llamar a Mabel para que la ayudara a levantarlo. Mientras recogía una camisa del suelo, Dora se asomó a la ventana. Observó a su hija y a Marcus, mientras caminaban hacia el vehículo. Amy iba radiante y parlanchina, sin duda disfrutando el momento, mientras Marcus conversaba amablemente, pero Dora no pudo descifrar ninguna emoción en su rostro. Frunció el ceño. El auto se alejó y Dora se quedó mirándolos con una amarga sensación en la boca del estómago.

Mientras tanto, en el vehículo, Marcus dispensaba sus galanterías con más esmero que de costumbre. Halagó la habilidad de la muchacha para manejar la situación en la que se encontraba, en especial por las intransigencias del profesor Brutt; y ella no pudo evitar pensar que aquella "habilidad" tan alabada obedecía más bien a su miedo de fracasar, y no a ninguna otra cosa. No obstante, escuchar tales halagos en el muchacho que con tanta vehemencia deseaba impresionar se sentía tan bien que guardó su confidencia para otra ocasión.

Por otro lado, los temas de conversación habían preocupado a Marcus. Él salía con hechiceras y la mayoría de las veces su charla orbitaba alrededor de la magia, pero con Amy sería diferente, sus pláticas debían basarse en otros tópicos. Al final, resultó no haber problemas, Amy era vivaz y alegre y se hizo fácil conversar con ella. Buscó en la radio una melodía suave, y encontró una canción, *Pócima de Amor*, muy en boga en la isla, de una banda de duendes doraplatenses que hacía furor en las emisoras; con la música la charla se hizo más íntima, y aunque la conversación era trivial a Amy le pareció que estaban conversando sobre asuntos de gran importancia para ambos. Marcus le entregó los chocolates de Ralf, y la joven se emocionó mucho y agradeció efusivamente el detalle.

—Te voy a llevar a un lugar muy especial. Es una feria que exhibe las mejores flores y frutas de la isla. Por supuesto, está en la Ciudad Amurallada, hogar de la Casa Tierra, mi Casa —el joven sonrió y mostró una hilera perfecta de dientes.

Amy asintió con la respiración entrecortada, porque tenía la boca llena de bombones. El auto corría por la carretera y se adentraba cada vez más en el bosque. La muchacha, aunque nerviosa, articuló:

—Por cierto, ayer te vi con un caballo rojo. Me llamó mucho la atención porque vivo en un rancho en Grasspick en donde criamos caballos, de otro tipo, claro está, y definitivamente, no rojos. Me gustan mucho, el mío de llama *Trueno,* pero los de ustedes tienen ese extraño color que los hace adorables.

Marcus se alegró de tener un tema que les gustaba a ambos.

—Los caballos de Erenov son famosos. Deben su color a lo que comen, una mezcla de heno, hierbas y una especie de nuez que solo

crece en la isla. Cuando tengas tiempo, te llevaré a visitar nuestras caballerizas. Si te gustan tanto los caballos, disfrutarás el recorrido. Mi caballo se llama *Platino,* y es el único ejemplar de la cuadra que nació con una mancha blanca en el pecho en forma de estrella.

—Ups! Creí que tenía algo que ver con la magia.

Marcus soltó una carcajada.

—No todo lo que hacen los magos tiene que ver con la magia. Nunca escuché de un lugar llamado Grasspick. ¿Queda lejos?

—Más lejos de lo que yo quisiera. Extraño mi casa, ¿sabes? El Coliseum es un lugar elegante, pero, a mi modo de ver, tétrico y tenebroso. Prefiero la sencillez de mi hogar.

—Es raro que Nicolai te mantuviera lejos.

Amy asintió, pero no quiso hablar del tema, después de todo, había sido Tratos, el abuelo del muchacho, quien comenzó la ola de violencia que hizo que su padre las alejara. Se quedó callada y Marcus entendió que no quería hablar.

Luego de unos minutos de andar por la carretera, después de una curva cerrada, el bosque se aclaró y se encontraron frente a un amplio puente de piedras, magnifico en su diseño y longitud, y un ancho muro que rodeaba por completo la ciudad. Al cruzar el puente, una avenida, con tiendas, casas y parques, se erguía con elegancia, con más visos de ciudad que de pueblo.

El joven mago deseaba impresionar a la muchacha y en ese momento efectivamente lo logró. A medida que avanzaban, le señalaba los sitios más atractivos de la ciudad y le dio un recorrido rápido por algunas de sus calles.

—¿Ves ese edificio al final de la avenida?

Amy estiró el cuello y vio un conjunto residencial de cuatro niveles. Asintió con la cabeza.

—Allí vivo yo —articuló con orgullo.

Rodaron unas cuantas calles hasta que llegaron a un estacionamiento, en donde Marcus paró el vehículo. Como muestra de su caballerosidad, dio la vuelta para abrirle la puerta, y Amy salió, mirando con apreciación todo lo que la rodeaba. En silencio, tomaron una callecita que bajaba a mano derecha y cayeron de lleno en la feria. La entrada estaba adornada con un arco de flores compuesta de rosas, claveles y margaritas, artísticamente combinadas. Era al aire libre y coloridos puestos se apostaban en la vía desplegando sus magníficas mercancías. Había flores, frutas y artesanías. Las personas caminaban y se detenían en los puestos de su preferencia. Gnomos, elfos, duendes y otros personajes del mundo mágico formaban parte de la clientela. Algunos se detenían a saludar a Marcus, y un sentimiento de incontenible deferencia la invadió

Mientras caminaban, Amy sintió un fuerte olor a vainilla, miel o

jarabe de alce; era un olor indefinible, algo dulzón, que le recordaba a las panquecas de la Sra. Banks.

—Me encanta ese aroma. ¿Qué es? —dijo, dando una fuerte bocanada, sin distinguir todavía a cuál de los elementos pertenecía.

—Ven —dijo él, tomándola de la mano, que le pareció pequeña y cálida al tacto.

La llevó hasta un puesto de frutas y pidió un batido con un nombre extraño (un vidosty, o algo que sonaba por el estilo). El encargado, que era un elfo cuyas orejas eran tan grandes que parecían de burro, tomó un vaso y lo llenó con un líquido cremoso que entregó a Amy. Reconoció el olor que había impresionado su olfato, lo probó y sus labios quedaron cubiertos de una sustancia espumosa. Marcus sonrió, y le limpió la boca con la mano y Amy sintió que una extraña calidez recorría su cuerpo. Le explicó que se trataba de una fruta que solo crecía en la isla, y que la preparación que había tomado tenía un ingrediente secreto que solo los elfos conocían, y que se había transmitido de generación en generación.

—Es lo más delicioso que he probado.

Marcus le respondió con picardía:

—Aun te quedan cosas por probar.

Caminaron deteniéndose un rato en cada puesto.

—Toma, muerde —le decía el muchacho, dándole a probar frutas y dulces típicos de la zona.

Marcus se deleitaba en mostrarle los sabores de su tierra. El orgullo y su sentido de pertenencia se manifestaban, elocuentemente, en las palabras con las que alababa cada rincón de su ciudad. Al final del recorrido, llegaron a un sereno lago, y se sentaron sobre el césped a contemplar el paisaje.

—Creciste en un lugar hermoso, Marcus —dijo, dando una mirada apreciativa a las serenas aguas que reflejaban la imagen de un azulado cielo, moteado de blanco por las nubes.

El joven mago se enfocó en su rostro, Amy tenía una risa fresca y una mirada limpia. Se mostraba tal como era, sin tapujos, sin disimulos, sin aparentar lo que no era. No había conocido a nadie como ella; y la certeza de estar provocándole un daño irreparable se hizo palpable en su conciencia.

—En realidad, no crecí aquí —agregó—. Me mudé cuando tenía cinco años, aunque no estuve mucho tiempo porque estudiaba en el exterior, pero todos los veranos los pasé en la isla. En la actualidad viajo mucho, pero ahora trabajo en un proyecto de mi padre, para abrir un instituto nuevo de magia, así que temo que tendré que quedarme un buen tiempo por estos lares, lo cual me da mucha satisfacción.

—¿Siempre quisiste ser un mago?

—Sí, desde que tengo uso de razón siempre quise ser uno. He vivido rodeado de magia. Mi sueño es ser miembro del Concejo de Magia y Hechicería, pero aún falta mucho para eso.

—¿Por qué?

—Me falta experiencia. Primero debo ser Director de algún asentamiento, luego Regente, y con muchos años de estudio, podré optar al puesto del Concejo —el muchacho sintió que había hablado demasiado, entonces, se mantuvo en silencio unos minutos.

—Por lo que dices, sus miembros deben ser todos ancianos.

Marcus sonrió.

—En realidad, sí, aunque no había pensado mucho en eso.

La muchacha lanzó un suspiro.

—Ojalá yo tuviera la misma certeza de lo que quiero. Unos días quiero ser Amy, la muchacha de Grasspick, la que extraña a los caballos y a su perra *Pelusa*; y otros, Amy, la hechicera, la que espera complacer a su padre y gobernar a su lado.

—Quizá gobernar no sea lo tuyo, Amy —dijo, con sutileza— Lo bueno de ser jóvenes es que tenemos mucho tiempo por delante para decidir. En algún momento, lo sabrás.

—No lo sé, Marcus. Hay personas que no les alcanza una vida para saber lo que quieren, y cuando lo averiguan, ya es demasiado tarde. Quizás yo sea una de esas —y suspiró con tristeza.

—Yo no te veo así. Veo que a pesar de tus miedos, estás allí, dando la pelea. Tu experiencia con los Brutt no fue la más agradable. No pongo en duda sus conocimientos, pero su trato con las personas es despreciable. Y a pesar de todo, no te has dado por vencida. Sean cual sean tus motivos, has mantenido tu resolución de seguir adelante, y eso es motivo de orgullo —y todo cuanto dijo, lo dijo desde el corazón.

Amy sonrió. Sus palabras la llenaron de aliento.

—Desde que llegué a la isla siento como si estuviera pisando un piso falso. Y no son solo ideas mías, el mismo Marlow, amigo de mi madre, me aconsejó que estuviera alerta. Siento que hay algo que me acecha, algo que no puedo ver.

Marcus entendió de lo que hablaba. El ambiente mágico de la isla y la peculiaridad de sus moradores impresionaban de manera distinta a los visitantes. Algunos experimentaban una euforia indescriptible y un sentimiento de alegría que no podían expresar con palabras, mientras otros veían con espanto las manifestaciones sobrenaturales que allí ocurrían.

—Conozco a Marlow. Lo aprecio mucho, es muy sabio y harías bien en seguir sus consejos. En él puedes confiar. Supe que se estaba quedando en el Coliseum.

—Sí. Es uno de los pocos rostros agradables que veo en la casa. De

Mabel y Petronio no puedo decir lo mismo.

Empezaba a anochecer y Marcus dijo que ya era tiempo de volver. Amy no había sentido el paso del tiempo, lo que suele suceder cuando se disfruta el momento, y se sorprendió mucho cuando vio aparecer los primeros luceros en el firmamento. El trayecto de vuelta lo hicieron en silencio, ambos tenían mucho en qué pensar. Cuando Marcus la dejó en la puerta de su casa, ya había oscurecido por completo.

—Disfruté mucho este día, Amy. ¿Sería mucho pedir que nos viéramos mañana? Conozco otro sitio, muy interesante, que me gustaría mostrarte. Pueblo Hermoso y Cabo Centella son los lugares a donde van todos los jóvenes de la isla y la comunidad mágica para divertirse. ¿Puedo venir por ti? Tendrás la opción de elegir cuál de los dos lugares quieres conocer.

Amy sonrió ante la perspectiva de volverse a ver tan pronto, y dijo:

—¿A las nueve?

—A las nueve será —confirmó Marcus, caminando de vuelta a su vehículo.

La joven no se movió hasta que su auto se perdió de vista por la carretera. Entonces, abrió la puerta, muy alborozada, y entró corriendo a la casa, sin fijarse bien por dónde iba. Mabel caminaba en su misma dirección con unos manteles blancos en sus brazos. Ninguna se percató de la presencia de la otra, por lo que el tropezón fue inevitable, y el ama de llaves vio el trabajo de toda una tarde caer como en cascada al piso. Amy, deshaciéndose en excusas, se agachó a recogerlos al tiempo que decía que bastaría con una ligera sacudida para que recobraran su limpieza virginal; pero el ama de llaves no era de la misma opinión y, muy ofendida, la reprendió fuertemente y amenazó con llevarla nuevamente hasta el estudio de su padre. Pero, la refriega no llegó a tanto, gracias a la oportuna intervención de Marlow, quien iba pasando por el vestíbulo en el momento y convenció a Mabel de que le entregara los manteles a una de las mucamas para que los lavara nuevamente. Al final, Mabel, con rencorosa voz, se dirigió a Amy:

—Brandy la ha estado esperando toda la tarde.

Entonces, recordó que habían quedado en verse a las tres en la guarida de la bruja. Miró el reloj. Eran las ocho de la noche. Corrió y llegó al ala sur, jadeando como *Pelusa* cuando bajaba por la colina detrás de *Trueno*. Encontró a Brandy en el piso, jugando monopolio con Cesor y Amgar.

—¡Vaya, vaya! Llegó su majestad, la gran Amy de Grasspick —dijo sardónicamente y con los labios fruncidos— Me dijeron que saliste con Marcus. ¿Estudiaron mucho?

Entonces, recién se dio cuenta de que no habían estudiado nada.

¡Ni siquiera había llevado el libro!

Brandy, que conocía de las andanzas de Marcus por la chismografía del pueblo, la previno:

—Él no es de fiar, Amy. La lista de sus conquistas es tan larga como la carretera que cruza la isla de extremo a extremo.

Amy atribuyó a los celos el soez comentario. Marcus había sido gentil y caballeroso. Le había enseñado su ciudad, y durante el recorrido, la gente lo había saludado con respeto y cariño. La imagen que le pintaba Brandy no correspondía con la que ella había visto.

—¿Por qué lo dices? A mí me parece un muchacho agradable.

—Es un donjuán y tú eres una muchacha tonta —dijo, y Cesor y Amgar estuvieron de acuerdo.

Amy se molestó mucho ¿Quiénes se creían para juzgarla de esa manera? Tenían solo días de conocerla ¿y ya emitían un juicio? Tonto era usar aquel sombrero de bruja que se veía tan ridículo en su cabezota, y en cuanto a Cesor y Amgar, ambos tontos, por jugar monopolio y seguir a Brandy como perritos falderos en todo lo que hacía. Pero, pese a las circunstancias, no quería discutir con ellos. Eran los únicos amigos que tenía en la isla, así que solo contestó, con tono condescendiente:

—Solo me ayuda con el libro de magia que me dio Brutt. El tema es demasiado extenso para mí y requiero todo el apoyo que me pueda dar. Si tuviera que hablar con un sapo, lo haría, con tal de aprender lo que necesito.

—Con tal no sea Marcus el que se convierta en sapo —agregó Cesor, en forma despectiva.

Amy se sentó en el piso a ver jugar a sus amigos y trató de aligerar la tensión del ambiente.

—Oigan, lo siento —dijo sintiéndose culpable— Voy a estar bien ocupada hasta la presentación, así que tendrán que perdonar mis ausencias ocasionales.

—Está bien —dijo Brandy, relajando la mirada y haciendo las paces con su amiga.

Cesor compraba un hotel, cuando Amy recordó que tenían un asunto pendiente. Mientras, Brandy ya tomaba los dados, lista para lanzarlos.

—¿Obtuvieron alguna información del cuarto misterioso? —preguntó Amy.

Brandy negó con la cabeza, concentrada en su juego y demasiado ocupada como para mirarla:

—Mi madre no sabe nada —y avanzó tres casillas en el tablero.

—O finge que no sabe —corrigió Amy, tratando de ganar su atención.

Llegó el turno de Cesor y contestó, al tiempo que tiraba los dados:

—Una hechicera de nombre Agatha comentó que al parecer había vivido un niño en el Coliseum, poco antes del nacimiento de Maxelor. Dijo que era hijo de Nicolai, su primogénito, pero que murió víctima de un maleficio; pero te advierto, la hechicera es muy vieja, con recurrentes episodios de locura, por lo que no sé si su información es confiable.

Amgar, quien conocía bien la dama en cuestión, agregó:

—No creo que debamos tomarla en serio. Ella fue la misma que predijo que el fin del mundo era en octubre del año pasado.

—Y nada ocurrió —dijo Cesor.

—Igual debemos interrogarla. Es bien sabido que tanto los borrachos como los locos dicen la verdad en determinadas circunstancias ¿Qué dijo Toroh? —insistió Amy.

—Nada. Actuó como si no hubiera escuchado mi pregunta —contestó Cesor.

—¿No les parece extraño que nadie diga nada? —preguntó Amy— El profesor Brutt dijo que el espejo dimensional es de tenencia prohibida, por lo que su presencia en la isla no está autorizada. Creo que pertenece a Nicolai, pero ¿Por qué lo tiene, y por qué lo mantiene oculto?

—Es obvio. Lo mantiene oculto porque está prohibido —dijo Brandy.

Los muchachos estaban decididos a resolver el misterio y se comprometieron a seguir indagando hasta obtener respuestas.

—Quizá si le preguntas a tu nuevo amigo Marcus… —sugirió Amgar— Él conoce la magia contemporánea y tiene conocimientos que nosotros no tenemos.

No obstante, Cesor le advirtió.

—Pero, ten cuidado, pregúntale solo si confías en él lo suficiente. Es un mago, y nosotros solo somos hechiceros.

—No lo entiendo, ¿Cuál es la diferencia?

—Los hechiceros estamos en el nivel básico de la magia, cuando tienes un dominio intermedio eres un mago, y cuando tienes dominio total te conviertes en archimago; pero de esos no existen muchos en el mundo, y aquí en la isla, no hay ninguno.

—¿Ni siquiera los Brutt?

—No, ni siquiera ellos —agregó Brandy.

Jugaron hasta bien entrada la noche hasta que Cesor y Amgar se despidieron, y Amy y Brandy se retiraron a sus respectivas habitaciones.

Cuando Marcus llegó a su casa, no se sorprendió de encontrar a Ralf en su recámara. Estaba recostado en su cama, apoyando su cabeza en su almohada y leyendo uno de sus libros.

—¿Qué haces que no estás en tu cuarto? —preguntó Marcus

sabiendo la respuesta. Su amigo era muy predecible y no hacían falta dotes de mago para prever su forma de actuar.

—Vamos, no seas gruñón. ¿Quería saber cómo te fue? —brincó hasta sentarse— ¿Le gustaron los chocolates?

Marcus se quitó el abrigo y lo lanzó en una butaca. Odiaba tener que darle la razón.

—¿Que si le gustaron? Se los comió todos antes de que llegáramos a la feria.

Ralf emitió un grito de alegría, sintiéndose muy satisfecho en su papel de celestino.

—¡Te lo dije! Los chocolates nunca no fallan.

Sin embargo, Marcus se veía intranquilo y Ralf notó que la conciencia, otra vez, martirizaba a su amigo.

—¿Qué te pasa?

—No voy a continuar con esta farsa. Se lo diré a mi padre mañana a primera hora.

Ralf lo calmó y lo instó a sentarse.

—Tu padre no está aquí. Salió de la isla. Quiere ver si el Fondo Financiero de Magos le concede un préstamo para comprar barcos. ¿Quién sabe? Ellos solo otorgan financiamiento para actividades mágicas o de hechicería, quizás tu padre los convenza de que hagan una excepción con él, porque los barcos, a mi entender, no están relacionados con la magia para nada. Si me lo preguntas, creo que hay una fuerte posibilidad de que rechacen su solicitud. Pero, cambiemos de tema. ¿Fue tan mala la experiencia que ya no la quieres repetir? Te vi en la feria, a lo lejos; no me acerqué para no parecer un entrometido, pero te veías contento.

Marcus titubeó:

—No se trata de si estoy contento o no. Amy no es como las jóvenes que acostumbro tratar. Es una muchacha muy dulce e ingenua, Ralf. Me siento como un miserable cuando le hablo.

—Ah, ya veo. Te cae bien. ¿Echarás todo por tierra, precisamente en el momento en que tu padre más te necesita? Creo que te estás apresurando. No son más que unos días. ¿No puedes hacer ese sacrificio por Bolmer?

Marcus dudó, realmente deseaba ayudar a su padre.

—¿Volverán a salir? —pregunto Ralf.

—Le prometí que mañana iríamos a Pueblo Hermoso o Cabo Centella.

—¡Buena elección! Entonces, ve. Amigo, mi consejo es que continúes viéndola. Es poco tiempo. Después de la presentación, deshazte de ella.

—Hablas de ella como si se tratara de un paquete.

—No es el caso. No quiero que te encariñes con la muchacha y que

después tengas que dejarla, o peor aún, que ella no quiera verte.

El joven mago quiso cambiar de tema.

—Y tú que tanto hablas, ahora cuéntame cómo va la remodelación.

Entonces, Ralf comenzó relatarte los pequeños avances de la obra.

El amanecer sorprendió a Marcus con insomnio, su estado de ánimo no estaba para paseos, pero tampoco era cuestión de dejar a Amy plantada sin darle una explicación. Manejó por la carretera, pensativo, deseando que aquellos días pasaran con rapidez, y que Amy no lo odiara mucho cuando terminara todo. La muchacha lo esperaba en la puerta y sonrió cuando lo vio llegar. Partieron inmediatamente.

Pueblo Hermoso fue el lugar escogido por Amy para visitar. El recorrido fue agradable, el bosque estaba especialmente fresco aquella mañana y les llegaban los aromas de los árboles y las flores plantados a lo largo del camino. Amy le comentó que había deseado visitar aquel pueblo desde que lo vio con su madre el día en que llegaron a la isla; y en sus palabras había un tono tan espontáneo y alegre que el joven mago se sintió peor por lo que estaba haciendo. Además, la chica le dijo que le agradaba estar en su compañía, y el muchacho no supo qué responder.

—¿Pasa algo? Te veo muy callado.

Marcus reaccionó enseguida.

—No, no pasa nada. Por un momento, pensé en los trabajos pendientes de la remodelación del instituto; pero no volverá a ocurrir. Hoy es día de diversión —dijo, disculpándose.

Llegaron a Pueblo Hermoso y Amy miró extasiada el peculiar diseño de sus casas, sus calles empedradas y la armonía del complejo en general, construido con mucha elegancia y gusto. Los locales de comida estaban abiertos y algunos jóvenes ya se deleitaban con sus preparaciones. Las amplias aceras estaban plagadas de puestos en donde se vendían utensilios para la magia y un hermoso parque se alzaba a un costado.

—¿Todos son hechiceros? —preguntó Amy con curiosidad.

Marcus asintió.

—Sí, hay hechiceros y magos. Muchos son oriundos de la isla, otros vienen a visitarnos y se hospedan en las posadas de los pueblos mágicos.

—En otras palabras, no tienes que pertenecer a una Casa para estar en la isla.

—No es obligatorio, no.

—¿Debes tener visa, pasaporte o algo por el estilo para entrar a la isla?

—No. La única forma de llegar es por mar. Y Pita controla muy bien que no vengan personas indeseables o ajenas al mundo de la magia. Las hechiceras y magos pueden aparecer usando medios

mágicos, pero necesitan autorización del Concejo para hacerlo. Con esta medida protegemos nuestros recursos naturales y a los habitantes.

Siguieron caminando por una cuesta que llevaba a un mirador. Había personas yendo y viniendo, conversando con animosidad, y saludaban a Marcus cuando lo reconocían.

—Parece que eres muy popular por aquí —bromeó Amy.

Cuando llegaron a la cima, la muchacha tenía las mejillas sonrosadas y le costaba trabajo respirar, pero la vista bien valió la pena el esfuerzo. Desde allí se observaba todo el pueblo en su singular belleza: las casas, los parques, los grandes árboles y los jardines, en contraste con el cielo con sus esponjadas y moteadas nubes.

—Recién me doy cuenta de que el mejor pintor del planeta es la naturaleza. Ningún humano puede captar con pinceles semejante espectacularidad. Son estos los momentos en los que mi incredulidad se tambalea y pienso que debe existir un poder superior que es capaz de crear tanta belleza —dijo Amy, sin dejar de mirar.

Marcus la miró con picardía.

—No seas tan dura con los pobres pintores. Hay muchos que tienen una sensibilidad especial para descifrar el lenguaje de la naturaleza y la saben plasmar muy bien en sus lienzos. La belleza no es creación exclusiva de un Dios, nosotros, sus criaturas, también la expresamos por diferentes medios. No me irás a decir que Gauguin, Cézanne y Van Gogh, por nombrar a unos pocos, no supieron captar tal espectacularidad. Existen muchas obras que probarían que tu punto de vista no es el más acertado.

—No conozco mucho de pintores, por lo que tengo que confesar que no estoy calificada para juzgarlos, y mis notas en educación artística así lo certifican, pero no diría que Van Gogh dibujara la naturaleza, sino más bien a sus fantasmas internos.

—Bueno, de lo que no podremos dudar nunca es de su genio —y con eso dieron por concluida la conversación.

Entonces, en el medio del valle se alzaba una colina de considerable tamaño, moteada de lo que parecían florecillas blancas. El mago manifestó:

—Desde allá se puede ver el mar —dijo, señalando una dirección.

—¿Iremos?

—Solo si estás en condiciones de caminar un poco más.

—Sí, lo estoy —expresó Amy, muy animada, luego de haber recuperado el aliento.

La colina quedaba algo alejada del pueblo, y tomaron un sendero de tierra que se adentraba en un bosque. Luego de treinta minutos de caminata llegaron a la base de un montículo y comenzaron a subir, cuando alcanzaron la cima, se delineaba, a lo lejos, tal como había anunciado Marcus, la silueta de la bahía, y más allá, los picos de la

Ciudad Flotante. Amy fijó su vista en el valle que se formaba en las faldas.

—¿Sabes cómo se llama este sitio? —le preguntó Marcus.

—No tengo idea.

—Es el Valle de las Hadas.

La joven dio un vistazo alrededor. Una extensión de verdes campiñas se extendía, cuadrados perfectos de sembradíos que se mostraban en diferentes tonos de esmeralda poblando aquella región de ensueño.

—No se ven hadas por ninguna parte; aun así es un lugar tan hermoso que parece un lugar mágico —reconoció Amy, quien había disfrutado cada instante del paseo.

—Esto no es magia. Cierra tus ojos —dijo Marcus, cubriéndolos con su mano y Amy sintió como retumbaban los latidos de su corazón.

Luego, agregó:

—Ahora, ábrelos.

Al volver la vista, donde antes hubo solo grama, el valle estaba cubierto de margaritas y diminutas hadas volaban entre ellas haciéndolas bailar como pequeñas bailarinas.

—¡Esto sí lo es! —dijo Marcus, muy satisfecho de su poder como mago.

Amy corrió colina abajo sintiendo como el viento golpeaba su rostro. Las margaritas se sentían como suaves plumas a medida que la recorrían sus manos, y las hadas volaban en todas direcciones apartándose cuando la veían llegar. Sus mejillas se tornaron coloradas a medida que corría.

—¡Ven conmigo! —le gritaba a Marcus.

El joven mago se había mantenido sentado en la cima y la observaba, divertido, desde arriba.

—No lo creo. Estoy algo mayor para esos juegos.

La muchacha se divertía de lo lindo y su entusiasmo era contagioso.

—¿Quién lo dice?

—Yo lo digo.

—¿De qué te vale ser mago si no puedes hacer lo que quieras?

—¡Buen punto! Pero, ¿y si lo que quiero hacer es quedarme aquí sentado?

Amy soltó una carcajada y a Marcus le pareció que su risa era encantadora. Estuvieron un rato más en la campiña, antes de regresar al pueblo.

—¿Tienes hambre? Conozco un lugar que tiene la mejor comida de la isla.

La muchacha se dio cuenta de que el ejercicio había alborotado su apetito. No había comido nada antes de salir, y no solo tenía hambre

sino que también estaba sedienta.

—Muero de hambre y de sed.

Visitaron la taberna de Gladys, una vieja hada casada con un gnomo que había puesto un establecimiento que vendía whisky de Villa Gnomo y los famosos panes de panceta de Gladys. Hicieron fila para poder entrar porque estaba atestado y a mucha gente de los pueblos circundantes les encantaba reunirse allí; pero valió la pena, porque Amy comió tanto, que ya no podría comerse el helado que Marcus le había prometido en *Delicias Congeladas*.

Gladys era amiga de Celeste, y al ver a Marcus en tan buena compañía, se acercó a la mesa a saludar.

—¡Vaya! Veo que le gustaron los panes —dijo al ver que solo migas quedaron en el plato. Amy sonrió porque nunca había visto a un hada que le hablara. Tenía la misma estatura que su esposo, y la joven calculó que serían como unos sesenta centímetros. Marcus la saludó cariñosamente y le presentó a Amy, diciéndole que era la hija de Nicolai. Enseguida, Gladys gritó con gran alborozo:

—Oigan, muchachos. ¡Tenemos aquí a la hija del Regente!

Una tanda de aplausos estalló en el lugar y muchos se acercaron a la mesa para saludar. Amy nunca había sido objeto de tales atenciones, y se sorprendió de que todos quisieran estrechar su mano. Recibió múltiples invitaciones a cenar y a almorzar de personas que jamás había visto. Se despidieron como pudieron bajo un clamor de protesta general.

Iban de salida cuando se encontraron con Pita y Toroh, quienes venían entrando al establecimiento y enseguida reconocieron a Amy.

—Caramba, esto sí que es una sorpresa —dijo Toroh, saludando a la muchacha con un fuerte abrazo que la despegó del piso. El saludo de Pita fue menos apoteósico, pero igual de cariñoso.

—¿Cómo está Dora? Tienen que venir a visitarme después que termine tu entrenamiento. Le diré a Brocania que prepare una merienda para nosotros.

—Será un placer para mí, Pita —contestó Amy, e hizo un ademán para presentar a Marcus, pero ellos expresaron que ya se conocían y se saludaron amistosamente. La pareja se despidió, y Toroh y Pita se quedaron mirándolos mientras se alejaban.

—Parece que la historia vuelve a repetirse —expresó Toroh, con sorpresa— Me pregunto lo que pensara Nicolai de esa relación.

—Si es que sabe que existe esa relación…

—Esperemos que no tenga el mismo final.

Y entrando a la taberna, ubicaron sillas y pidieron cervezas.

—¿Y qué opinas ahora de Amy? —preguntó Toroh a Pita, quien, en un principio, había expresado sus dudas con relación a la escogencia de la joven como Regente.

El otro sonrió, rascándose la barriga.

—Es una muchacha dulce y si estudia lo suficiente, lo hará bien —dijo, muy satisfecho.

Por otro lado, Amy y Marcus lograron llegar al carro, sin ser molestados por la multitud, y Marcus se expresó en forma jocosa.

—Lo siento. Nunca pensé que Gladys actuaría de esa manera.

Amy sonrió y le manifestó que en realidad el incidente le había parecido gracioso y que nunca antes había estrechado tantas manos como aquel día. Entonces, ambos rieron.

Al anochecer Celeste esperaba a Marcus en la sala de su casa. Su rostro estaba contraído y reflejaba una preocupación o molestia que le consumía las entrañas. Se preciaba de saber todo lo que ocurría en su casa y fuera de ella; desde la identidad del ladrón de pistachos de su alacena, pasando por el amorío ilícito de su ama de llaves con el chofer y las vagabunderías de Atroyana con su marido. En su casa tenía un séquito que atendía cada una de sus necesidades, por lo que disponía de suficiencia de tiempo para dedicarlo a las habladurías y la chismografía local.

Trató de ojear una revista, pero no pudo, la lanzó a la mesa y se sentó en el sofá a esperar a su hijo. Cuando Marcus entró y vio la expresión desencajada de su madre pensó que había tenido otra pelea con Bolmer, nunca se imaginó que el asunto era con él. La retahíla de Celeste no se hizo esperar:

—Me he enterado por Gladys que andas con la hija de Nicolai. Aparentemente, te muestras con ella, delante de todos. Mi propio hijo me está convirtiendo en el hazmerreír de la ciudad.

El mago la miró sorprendido.

—Vaya que los chismes vuelan rápido en la isla—mientras tiraba las llaves del vehículo sobre la mesa— Pero no veo cómo mi salida con Amy te haga el hazmerreír de la ciudad, como tú dices —y se quedó de pie mirando fijamente a su madre.

—¡Vaya! Se llama Amy. ¿Sabes quién es la madre de esa niña?

Marcus respondió:

—Sí. He visto a Dora un par de veces.

Celeste prosiguió con lágrimas en los ojos, como si le hubieran infringido un dolor muy grande.

—Esa mujer trató de destruir nuestro hogar hace muchos años. Se le metió por los ojos a tu padre y casi logra separarnos; ese fue el motivo por el que tuvimos que mudarnos a la isla. De no haber venido a defender mi matrimonio ¿Quién sabe en dónde estaríamos ahora? —pronunció en forma dramática.

La sorpresa se reflejó en el rostro del muchacho; había escuchado rumores del suceso, sí, pero su madre nunca los había confirmado; tampoco sabía que Dora era la mujer involucrada, y entendió por qué

lucía tan nerviosa cuando se conocieron en la playa. En todo caso, aquello había ocurrido hace muchos años. Lo que fuera que hubiera existido entre su padre y Dora había acabado. Ambos habían hecho sus vidas por separado, y no vio motivo para la histeria de su madre.

—Amy es una muchacha encantadora y no tiene la culpa de los errores que haya cometido su madre. Mi intención es seguir viéndola —dijo, y se cuidó de no mencionar del plan que había urdido su padre.

Celeste miró a su hijo como si hubiera recibido la peor de las traiciones. Era igual a su padre, insensible a sus sentimientos, y se sintió muy dolida. En aquella casa, nadie la consideraba, ni sus opiniones eran tomadas en cuenta. Se levantó con aire solemne y dijo:

—Esperaba más de ti, Marcus. Por respeto a mí, deberías dejar de verla inmediatamente. Solo espero que no tengas de arrepentirte de tu decisión. De esa gente no puede esperarse nada bueno —y se alejó camino a su habitación, desconsolada por la actitud de su hijo.

También en el Coliseum, Petronio caminaba en el estudio de Nicolai, decidiendo si le diría o no lo que estaba sucediendo entre Marcus y Amy. Uno de sus amigos estuvo presente en la taberna de Gladys, e inmediatamente, lo llamó para notificarle. Seguro estaba que Nicolai no estaba al tanto de las andanzas de su hija. Al final, decidió recabar más información antes de informarle, y, cuando llegara el momento, Amy tendría mucho qué explicar.

16

La Casa Aire

La semana anterior a la segunda sesión del entrenamiento la pasó Amy con Marcus visitando los sitios turísticos de la isla, bajo la anuencia de Dora, quien pensó que el joven mago la ayudaba en el manejo de las artes mágicas.

Uno de los primeros pueblos que visitaron fue Durling. Allí encontró Amy una gran cantidad de artículos dedicados al comercio de materiales para la hechicería. Especial impacto tuvo la exhibición de los elfos, con un amplio surtido de calderos de cobre, con diseños florales y animalescos que bien podrían competir con aquellos exhibidos en la tienda del Sr. Flinn en Grasspick. Lejos quedaba la vieja concepción de calderos, astillados y ahumados, que usaron las antiguas brujas a principios de siglo. El exhibidor de cortezas y hierbas ocupaba dos cuadras, y era manejado por un gnomo, primo de Po, que las cultivaba en su propio rancho. Expendía romero, albahaca, ruda, yerbabuena, cilantro, y otras combinaciones de su propia invención que obtenía por medio de injertos; pero más grande aún era la tienda de varitas del duende Oswald, del doble del tamaño que la del gnomo, con las varitas más singulares de la zona. Las había de todos los materiales y en diferentes longitudes.

—Yo pensaba que una varita solo podía ser de un solo material y con una sola medida —aseveró Amy.

Marcus se aprestó a contestarle, mientras se adentraban en el mercado:

—Muchas personas así lo piensan. Pero la realidad es que cualquier objeto longitudinal puede ser una varita.

La muchacha lo miró, perpleja.

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible?

—La varita es solo un instrumento que canaliza el poder del mago.

—Entonces, ¿Para qué la varita?

—Los hechiceros se sienten más cómodos con ella. Es más fácil creer que la magia la genera una fuente externa, que tener que buscarla dentro de ellos. Pero en el interior, Amy, es donde está el verdadero poder, dentro de cada uno de nosotros, y no hace falta ningún medio externo para experimentarla.

—Lo tendré en cuenta —dijo Amy, mientras continuaba revisando

los puestos.

La bruja Sara comercializaba escobas, desde las más simples hasta las más sofisticadas. Una de las más buscadas era la que se elaboraba con las palmas de coco, porque alejaba el mal de ojo y a los espíritus malignos; pero las sintéticas, aunque no alejaban nada, se vendían mucho por ser más económicas y livianas. Amy tomó la de palma de coco para inspeccionarla con mayor minuciosidad, el mango consistía de un tronco de bambú al que adosaron un puñado de palmas, atado con un fino alambre de cobre. Era pesada.

—¿Cómo pueden volar con esto? —inquirió la muchacha, sopesando el peso con sus manos.

—¿Quién haría eso? —estalló Marcus en carcajadas.

—¡Las brujas!

—¿Para qué?

Pensó que Marcus le tomaba el pelo.

—¿No este su medio de transporte?

El joven mago dejó de reírse, para contestar.

—En el medioevo, quizás. Pero ¿Quién querría exponerse a las inclemencias del clima si puede viajar cómodamente en vehículos, aviones o barcos?

Amy pestañeó, todavía sin entender.

—Entonces, ¿Para qué venden escobas?

—¡Para barrer!

La joven se sintió decepcionada. La vieja imagen de la bruja volando en su escoba en la negrura de la noche con la luna de plata por telón, parecía ser ahora una reminiscencia del pasado; y de alguna manera, esta nueva visión de la hechicera viajando en *Caribbean Cruise* o en *American Airlines,* le restaba misterio y tenebrosidad al asunto, colocándola definitivamente en el reino de lo mundano.

En Cabo Centella, en cambio, Amy se encontró con la fusión de lo antiguo y lo moderno. Los jóvenes ejercían su magia sin la mediación de instrumentos mágicos, como Marcus bien le había indicado, se reunían en tabernas, jugaban billar y bailaban en el *Clarín de las Hadas*, famoso auditorio que recibía a renombrados artistas, daban conciertos y fiestas, aunque no hubiera nada que celebrar. Pero, en el centro del pueblo, en un sector encumbrado en donde las casitas de barro y piedras, con techos entejados parecían desafiar el paso del tiempo, se ejercía la magia tradicional, la de antaño, la que Amy categorizaba como la verdadera. Allí, brujos y brujas se dedicaban a su ancestral oficio, utilizando para ello los medios de siempre: pócimas, embrujos, cartas y bolas de cristal. La más destacada era una bruja que afirmaba tener más de ciento ochenta años. Marcus le señaló la casa en donde vivía la longeva mujer, y Amy, a pesar de sus escrúpulos, quiso conocer lo que le deparaba el destino.

—¿Estás segura? —preguntó Marcus, consciente de que las cartas bien podrían revelar lo oscuro de sus intenciones, pero, de darse el caso, siempre podría argüir que la vieja bruja no estaba en sus cabales.

—Sí, estoy segura —y empujando la verja, caminó hasta la puerta. Marcus la siguió.

Un duende los condujo a una salita, alumbrada por candelabros, en el que se respiraba un aroma a incienso. Las paredes estaban adornadas con coronas de ajo, hierbas y figuras alegóricas a la hechicería. La anciana apareció de repente, detrás de una cortina, y Amy se sobresaltó. Su decrepita apariencia en nada desdecía los ciento ochenta años que declaraba como edad: el rostro arrugado y desdentado, el escaso cabello que llevaba atado en una cinta y la curvatura de su espalda, eran testigos silenciosos del paso del tiempo.

La anciana tomó asiento y miró a la muchacha fijamente, y le indicó el lugar en donde debía sentarse. Luego, tomó un mazo de cartas que estaba a su derecha y que comenzó a barajarlo con destreza.

—Yo había pensado más bien en la bola de cristal —dijo Amy con timidez.

—No, el tarot es mejor en tu caso —anunció con una voz, bien articulada.

La mujer colocó las cartas sobre la mesa e inició su lectura:

—El arcano del Ahorcado te muestra suspendida entre dos mundos. Estás indecisa entre volver al pasado o seguir hacia el futuro. Pero ten cuidado, la Rueda del Destino ya está girando y te llevará por caminos insospechados. A tu alrededor hay intrigas y tus enemigos se cuentan por decenas, y están más cerca de lo que supones. La Luna te augura pérdidas y desesperanzas. Al final, solo la Fuerza decidirá el rumbo de tus acciones.

En ese momento el duende movió el pestillo de la puerta y Amy se levantó con apresuramiento.

—Vámonos, Marcus —y salió sin decir palabra de la sala.

El joven mago le pagó al duende con una moneda de oro, y corrió para alcanzar a Amy.

—¿Qué te pasa?

—Siento que no fue una buena idea que la hechicera me leyera las cartas. Debí hacerte caso. Nada de lo que dijo fue bueno. ¡No me gustó! ¡Tú la escuchaste!

Iban bajando la empinada calle para volver al vehículo.

—No lo tomes tan a pecho. Muchas brujas son charlatanas, no deberías creer todo lo que te dicen. Escúchame, —dijo, tomándola del brazo y haciendo que lo mirara a los ojos— no existe tal cosa como un destino escrito; nosotros labramos nuestro propio camino. Si no te gusta el que estás viviendo, entonces, cámbialo, es así de sencillo.

Las palabras del mago la tranquilizaron y recuperó la alegría inicial del paseo.

En Villa Gnomo asistió a un concurrido baile de máscaras, y la incertidumbre que le dejara la lectura del tarot se desvaneció por completo entre los gritos azorados de las personas que bailaban en las atestadas calles. Había gente de todos los pueblos mágicos, vistiendo atuendos emplumados, extravagantes sombreros y joyería lujosa.

—¿Qué se celebra? —gritó Amy, mientras se abría paso entre la muchedumbre.

—Es el día del Gnomo Claudio, el fundador de la comarca.

Marcus se dio el gusto de mimarla, y le obsequió una barra de caramelo que producía cosquillas en la boca y un turrón doraplatense que la hizo reír hasta desgalillarse. Después de esto, se unieron a la masa danzante que corría colina abajo, entregándose a los ritmos de la banda que tocaba en la plaza.

El jueves visitaron Doraplata, el procurador general y Marcus se conocieron en Surrey, en una conferencia sobre los efectos de la comida vegetariana y su relación con el uso de la magia en climas templados. De hecho, a raíz de la conferencia, el procurador execró a los brócolis y las remolachas de su dieta, sustituyéndolos por jugosos filetes de res y chicharrones de pollo que su cocinera debía comprar en Villa Gnomo porque todos en Doraplata eran vegetarianos, y las tiendas no expedían carnes de ningún tipo. De regreso a la isla, se reunía frecuentemente con Marcus e intercambiaban opiniones sobre otros tópicos.

El procurador los recibió en la Casa de Gobierno, con su apretado traje de domingo, con sus zapatos de suela verde y un ostentoso sombrero que le cubría la mitad del rostro; y aunque los duendes no eran conocidos por su hospitalidad, el procurador se manejó tan cortésmente como lo permitía su naturaleza.

—¡Disfruten la ciudad! —les dijo, mientras les colocaba un colorido brazalete que les indicaba a los pobladores que la visita estaba autorizada.

Doraplata era un lugar tranquilo, que contrastaba enormemente con la luminosidad de Villa Gnomo y Cabo Centella; sin embargo, no dejaba de tener su encanto. La actitud serena de sus habitantes y su forma de vivir apaciguada era un oasis para todo el que quisiera deslastrarse de los arrobamientos de la vida. A diferencia de los otros pueblos, no se juntaban con otras gentes, en Doraplata solo vivían duendes; y en muy contadas ocasiones los extranjeros recibían autorización para visitar la ciudad.

Marcus y Amy entraron a la biblioteca, uno de los pocos sitios permitidos al público. Los recibió una mujercita de vestido rojo, con tacones amarillos, quien les dio el recorrido oficial, con una voz

terriblemente monótona producto de años de estar repitiendo el mismo discurso; luego los dejó en el salón de lectura. Las rumas de libros, de todo género y tema, alcanzaban a llenar varios estantes.

—¿Qué tipos de libros te gustan? —preguntó el joven, sacando un volumen de *Magos Siderales* de una estantería.

—Los que no están escrito —contestó Amy.

—¿Qué quieres decir?

—La lectura no me atrae. Aún tengo el libro de magia de Brutt en la casa. Siempre alcanzo a leer las primeras páginas de las novelas: Mujercitas de Alcott, La Dama de las Camelias de Dumas, La Vida es un Sueño de La Barca; y la lista sería interminable si te las mencionara todas, pero nunca llego hasta el final. En estos momentos estoy leyendo un libro de Julio Verne y, a pesar de mi disposición, no he logrado avanzar a la segunda página.

—Eso está muy mal, señorita. La lectura debería ser un placer, no una obligación. A lo mejor, esa apatía tuya con la lectura se debe a que no has encontrado a un autor o tema que te apasione.

—Puede ser. Por lo pronto, no sé qué voy a hacer mañana, cuando me encuentre con los Brutt y vean que no todavía no sé nada de magia.

Marcus se sintió culpable.

—Me temo que soy responsable de que no hayas podido estudiar. Si no hubiéramos salido tanto…

—¡Tonterías! —interrumpió la joven— Me he divertido mucho esta semana y no cambiaría ni un segundo de lo que he vivido hasta ahora —pero estaba convencida de que su madre no pensaría igual. Si descubría que no había estado estudiando, le prohibiría las salidas con Marcus. Dos semanas, dos semanas solamente faltaban para su presentación, y Amy no tenía la más mínima idea de los conceptos básicos de la magia.

Aquella noche, en la soledad de la habitación, acostada con las manos entrelazadas detrás de la nuca, Amy pensó en el entrenamiento. Por un segundo su mirada se posó en el libro de magia. El voluminoso tomo se mantuvo en su mesa de noche toda la semana, las chiripas recorrían la superficie rugosa de su portada sin que nadie les impidiera el paso, y un minúsculo polvo se acumuló de tal forma en sus esquinas y borlas, que la joven pensó que tenía que limpiarlo antes de que la meticulosa Sra. Brutt se diera cuenta de que no había sido usado.

Tenía que inventar una excusa que le permitiera quedarse en casa, y que no tuviera que ver con hacerse la enferma, porque su madre le haría ingerir algún remedio de consistencia acuosa que se quedaría adherido a la garganta y que bajaría quemando por el esófago. O peor aún, que fuera amargo o picoso, en cuyo caso su boca salivaría al

primer contacto para aplacar el sabor, pero continuaría igual el mismo recorrido por la garganta. No obstante, decidió que, con o sin excusa, no iría al entrenamiento. Se declararía enferma, cualquier cuadro gripal serviría, y superaría con estoicismo los remedios que le prodigaran con motivo de su enfermedad: los jarabes, los pañitos calientes sobre la frente, el grasiento caldo de pollo con cilantro, la naranjada endulzada con miel y, lo peor, permanecería en cama, alejada de todo tipo de actividades recreativas, lo que equivaldría a no ver a Marcus unos días. Aquello era terrible, aquello era un castigo mayor a tener orejas de burro, o rabo de animal, pero, sin lugar a dudas, preferible a la vergüenza de dejar expuesta su ignorancia ante los Brutt.

Pero no todo lo que se planea llega a feliz término, sucedió que Marcus se presentó al día siguiente en el Coliseum. Amy vagaba por los jardines dejando que los rayos del sol calentaran su cuerpo y sonrojaran sus mejillas, para que su excusa de la irrupción de un estado febril fuera creíble. El joven mago llegó cabalgando, trayendo consigo un potro de los que tanto le gustaban a Amy: rojo, de poderosa musculatura, de patas finamente delineadas, con olor a hierbas silvestres y una brillante crin que se agitaba al pasar del viento. El regalo era ostentoso, y su intención era alivianar, de alguna manera, los remordimientos que asaltaban a Marcus.

—¡Este no es *Trueno,* pero podrás cabalgar con él mientras estés en la isla!

Amy se abalanzó sobre el animal, le acarició el lomo y le examinó los dientes. Era un ejemplar regio y la joven lo sabía. Le agradeció con una amplia sonrisa. No le importó si era correcto, o no, aceptar un obsequio tan costoso, su espíritu estaba lejos de aquellas banalidades; y le hubiera agradecido igual si en lugar de un caballo le hubiera regalado un perro.

—¡Basta! —bromeó el mago— Lo vas a malcriar. Tengo la teoría de que los animales no hablan porque no quieren, pero entienden todo lo que les decimos. Nosotros pensamos que son tontos y con poca inteligencia, cuando en realidad los tontos somos nosotros por subestimar sus habilidades.

Amy rió de buena gana.

—Opino igual que tú. En ocasiones, son más inteligentes y más leales.

Marcus creyó que al referirse a la lealtad de alguna manera le hacía un reclamo vedado, pero al continuar la conversación se percató de que solo fue un comentario al margen.

—Vamos, es hora de irnos.

—No voy a ir. No soporto la idea de que me humillen otra vez frente a todos. No soy tan fuerte como crees.

Marcus se las ingenió para convencerla de no faltar al entrenamiento. Era un negociador astuto, y con prestancia logró desbaratar sus objeciones. La obligó a entrar a la casa, la esperó en el sofá de la lujosa sala, mientras Mabel, prescindiendo momentáneamente de sus deberes cotidianos, lo entretenía con masculladas frases, y le servía un café tinto que tuvo que tomarse aunque no era de su agrado. Amy, en su habitación, trataba de vestirse rápidamente, pensaba que aquello era una pérdida de tiempo, y estaba convencida de que no tenía ninguna disposición natural para la magia, con el mismo convencimiento que aseguraba que no la tenía para la lectura. No importaba cuanto se esforzara, el resultado era siempre el mismo: el fracaso total.

A los quince minutos bajó y se marcharon. Pero, a medida que cabalgaban por el Bosque Garay, el coraje inicial de Amy se había ido desvaneciendo, y Marcus, dándose cuenta de este cambio en su actitud, dirigió la conversación hacia otros tópicos y bromeó a costa de la familia Brutt, logrando arrancarle una sonrisa.

Pero, la tranquila cabalgada y la amena charla que venían disfrutando bajo el sol pronto se vio detenida por una banda de bandidos que los siguió desde que salieron del Coliseum. Los rodearon y los emboscaron en un recodo del camino en que los árboles formaban una espesa cortina vegetal y los matorrales eran tupidos e intrincados. Uno de los ladrones, un hombre desdentado, con la vestimenta de un mendigo, conocía a Marcus.

—Miren lo que nos ha traído el viento. Nada más y nada menos que al hijo del traidor Bolmer. ¡Baja del caballo! —lo espetó.

Marcus no se inmutó, lo miró impávido como se mira a una mosca que fastidia, pero no se movió. Amy tampoco lo hizo porque, aunque hubiera querido, el miedo la paralizaba.

Bora era un ladronzuelo de poca monta, antiguo mago de la Casa Tierra, que un buen día decidió que el trabajo honesto no era para él. Entonces, dejó su trabajo en la mina, y tomó el viejo fusil que su abuelo guardaba en una vitrina de la sala, lo terció en su espalda, y deshaciéndose de sus ropas se marchó, semidesnudo y descalzo, por la vereda que llevaba al Bosque Garay, sin escuchar las súplicas de su madre urgiéndolo a retornar a la vida civilizada y a vestir como los hombres para que no lo azotaran los mosquitos. La vida de indigente le proveyó la libertad que tanto anhelaba, le proveyó también una diarrea que le duró dos semanas, mismo período que le tomó a su piel no sentir los piquetes de los mosquitos y a sus pies formar una costra tan gruesa como una suela. Logró reclutar a doce hombres, que compartían sus intereses delictivos y sus hábitos alimenticios a base de raíces, pescados y semillas, y deambulaban por el bosque cometiendo pequeñas fechorías.

—Si mal no recuerdo el único delincuente aquí presente eres tú —dijo Marcus.

—No me importa lo que digas. En todo caso, no eres tú a quien quiero. Es a la señorita a quien voy a pedirle que nos acompañe.

Sus hombres soltaron una risotada, mostrando sus cariados dientes.

Marcus esbozó un ademán de molestia, y con voz ronca se dirigió al bandido.

—¿Secuestro, Bora? ¿Ya los pequeños hurtos no son suficientes para ti?

El bandido se paseó delante de ellos, haciendo gala de su fusil, y dejando entrever el pecho a través de la camisa abierta y una incipiente barriga.

—El Sr. Nicolai y yo tenemos un asunto pendiente. Entrégame a la joven y podrás seguir tu camino. Como dije, mi problema no es contigo.

Amy palideció. ¿Qué asunto pendiente podría tener su padre con esos bandidos? Se estremeció al pensar que había muchas cosas que no conocía de él. ¿Cómo saldrían del embrollo? Había trece ladrones en el lugar, y Marcus era solo uno. En ese trance se hallaba cuando lo escuchó decir:

—Me temo que será otro día, ya que la señorita y yo andamos algo apurados —y diciendo esto último, con un ligero chasquido de sus dedos formó una bola de fuego que se dirigió directamente a Bora. La cara del ladrón denotó que no esperaba esta acción. Había subestimado el poder de Marcus y ahora pagaba las consecuencias. Corrió por un costado del camino para evitar ser impactado por la bola en llamas que lo perseguía. Los gritos y las maldiciones se escucharon cuesta abajo. Los otros renegados al ver que podrían ser víctimas del mismo tratamiento, se dispersaron por las áreas aledañas, y en cuestión de minutos volvieron a estar solos.

—Parece que no eran muy valientes estos malhechores —proclamó Amy, aliviada, tomando otra vez las riendas del caballo— ¿La bola de fuego lo matará?

—No. Lo hará correr unos cuantos metros, luego se apagará. Le hará bien el ejercicio.

—Me gustaría aprender a hacer eso.

—Poco a poco, no te apresures. Primero aprenderás a levitar piedritas y a mover objetos. No te enseñarán lo importante, y peligroso, hasta que domines lo básico —dijo, al tiempo que reanudaban la marcha.

La muchacha asintió. Todo lo bueno de la vida parecía requerir mucho tiempo y estudio, y aquello no le hizo gracia.

—¿Sabes de lo que hablaba? ¿Qué problema puede tener Nicolai con ese hombre?

Marcus se tomó unos minutos para responder. El sol comenzaba a ponerse y el bosque cobró vida. Una bandada de loros cruzó por encima de sus cabezas con su ruidoso cantar, y cientos de mariposas emergieron del sueño nocturno para merodear salvajemente, inundando todos los parajes.

—Los hombres poderosos tienen enemigos. No siempre existe una razón. Algún edicto que perjudique sus intereses, un simple comentario que no es de su agrado, envidia, venganza, todo puede ser motivo para que te alces con un enemigo, sin que lo sepas. Los renegados están merodeando siempre por el bosque. No son peligrosos, son solo tontos, pero, mantente alejada de ellos si no quieres pasar un mal rato.

Amy recordó la cantidad de veces que había salido con Brandy a explorar sin toparse con merodeadores. En el futuro, sería más cuidadosa. Continuaron galopando sin mirar atrás.

La estación del teleférico estaba en una zona boscosa, con un gran estacionamiento para carros y un establo para los caballos. Un mozo los recibió y se llevó a los animales. Marcus se tomó el trabajo de conducirla hasta la cabina y relatarle, entre miradas y risas, la anécdota de su primera experiencia en el teleférico. Brocania había llegado minutos antes y estaba sentada en uno de los bancos de atrás. Había alzado la vista un segundo, saludado con elegante cortesía, y vuelto a posar sus límpidos ojos en el libro que apoyaba en su regazo. Amy ponía toda su voluntad en contener los celos, pero aquel una vez que ha enquistado en el corazón es muy difícil de arrancar. Los finos y estudiados modales de la hija de Pita la irritaban, porque la elevaban al nivel de una rival contra la cual su batalla estaba perdida; pero el joven, ajeno a estos discernimientos, parecía inmune al acoso de aquellos ojos de gata que Brocania pestañeaba sin cesar.

Dos moneditas de oro sacó el mago de su chamarra y las introdujo en la ranura de una máquina, la cabina comenzó a moverse.

—¿Se paga con oro? —preguntó Amy, sorprendida.

—Sí. Ya te habrás dado cuenta que tanto en el mundo mágico, como en el otro, todo se paga de una forma u otra.

El asiento de la ventana ofrecía una vista del paisaje, que era muy digna de disfrutar, y Marcus se lo cedió a Amy. La zona boscosa ocupaba tres cuartas partes de la isla, a medida que ascendían se veían las franjas turquesas y doradas del mar, la Ciudad Flotante y el movimiento febril de sus barcos en el puerto. En un punto, si uno alzaba la vista hacia el sur, se podía ver la Ciudad Amurallada, y en el centro del verdor del bosque, las blancas torres del Coliseum. La unidad llegó a unos riscos en donde la vegetación era menos densa y las primeras escarchas de nieve comenzaron a aparecer; en el fondo, el hilo plateado de un riachuelo se delineaba como la hebra de un

cabello. Amy estaba deslumbrada ante la belleza natural del lugar y no hacía más que señalar lugares en donde la perfección de las formas era más que espectacular. Marcus interrumpió su éxtasis cuando dijo:

—Estamos a punto de llegar, Amy. Ponte el gorro y los guantes porque el frío puede ser abrumador.

Brocania, haciendo acopio de su felina belleza sacó un abrigo de piel a juego con su gorro, que hizo que la indumentaria de Amy pareciera la vestimenta de una indigente. Pero Marcus no tenía ojos sino para ella, y su abrigo, aunque modesto, lo sintió como si fuera el traje de una reina.

Toroh y Maxelor, anfitriones de la Casa, los esperaban con especial agrado a la salida de la estación, estirando los cuellos para ver cuál de sus invitados salía primero. El honor le correspondió a Brocania, y Amy creyó ver un brillo especial en los ojos de Maxelor cuando la vio, y predijo un futuro conflicto amoroso ya que la muchacha estaba comprometida para casarse con un mago de su propia Casa. Se decidió a seguir el desarrollo de aquel idilio, al cual auguraba un funesto desenlace.

Una ventisca helada se colaba entre los huesos y Amy deseó que el entrenamiento no fuera al aire libre. A diferencia de la Ciudad Flotante y la Ciudad Amurallada, el complejo urbanístico de la Casa Aire era más bien rústico, rodeado por un muro de piedra caliza que protegía a las casas de madera que resguardaba en el interior.

Cesor y Amgar llegaron corriendo para avisar que todo estaba dispuesto para el agasajo. Amy apenas los reconoció porque venían cubiertos de pieles de pies a cabeza.

—Hemos preparado un pequeño desayuno de bienvenida —aclaró Toroh— El profesor Brutt los está esperando.

Dos carretas se habían dispuesto para los visitantes: Maxelor, Cesor y Brocania abordaron una, la otra fue para Amy, Marcus y Toroh. La entrada al complejo era bastante amplia y las dos carretas pasaron por la puerta, al mismo tiempo, sin que una entorpeciera a la otra, pero, una vez dentro, las calles se achicaban, y las carretas tuvieron que conducirse una detrás de la otra. Los chalets se apiñaban a lado y lado, con coloridas ventanas que ondeaban sus cortinas al viento; en algunas casas hasta se podía ver parte del mobiliario y algunos enseres de uso cotidiano. En las esquinas la nieve se acumulaba, a pesar de que aún no había llegado el invierno.

Pronto estuvieron frente al fuerte, y la música sonaba como un suspiro de primavera con ritmos estridentes y alegres. Los Jacobor eran famosos por sus celebraciones, abundantes en comida, bebida y música. Una señora robusta y saludable, con las mejillas tersas como la piel de un durazno, los esperaba en la puerta. Era Brea, la esposa de Toroh, y Amy fue recibida por dos enormes brazos que la apretaron

hasta casi sacarle el aire de los pulmones.

—Mi querida niña, tenía tantas ganas de conocerte. No pude ir a la cena que ofreció tu padre porque me hallaba indispuesta, pero Dora me habló mucho de ti cuando estuvo aquí —dijo con mucho entusiasmo— Sabes, fuimos buenas amigas, las mejores, bueno, aún lo seguimos siendo. Ha sido la única estudiante de la Casa Tierra, que recibió entrenamiento aquí con nosotros. ¡Hay tantas historias que me gustaría contarte!

Entonces, se dio cuenta de que Amy venía acompañada de otras personas, y que estaba siendo descortés al no saludarlas a ellas también.

—Discúlpenme. Por favor, pasen. Sean bienvenidos. Hemos preparado este pequeño desayuno para ustedes.

La larga mesa de comida se explayaba a todo lo largo del salón y Amy se preguntó el alcance de la palabra "pequeño" para la familia Jacobor. El desayuno contenía todo lo que podía esperarse en un desayuno y más: panecillos, tortas, carnes, pollos, pescados, frutas, un selecto compendio de ensaladas y postres en abundancia, dignos del banquete de un rey.

Cerca de la ventana estaban los esposos Brutt quejándose por la falta de glamour de aquella reunión, en donde no había sido convidada la prensa. Beatriz se decepcionó mucho ya que se vistió con especial esmero para la ocasión. Su fino cuello lo adornaba el collar de perlas que Leoncio le había dado en su aniversario, y ni siquiera tenía un público adecuado que las apreciara. Llegaron el día anterior esperando comenzar el entrenamiento más temprano, pero no contaron con el espíritu festivo de Toroh.

Amy no se extrañó de encontrar a Brandy en la casa, ya que, por lo regular, en donde sea que estuvieran Cesor y Amgar, ella también estaba. En la mesa de canapés engullía un panecillo de queso y albahaca. Se acercó a saludarla, mientras Marcus fue a conversar con los Brutt.

—No me dijiste que estarías aquí —le dijo Amy a Brandy.

La otra terminó de tragar.

—Quería sorprenderte. Llegué ayer para ayudar a Brea con los preparativos del festín —y luego de una pausa, que usó para tomar ponche— Ya veo que viniste con Marcus.

Amy giró sus ojos hacia donde se encontraba el mago, este alzó sus ojos y le hizo un guiño cariñoso.

—Pasó a buscarme por el Coliseum. Sabes, yo tenía mis dudas al venir, pero él me convenció. No me siento preparada para el entrenamiento —y miró al profesor Brutt deseando que se sintiera indispuesto por la comida y cancelara la sesión. Pero allí se encontraban Beatriz y Josey, y cualquiera de ellos podía hacerse cargo

si el profesor se sentía indispuesto.

Brandy desconfiaba de Marcus, y se propuso vigilar sus movimientos durante la velada para dilucidar la verdadera naturaleza de sus intenciones. Si en realidad estaba interesado en Amy, lo delataría una mirada, un toque o su forma de tratarla. Un hombre enamorado muy difícilmente esconde las efusiones de su amor. Pero hasta el momento, no había descubierto nada.

—Veo que no has tomado en cuenta mi consejo con relación a Marcus —dijo Brandy con la boca llena.

—Te equivocas con él. Es un buen muchacho. Si lo trataras, pensarías lo mismo que yo. Deberías darle una oportunidad y no juzgar a priori. —luego, cambiando el tema— ¿Y Amgar? ¿Algún avance en sus intenciones amorosas?

Brandy cambió su expresión a una de desencanto.

—Aún no. Ni siquiera me ve de esa manera. Me temo que tendré que hacer uso de pociones. ¿Quién sabe?

—¿Las pociones de amor en realidad funcionan?

—Sí, solo que tienen un efecto temporal. Solo el amor puede durar toda una vida.

Josey se acercó al mesón, tomó un plato, y pasó un rato escogiendo verduras y frutas. Luego, dirigiéndose a Amy, dijo:

—No deberías comer embutidos. Son malos para la magia, sobre todo para las principiantes. En especial, para ti que tienes tan bajo rendimiento —y siguió su camino para reunirse con sus padres.

—¡Entrometido! —rezongó Amy, con enojo.

Amgar y Cesor se acercaron y Amy aprovechó para hablarles:

—Quiero que me lleven con la hechicera Agatha, la que les hablo del niño del Coliseum.

Cesor tomó un plato y se sirvió un panecillo. Amgar habló:

—Vive a unas cuantas calles de aquí, pero será difícil para ti zafarte porque eres el centro de atención de esta fiesta, y si papá nos descubre molestando a la hechicera, de seguro nos castigará.

Amy sonrió:

—Nunca dudes de la habilidad de una mujer para zafarse. Inventaré una excusa que los incluya a ustedes. Espérenme en la puerta.

—Al menos déjanos terminar de comer —dijo Amgar, atragantado con un muffin, pero Brandy le dio un coscorrón, entonces, tanto Brandy, como Cesor y Amgar, caminaron hacia la puerta.

Mientras tanto, Amy, al tiempo que se dirigía a la mesa de Toroh, iba esbozando una excusa en su mente. Él estaba con Brea y un puñado de magos que comían y bebían con evidente entusiasmo, como si supieran que la comida gratis no abundaba en el planeta. Cuando Amy se acercó, Toroh alzó los ojos:

—Voy a salir a respirar aire fresco. La altura me tiene un poco sofocada. Regresaré en cinco minutos —dijo la muchacha.

Enseguida, el mago se preocupó y se ofreció a acompañarla, y Brea manifestó su intención de ir a buscar un brebaje, famoso por sus cualidades curativas que servía para los catarros, las sofocaciones, los desmayos y las enfermedades eruptivas.

—No se preocupen —aclaró Amy— Solo necesito aire. Cesor y Amgar se ofrecieron a acompañarme.

Toroh miró hacia la puerta y vio a sus hijos allí. Accedió con recelo, pero le advirtió que no estuviera mucho al aire libre porque el frío podría enfermarla. Amy se enrumbó hacia la puerta en donde Brandy y sus amigos la esperaban.

Pero Marcus había estado muy atento a los movimientos de Amy, y escuchó cuando les dijo a los muchachos que quería ver a la hechicera Agatha. Se preguntó cuál sería la razón de aquella solicitud y se dispuso a averiguarla. Interceptó a Amy cuando iba camino a la puerta.

—¿Te gustaría bailar?

La muchacha titubeó. No había nada que quisiera más que estar en los brazos de Marcus, pero sus amigos la miraban con impaciencia y la muchacha estuvo unos minutos sin saber qué hacer.

—Con gusto, Marcus —dijo, finalmente— Pero hay un asunto que debo atender primero. Lo haremos cuando regrese. Espérame —y salió corriendo hacia la puerta.

Marcus, perplejo, vio cuando dejaba el salón en compañía de los jóvenes. Quiso seguirla, pero el encargado de las compras de materiales mágicos de la Casa Aire, se acercó para hacerle una consulta sobre la conveniencia de tener elementos africanos en su arsenal. El mago no sabía cómo desembarazarse del hombre, quien continuó hablando de que estos materiales eran mucho más baratos que los clásicos, pero dudaba de su efectividad. Marcus, dándose cuenta de que no podría alcanzar a Amy, estuvo largo rato explicándole que en realidad no importaban de dónde vinieran los elementos sino la destreza del mago que los usara. Cuando terminó de hablar, se acercó a la ventana, pero no vio a nadie; se quedó con la amarga sensación de haber sido rechazado, y no le agradó nada la cuestión.

Amy, Brandy, Amgar y Cesor corrían por la calle, embriagados de la emoción de la aventura. El frío helaba sus huesos, pero ni aun así desistieron. Sin embargo, hubo un momento en que Amy pensó que, a lo mejor, su idea no había sido la más acertada. La casa de la bruja no se encontraba a pocas calles, como dijo Amgar en un principio, sino a once calles del fuerte. Cuando llegaron, jadeantes y despeinados, encontraron a la hechicera sentada en el porche, con la mirada

perdida y un aire ausente, envuelta en una gruesa cobija de lana con diseño escocés. Con anuencia, Cesor explicó que era medio sorda y ciega, por lo había que hablarle muy cerca y en voz alta.

—Hola, Agatha. Soy Amgar, el hijo de Toroh y Brea. ¿Me recuerdas?

La mujer volteó la cabeza en dirección a la voz y balbuceó algo que el muchacho interpretó como un saludo.

—Vengo con una amiga.

Entonces la muchacha, entusiasmada por lo que podría averiguar con la bruja, se situó muy cerca y comenzó a preguntarle:

—Mi nombre es Amy. Vivo en el Coliseum y deseo saber sobre el último niño que vivió allí.

La vieja, que parecía hallarse en otro mundo, quedó pensativa algunos instantes, luego comenzó a hablar, aunque no se entendía mucho lo que decía, porque tampoco tenía dientes, y le era difícil articular las palabras:

—¿Serge? ¡Hermoso niño! Yo lo cuidé los primeros años. Fue mi primer trabajo como tutora y le enseñé los conceptos básicos de la magia…

La mujer dejó de hablar y se dieron cuenta de que estaba dormida, pero Amy no estaba dispuesta a quedarse con solo la mitad de la información; así que la zarandeó por el brazo y la vieja volvió en sí, pero ya no recordaba quiénes eran ellos, ni qué hacían en su casa. Amy tuvo que recapitular:

—Me hablaba de Serge, el niño del Coliseum, al que enseñaba magia. ¿Dónde está ahora?

Una nube entristeció su rostro.

—Ya no está…

Los muchachos esperaron a ver si decía más, pero la mujer se sumía en un sopor a intervalos regulares que hacía que Amy se desesperara.

—¿Dónde está?

—Agatha no sabe.

Pero, después se contradecía.

—Serge murió por el *Duce,* y Serge también.

—A este paso nunca vamos a terminar —susurró Amgar— Debemos regresar.

—Solo un minuto más —rogó Amy.

Cesor vigilaba la calle, por si alguien venía.

—¿Quién era Serge? ¿Quiénes eran sus padres?

La mujer tomó su tiempo para responder.

—Nicolai y Dora eran sus padres; y Rodolfo y Martha. Los mató el *Duce*.

—Pero ¿Qué es el *Duce*?

La mujer no dijo nada. Amy estaba visiblemente afectada, la situación escapaba por completo a su comprensión. La existencia de un hermano era algo increíble, que le provocó una profunda consternación. ¿Por qué su madre nunca lo había mencionado? ¿Sería esa la tragedia de la que tanto hablaba Nicolai?

—¡Vamos, muchachos! Recuerden que Agatha no está en sus cabales. Lo que dijo pudo ser todo producto de su imaginación —acotó Amgar.

Pero, Amy no pensaba lo mismo, tenía un fuerte presentimiento de que todo era verdad. Desde que llegaron sintió la sensación de que su madre le ocultaba cosas, y recordó la advertencia de Marlow cuando le dijo que se cuidara de las apariencias. El cuarto misterioso debió pertenecer a Serge. Ahora todas las piezas encajaban como se encajan las piezas en un rompecabezas. Su madre tendría muchas cosas qué explicar, pero Amy no pudo hacer más preguntas porque la hechicera se durmió, y esta vez, no pudieron despertarla.

—Debemos volver —dijo Amgar— el desayuno debe estar por terminar y se darán cuenta de nuestra ausencia.

Dejaron a la hechicera recostada en su silla, tal como la encontraron, y echaron a correr calle arriba hacia el fuerte. En una esquina Amy creyó ver a *Sombrita*, pero cuando volvió a mirar, ya no estaba. ¡Era ella! ¡Estaba segura! ¿Cómo había subido? ¿Qué hacía allí? Pero luego, otros asuntos desviaron su atención porque cuando llegaron al fuerte, Toroh, Brea y los esposos Brutt estaban en la puerta, buscándolos con la vista. Habían tardado demasiado. Toroh frunció el ceño cuando los vio llegar jadeantes y cansados.

—Tienes una manera muy particular de recuperarte de un sofocamiento, Amy. Te esperábamos para mostrarte el Santuario de las Águilas.

Brutt lucía molesto.

—Vamos, Toroh. Si hubiera sabido que esto iba a ser una visita recreativa, hubiera dejado el entrenamiento para otro día. Hemos perdido demasiado tiempo, y tiempo a esta muchacha no le sobra —dijo mientras la miraba de arriba a abajo.

Pero Toroh no era hombre que se dejara intimidar, y deseaba mostrarle a Amy los atractivos de su Casa, y eso incluía el lugar en dónde se criaban las águilas.

—Solo tomará unos minutos, Leoncio.

En ese momento, Maxelor salió con Brocania y, más atrás, Marcus, quien sostenía una bebida en su mano. Toroh los acomodó en dos carretas y Amy pensó que Marcus se sentaría con ella; pero eligió viajar en la otra carreta, y coquetear descaradamente con Brocania, a lo que aquella correspondía con risas y zalamerías, bajo la mirada suspicaz de Maxelor. Amy estaba perpleja por el comportamiento de

su, hasta hace poco, pretendiente. El haber sido rechazado para bailar en la fiesta —pensó Amy— pudo ser el detonante para aquel cambio tan drástico en sus afectos; y no estaba muy lejos de la verdad. No obstante, Brandy vio en aquello la confirmación de sus sospechas sobre la naturaleza voluble del joven, y sintió pena por su amiga.

Partieron por un caminito serpenteado que ascendía a un risco con forma de meseta. Media hora después llegaron al Santuario. Estaba alejado de donde vivían las personas, y parecía más bien un invernadero de grandes dimensiones. Solo les permitieron acercarse hasta cierto punto, para no perturbar el hábitat de los animales. Amy vio los grandes árboles que albergaban a las águilas con sus crías. Las aves eran considerablemente grandes, con ojos amarillos, encorvados picos y plumaje brillante. Pero no se quedaron mucho tiempo porque comenzaron a ponerse nerviosas.

—¿Ahora sí ya puedo comenzar mi sesión? —fue la pregunta tenaz de Brutt.

Entonces, Toroh, dijo con cierto sarcasmo:

—Claro, ¿por qué no? ¿Qué te lo está impidiendo?

Regresaron al fuerte y Toroh se bajó de la carreta para continuar con sus actividades cotidianas, mientras Beatriz y Josey, quienes se habían quedado en el salón, abordaron para acompañar a Leoncio al lugar del entrenamiento: un claro que estaba en las afueras, en donde una especie de bosque invernal otorgaba cierta protección contra el viento.

Finalmente, Leoncio y Beatriz dieron inicio a la sesión. Brocania, Maxelor y Marcus desplegaron su dominio en la magia de los elementos, con una maestría propia de años de estudio; pero el pensamiento de la existencia de un hermano y los desplantes de Marcus, distrajeron a Amy de tal manera que no pudo siquiera realizar un pequeño acto.

Beatriz la miró desconcertada, pero a Josey, más bien, parecía divertirle la situación. El profesor Brutt se dirigió a ella con desasosiego:

—Srta. Bestru, la verdad, no sé qué le voy a decir a su padre. Comienzo a pensar que la magia no es lo suyo. Debería dedicarse mejor a otro oficio.

Amy bajó los ojos, demasiado avergonzada como para contestar. Maxelor trató de alivianar la tensión diciendo:

—Pronto anochecerá. Es mejor que bajen cuando aún está claro.

Todos estuvieron de acuerdo. Regresaron al fuerte y Amy se despidió de Brea, quien le entregó una bolsa de dulces de higo que le gustaban mucho a Dora, diciéndole que se los entregara al llegar para que los comiera fresquecitos. Toroh y sus hijos fueron a despedirlos a la estación. Esta vez, el cubículo iba lleno ya que además de Amy,

Marcus y Brocania, iban Brandy y la familia Brutt.

La actitud de Marcus hacia Amy no había sido la más idónea aquella mañana, y entendió que no llegaría a nada, si se mantenía distante, así que optó por hacer las paces. La muchacha se alegró de volver a tener sus atenciones, y se comportó como si nada hubiera ocurrido. Por otro lado, Marcus, para ahorrarle a Amy el mal rato de escuchar a Leoncio quejarse de su bajo rendimiento todo el trayecto, lo entretuvo hablando de un tema que fascinaba al profesor: el polo; con eso bastó para ensartarlo en una serie de disertaciones que iban desde las muchas cualidades del polo como deporte nacional a la lista de los mejores jugadores de los últimos veinte años. Notó, no obstante, a pesar de la marcada disposición de Amy para disculparlo, que la muchacha estaba distraída e intercambiaba frecuentemente miradas furtivas con Brandy; y se preguntó si su salida tan intempestiva del salón tendría algo que ver con eso.

Al llegar a la estación, el sol se estaba ocultando. Brocania se despidió, pareció aceptar de buena gana el distanciamiento de Marcus, y abordó el auto que esperaba por ella y la familia Brutt. Brandy también había usado un caballo para llegar al teleférico, así que el mozo los llevó hasta los establos, y cada cual tomó el suyo. Marcus las escoltó hasta el Coliseum, en dónde se despidió cariñosamente de Amy, y con un apretón de manos con Brandy, luego, se marchó.

Cuando Marcus llegó a su casa, en la sala lo esperaba Ralf. Aquello ya se estaba haciendo costumbre. Y a la pregunta de "*¿Cómo te fue?",* respondió Marcus con un "*No sé"* confuso. Entonces, le relató en incidente del baile, y en cómo Amy lo rechazó para estar con Amgar y Cesor.

—¿Te dejó sin decir nada? ¿Por qué? ¿Cuánto tiempo estuvo ausente? —preguntó Ralf, alzando una ceja.

—Estuvo fuera una hora.

Ralf se tanteó la barbilla, mientras expresaba en alta voz:

—¿Quieres decir que prefirió dejarte e ir con los muchachos? Mala señal, muy mala señal. Tienes competencia.

—No seas tonto. Mañana intentaré que me cuente lo que pasó. Y te aseguro que me lo dirá.

—No, Marcus. No bajes la guardia. Cualquiera de ellos puede desplazarte en su corazón. La próxima vez que la veas debes intensificar tus atenciones.

—No creo que eso sea necesario…

Y observando la cara de su amigo, acotó:

—Ya se lo que está pasando. Estás enamorado de ella.

—No digas tonterías.

—No lo son. ¿Cómo no vi los síntomas antes? Tu ensimismamiento, los suspiros, las miradas perdidas en algún lugar del

espacio. ¿Por qué no lo vi venir? El lobo se convirtió en cordero, y el cazador finalmente fue cazado.

Pero Marcus no deseaba hablar de sus sentimientos con Ralf, en especial, porque ni él mismo sabía lo que estaba sintiendo.

—¿Llegó mi padre? —preguntó para desviar el tema.

—No, pero llamó para decir que estaría aquí mañana a primera hora.

Marcus frunció el ceño. Se retiró a su aposento a meditar y a pensar en las palabras de Ralf. ¿Se estaría enamorando de Amy?

17

La Confesión de Dora

Era noche cuando las muchachas entraron a la casa, Mabel estaba encendiendo las luces del vestíbulo, y al interrogarla sobre Nicolai y Dora había dicho que desde muy temprano fueron a Villa Gnomo a buscar un ejemplar de *Trucos y Tretas para la Hechicera Moderna*, en casa de la autora, Madame Telof, quien se había mudado a la isla recientemente y ofrecía clases gratuitas de magia africana, sin la intermediación de un gurú.

Brandy y Amy fueron directamente a la guarida de la bruja, tenían mucho de qué hablar. El lugar había mejorado mucho la última semana, lo habían limpiado, acondicionado y ahora, en lugar de los trastes, que se mudaron a otra habitación, había un escritorio, dos mesas y unas cuantas sillas; hasta un sofá de cuero que rescataron de la basura colocaron al lado de la ventana. Pero, aunque no pudieron mover la gárgola del lugar, perdió mucha tenebrosidad cuando le pusieron un vestido rojo, un sombrero de plumas que encontraron en un armario, unos collares y unas pulseras de cuencas que Brandy ya no usaba.

Amy dejó caer todo el peso de su cuerpo en el sofá, Brandy la imitó. Muchas cosas debían ser aclaradas y Amy sabía exactamente con quién hablar. Marlow parecía conocer todo en la vida de su madre y la de Nicolai; de seguro, él tenía las respuestas. Pero, Brandy era de la opinión de que no sacaría nada de él.

—Entonces, hablaré con mi madre, Brandy —afirmó Amy, con resolución.

—Estoy de acuerdo pero, primero, debes poner en orden tus pensamientos.

—La hechicera dijo que Serge había muerto por el *Duce*. ¿Qué es eso?

—No lo sé. Mañana hablaré con mi madre, pero no creo que ella lo sepa tampoco. Puede ser cualquier cosa: una persona, un lugar, un objeto…

—Tenemos que averiguarlo. Buscaremos en google o en la biblioteca, en donde sea.

Brandy estaba cansada, y no se sentía con ánimos para ninguna clase de averiguación.

—Lo mejor es que nos vayamos a dormir. Mañana podrás hablar con Dora y averiguaremos qué es el *Duce*.

Brandy nunca había visto a la muchacha tan perturbada y sugirió que tomara unas gotas de valeriana, que una empleada guardaba de contrabando en la cocina, para calmarse los nervios cuando le tocaba discutir con Mabel, pero Amy se negó. No podía dejar de pensar. Su madre nunca le habló de su pasado y ella siempre pensó que sus recuerdos eran demasiado dolorosos para querer recordarlos. Por eso, nunca insistía cuando preguntaba y Dora se negaba a contestar.

Brandy le recordó:

—Cesor dijo que la hechicera estaba loca, puede ser que estemos haciendo un alboroto de todo esto, sin necesidad.

—Pero yo sé que es verdad, Brandy. Algo en mi corazón me lo dice y quiero saber por qué me lo han ocultado.

Escucharon el ruido de un motor y supieron que Nicolai y Dora habían llegado. Amy se levantó con la intención de esperar a su mamá en la puerta.

—¿No habíamos acordado en que hablarías con ella mañana?

Pero Amy no tenía la paciencia para esperar hasta el día siguiente, deseaba aclarar el asunto en ese momento. Dora vio a su hija en la escalera y se preguntó qué estaba haciendo allí tan tarde.

—Necesito hablar contigo, madre, con carácter de urgencia —le dijo cuando estuvo a su lado, y la expresión de su rostro así lo denotaba.

Dora la miró alarmada. Se disculpó con Nicolai, quien venía cargando unas bolsas, y fueron al estudio.

—¿Qué te pasa, hija? Me estás asustando.

Siempre habían tenido una relación muy abierta, sin secretos ni mentiras; al menos así lo creía Amy, por lo que fue directamente al grano:

—Me encontré a una hechicera en la Casa Aire. Me dijo que tú y Nicolai habían tenido un hijo, antes de que yo naciera, y que su nombre era Serge.

Su madre lanzó un suspiro.

—¡Hablaste con Agatha! —concluyó Dora, palideciendo.

El rostro de Amy era de angustia. Quería desenredar el misterio.

—Háblame, mamá. No quiero más mentiras. Desde que llegué aquí tengo la sensación de que me ocultan cosas. ¿En verdad, tengo un hermano?

Dora supo en ese instante que había llegado el momento de contarle a Amy toda la verdad. Algo en su interior se alegraba de que finalmente así fuera. Tantos años tratando de evitarle sufrimientos, y ahora debía hablarle de aquel evento tan trágico que marcó la vida de todos.

—Es verdad, Amy. Tuviste un hermano. Serge murió cuando tenía diez años. Fue un accidente, una cacería que salió mal: una flecha atravesó su corazón —los ojos de Dora se humedecieron— Nunca he sentido un dolor tan grande como cuando mi hijo murió. Es indescriptible, un dolor así no puede ser descrito, no debe… Muchos piensan, Marlow entre ellos, que su muerte no fue un accidente, Nicolai tenía tantos enemigos, que alguno de ellos, pudo haberlo hecho. La pena de Nicolai fue tan grande que perdió sus poderes, y aún no ha sido capaz de recuperarlos. Por eso, cuando supe que estaba embarazada, decidimos llevarte lejos, a un lugar en donde el pasado no pudiera tocarte.

Amy calló por algunos minutos.

—¿Quiénes son Rodolfo y Martha?

—Tus abuelos, los padres de Nicolai. ¿A qué viene esa pregunta?

—Agatha los nombró en nuestra conversación. Dijo que eran los padres de Serge y que ella lo cuidaba y le enseñaba los conceptos básicos de la magia.

—Hija, esa mujer no está bien de la cabeza. En su mente, solo tiene retazos de la realidad, que une constantemente con historias de fantasía. Ella nunca cuidó a Serge. Yo lo hice, jamás dejé a mi hijo en otras manos que no fueran las mías.

—¿Y el *Duce*? Ella dijo que el *Duce* había matado a Serge.

—No lo sé, cariño. En realidad, no lo sé. A Serge lo mató una flecha, y nunca he escuchado ese término.

—Y si le preguntamos a Nicolai.

—Tu padre está muy dolido. Tu presencia no hace más que recordarle al hijo que perdimos. Si siente culpable, hija, por lo que pasó. Dejemos que sanen sus heridas y no removamos viejos recuerdos.

Amy consideró que era el momento de hablar del cuarto misterioso.

—Mamá, hace unas noches, escuché el llanto de un niño en el tercer piso. Allí está el cuarto prohibido ¿verdad? Entré con mis amigos y vimos que era la habitación de un niño. ¿Era ese el cuarto de Serge?

—Sí, Amy. Nicolai mandó a cerrar todo el piso.

—Allí hay un espejo dimensional, mamá. El profesor Brutt dijo que estaba prohibido tenerlo y que había que avisar al Concejo cuando estuviera en presencia de uno.

—No puede ser, Amy. Debes estar equivocada.

—No es así. Todos lo vimos. Si quieres, vamos, te lo mostraré.

Dora no había pisado aquella habitación en muchos años. Los recuerdos eran demasiado dolorosos. Su corazón de madre se armó de valor y accedió a acompañar a su hija a la habitación para demostrarle

que no había nada que temer en ese cuarto.

—¿Y qué hacemos con el hada guardiana?

—Yo misma la puse allí. Es hora de que la releve de su obligación.

Tomaron unas linternas, que Nicolai guardaba en el escritorio, y salieron. Llegaron a las escaleras que llevaban al tercer piso y Amy sintió un fuerte estremecimiento, se alegró de estar con su madre. Todo estaba oscuro y callado. El único ruido que se escuchaba era el de su propia respiración. En eso, desde las sombras, un bulto negro saltó y cayó encima de Dora, Amy casi sufrió un infarto hasta que entró en cuenta que se trataba de *Sombrita*, y la muchacha tuvo deseos de agarrarla y zarandearla por el pescuezo.

—Mamá, en la Casa Aire vi a *Sombrita* en una esquina.

Dora sonrió.

—Es posible. Siempre la envío como ángel guardián para que te proteja.

—Pero, ¿Cómo llegó hasta allá? Solo se sube por el teleférico.

—Hay otros modos de subir; con la magia, por ejemplo.

En el tétrico corredor cada objeto proyectaba su sombra silenciosa y fúnebre. Amy los contemplaba con terror, y de no haber estado con su madre, habría huido del lugar mucho antes de llegar a la habitación. Era imposible no sentir aquel estremecimiento aterrador, viendo las imágenes de los objetos olvidados, las paredes heladas, los ventanales descuidados, las alfombras roídas. Todo, absolutamente todo, evocaba a la decrepitud y al abandono de los cuales habían sido objeto.

Al frente de la puerta estaba el hada, la diminuta figura con el poder de repeler con descargas eléctricas; ella y su madre se comunicaron en un idioma extraño, y después de tan bizarra charla, el hada se marchó perdiéndose al final del corredor. Entonces, Dora tomó el picaporte y lo giró. Amy presenció un desaliento en sus ojos. Entraron alumbrándose con las linternas. El cuarto estaba muy limpio, sin rastros de la suciedad que los muchachos habían visto.

—Esto no estaba así cuando entramos —expresó Amy con asombro, recorriendo la habitación.

Dora vio con nostalgia los objetos y recordó al ocupante a quien le pertenecían.

—A lo mejor entraron a otro cuarto —concluyó Dora, con tristeza.

—No. Estoy segura de que era este. Había un simulador de olores, una estación de trenes, y muchos juguetes en el armario. Ven, te mostraré el espejo —dijo, tomándole la mano y conduciéndola.

Pero en lugar de un espejo dimensional, encontraron un espejo ordinario que reflejó la imagen de Dora y Amy con sus linternas.

—Este no parece dimensional —expresó Dora con alivio.

—Pero estaba aquí, te lo aseguro.

—Amy, a lo mejor te confundiste. Es fácil confundir una cosa con otra.

—Pero Brandy, Cesor y Amgar también lo vieron. Ellos fueron los que dijeron que era un espejo dimensional. Alguien debió moverlo de lugar. Los únicos que sabían que habíamos entrado al cuarto eran Mabel y Nicolai. Alguno debe haberlo movido.

—Amy, en primer lugar, nunca debieron entrar a este cuarto, ni tú ni tus amigos. Segundo, ni tu padre ni el ama de llaves están confabulados en tu contra, y tercero, espero que me prometas, ya que ahora conoces el misterio de este cuarto y en memoria de tu hermano Serge, que no volverás a irrumpir aquí como si fueras una delincuente.

Amy asintió a regañadientes, abandonaron la habitación y fueron a la de Dora. Se sentaron en la cama a conversar, mientras Dora le desenredaba el cabello.

—Tu única tarea ahora es estudiar para convertirte en una hechicera. Recuerda solo quedan dos semanas para la presentación.

—Mamá, ¿Y si no paso la prueba?

Dora vio la preocupación en el rostro de su hija.

—No importa, Amy. Si no pasas, volvemos a Grasspick y pondrán a otro Regente que el Concejo designe. Tu padre tendrá que aprender a vivir con eso.

—Gracias, mamá. Pensé que me mandarían al patíbulo o a algo peor.

Dora rió de buena gana.

—¿Algo peor que el patíbulo? Me pregunto qué podría ser.

Amy se tranquilizó un poco, y preguntó:

—Una última cosa ¿Cómo era Serge, mamá?

Dora se levantó de la cama y se dirigió a la mesa de noche, abrió la gaveta y sacó una foto que entregó a Amy.

—¿Es él?

Dora asintió.

—¿Puedo conservarla? Me gustaría tenerla.

—Hazlo. Es una de las pocas fotos que se conservan ya que tu padre mandó a retirar todas. Amy volvió a observar la foto que mostraba la imagen de un niño rubio, de ojos verdosos, que esgrimía una sonrisa a la que le faltaban los dos dientes delanteros, y que parecía divertido y travieso. La guardó en un bolsillo y la invadió la melancolía, pensando en lo mucho que le hubiera gustado conocerlo.

Al día siguiente, se encontró con Marcus en la bahía. El sonido tranquilizador de las olas rompiendo en la orilla, la brisa marina y la visión del amplio mar tranquilizaban a la muchacha. Reflexionaba sobre los últimos acontecimientos y una sensación de agobio le estrujaba el alma.

—Todo era tan sencillo cuando estaba en Grasspick —dijo,

mientras caminaba con el mago, tomados de la mano.

Marcus se detenía de vez en cuando para alzar una estrella de mar y devolverla al agua.

—Ayer lucías distraída, y hoy veo una tristeza en tus ojos que no había visto antes.

La muchacha lo miró y él sintió el deseo de reconfortarla y alejarle el sufrimiento.

—Estoy pasando por muchas cosas últimamente. Ayer me enteré de que tuve un hermano. Murió en un accidente de caza y mi madre me lo había ocultado. Además, la relación con mi padre no parece prosperar, mi llegada a la isla, el entrenamiento, la presentación ante el Concejo. Todo, en vez de hacerse más fácil, se complica. No sé qué hacer.

—Sabes que puedes contar conmigo ¿cierto?

—Precisamente los momentos que más disfruto son los que paso contigo. El tiempo que pasamos juntos me relaja. ¡No sé qué haría sin ti!

Entonces, en un movimiento que Amy no esperaba, Marcus la acercó a su cuerpo, le retiró un mechón de cabello que tenía en la frente, tomó su rostro con las dos manos, y la besó en los labios con ternura. La muchacha deseó que aquel momento no se acabara nunca, y se apretó más contra su pecho. Cuando se separaron, se sonrieron mutuamente. Siguieron caminando, mientras el agua mojaba sus pies.

—¿Cómo aprendiste a usar la magia? —le preguntó Amy a Marcus.

—No se trata tanto de aprender, sino de descubrirla dentro de ti.

—Pues en mí la magia parece esconderse, porque no veo el menor indicio dentro de mí.

—Debes tener un interés genuino en conocerla.

—Hablas de ella como si fuera una persona.

—Debes tratarla como si así fuera, si no, huirá de ti cuando sientas que está al alcance de tu mano.

—Todo esto es muy complicado para mí. Vi a una mujer convertirse en cuervo ¿Puedes creerlo? Si yo tuviera el poder de convertirme no elegiría a un animal tan poco atractivo. Yo sería un pavo real o un cisne. ¿Tú sabes convertirte?

Marcus sonrió.

—Lo he hecho algunas veces, pero no te diré en qué me convertí. Hacerlo por el mero placer de dar un espectáculo no entra dentro del código de ética de un mago. Todo acto debe obedecer a una razón, a un objetivo o una causa.

—Vamos, ¡cuéntame! ¿Fue un sapo? ¿Un caballo?

—Mis labios están sellados.

—Cuéntame al menos si fue ¿un batracio? ¿Un roedor? ¿Un ave?

—No diré nada.

—Si yo supiera lo que tú sabes, no sería una fracasada.

—Amy, tu fracaso con la magia no tiene nada que ver con la falta de conocimiento, sino con la falta de confianza en ti misma. Podrás leer todos los libros del mundo, pero si no crees en ti, no moverás ni un zapato.

Regresaban caminando por la arena, cuando Marcus le preguntó:

—¿Hay algún otro motivo que te atormente?

Y Amy le contó del temor de Nicolai de perder su Regencia, del cuarto prohibido, del espejo dimensional, y del hecho, irreversible, de que no aprendería magia para la presentación.

—Pero, en realidad no me importa lo que pase. Lo único que me importa es que tú estás conmigo.

El muchacho se tensó, pero no dijo nada. Quiso confesarle la verdad en ese momento, pero la sentía tan relajada y confiada, que no quiso agriarle el paseo.

Los días posteriores fueron de mucha actividad. Faltando tan pocos días para la presentación, Leoncio Brutt se mudó al Coliseum para tener sesiones diarias con Amy. Las sesiones de Brutt eran exigentes, y casi no veía a Marcus durante el día, pero, en las noches, se escapaba para verse con él en la playa y regresaba al amanecer. El progreso de Amy era lento, aunque estaba aprendiendo a levitar objetos pequeños, pero solo por un corto período de tiempo, y no lo suficiente como para impresionar a los miembros del Concejo. No obstante, Leoncio continuaba tratando de inculcarle los principios de la magia.

Una mañana ocurrió un hecho que puso el mundo de Amy de cabezas. Estando a punto de comenzar la clase de Brutt, Nicolai, la mandó a llamar al estudio. La muchacha sabía que cuando la llamaban al estudio era para castigarla o comunicarle asuntos de importancia, así que se dirigió hasta allá pensando cuál de sus tantas transgresiones sería el motivo de la llamada. Tocó la puerta y Nicolai la abrió con rostro severo. <¡Ah! Un castigo> —pensó Amy. Petronio también estaba presente.

La hizo sentar en la butaca de los acusados, como la llamaba Amy en secreto con sus amigos, pero otro toque en la puerta la distrajo. Era Dora.

—Esperaba a tu madre para que pudiéramos hablar —dijo Nicolai — Petronio me acaba de informar de tu amistad con Marcus Weldon. Ese muchacho es hijo de nuestro peor enemigo y no dudo que está detrás de ti con intenciones turbias.

Amy le lanzó una mirada glacial al consejero.

—Pues no es así. Es un muchacho agradable y tengo una buena amistad con él. Nos hemos visto todos los días de la semana. Me ha estado enseñando la isla y dándome clases de magia —confesó altanera.

Nicolai se puso rojo de la ira. Amy nunca lo había visto así.

—¡Tendrás que terminar esa amistad! ¡No te conviene! —agregó en forma autoritaria, con los ojos inyectados en sangre.

—Yo creo que no —desafió.

Nicolai se situó detrás de ella, de manera que Amy solo podía escuchar su voz.

—Te dije desde el primer día que existían familias en donde el libre albedrío no estaba permitido y que la nuestra era una de ellas. No te estoy pidiendo que la termines, te lo estoy ordenando.

Dora intervino:

—Creo que las cosas están yendo demasiado lejos. Lo mejor es que se calmen.

—No pienso dejar de verlo, Nicolai.

—Entonces, tendremos que encerrarte.

—¿Como una prisionera?

—¡BASTA! —gritó Dora— Los dos están diciendo tonterías. En una semana es la presentación. Deberían estar enfocados en ella y no en esta tonta discusión.

—Entonces, estás de parte de ella —dijo Nicolai.

—No estoy de parte de nadie, sino de la sensatez. Yo me encargaré de Amy.

Y dirigiéndose a su hija:

—Espérame en tu habitación —y Amy se retiró dejando a su madre con su padre y Petronio.

Amy nunca supo de qué hablaron, pero desde ese momento, la única que hablaba con ella sobre los asuntos importantes era Dora. En aquella oportunidad, su madre no le refutó su relación con Marcus, pero le aconsejó que se anduviera con cuidado. Pero, la relación entre Amy y su padre fue de mal en peor. Nicolai deseaba aconsejarla, pero la muchacha pensaba que él no tenía la autoridad moral para hacerlo. Sin importar la razón, el hecho era que la había abandonado y ahora no tenía derecho a decidir sobre su vida. Amy siguió viendo a Marcus en la playa, y Brandy la alcahueteaba, a pesar de no estar de acuerdo con los encuentros.

Faltando tres días para la presentación, Brutt se sintió en la obligación de hablar con Nicolai sobre los avances de Amy en sus clases. Se reunieron en el estudio, sin la presencia de Dora.

—Lo siento, Nicolai. Tu hija no tiene el más mínimo deseo de aprender. Intenté todas las técnicas, pero mi esfuerzo fue en vano.

Nicolai caminaba como un león enjaulado. Sus planes se estaban yendo por la borda.

—Tenemos que hacer algo, Brutt. No puedo dejar que me quiten la Regencia. Si Amy no sabe nada de magia, tenemos que hacer que parezca que sí sabe —dijo Nicolai con los ojos brillantes.

—No entiendo…

—¿Qué pasaría si engañamos al Concejo? ¿Qué pasaría si hacemos que Amy gesticule con sus manos y tú, escondido en algún lugar, realizas su magia como si fueras ella?

Leoncio se sorprendió con la propuesta. Se trataba de cometer una felonía.

—Es muy arriesgado, Nicolai. Los miembros del Concejo no son tontos. Y si nos descubren, estaríamos en problemas.

Nicolai pensaba con rapidez, tratando de urdir un plan en su memoria.

—Podríamos darles algún tipo de ponche "especial". Conozco a un duende de Doraplata que puede hacerlo; así los aletargaría y estarían predispuestos a concederle a Amy sus credenciales.

—El asunto es delicado.

—Pero debemos hacerlo. Si Bolmer accede a la Regencia, le tendrás que decir adiós a la magia de Alluvien. Sé que tú aprecias su legado tanto como yo. Debes ayudarme a evitarlo, Leoncio.

Brutt dudada, aunque la idea lo tentaba.

—Si lo hiciéramos, tendríamos que ensayar el acto y tener la total cooperación de tu hija; y hablando con sinceridad, Amy no parece interesarle ninguno de nuestros asuntos.

Nicolai pensaba rápidamente. Podría hacerse. La principal objeción la tendría con Dora, pero la convencería. Pero, cuando en la tarde le detalló su plan, la mujer se rehusó y se enojó mucho con él. Entonces, jugó su última carta con Amy. Esta vez se reunió con ella en el jardín, caminando entre los cerezos, y sin comentarle nada a Dora.

—Amy, según Leoncio no has cumplido con los términos de nuestro acuerdo. Yo quiero la Regencia y tú quieres regresar a Grasspick. Tengo un nuevo acuerdo que nos dará a ambos lo que deseamos.

Entonces, le detalló el plan, con todos sus detalles, para engañar al Concejo.

—De esta manera —concluyó— La Junta te nombraría Regente del Coliseum, y por ser menor de edad, yo sería tu tutor; lo que me permitiría seguir gobernando sin necesidad de que estés presente en la isla.

Amy aceptó esta propuesta sin consultar a su madre. Quería regresar a Grasspick y Marcus le había prometido que se seguirían viendo con frecuencia, sin importa en dónde estuviera. Pero, la pelea con su madre fue de proporciones épicas. Se enojó mucho con Nicolai por poner a su hija en semejante situación; pero Amy estaba decidida y nada pudo hacer para hacerla cambiar de opinión.

Esa misma tarde la muchacha se reunía con Brutt en el salón de fiestas y ensayaron hasta muy tarde la farsa que pensaban montar, y

para complacencia de Marcus, Amy le detallo todo el plan de Nicolai para apropiarse de la Regencia.

Marcus estuvo debatiendo si contarle a su padre lo que Amy le había dicho en confidencia. Quería ayudarlo, sin decepcionar a la muchacha. Su dilema se resolvió cuando la información le llegó a Bolmer de otra fuente. Atroyana le dijo todo lo que necesitaba para hundir a Nicolai y a su hija. Marcus ya no tendría que continuar engañando a Amy. No obstante, lejos de sentir alivio, se instaló un vacío en su corazón. Una trampa se cernía sobre Amy y él tenía que hacer algo para evitarlo.

18

Los planes de Bolmer

En la intimidad de su habitación, asomado a su ventana, Bolmer observó cómo una tenue neblina descendía de las montañas hasta cubrir la Ciudad Amurallada, casi por completo. Se preparó para dormir y pensó que quizás necesitaría otra cobija, ya que la noche prometía ser silenciosa y fría. Celeste había partido de la isla para visitar a sus padres en tierra firme, por lo que el mago se disponía a pasar una noche de tranquilidad en su aposento, sin los aturdidores y fastidiosos reclamos de su esposa. Tomó una taza de té húngaro que la mucama le dejó en la mesita de noche, se recostó sobre los almohadones de pluma de ganso, apagó la luz de la lámpara y se arropó hasta el cuello. Se puso a pensar en los últimos acontecimientos. Atroyana le había traído información valiosa sobre los movimientos de Nicolai, el muelle estaba terminado y contaban con acceso al mar y todos los obstáculos para asumir su Regencia en el Coliseum estaban siendo allanados; todos, excepto dos: Nicolai y su hija Amy, pero de ellos se ocuparía el Concejo. Sabía de la farsa que pensaban montar el día de la presentación y él estaba listo para desenmascararlos. Se durmió con una sonrisa en el rostro, escuchando el croar de las ranas y el incesante cri-cri de los grillos.

El amanecer trajo consigo el trajín cotidiano de la Casa Tierra: las mucamas madrugaban para realizar sus quehaceres en la residencia oficial, los mineros partían a sacar los minerales de las entrañas de la tierra, Tromedus se ocupaba de alimentar a los caballos, los comerciantes abrían sus tiendas y los niños asistían a la Escuela de Magia de la Srta. Bournet.

Entretanto, en el Salón de las Conquistas, Bolmer conversaba con sus hombres. Su semblante lucía inusualmente sereno y calmo, y los asistentes se preguntaban cuál era la razón de semejante cambio, y no faltó un malicioso que se aventurara a susurrar que se debía a la ausencia de Celeste en la casa.

La reunión comenzó con Bolmer declarando que, a pesar de los inconvenientes, había logrado retomar el rumbo que lo llevaría a asumir la Regencia en poco tiempo, y que ahora pasaría a la otra faceta de su plan: enemistar a las Casas Agua y Aire.

—¿Y cómo piensas lograrlo? —preguntó Marcus, quien se hallaba

a su lado y sorbía un poco de café que una de las mucamas le había servido.

—Mañana temprano todos lo sabrán. Disculpen que no les exponga mi plan, pero requiero de la más absoluta discreción sobre el asunto, así que prefiero mantenerlo en secreto hasta que se haya consumado.

Todos se miraron perplejos. Bolmer continuó hablando:

—Tengo entendido que el muelle y la rampa ya están listos, ¿no?

Promeo se apresuró en contestar, mientras jugueteaba con la punta de un lápiz:

—Ciertamente. Lo único que nos falta es la flota —dijo con una sonrisa nerviosa.

—Manda a buscar los barcos que tenemos en la Casa Agua e inicia su restauración; el Concejo me negó los créditos que solicité. Pero, no hay apuro. Cuando sea Regente usaré los fondos que nos den.

Promeo no exteriorizó sus dudas en cuanto a la capacidad de los barcos que estaban en los puertos de la Casa Agua para mantenerse a flote, pero igual asintió.

—Casi estamos al borde de la quiebra —confesó finalmente Promeo— Los recursos para el muelle se llevaron casi toda nuestra reserva.

Marcus miró a su padre, preocupado.

—Padre, ¿no estaremos llevando las cosas demasiado lejos? ¿No será mejor esperar a recuperarnos e intentar en unos meses lo que nos propusimos?

Bolmer se levantó de la mesa y dijo:

—Jamás daré un paso atrás. El tiempo es nuestro enemigo y mientras más tardemos, más se afianza Nicolai en la Regencia. Promeo, pon doble turno en las minas, necesitamos aumentar nuestros ingresos.

—¿Algún otro punto a tratar? —interrogó Bolmer.

Tromedus intervino rindiendo cuentas del rendimiento de los animales durante la semana y, no habiendo más asuntos que discutir, la reunión se disolvió.

Al día siguiente el plan de Bolmer comenzó a desarrollarse, teniendo como protagonistas a las hermanas Portokalos. Brocania y Brenia fueron, como todos los sábados, a una excursión en el lago Serenity. Adoraban el agua dulce y el suave chirriar de un manantial cantarín que desembocaba en él. Acostumbraban ir caminando, ya que el lugar quedaba relativamente cerca de la costa, y el camino les bridaba un contacto con la naturaleza que no tenían en la Ciudad Flotante.

—Vamos, hermana. Métete al agua —le gritó Brenia a Brocania, quien después de bañarse se disponía a recostarse en un claro, para secarse con los rayos del sol.

—No, gracias —se disculpó— Me siento muy cómoda aquí.

Cerró los ojos y, en un estado de adormecimiento leve, se entregó a la calidez solar, con el sonido relajante del agua y el canto de los pájaros de fondo. Pensó en Maxelor y Primio. Los dos hombres no podían ser más diferentes. El primero era impetuoso y osado, y el otro más comedido y sereno. Con Primio se casaría en unos meses, pero le sería difícil olvidar a Maxelor. A intervalos regulares escuchaba también los vigorosos chapuzones de Brenia y sus brazadas mientras nadaba desde la orilla hasta una gran roca enterrada en la mitad del lago. No supo cuánto tiempo estuvo dormida, pero, al abrir los ojos no encontró a Brenia. Alzó medio cuerpo, apoyándose sobre los codos, y dio un vistazo por los alrededores. Se incorporó por completo y, ya asustada, comenzó a gritar:

—¡BRENIA!

—¡BRENIA!

Pero no obtuvo respuesta. ¿Sería habría ahogado? No lo creía posible; su hermana era una experta nadadora. No obstante, se lanzó al lago por si lograba verla, pero el lago seguía tan sereno como cuando llegaron, y no había muestras de nada irregular. Un estremecimiento de miedo le cortó la respiración. ¿Cómo le comunicaría la noticia a su padre? Pero un hecho era indiscutible: su hermana había desaparecido y necesitaba comunicar la novedad lo antes posible para que los hombres de la Casa Agua escudriñaran el bosque hasta dar con ella. Sus primeras sospechas recayeron en Bora, jefe de los renegados, quien solía secuestrar jóvenes para pedir rescate. Sin más demora, Brocania corrió a la costa para comunicar lo ocurrido.

No solo un equipo de la Casa Agua se abocó a la búsqueda de la niña, sino que Nicolai, avisado por uno de los hombres de Pita, envió también algunos oficiales para apoyarlos. Una hora más tarde, los guardias acorralaron a Bora y sus bandidos en el costado este del bosque, mientras estaban reunidos alrededor de una fogata, cocinando un potaje de frijoles con raíces silvestres. No tuvieron chance. Los hombres de Nicolai eran más.

—Dime ¿Dónde está la niña? —preguntó un capitán de la guardia del Coliseum, quien mantenía a Bora con la cara contra el piso, apretándole fuertemente el mentón con su mano derecha. El hombre apenas si podía respirar.

—No sé de qué hablas.

—No te hagas el tonto, ¿Dónde está?

Pita, quien también estaba con ellos, se acercó con cara de angustia.

—Te garantizo la vida y que no tomaré acciones en contra tuya, pero, por favor, dime dónde está mi hija.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Yo no he hecho nada! —gritaba Bora sin parar.

—¿Ah, no? ¿Qué tal el intento de secuestro de la hija de Nicolai hace unos días? —Dora le había comentado a Nicolai del incidente y este había dado la alerta a la guardia.

—Yo no iba a dañarla. Solo quería que Nicolai me pagara lo que me debía.

Pero, al cabo de dos horas de torturas, Pita concluyó que el pobre hombre no sabía nada de su hija. Entonces, lo soltaron y los renegados se dispersaron por el espeso follaje del bosque, dejando su potaje al fuego.

Los guardias volvieron al lago, pero ya estaba anocheciendo, por lo que la búsqueda se suspendió hasta el siguiente día. Aquella noche, Dora y Amy estuvieron con Pita en la Ciudad Flotante. Estaba devastado por la pérdida de su hija, y Dora recordando lo que sintió al perder a Serge, trató de consolarlo lo mejor que pudo, asegurándole que pronto todo el asunto se aclararía. Brocania se encerró en el templo de Damaris, a pedir a las ninfas protección para su hermana.

Dora y Amy no abandonaron a Pita en ningún momento. En el muelle pasearon con él, tratando de que la vista del mar y la brisa le dieran un respiro a su espíritu.

—¿Quién puede tener a mi niña? ¿Y con qué fin se la llevaron? —decía— Nunca pensé que algo como esto podría ocurrir –gemía atribulado.

Dora lo tomó de un brazo y Amy del otro, caminando despacio bajo los plateados rayos de la luna.

—¿De qué me sirve la magia si no puedo hacer que aparezca mi hija?

—Debemos calmarnos para hacer uso de la magia. Así como estamos no podemos hacer nada. Trata de descansar, mañana será otro día. Buscaremos la piedra del destino y veremos si nos muestra algo sobre Brenia; pero debemos estar descansados para eso.

Dora y Amy se quedaron en la Ciudad Flotante; pero ni ellas ni sus moradores durmieron aquella noche, sentían todos que las horas pasaban con una lentitud de agonía.

A la mañana siguiente, uno los buscadores pidió ver a Pita. Encontró un rastro con las huellas de un hombre y los de una niña, que bien podrían ser los de Brenia y su raptor. Las huellas comenzaban en el lago Serenity y se perdían en un riachuelo, a decenas de metros del lugar; pero lo importante del asunto es que los indicios sugerían que el perpetrador podría ser un hombre de la Casa Agua. Pita entró en cólera y reunió a tres de sus mejores hombres para ir a buscar a Brenia a la Casa Aire, con gran disgusto de Dora:

—Piensa en lo que haces, Pita. Toroh no se prestaría a una acción

así. E incluso si se tratara de uno de sus hombres, no puedes culpar a toda la Casa por esa villanía. Estoy segura de que él mismo te entregaría al culpable si estuviera entre ellos.

Pero, Pita, ofuscado como estaba, no la escuchaba. Al final lo convenció de que fuera al Coliseum; allí citarían a Toroh para dilucidar el problema.

Mientras tanto, Marcus se encontraba acicalando a *Platino* en la caballeriza, cuando se enteró de todo por la conversación que mantenían dos mozos, e inmediatamente, vio la mano de su padre metida en el asunto. Se disgustó mucho por lo que consideró una acción reprochable, tiró el cepillo al suelo y se dirigió a la casa para confrontarlo. Lo encontró en el jardín.

—¿Será posible que hayas tenido algo que ver con el secuestro de la hija de Pita? ¿Era ese tu famoso plan para separar a las Casas? —gritó furioso.

—No sé por qué te enfadas. Todas mis acciones tienen un fin, y el fin justifica los medios.

Marcus estaba fuera de sí. Temió que su padre estuviera perdiendo los cabales y consideraba enormemente preocupante que no midiera el alcance de sus acciones.

—Pero, todo tiene un límite, papá. Se trata de una niña. ¿Te has puesto a pensar en el terror que debe estar sintiendo en estos momentos? ¿Dónde la tienes?

Bolmer no estaba dispuesto a dejarse persuadir por el ataque de sentimentalismo de su hijo. Quizá la cercanía con la hija de Nicolai lo estaban volviendo débil.

—Si la liberas ahora, el asunto no será grave —agregó Marcus, esperanzado por saber de Brenia.

Bolmer se dio cuenta de que había hablado de más y que había algunas cosas que no debían decirse nunca. Entonces, negó su participación en el hecho.

—Marcus, nunca dije que la tenía. Tú solo lo supusiste.

En vano usó Marcus su argucia para que su padre le dijera la verdad, pero no pudo socavar su obstinación, y haciendo un gesto displicente lo dejó en el jardín y se alejó. Si la niña estaba en la residencia, sería en una de los habitaciones; no creía que su padre fuera tan desalmado como para lanzarla en un calabozo. Le llevó casi toda la tarde revisarlas todas con la ayuda de Ralf, pero no encontraron nada.

—¿Y si vamos a las mazmorras?

Ralf se opuso a la idea, pero Marcus ya iba caminando por el pasillo. Un guardia obstaculizaba la entrada, pero al darse cuenta de que se trataba de Marcus, se hizo a un lado y lo dejó pasar, aunque extrañado porque el hijo del Director jamás bajaba a las mazmorras.

El joven caminó por una estrecha escalera cuyas paredes filtraban aguas negras y le daban al lugar un olor rancio y penetrante. Ralf se tapó la nariz con la mano. Al desembocar, quién sabe cuántos metros más abajo, se encontraron con un largo corredor con calabozos a lado y lado. Allí también había un guardia, soñoliento y borracho. Casi se cae cuando vio al muchacho caminar con aire resuelto, abriéndose paso entre la suciedad y las botellas vacías de whisky que rodaban desperdigadas por el piso. El olor allí era insoportable, el aire estaba viciado y el calor semejaba a los vapores del infierno. Revisó uno a uno los calabozos y se sorprendió de la cantidad de prisioneros que había.

—¿Quiénes son estas personas?

—Enemigos de la Casa.

—No recuerdo que haya habido juicios recientemente.

El guardia lanzó una carcajada:

—¿Y para qué? Si no hace falta…

Los prisioneros estaban casi moribundos, famélicos, y los pellejos les colgaban de los huesos; casi no tenían fuerzas para hablar. Al fondo, había una especie de salón con una silla en el medio y un gabinete lleno de instrumentos para torturar. Marcus se sintió asqueado ante tales miserias humanas. Apoyaba a su padre en sus ambiciones, pero aquello no incluía ni secuestros ni torturas. Dejó los calabozos con una sensación de asco e impotencia y se comprometió a hacer lo necesario por aquellos hombres con el aspecto de piltrafas humanas.

—A lo mejor Bolmer no tiene nada que ver con el secuestro después de todo —dijo Ralf.

Pero mientras Marcus estuvo en las mazmorras, Atroyana irrumpió, sin anunciarse, en el comedor en donde Bolmer terminaba de almorzar. Venía furiosa y Bolmer despidió al personal doméstico para que lo dejaran solo con la hechicera:

—¿Cómo es posible que me enviaras a una niña, sin avisarme? —los ojos de Atroyana echaban fuego y su cara estaba tan roja que parecía que fuera a estallar en cualquier momento.

—Pensaba decírtelo, pero el secreto era parte importante de mi plan.

—¿Y no pensaste que quizá yo no quería participar en tu plan? Es un problema serio y no quiero estar involucrada. Pita pronto sabrá que la tengo ¿Por qué no la trajiste aquí?

—Cálmate. Te guste o no, estamos involucrados en esto. Y despreocúpate por Pita, él solo sabe lo que yo quiero que sepa. En este momento, debe estar con Toroh en el Coliseum, culpándolo por el secuestro de su hija. Me cuidé muy bien de plantar pistas que lo condujeran a él.

Atroyana se calmó.

—Igual no puedo mantenerla por mucho tiempo. Los pobladores hablan. ¡Arregla este desastre pronto!

—El desastre se arreglará cuando yo quiera. Nuestro trato sigue en pie: me encargaré de Victorio. Cuando llegue a Regente, cambiaré la regla que dice que el cargo es hereditario, y tú te convertirás en la próxima Directora de la Casa Fuego. Ten paciencia, falta poco para eso. Pero todo dependerá de que sigas mis órdenes. Ocúpate de la niña y espera mis instrucciones.

La hechicera salió de la habitación en dos zancadas y se marchó tan intempestivamente como había llegado.

Mientras tanto, en la sala de juntas del Coliseum, Pita y Toroh ventilaban sus diferencias a gritos, presididos por Nicolai. Dora, Amy, Brocania y Maxelor estaban en el pasillo con aire compungido, escuchando todo lo que se decía en la sala, preocupados por el grado de violencia a que estaba llegando la confrontación. En efecto, las cosas se estaban saliendo de control, tal y como Bolmer, con fría anticipación, lo había planeado. En un momento dado, Brocania y Maxelor se alejaron del grupo hasta el balcón y, aunque hablaron en susurros, Amy, sin intención, escuchó la conversación.

—¿Aún te piensas casar con Primio, amándome como me amas? —preguntaba Maxelor con desesperación.

Brocania se mostraba inflexible.

—¿Cómo puedes hablarme así cuando sabes lo que estoy sufriendo a causa de la desaparición de mi hermana? En estos momentos mi matrimonio ocupa el último de mis pensamientos. Tengo fe en que Brenia aparecerá pronto y, entonces, mi matrimonio con Primio se realizará porque he dado mi palabra y me debo a mi gente. Mis sentimientos no importan.

Maxelor contestó, dolido, al tiempo que la tomaba de la mano:

—¿Cómo puedes ser tan fría? ¿Cómo puedes desdeñar lo que sentimos? —reclamaba el joven.

Pero Brocania estaba lejos de ser indiferente ante Maxelor. Su educación la obligaba a cumplir ciertas reglas que exigían que sus Directores estuvieran casados con miembros de su propia Casa, para asegurar la pureza de su estirpe; siempre había sido de esa manera y ella no estaba dispuesta a cambiar las cosas. Primio, el prometido de Brocania llegó en ese momento y se acercó al balcón. Maxelor se alejó, dejándolos solos.

Entonces, un indeseado visitante apareció en la sala y todas las miradas se enfocaron en él. ¿Qué hacía allí? Todos sabían de la enemistad entre Bolmer y Nicolai y parecía una provocación del primero presentarse así en la casa del otro.

Dora, quien se había ausentado para ir en busca de unos refrigerios

para los presentes, venía por el pasillo con Mabel portando, cada una, una bandeja con vasos de jugo de mango, y se sorprendió mucho de encontrarlo allí:

—Bolmer, ¿Qué haces aquí? Me resulta muy extraño verte. No has pisado esta casa en mucho tiempo, y no creo que sea el momento indicado para hacerlo.

El aludido tenía muchos años sin ver a Dora. Sus ojos se iluminaron, y una emoción muy fuerte lo sacudió. Aun latía en su pecho el viejo sentimiento que una vez lo unió a aquella mujer.

—Desde que te fuiste no tuve motivos para volver. Siempre culpé a Nicolai de tu desaparición. Nunca más supe de ti, no sabía si estabas viva o muerta. Pero, ante una tragedia como esta, es mejor olvidar los viejos agravios y abocarnos a buscar a la niña. ¿No lo crees? Vengo a ofrecer mi ayuda. ¿Qué se sabe?

Dora se encogió de hombros y comenzó a repartir los vasos, al tiempo que respondía:

—Absolutamente nada. Parece que se la hubiera tragado la tierra. Toroh dice que ninguno de sus hombres estuvo ausente el día de ayer. Al principio pensamos que se trataba de Bora y los renegados, pero ellos no la tienen, e insisten en que no la han visto. Se revisó toda la Casa Aire y no se encontró nada; pero las huellas, las pieles y el arco que se encontraron en el lago pertenecen la Casa Aire. Pita y Toroh están peleando como nunca. Tenemos la esperanza de que la niña aparezca y aclare todo el asunto. En la isla todos se conocen, y Brenia podría identificar al que se la llevó. Todos los magos y hechiceras de la isla estaban abocados a la búsqueda.

Bolmer se sentó en una butaca mientras tomaba una de las bebidas que Dora servía. Con el primer sorbo, pensó que la muchacha en verdad era capaz de reconocer al hombre que la secuestró, y este, a su vez, podía ser rastreado hasta su Casa. No había pensado en eso y frunció el ceño.

Por otro lado, Amy no dejaba de mirarlo, sabiendo que se trataba del padre de Marcus.

—Mamá, ¿Por qué no usan la magia para encontrarla? —sugirió Amy.

—Debe tener un hechizo de ocultamiento, porque ninguno de los magos o hechiceras ha tenido pistas.

—¿Qué es un hechizo de ocultamiento?

—Es un sortilegio que hace que todos los intentos de magia por ubicar a alguien sean inservibles. Pero, solo los grandes magos y hechiceras saben hacerlo.

Pita y Toroh salieron de la sala de juntas sin llegar a ningún acuerdo, con Pita advirtiéndole a Toroh que cuidara a sus hijos, porque de ahora en adelante los tendría en la mira. Pita, Brocania y

Primio dejaron la residencia disgustados y se marcharon intempestivamente en un vehículo que manejaba un elfo.

Nicolai, con el rostro cansado y ojeroso, salió del salón de juntas y se encontró frente a frente con Bolmer. Se sorprendió de la osadía de este al presentarse en su casa. Amy estaba muy interesada en ver la reacción de los dos hombres. Brandy le había dicho la verdad de la relación entre su madre y Bolmer, y le había sorprendido que Marcus nunca la hubiera mencionado. Pero, reflexionando al respecto, concluyó que tales asuntos del pasado no era tema que debiera ventilarse entre ellos, ya que solo era pertinencia de sus padres.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Nicolai con violencia.

Dora se interpuso entre ellos, y Bolmer contestó:

—Vengo en son de paz. Me enteré de lo que le pasó a la hija de Pita y vine a ofrecer a mis hombres para que se unan al equipo que la busca.

Nicolai le respondió con ironía:

—Me extraña que tus hombres tengan tiempo para eso cuando han estado construyendo una rampa que les da acceso al mar.

—Hubiera venido antes para notificarte del hecho, pero lo hicimos por el Acantilado del Fin del Mundo, tierra de nadie, por lo que consideré que la notificación no era necesaria. Supe, además, de la llegada de Dora y tu hija, y supuse que querrías pasar tiempo con ellas. No quise agregarte más mortificaciones.

—¡Qué considerado de tu parte! —respondió el otro— ¿Sabes que Pita alegará ante el Concejo tu falta de lealtad y competencia deshonrosa?

—No lo sabía, pero era de esperarse.

Los dos hombres se retaron mutuamente con la mirada.

—Es hora de marcharme —dijo finalmente Bolmer— por lo que veo, sigues manteniendo los reproches del pasado. Sin embargo, piénsalo. Mis hombres están a tu disposición —y diciendo estas palabras, se despidió y se enrumbó hacia la puerta.

Marlow que había estado en el estudio buscando hechizos para encontrar a la niña, se sorprendió cuando lo vio saliendo por la puerta.

—¿Qué hace ese hombre aquí? —dijo, acercándose a Dora.

—Vino a ofrecer ayuda para encontrar a Brenia.

Marlow, que conocía de sobra el temperamento del mago en cuestión, exclamó:

—No se fíen de él. No me extrañaría que estuviera involucrado en el secuestro.

Dora lo miró con cariño.

—Vamos, Marlow. Comprendo por qué piensas así. Pero siempre hay un poco de bondad en cada uno de nosotros. No todos somos

delincuentes con agendas ocultas bajo la manga.

La torcida mente de Bolmer abandonó el Coliseum con una sola idea: dar la orden a Atroyana de eliminar a la niña. Brenia era un cabo suelto que podía identificar al que la raptó, poniendo en evidencia su participación en el secuestro. Otra acción que habría que adelantar era la desaparición de Victorio, Atroyana no cooperaría si no le daba lo que ella quería: la Dirección de la Casa Fuego. En pocos días sería el Regente, y le entregaría las credenciales a la hechicera, por lo que no veía inconvenientes en ejecutar el plan anticipadamente.

19

Victorio, El Morgano

Victorio abrió la puerta de su habitación y avanzó con paso inseguro por el corredor. No deseaba encontrarse con Atroyana. Aquella mañana habían discutido porque uno de los trabajadores se quejó de la pésima calidad de la comida y él demandó que se le prestara más atención a este asunto. La hechicera lo tomó de mala manera, y a pesar de que no lo contradijo, Victorio supo, por su actitud, que no le había agradado el comentario. Pronto cumpliría catorce años, y se daba cuenta de que la hechicera usurpaba de manera irreverente sus funciones. No era tonto, si seguía vivo era por la ley de sucesión que lo amparaba; pero estaba convencido que de no existir tal ley, desde hace tiempo lo hubiera derrocado o, incluso, asesinado. De morir, sin cambiar las leyes, el próximo Director lo elegiría el Concejo de Magia y Hechicería, y eso no le convenía ni a Atroyana ni a Bolmer.

El muchacho se asomó por la ventana de la habitación de su madre, desde donde veía la entrada al templo.

—Atroyana prepara otro sacrificio a Tur —le dijo— No recuerdo que se sacrificaran tantos ovejos cuando papá estaba vivo. ¡Cómo me gustaría que pudieras contestarme!

Abrió la ventana para que entrara algo de aire y refrescara la habitación. Su madre estaba dormida, se acercó y estuvo largo rato contemplándola. Era hermosa su madre. ¿Qué soñaría? ¿Pensaría en él? ¿Tendría conciencia de lo que pasaba a su alrededor? ¿Sabría que la extrañaba a morir? Volvió a la ventana y vio el inusual movimiento de las sacerdotisas.

—¡Qué extraño! Hoy no es día de sacrificio. Trataré de averiguar qué está pasando. Espérame aquí. No tardo —no reparó en la inutilidad de su frase. Después de todo, no había nada que indicara que su madre lo escuchaba.

Salió cerrando la puerta con cerrojo. Bajó las escaleras, y cuando iba a cruzar el pasadizo que llevaba al templo, escuchó un gemido. Provenía de uno de los cuartos en donde las sacerdotisas guardaban los elementos de las invocaciones ceremoniales. Victorio, por un momento, pensó que aquello era obra de su imaginación, pero, enseguida volvió a escucharlo, y se le erizó el cabello. Caminó con

cuidado, pegado a la pared. El ruido se escuchaba más cerca, e identificó que se trataba de un sollozo. Llegó hasta la habitación, y cuando se disponía a abrir la puerta, escuchó las voces de Lucía y su ayudante acercándose por el pasillo, y Victorio, que estaría a la vista en cualquier momento, corrió a otra habitación para esconderse, y lo hizo debajo de una mesa que estaba cubierta con un mantel. A ese cuarto entraron las mujeres, pero no se dieron cuenta de su presencia.

—Nunca he presenciado un sacrificio humano —dijo la ayudante de Lucía— ¡Es una pena! ¡Es una niña tan linda! —suspiró.

—Pero no debes objetar los dictámenes de Atroyana. La niña no sentirá nada, estará bajos los efectos del *Dolio Ameritus*. La llevaremos a la boca del Volcán del Ciervo, allí se calcinará y nadie encontrará ni sus huesos. ¿Has estado alguna vez en el volcán?

—Sí, en dos oportunidades, recogiendo cenizas para los ritos. Nunca en un sacrificio.

—Son rituales de magia negra y no están permitidos en la isla.

—No temas. Guardaré el secreto.

—Pues más te vale, porque si no lo haces, la próxima sacrificada serías tú.

Tomaron unos candelabros de tres patas y unas esencias de sándalo. Luego, se fueron. Victorio dejó pasar unos minutos antes de salir, mientras se calmaban los latidos de su corazón. Se dirigió a la otra habitación y la abrió de un tirón. Una muchacha de largos cabellos rubios, llorosa y asustada lo miró con terror. Él le hizo señas para que no gritara, y se acercó para quitarle las amarras.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

—Me llamo Brenia, hija de Pita de la Casa Aire. ¿No me reconoces?

Victorio negó con la cabeza.

—Nunca salgo de la ciudad. Vivo prácticamente como prisionero en mi propia casa. No conozco a muchas personas. Y a ti ¿Qué te pasó?

—Unos hombres me raptaron ayer en el río. Eran de la Casa Tierra. Los reconocí porque los vi una vez en el Festival de Alluvien. Debo marcharme de aquí. Mi padre debe estar muy preocupado. ¡Ayúdame!

Victorio la tranquilizó, pero, se abstuvo de decirle que ella era la ofrenda del sacrificio de la mañana siguiente. No quería perturbarla.

—Te sacaré de aquí. Pero no puede ser ahorita. Debo esperar a que todos se duerman. En un rato, vendrán los lobos a comer y, si huimos, podrían seguirnos el rastro. Te ayudaré hasta que estés a salvo. Estás en la Casa Fuego, bajo el mando de la hechicera Atroyana y es una mujer muy malvada. Supongo que estará ayudando a Bolmer en algún asunto turbio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Brenia.

—Victorio, soy el Director.

La joven palideció. Había oído hablar del joven Director cientos de veces, pero casi nadie lo conocía, y se decía que estaba abocado al cuidado de su madre, por lo que no hacía apariciones públicas con mucha frecuencia.

—Escuché decir a uno de los hombres que Atroyana sacrificaría al hijo del Director de la Casa Fuego. ¡Ese eres tú!

Así que la hechicera había encontrado la manera de deshacerse de él y convertirse en la Directora, después de todo. Debían huir esa noche. No habría otra oportunidad. Le preocupaba dejar a su madre. No podía hacerlo. Buscaría la manera de llevarla con ellos, pero no sería fácil en su condición. Era evidente que las circunstancias estaban en contra y Victorio debía actuar con premura.

—Te voy a poner las amarras otra vez, más suaves para que no te lastimen. Debo planificar nuestro escape. Tengo gente de confianza que nos ayudarán. Mantente en silencio, y trata de no llamar su atención.

—En la Ciudad Flotante estarás a salvo. Allí mi padre te dará protección —articuló Brenia.

—No podemos ir allá. Es el primer lugar que estarán vigilando. Los *Ojos* de la Ciudad Amurallada están por todas partes; de seguro nos capturarían antes de que pudiéramos pisar la playa.

—Pero, ¿a dónde iremos, entonces? —dijo la niña con desesperación.

Victorio no sabía a dónde ir, pero sabía a quién preguntarle, pero no lo comentó con la muchacha hasta no tener los detalles. Brenia se dejó amarrar otra vez, bajo protesta, y le rogó al muchacho que no la olvidara.

—No lo haré, pero no puedo perder más tiempo. Te veré a la medianoche –dijo, desapareciendo por la puerta.

Brenia quedó sumida en una total oscuridad. Escuchaba los pasos de las sacerdotisas del otro lado, hablando y riendo. Su angustia aumentaba conforme pasaban los minutos. No sabía qué hora era. ¿Y si Victorio la olvidaba? ¿Y si descubrían su plan y lo capturaban? La desesperación se tornó en llanto. No volvería a ver a su padre, ni a su hermana. Unas campanadas sonaron en el templo y el corazón de Brenia se paralizó. ¿Qué era todo aquello? ¿Qué significaban las campanadas? Cuando sintió que ya todo estaba perdido, la puerta se abrió y vio la luz de una linterna. Por unos instantes, quedó encandilada. Allí estaba Victorio con una doncella de escasos veinte años, que lo ayudó a desamarrarla y los llevó por una especie de túnel escabroso que salía de la residencia y se unía a una de las cuevas de las Montañas Humeantes de Jeró. Caminaron por un terreno irregular, arenoso y escarpado, y salieron a un claro del bosque. La luna

iluminaba en lo alto y Brenia vio una carreta en donde se encontraba una mujer dormida.

—Vamos, apúrense —dijo la muchacha— Atroyana debe estar por volver, y no va a estar muy contenta.

Victorio la abrazó.

—Ven con nosotros, Itzel.

—No puedo. Mi padre trabaja en el taller. Si me voy, la hechicera puede desquitarse con él. Volveré a mi habitación y actuaré como si no supiera nada.

—¿Y qué hay del conductor? —preguntó Victorio, subiendo a la carreta que llevaba pacas de heno.

—No pertenece a ninguna de las Casas. Es de Pueblo Hermoso y es de mi confianza. No habla mucho, pero es de fiar. Váyanse ya. Los llevará a un lugar seguro.

Itzel regresó por el mismo camino que había recorrido. La carreta arrancó. Victorio no sabía para dónde iban, pero se dio cuenta de que el conductor tomaba el sendero que llevaba al Acantilado del Fin del Mundo.

—Desearía haber podido mandarle un mensaje a mi padre —dijo Brenia con melancolía, mientras se arropaba con una manta que le entregó Itzel minutos antes.

—Hallaremos la forma. Ahora somos compañeros de infortunio y debemos cuidarnos el uno al otro.

—¿Qué pasó con Atroyana? ¿Cómo te deshiciste de ella?

El niño esbozó una gran sonrisa.

—En realidad, fue muy fácil, aunque nos tomó algo de tiempo. De Atroyana nos deshicimos mandándole un mensaje falso diciéndole que Bolmer deseaba verla con urgencia en la Ciudad Amurallada; con las sacerdotisas fue un poco más complicado porque eran doce, al final decidimos ponerle un somnífero en la leche que toman con su cena, y se quedaron dormidas en el comedor; con los lobos soltamos un ovejo vivo para que lo cazaran lejos de la Casa. Eso nos dio tiempo para sacar a mi madre de la habitación y buscarte a ti. Dejarla hubiera sido su sentencia de muerte. Aún tengo gente que me es fiel y que no aprueba los autoritarios métodos de Atroyana. Algún día volveré para tomar lo que me corresponde. Desarrollaré mi magia y me enfrentaré a ella.

La muchacha sonrió. Le simpatizaba el muchacho.

—Me alegro de que me encontraras —dijo Brenia, recostando su cabeza en su hombro.

Cuando Atroyana se presentó a altas horas de la noche en la residencia de Bolmer, lo encontró furioso y malhumorado. Estaba por irse a dormir y la presencia de la hechicera lo sacó de quicio.

—¿Qué haces aquí? ¿Pasó algo?

—Me mandaste a buscar.

—¿A las once de la noche? ¿No se te ocurrió levantar el teléfono y llamarme?

—Nuestras conversaciones nunca son telefónicas. A petición tuya, siempre nos vemos en persona —dijo con aires de fastidio— ¿Crees que me gusta atravesar el bosque a altas horas de la noche?

—¿Y la niña? ¿Y Victorio?

—Todo está dispuesto para mañana. Nos desharemos de los dos al mismo tiempo. Espero que no olvides tu compromiso.

—Mañana es la presentación de la hija de Nicolai, y pondré en evidencia su plan. El Concejo no tendrá otra opción más que nombrarme Regente; y de acuerdo a lo dicho por Triano, las nuevas reglas del Concejo contemplan que los Regentes elijan a los Directores de las Casas. Te nombraré Directora de la Casa Fuego. Con Victorio termina la estirpe de los morganos.

La despachó sin mucha ceremonia y Atroyana regresó a su templo, pensando en lo ocurrido. Pero no fue hasta la mañana siguiente, cuando las sacerdotisas fueron a buscar a Victorio y a la muchacha que descubrieron que habían sido engañadas por un mocoso de trece años. La hechicera, con un odio visceral que le nublaba el juicio, dio a la orden a sus hombres de que buscaran a los niños por todos lados y que no dejaran ni un centímetro de bosque sin revisar.

20

La Presentación de Amy

El rapto de Brenia conmocionó a la comunidad mágica. La mayoría atribuía el abominable hecho a una venganza, ya que, por lo demás, sería una locura pensar que alguien quisiera hacerle daño a una pequeña tan dulce y sagaz como Brenia, por la que todos sentían una profunda simpatía. Ante tal giro de eventos, Dora abogó por cancelar la celebración, suponiendo, como en realidad ocurría, que nadie estaba de ánimos para fiestas. Sin embargo, Nicolai era de otro parecer, contemplado el gasto incurrido en los preparativos, muy por encima de lo originalmente pautado, y vista la alcurnia de los invitados, algunos de los cuales ya estaban instalados en el Coliseum, consideró como una descortesía cancelar el evento a esas alturas.

—Pero, ¿Quién está de ánimo para celebrar? —insistía Dora, en el comedor de la casa, tratando de convencer a su irreverente marido, quién aun no terminaba de almorzar, de las inconveniencias de llevar a cabo la fiesta— ¡Ni siquiera Amy quiere seguir adelante con esto! Siente mucha pena por Pita y la muchacha. Tu prioridad debería ser apoyar a tu hija, en cambio pones por encima los protocolos y toda esa basura burocrática para complacer al Concejo.

Nicolai soltó los cubiertos sobre el plato. Nadie podría comer con aquella cantaleta. Le pareció que Dora se tomaba el asunto con mucha vehemencia, sin considerar la jerarquía de las personas.

—El Procurador, el Jefe de Prensa y toda la directiva del Concejo están aquí. No puedo suspender nada. Para tu tranquilidad, llamé a Pita. Él está de acuerdo conmigo y no tiene objeciones en que haga la presentación.

—¿Y qué esperabas que dijera, Nicolai? —dijo Dora, levantándose de la mesa, enojada— Solo está siendo condescendiente. Me imagino que te dijo que ningún miembro de la Casa Agua asistirá.

La expresión del rostro de su esposo le confirmó su suposición.

—Hay ciertos protocolos que no se cambian por nada. Este es uno de ellos.

—¿Y si hubiera sido nuestra hija la que hubieran raptado? –contraatacó Dora, esperando mover alguna fibra sensible en el corazón de Nicolai.

—Lo siento Dora. Si pudiera hacer algo lo haría. La celebración se

hará tal y como está planificada —dijo fríamente, levantándose de la mesa y dejando a Dora con la palabra en la boca.

Dora salió de la casa para rumiar su rabia en el jardín.

—¿Problemas en el paraíso? —bromeó Marlow, quien cargaba un bolso lleno de cerezas que había estado recogiendo del piso, y se hallaba sentado en un banco del jardín degustándolas y admirando el lago y sus patos.

—No quiere cancelarla. Nicolai no quiere cancelar la presentación. En ocasiones, es tan terco —le dijo, mientras se sentaba a su lado y metía la mano en el bolso para comer unas cerezas también.

Marlow trató de mediar.

—Es un hombre con muchas ocupaciones. Está presionado y quiere evitar a toda costa que el Coliseum caiga en manos de Bolmer. Eso sí sería una tragedia.

—La tragedia es que los asuntos gubernamentales tengan prioridad sobre su relación con su hija —y levantándose, se retiró a su habitación, dejando al viejo mago solo con sus pensamientos.

La mañana de la presentación llegó con su inacabable carga de actividades. Mabel y la servidumbre estuvieron muy ocupados ultimando los detalles de la fiesta: los cocineros preparaban canapés y pasteles, las mucamas sacudían el polvo de los manteles de las mesas y arreglaban las sillas con sus moños florales, mientras los músicos afinaban sus instrumentos y bebían whisky en las rocas. Elaborados arreglos florales se colocaron en las esquinas y las mesas se adornaron con candelabros de plata. Mabel iba y venía por todos lados resolviendo los pequeños percances que suelen ocurrir en esta clase de celebraciones.

A golpe de siete, llegaron los primeros invitados. Nicolai los recibió con especial agrado, radiante y servicial. Vestía un elegante smoking que la misma Dora seleccionó de un catálogo en tierra firme. La orquesta sinfónica del Coliseum arrancó tocando una pieza de Mozart para amenizar el ambiente, mientras el personal doméstico ubicaba a las personas en sus respectivos lugares. La junta directiva en pleno del Concejo de Magia y Hechicería, con Triano a la cabeza, llegó justo a la hora señalada y Nicolai, muy solícitamente, los acompañó a la mesa desde donde observarían, con carácter crítico, el despliegue de magia de la debutante.

A pesar de las vacilaciones, Dora estaba en la habitación de Amy, ayudándola con los últimos toques de su atuendo.

—Estoy nerviosa, madre. No me gusta engañar a las personas. ¿Estás segura de que es lo correcto?

Dora la miró con el entrecejo fruncido; bastante que se había opuesto a la realización de aquella fiesta.

—No es lo correcto, Amy. Tú lo sabes. Pero te comprometiste con

tu padre, y ahora es muy tarde para echarse atrás. Sabes que nunca estuve de acuerdo con esto, pero tú insististe. Ahora debes atenerte a las consecuencias. Solo quiero que esto termine y nos marchemos a Grasspick cuanto antes. Haz lo que ensayaste con Brutt, y todo terminará pronto.

Amy asintió. Se levantó y vio su imagen en el espejo. Lucía hermosa, aunque no se sentía cómoda con los zapatos.

—¿Seguro que podrás hacer tus movimientos con el vestido?

La muchacha asintió.

—¡Vamos! Nos esperan —dijo Dora, escuchando los acordes de la música que en ese momento les llegaban tenues.

—¿Dónde está Marlow? —preguntó Amy.

—En su habitación. No es asiduo a este tipo de celebraciones. Nunca le han gustado —lo que no le dijo a su hija es que él tampoco estaba de acuerdo con el engaño y que prefería abstenerse de ir, antes que ser parte del fraude que se preparó contra el Concejo.

Las mujeres caminaron por un amplio corredor hasta llegar a la escalera que desembocaba en el salón, cuyos barandales estaban adornados con lirios y crisantemos. Se detuvieron unos minutos antes de bajar y los invitados fijaron su mirada en ellas. Amy respiró hondo. Hubo un barullo general y todos aplaudieron. Fueron bajando los escalones con cuidado, lo último que quería era rodar por las escaleras como un barril, lo cual era una probabilidad dado el volumen del vestido. Nicolai se acercó para tomar la mano de Amy y dirigirla al centro del salón, en donde abrirían la sala de bailes con otro vals de Mozart. De reojo, la muchacha vio a Brutt y a Josey, los encargados de realizar los actos mágicos que se atribuiría como propios, en una de las elegantes mesas, brindando con sus rebosantes copas de vino. Pasó por su mente la idea de que se pudieran emborrachar y olvidar el motivo por el cual estaban en aquella fiesta. Dora se acercó a unos conocidos de Pueblo Hermoso para ver a Nicolai y Amy bailar. Arrancó un vals vienés y padre e hija se movieron al compás de la melodía. Todos los miraban con una sonrisa en los labios.

—Te ves hermosa, hija mía —le dijo Nicolai al oído y la muchacha se ruborizó porque era el primer cumplido que escuchaba de su padre.

Amy sonrió, y apenas contestó:

—Me sentiría mejor si no tuviera que engañar a esas personas.

Nicolai veía a su hija con orgullo. Amy se esforzaba por estar a la altura de las circunstancias.

—No las estás engañando. Serás una hechicera increíble, solo que tomará un poco más de tiempo del estipulado; además, bien sabes que lo que estamos haciendo es por una buena causa.

Marcus apareció por una de las puertas del jardín, y el corazón de Amy comenzó a latir con más fuerza. Padre e hija dieron unas cuantas

vueltas, moviéndose por todo el salón, bajo la mirada complaciente de los invitados. Nicolai bailaba excelentemente y guiaba a Amy con precisión. Cuando terminó la pieza, su padre hizo una pequeña reverencia y la orquesta arrancó con un ritmo mucho más movido, y las personas que esperaban para bailar inundaron la pista agitando sus cuerpos con desenfreno. Amy pudo retirarse para ir en busca de Marcus.

La mirada apreciativa del muchacho y el brillo de sus ojos le revelaron que la encontraba atractiva, y él, por su parte, estaba muy guapo, con su camisa blanca, sus gemelos y su traje de gala.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el joven, quien venía resuelto a contarle toda la verdad y a rogarle su perdón.

—Sí, estoy bien —contestó Amy, y le pareció que la voz desmentía sus palabras— Pero estaré mejor cuando termine todo.

El joven con expresión grave le dijo:

—Debemos hablar, Amy. Es importante —y la seriedad de su mirada la asustó— pero, primero, bailemos —dijo, pensando que a lo mejor aquella era la última vez que podría tenerla entre sus brazos, y el solo pensamiento lo entristeció.

Marcus la llevó a la pista de baile. Amy sintió la calidez de su brazo en su cintura y sintió su respiración acompasada, se amoldó a su cuerpo, colocando su cabeza sobre su hombro, y allí se abandonó a la cadencia del ritmo. La canción era suave, así que sus movimientos también. Los acordes reproducían una melodía melancólica que tuvo el efecto de entristecerlos, y se miraron con una ansiedad y una angustia que ninguno supo explicar en ese momento, como si presintieran que los acontecimientos pronto los separarían.

Ni Toroh ni sus hijos se presentaron en el Coliseum, por lo que Brandy estaba sola y deambulaba por la sala con su vestido de tafetán negro, observando todo para después comentarlo con los ausentes. Por otro lado, Nicolai se desvivía en atenciones hacia sus invitados, y Dora solo tenía ojos para ver a su hija en los brazos de Marcus.

De repente, Bolmer apareció por una de las puertas y Dora se sorprendió de la desfachatez de su antiguo enamorado al presentarse en una reunión a la cual no había sido invitado. Inmediatamente, buscó a Nicolai que estaba en la mesa con los miembros del Concejo, con una copa de vino entre sus manos. Lo haló suavemente por el brazo y lo interrogó:

—¿Qué hace él aquí? Busca a los guardias para que lo desalojen.

Nicolai, por su parte, le susurró al oído:

—Tuve que invitarlo. Se hubiera visto muy extraño que no estuviera en la presentación.

Dora no daba crédito a lo que escuchaba. Nicolai lo odiaba a muerte, y aun así lo invitó a su casa.

—Nadie de las Casas Agua y Aire está presente. Tus invitados hubieran entendido que tampoco hubiera nadie de la Casa Tierra.

—Te equivocas, querida. Las Casas Agua y Aire tienen motivos, Tierra no. Algún día entenderás que las convenciones sociales están por encima de nuestras pequeñas querellas personales.

Dora estaba furiosa.

—Debiste decirme —refutó, dejándolo con la palabra en la boca.

Con Bolmer venía Atroyana, con un transparente vestido que dejaba muy poco a la imaginación. Todos voltearon a mirarla, incluyendo a Triano, quien tenía fama de monje tibetano, pero que le sobraron ojos para deleitarse en las curvas de la hechicera esa noche. Marcus, que seguía bailando con Amy, se indignó mucho al ver a su padre acompañado con la mujer que tantas tribulaciones le había procurado a su madre. Al punto, quiso reclamarle su indiscreción. Pero en ese momento, el Jefe de Ceremonias del Concejo se levantó, y en voz muy alta, dijo:

—¡Ya es hora!

Las parejas despejaron la pista y decenas de ojos se posaron en Amy. Marcus se retiró cuando Dora y Nicolai se situaron al lado de la joven. La música cesó. Desde temprano el ponche de los duendes había sido servido en abundancia en la mesa de la Junta, por lo que los miembros del Concejo se encontraban ligeramente embriagados, esbozando sonrisas estúpidas.

Triano se quedó mirando fijamente a Amy y esta se estremeció. ¿Tendría alguna sospecha? ¿O era todo producto de su imaginación? Pero el hombre solo estaba tratando de mantenerse en pie, sin desplomarse al piso.

—¿Quién presenta a esta joven? —pronunció con voz gutural y ligeramente temblorosa.

—Nosotros —contestaron Dora y Nicolai al unísono.

Brutt y Josey se colocaron a una distancia prudencial, escondidos detrás de unos biombos. Había llegado el momento. Amy dio unos pasos vacilantes hacia el centro. El silencio era abrumador. Cerró sus ojos para tener mayor concentración, y comenzó a realizar el acto ensayado días antes: hizo aparecer un ramillete de violetas de donde brotó un centenar de mariposas que volaron por todo el salón, hizo levitar una silla que surcó volando el camino desde el jardín hasta la sala, y otros dos trucos de menor importancia, los mismos que Brutt y Josey ejecutaban con la mayor perfección.

La ceremonia iba transcurriendo sin problemas, pero Amy abrió los ojos y vio a un gran número de personas de pie y se desconcentró unos segundos. Nicolai y Dora estuvieron en vilo unos momentos. Pero, la muchacha logró retomar el rumbo y todos suspiraron de alivio.

Temiendo que su padre hiciera una escena que dejara al descubierto todo el engaño, Marcus estaba alerta a sus movimientos para detenerlo, si era necesario. Cuando la joven finalizó, hubo un momento de silencio, y luego el presidente habló:

—El Concejo acepta a esta joven como integrante de la comunidad de Magia y Hechicería y pide a la Cámara de Inscripciones que se asiente en acta.

Una retahíla de aplausos se escuchó en todo el lugar y Amy supo que había pasado la prueba. Dora y Nicolai la abrazaron, muy satisfechos con el resultado. Bolmer tuvo la intención de dirigirse a Triano, pero Marcus lo interceptó tomándolo por el brazo y llevándolo hacia los jardines para convencerlo de que desistiera de su plan. Amy los miró de refilón cuando salían. La muchacha no podía esperar a compartir con él su alegría. Lo siguió, esquivando el mar de abrazos y felicitaciones de los asistentes, todos querían ser partícipes de su emoción, pero lo único que la muchacha quería era compartirla con Marcus.

Lo encontró hablando con Bolmer. Por alguna razón, el tono de la conversación y los gestos le parecieron extraños. Creyó que Marcus le estaría reclamando a su padre el haber traído a la fiesta a una mujer que no era su esposa. Pero, Amy escuchó que mencionaban su nombre, así que se ocultó detrás de una columna.

—No entiendo tu apego por la hija de Nicolai. Ya cumpliste con tu deber. Ya le sacaste toda la información que necesitábamos. Hace unas semanas decías que no estabas cómodo con tu papel. Pues, bien ¡Tu papel ya terminó y puedes volver a encargarte de la remodelación del instituto!

Marcus le dijo con desesperación:

—No lo entiendes, padre. Las cosas han cambiado…

—¿Qué es lo que hay que entender, Marcus? Pronto seré el Regente del Coliseum. Cuando desenmascare a Nicolai y a su hija, el Concejo no tendrá otra opción más que elegirme, y tú serás el nuevo Director de la Casa Tierra. Así que suéltame para terminar con esto de una vez por todas.

Un grito ahogado atrajo la atención de los dos hombres, Marcus giró la cabeza y vio a Amy junto a la columna, quien lo observaba con una mirada indefinible. Había escuchado la conversación y se había enterado de todo de la peor manera. La vio con los hombros caídos y el rostro contraído por el dolor. Marcus la alcanzó antes de que echara a correr, mientras Bolmer se escurría por una de las puertas laterales.

—Déjame explicarte, Amy. Las cosas no son como parecen.

—¿Qué hay que explicar? Dime —el muchacho no podía hablar, la dureza en su mirada lo sorprendió.

—¡VAMOS! ¡EXPLICA! —le gritó desde el fondo del corazón,

deseando que todo aquello fuera un sueño; pero viendo que no le respondía, volteó y corrió de vuelta al salón, con el rostro bañado en lágrimas.

Él la siguió y se detuvo en la puerta, Amy volteó y, por un instante, sus ojos se encontraron. Marcus no se sintió capaz de confrontarla. Se quedó parado en la entrada, sin nada que decir, abrumado por los remordimientos, viendo como Amy volvía a correr para encontrarse con Dora y Nicolai.

Los acontecimientos que ocurrieron después fueron confusos. Marcus vio una flecha, proveniente del barandal de la segunda planta, cruzando la sala con un zumbido e incrustándose en el hombro derecho de Nicolai, quien cayó inmediatamente al piso esbozando una mueca de dolor. Enseguida, su camisa se tiñó de sangre. La orquesta aun tocaba un foxtrot, por lo que había parejas bailando en la pista sin darse cuenta de lo que pasaba. Marcus vio toda la escena con terror.

Su único pensamiento era alcanzar a Amy y protegerla del ataque, pero sentía que sus piernas no le respondían. Entonces, otra flecha pasó zumbando cerca de su cabeza y se estrelló en el pecho de Dora. Vio como Amy, aterrorizada, observaba a su madre caer en un río de sangre. <Debe haberle dado a una arteria> pensó Marcus. El semblante de Amy estaba lívido, doblado del dolor. No entendía lo que sucedía a su alrededor. ¿Quién había sido capaz de aquello? Las personas corrían y gritaban tratando de escapar. Los candelabros al caer en los manteles empezaron a arder y el fuego alcanzó a las cortinas y el mobiliario. Los miembros del Concejo estaban demasiado embriagados como para sofocar el fuego haciendo uso de su magia, y el resto de los invitados solo quería abandonar el lugar del siniestro.

Nicolai estaba a unos pasos de Amy, inconsciente. La muchacha sintió como si estuviera clavada al suelo. No podía, ni quería, moverse, solo deseaba estar con su madre y abrazarla. Sintió las manos de Marcus sujetando sus muñecas, y quiso zafarse. Él decía algo, pero ella no entendía; solo entendía que su madre estaba herida. Marcus temía que la próxima flecha fuera para ella, por lo que se esforzaba por sacarla del salón, pero la muchacha se resistía. Amy cerró los ojos y sintió un dolor terrible de cabeza ¿o era del corazón? Hubiera querido gritar, pero no le salían las palabras. Se desvaneció, no sintió cuando Marcus la alzó y la sacó del salón por uno de los corredores, ni escuchó sus frases de aliento, ni cuando la entregó a Marlow al pie de la escalera. No estaba, en ese momento, consciente de su entorno.

—¡Sácala de aquí! —había dicho Marcus— Han matado a Dora y a Nicolai.

Escuchaba la voz de Marcus como si viniera de un túnel. ¡No! Marcus se equivocaba. Su madre no estaba muerta, estaba herida. Solo

tendría que sacarla del salón, Marlow la curaría y todo estaría bien, y se irían a Grasspick.

En un principio el viejo quedó paralizado, pero, rápidamente, tomó a la muchacha en brazos y se dispuso a salir por la entrada principal.

—¡NO! POR ALLÍ TODO ES UN CAOS —gritó Marcus con impotencia— Sal por la cocina y toma mi caballo, es el que tiene la estrella en el pecho. Sácala de aquí, huye y no mires atrás. Yo tengo que regresar a sacar el cuerpo de Dora y de Nicolai.

Marlow hizo lo que el muchacho le dijo, y abriéndose paso entre la multitud llegó hasta *Platino*. Como pudo montó a Amy en el caballo, la muchacha estaba en shock. Huyeron por el Bosque Garay, dejando atrás a un Coliseum en llamas.

La noche estaba oscura y sin luna. El único sonido que Amy escuchaba era el sonido de la agitada respiración del animal y el de sus patas cuando impactaba la tierra del camino. Un frío malsano le congelaba el cuerpo y el alma. No supo cuánto tiempo cabalgaron. Cuando Amy se dio cuenta, Marlow estaba detenido ante una bifurcación, pensativo, decidiendo cuál camino tomar.

—Espero estar tomando la decisión correcta —dijo para sí, y azuzó al caballo tomando el sendero de la derecha.

Cabalgaron toda la noche. En la madrugada, cuando los incipientes rayos del sol se asomaron detrás de una colina, se detuvieron en una lontananza. Marlow acomodó a Amy debajo de un árbol para que descansara unos minutos; y subió a un montículo para observar si los estaban siguiendo. Todo estaba en calma, no habían enviado a nadie tras ellos. Mientras bajaba, tomó unas nueces que metió en su bolsillo, pensando ofrecérselas a Amy cuando despertara, pero, la muchacha se negó a comer, a pesar de la fuerte insistencia de Marlow. Reanudaron el viaje cuando el sol estaba en su apogeo, y avanzaron sin que Amy emitiera una palabra. Llegaron a un punto en el que ya no podían continuar a caballo. Tendrían que ascender a pie una montaña por una vía muy intrincada.

—Amy, debemos continuar.

La muchacha estaba sentada sobre una piedra y se negaba a caminar. Su rostro estaba crispado, y todo le daba igual.

—No tengo razones para vivir. Mi madre murió, Marlow. Nicolai, también. No quiero regresar al rancho sin ella. Es demasiado doloroso. Tampoco quiero quedarme en la isla. Tengo que regresar, Marlow. Tengo que ocuparme de los funerales. Tengo que estar con ella.

—Tonterías. No puedes regresar. Te matarían a ti también. ¿Crees que eso es lo que querría Dora para ti? Estuve con ella la mitad de su vida y créeme ella no estaría de acuerdo con tu actitud derrotista ¿Esa es tu manera de honrarla? —le reprendió duramente— Estoy seguro de que Pita o Toroh te recibirían como a una hija. Yo mismo te daré

cobijo cuando encuentre casa.

La muchacha no dijo nada, se levantó y acarició a Platino, después de todo, él no tenía la culpa de la traicionera conducta de su amo. Se despidió con un beso, y el caballo se perdió de vuelta por el camino. Amy miró a Marlow y este entendió que lo seguiría. Marlow no lo demostraba, pero estaba destrozado por dentro. Amaba a Dora como a una hija. Ya tendría tiempo de llorarla cuando pusiera a Amy fuera de peligro.

El camino que tomaron era escabroso y, a medida que ascendían, se desprendían pequeñas piedras que iban a parar a las faldas de la montaña. Marlow volteaba a intervalos regulares para animarla, y encontraba a la joven con el rostro bañado en lágrimas.

—Apúrate, Amy. Debemos llegar a la cima antes de que anochezca, o estaremos en problemas.

Pero la joven no caminaba tan rápido como el viejo hubiera querido, él mismo tenía dificultad para ascender sin usar el bastón; y la noche los sorprendió cuando aún estaban a mitad de camino. Marlow comprendió que no lo lograrían. Sin abrigo, los fuertes vientos los congelarían. Debía buscar un lugar que pudiera protegerlos y encontró una grieta que se explayaba en una cueva bastante amplia, y que les serviría para resguardarse; aun con esto, dudaba de que fuera suficiente para mantenerlos caliente.

—¿No puedes hacer un fuego con tu magia? —preguntó Amy que se estaba congelando, y comenzaba a sentir los efectos de la hipotermia.

Marlow tampoco sentía sus manos y pronto no sería capaz de hacer uso de sus piernas.

—Estoy muy débil para hacer fuego, tampoco tenemos leña, aquí solo hay unas pocas rocas.

El viejo mago no tenía miedo de morir, pero Amy era muy joven y tenía la vida por delante. Era una pena que acabaran de esa forma. Se recostaron de una pared de piedra y se abrazaron para darse calor.

—Lo siento, Amy —dijo el mago, cerrando sus ojos— Hubiera querido protegerte.

—No importa, pronto estaré con mi madre —dijo la joven, comprendiendo lo grave de su situación.

Pero, entonces, escucharon un ruido en la entrada de la cueva. Parecía un gruñido. La luz de la luna apenas la iluminaba, pero fue suficiente para ver al lobo.

—¡Qué bien! No solo moriremos congelados, sino que también seremos comida para los lobos —dijo Amy, disgustada.

Marlow se preparó para defenderse con magia, esperaba ser capaz de esgrimir, aunque sea, un leve rayo para alejarlo. Pero el lobo avanzó y se colocó a los pies de Amy en actitud sumisa, sin darle

tiempo al viejo de accionar. Detrás del lobo, vinieron otros que fueron entrando y colocándose sobre ellos para darles abrigo. Ambos se miraron atónitos.

—¡No sé qué clase de magia tienes, Marlow, pero que bueno que la tienes! —dijo Amy ya entrando en calor.

—Esta no es mi magia, Amy. Es la tuya.

A la mañana siguiente, cuando se despertaron, los lobos habían desaparecido. Los incipientes rayos del sol se alzaban en el horizonte y la neblina comenzaba a disiparse. Se pusieron en marcha.

—¿A dónde vamos? —preguntó Amy con curiosidad. No porque le importara, ya que todo le daba igual; sino porque estaba cansada de caminar.

—Por ahí —fue la escueta respuesta de Marlow.

—No lo sabes, ¿verdad?

—¡Claro que lo sé!

—Entonces, ¿A dónde?

El hombre se mantuvo en silencio. Llegaron a un arroyo y Amy, que además de hambrienta, estaba sedienta, se zambulló con ropa y todo, bebió agua hasta que se cansó y chapoteó un rato. Marlow también tomó un poco de agua y le advirtió:

—No tomes mucha, si estás atiborrada no podrás caminar muy rápido, y con la ropa mojada te dará más frío.

—Marlow, ¿Quién mató a mis padres?

El viejo respiró profundamente y respondió:

—Solo puedo pensar en Bolmer. Lo conozco desde hace tiempo y sé de lo que es capaz. Te buscará porque eres el único obstáculo que se interpone en su deseo de ser el nuevo Regente.

—¿Sabes por qué se pelearon Nicolai y Bolmer?

—Fue a raíz del matrimonio de tus padres. Él nunca perdonó que su mejor amigo se casara con la mujer que amaba.

La joven pensó que el resentimiento de Bolmer databa de muchos años atrás, y ahora, finalmente, había consumado su venganza. Amy miró a Marlow sin expresión alguna. Luego de un rato:

—¿Dónde estamos?

Y como no recibiera respuesta, dijo.

—Ya sé a dónde vamos —dijo Amy con resolución.

Marlow levantó una ceja, mientras se sacudía el polvo de los zapatos, y se preparaba para reanudar el paso.

—¿Y a dónde crees que vamos, mi niña?

—Vamos con el Caballero Negro, Señor de las Sombras, ¿no?

El viejo se sorprendió ante la agudeza de la muchacha. La magia se estaba abriendo camino rápidamente.

—Así es ¿Cómo lo adivinaste?

—Solo lo sé —dijo, encogiéndose de hombros— ¿No temes que nos

devore?

—¡Claro que no!

—¿Cómo lo sabes?

—Solo lo sé.

—Pero, ¿Cómo?

—¡Basta, Amy! Me estás atormentando. El tal Caballero Negro no existe, es solo un cuento que inventó alguien para que nadie viniera a esta parte de la isla.

—Pero, ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque el Caballero Negro es mi hermano —confesó Marlow, finalmente, exasperado.

—¡Vaya!

Y luego de un rato:

—¿Y desde cuando no lo ves?

—Desde hace mucho.

—¿Qué tanto?

—Desde hace mucho, mucho, mucho tiempo.

—¿Y cómo sabes que nos recibirá?

—Simplemente, no lo sé. Tuvimos una pelea hace cinco años y dejamos de dirigirnos la palabra. Pero, en esta hora aciaga, no dudo en que nos tenderá una mano. Te advierto que mi hermano es un poco gruñón. No le gustan las visitas ni las preguntas impertinentes, como las que me haces tú a cada momento; así que te aconsejo que mantengas la boca cerrada cuando estés en su presencia.

—¿Y por qué peleaste con tu hermano?

—Eso, señorita, es algo que no pienso discutir contigo —contestó malhumorado.

Después de haber caminado toda la mañana, llegaron a la cima, desde donde se divisaba el océano, la costa y el acantilado. El viento era muy fuerte y pasaba susurrando entre los árboles, con las nubes pasando velozmente sobre sus cabezas.

—¿Ves allá abajo? —dijo señalando a una cabaña de madera que apenas se veía por estar rodeada de pinos, en cuyo frente humeaba una gran hoguera.

—Ese es nuestro destino —agregó el mago.

Amy dio una mirada al camino y vio que se trataba de una cuesta muy empinada.

—¿Tenemos que bajar la montaña hasta allá? ¿No hay otro camino?

—No. Este es el único. Será mejor que empecemos a caminar, si no queremos pasar otra noche en la montaña.

Les tomó más de cuatro horas completar el recorrido hasta abajo, y la cabaña y la hoguera estaban ya a unos cuantos pasos de distancia. Cuando se acercaban vieron a un hombre alto, robusto, enfundado en

pieles, muy parecido a Marlow, atizando unos leños mientras las llamas flameaban con ferocidad. El hombre no se veía muy a gusto con la presencia de los extraños. Sacó una gran varita que estaba oculta detrás de un tronco hueco, y los apuntó:

—Alto allí —advirtió.

Marlow alzó las manos, al tiempo que decía.

—No nos apuntes, Gaspar. Soy yo, Marlow.

El hombre afinó la mirada.

—Alto. No dije que podías avanzar —gritó.

Marlow y Amy se detuvieron.

—Vamos, Gaspar. Somos hermanos. Tenemos años sin vernos, ¿y así es cómo me recibes? Estoy en problemas y necesito tu ayuda.

El viejo hizo unas extrañas muecas con la boca, bajó la varita y dejó que se acercaran. La larga cabalgata había cansado a la muchacha, y al sentir un agradable olor a salchichas se dio cuenta de que no había comido nada en todo el día. En ese momento, la puerta de la cabaña se abrió y salió una hermosa niña, con cabellera dorada, que traía unos platos en la mano. Era Brenia y, detrás de ella, apareció un muchacho con unos pocillos de peltre astillados.

—¡Así que usted es el secuestrador! —asumió Amy, erróneamente, corriendo a abrazar a la joven.

—¡Claro que no! —se defendió Gaspar, malhumorado, atizando más el fuego.

Brenia aclaró:

—No, Amy, no. Estás equivocada. No fue él. Me raptaron los hombres de Bolmer.

Amy no conocía al muchacho y Brenia lo presentó como Victorio, Director de la Casa Fuego y le contó que Atroyana y Bolmer confabularon para quitarlos del medio.

—Estás un poco lejos de tu Casa, muchacho —dijo Marlow.

—Parece que todos tenemos una deuda que cobrarle a Bolmer —indicó Amy con enojo. El dolor estaba dando paso a otro sentimiento: un odio feroz que comenzaba a engendrarse en sus entrañas. Ni una sola vez pensó en Marcus, la única idea que colmaba su mente era la forma de vengar la muerte de su madre.

Gaspar sacó las salchichas y las puso en un plato. Les sirvió tres a cada uno y puso más a calentar por si quedaban con hambre. Marlow se sentó sobre un tronco que estaba muy cerca de la hoguera, y colocó sus manos a una distancia prudencial del fuego para calentarlas. Gaspar le dio un tazo con una bebida humeante que se apresuró a degustar, y que calentó su cuerpo.

—¿Desde cuando tienes a estos niños? —preguntó sabiendo que Gaspar era un ermitaño y que no le agradaba que perturbaran sus espacios.

—Llegaron ayer. Los trajo un conocido mío que me suministra víveres cuando voy a Pueblo Hermoso. Me explicó la situación y acepté quedármelos hasta que encontrara una solución. Estábamos discutiendo la manera de reunir a Brenia con su padre.

Marlow arrugó el ceño.

—Si como pienso, Bolmer es el autor de todo esto, sus hombres buscarán a Brenia por toda la isla, y no dudarán en matarla. La isla está convulsionada por los últimos acontecimientos. Nicolai y Dora fueron asesinados; y no dudo de que en cualquier momento el Concejo nombre a Bolmer como nuevo Regente. Créeme, hay una sentencia de muerte sobre las cabezas de estos niños. ¿Todavía tienes al viejo Grummy? Podríamos enviar una nota a Pita informando que su hija se encuentra bien.

—Sí, pero ese viejo gnomo no se montará en un bote ni por todo el oro del mundo.

Marlow estuvo pensativo unos instantes.

—Entonces, no me queda otro remedio que regresar y hablar con él personalmente. No puedo llevarme a Brenia. Es muy peligroso, pero puedo arreglar que un bote recoja a los muchachos en el acantilado, así podremos sacarlos de la isla. Tengo gente que puede recibirlos en tierra firme.

—Es una buena idea, el único problema que avizoro es que, para llegar hasta acá, el barco tendría que pasar frente al muelle de Bolmer que está custodiado por una garita de centinelas. Pero todos son unos borrachos empedernidos, así que podríamos enviarles una caja de buen whisky para mantenerlos embriagados mientras el barco pasa.

Luego agregó:

—¿Le dirás a Pita que lo hizo Bolmer?

—Él querrá saber. Lo haré cuando lo crea conveniente. Primero tengo que saber qué está pasando. Por lo pronto, los muchachos deben quedarse aquí. Tengo que armar un plan para sacarlos de la isla. A mi regreso, veremos qué hacer. Agradezco tu ayuda, hermano. Son solo niños luchando en un mundo de adultos.

Soplaba un viento helado y Gaspar entró a la cabaña a buscar más pieles. Tenía una buena cantidad, así que salió cargando algunas y las repartió.

—Pueden quedarse, pero no tengo las comodidades para atenderlos. En la casa está la madre de Victorio, aún sin recuperar el sentido. Tendrán que dormir en el piso, las pieles los mantendrán calientes. Es todo lo que puedo ofrecerles.

Amy caminó hasta una pendiente y entendió por qué el lugar se llamaba el Acantilado del Fin del Mundo. Estuvo largo rato admirando el horizonte que en franjas rosadas y ocres parecían fundirse con el azul del mar. Marlow se acercó:

—Imagino que nuestros antepasados se acercaron hasta acá y pensaron que hasta aquí llegaba la tierra; y que más allá, en ese vasto espacio que ahora vemos, solo podrían vivir los dioses.

Oyeron a Gaspar gritar con la voz amortizada por el viento:

—No se alejen mucho; al anochecer la neblina es más espesa y no podrán mirar ni siquiera lo que tienen al frente de sus narices.

Apenas anocheció se fueron a dormir. El frío era insoportable, pero Amy estaba inmóvil, no tenía sueño. El recuerdo de su madre parecía más vivo que nunca en su cabeza, dos lágrimas cruzaron su rostro. Se dio vuelta y trató de cerrar los ojos. Pensó en Marcus y se dijo que sería la última vez que pensaría en él. La había traicionado, todo había sido una treta, un engaño, una mentira para beneficiar a su padre. Tendría que arrancárselo del corazón, pero mientras más lo intentaba, se dio cuenta de que no era capaz de odiarlo con todas las ganas que quería.

Vio a Brenia que dormía profundamente. Ella también había perdido a su madre y se preguntó qué había hecho para superarlo. Sintió un vacío hiriente en su pecho, un vacío que nunca sería colmado, porque Dora ya no estaba. Más allá estaba Victorio envuelto en una manta, Marlow y Gaspar dormían en unas sillas, con el sueño agitado; sus inhalaciones culminaban con un fuerte ronquido, y Amy se entretuvo viendo el suave movimiento de sus abdómenes subir y bajar con un ritmo acompasado.

Entonces, vio como de la ventana saltaba un gnomo, del mismo tamaño de Po, pero más viejo, con la cara más arrugada que hubiera visto, coronado con un sombrero rojo. Caminó hasta la cocina y comenzó a revolver los sartenes. En uno encontró una jugosa salchicha de ajo que había sobrado de la cena, y se sentó en el suelo para comérsela. Amy, quien se había levantado sin hacer ruido, se acercó por detrás con un zapato, con la intención de golpear al merodeador. Pero, el gnomo la pilló antes de que lo hiciera y, gritando, corrió brincando por encima de la mesa, las pieles, y las sillas. El alboroto despertó a todos.

—No, Amy. Es Grummy —gritó Gaspar, y el gnomo corrió a esconderse entre sus piernas. La muchacha bajó el zapato.

—¿Cómo has estado viejo amigo? —preguntó Marlow y el hombrecito saltó para abrazarlo, y le habló en un lenguaje extraño. Gaspar traducía.

—Dice que debo escoger mejor a quienes les doy asilo.

Luego, agregó:

—Trae noticias. Dice que Bolmer está encargado del Coliseum. Solo esperan el pronunciamiento del Concejo para que el nombramiento sea oficial. Nicolai está vivo, pero está herido y lo enviaran a las mazmorras. Será juzgado por la muerte de Dora.

—¡No puede ser! —dijo Amy, con rabia— Mi padre jamás dañaría a mi madre. La amaba. Es todo una calumnia y una trampa de Bolmer.

—Grummy dice que Victorio murió y Bolmer nombró a Atroyana como nueva Directora de la Casa Fuego.

—Pero yo no estoy muerto —dijo Victorio.

—Fue todo parte de un mismo plan —indicó Marlow.

El hombrecito continuó hablando.

—Grummy dice que hoy serán los funerales de Dora y Victorio; se harán con honores y decretaron siete días de duelo en la isla. Los Brutt fueron desterrados de la isla y enfrentarán un proceso por tratar de engañar al Concejo.

Amy sintió una punzada en el corazón, mezcla de rabia y tristeza por no poder estar presente para despedir a su madre.

—Tengo que volver —dijo Amy con severidad— Sacaré a mi padre de la cárcel y acabaré con Bolmer.

—¿Y cómo piensas hacer eso, muchacha insensata? —dijo Marlow — Te quedarás aquí y aprenderás a defenderte con magia. Después, hablaremos de rescatar a tu padre. En estos momentos, Bolmer está embriagado de poder. Estará demasiado ocupado haciendo cambios, creando leyes nuevas y realizando fiestas para vanagloriarse de su buena fortuna.

—Ustedes tres —dijo Gaspar con voz firme, señalando a los muchachos— se entrenarán conmigo. Victorio, Amy, sus contrincantes son muy poderosos y ustedes deberán estar a la altura de las circunstancias. Comenzaremos mañana, a las cinco.

—¿Tan tarde? —refutó Victorio, entendiendo que no tendrían mucho tiempo para entrenar con la luz del sol.

—¡De la mañana!

—¿Tan temprano? —se asombró Brenia— Afuera estará helado.

—¡Mejor! ¡El frío los mantendrá despiertos! Tienen que disciplinarse, han vivido una vida demasiado sosegada y tranquila. Sus potencialidades están dormidas. ¡Despiértenlas! Deben entender que sus vidas cambiaron. Sé cómo se sienten, abatidos y derrotados, como si el destino se complaciera en verlos de rodilla. Pero se levantarán y volverán al ruedo. Aprovechen lo que queda del día para llorar y sentir pena de sí mismos, a partir de mañana el entrenamiento será severo y no tendrán tiempo para niñerías.

Los muchachos se miraron entres sí, desconcertados. Luego de un rato Amy se dirigió a Gaspar:

—¿Le puedes preguntar a Grummy por Brandy?

El viejo interrogó al gnomo y, luego, le respondió:

—Mabel y su hija están en la Casa Aire.

Amy dio un suspiro de alivio, y Grummy corrió hacia el bosque, dando saltos con dos salchichas en las manos. La muchacha se sintió

triste, ciertamente su vida había cambiado. Caminó hacia la orilla del Acantilado y se sentó a ver el mar. Soplaba el viento y el sol comenzaba a asomarse en el horizonte. Lloró con sentimiento. La traición de Marcus y la muerte de Dora eran una carga demasiada grande para su corazón. Marlow quiso ir a consolarla, pero Gaspar lo detuvo.

—Déjala drenar su pena. Eso es algo que debe hacer sola.

—¿Se recuperará?

—¡Oh, sí! Se recuperará, no sé si para la justicia o para la venganza, pero lo hará.

Marlow partió al mediodía y Gaspar quedó con la tarea de convertir a tres novatos en tres expertos en magia.

Al siguiente día, a las cinco de la mañana, como señaló Gaspar, los levantó para comenzar su entrenamiento. Y como Victorio no sentía deseos de levantarse, y continuaba en la cama arremolinado en un amasijo de pieles, Gaspar tomó un tobo de agua y se lo lanzó. Al instante, se levantó Victorio bramando y gritando como loco. Al salir, los mandó a correr, con un saco de arena en la cabeza, alrededor de la casa. El viejo no tuvo compasión

—¡Vamos! ¡Más rápido! —gritaba.

Los muchachos apenas si podían moverse con el peso.

—No entiendo el objeto de este ejercicio —decía Amy, cayendo y pegando su quijada en la tierra.

—¡Levántate! El que se caiga dará dos vueltas más.

—No es justo —gritó Brenia.

—La vida no es justa. ¡Vamos!

Los muchachos continuaron hasta que ya no pudieron más y, dejando sus sacos de lado, se acostaron en la grama, jadeando.

—¡Lo hicieron bien! —dijo chequeando el cronómetro— Quince vueltas, nada mal. Marlow y yo solo dimos tres en el primer día de nuestro entrenamiento.

—¿Qué? —gritaron los tres al unísono, porque no tuvieron fuerzas para decir nada más. Al rato, más recuperados.

—Como magos, ¿Tendremos que cargar sacos de arena? —preguntó Victorio, horrorizado por la idea.

—No —contestó Gaspar, quien se había sentado a pocos metros de ellos, afilando una estaca de madera con un cuchillo— pero necesitarán tener fuerzas en los brazos. Las mejores varitas, las de Birmania, son más pesadas que las ordinarias. Se requiere tener músculos para manejarlas. Me lo agradecerán cuando los esté persiguiendo un orco o un dragón y tengan que defenderse.

—Nunca he visto un dragón —dijo Victorio— Siempre le pedí uno a mi padre. Al ser de la Casa Fuego, consideraba embarazoso que no tuviéramos uno.

—No se dan en la isla. Aquí solo llegan los huevos; y con albahaca y sal son muy sabrosos —dijo, riendo a carcajadas.

Brenia, viendo como reía, se atrevió a preguntar algo que hacía días rondaba por su cabeza.

—Eres gruñón, pero agradable. ¿Por qué escogiste llamarte "el Caballero Negro"? Es un ápodo que no te queda.

—Porque se hubiera escogido "el Caballero Rosa" hubiera inspirado muy poco respeto —dijo jocosamente.

Entonces, una ardilla bajó de un árbol ladeando su larga cola. Sostenía una nuez con sus patas delanteras. Dio pasos trémulos hasta acercarse a Amy y le soltó la nuez para correr a esconderse en un árbol. Todos rieron. Entonces, Gaspar, abrió muchos sus ojos y dijo, con emoción:

—Ya sé porque no eres hábil con la magia de los elementos. Tu don es con los animales. Ninguna ardilla suelta tan fácilmente su nuez. Debes ser muy especial. Enfocaré tu entrenamiento en tu don.

Al siguiente día llegó Marlow con noticias. No encontró a Pita en la isla, porque había zarpado para llevar a Brocania a Valparaíso. No obstante, habló con Primio y le aseguró que Brenia estaba bien, y que volvería en unos días para afinar un plan con Pita. El nombramiento de Bolmer ya era oficial y Marcus fue nombrado Director de la Casa Tierra. En cada pueblo había *Ojos* de Bolmer y sus habitantes vivían en un estado de terror.

Durante los seis meses siguientes, Gaspar y Marlow llevaron a los jóvenes al máximo de sus fuerzas, aprendieron a usar los elementos y sus sortilegios; y Amy manejaba a los animales a su antojo. Sus hechizos mejoraban día a día; y aunque Gaspar se negaba a admitirlo, lo superaba en muchos aspectos.

Una mañana los muchachos fueron testigos de un hecho que muy pocas veces verían; algo que contemplarían boquiabiertos. Se encontraba Amy realizando un acto de levitación, la roca era grande y pesada y tenía que hacer un gran esfuerzo para levantarla, cuando de la bahía llegó un águila, que se posó en su brazo, sin lastimarla. Detrás de ella, llegaron cinco más. Gaspar se quedó mirando fijamente a Marlow.

—¿Piensas lo mismo que yo?

—Puede ser… No sé si está lista. Es prematuro.

Pronto, el lugar estuvo lleno de águilas revoloteando por todos lados.

—Intentémoslo —dijo Gaspar.

—¿Estás seguro?

—No, pero si no lo intentamos, no sabremos si en realidad puede.

Marlow llamó a Amy:

—Gaspar y yo queremos intentar un experimento.

—¿De qué clase?

—Mágico ¿Dé qué más podría ser? Creemos que estás lista para convertirte.

—¿Convertirme en qué?

—En cualquier animal que te apetezca.

Brenia y Victorio nunca habían visto a alguien haciendo una conversión. No deja de ser notable que Amy no cuestionara su viabilidad, a estas alturas sabía que con la magia cualquier cosa era posible. Recordó a la hechicera que se convirtió en cuervo cuando Po la acorraló en la sala de su casa.

—¿Crees que puedo?

—Esa no es la pregunta correcta. ¿Crees tú que puedes hacerlo? La imaginación, Amy, es la clave. Imaginación es sinónimo de magia. Es la llave para todo logro. No pienses que puedes convertirte en ave. Sé el ave.

El corazón de Amy latía con fuerza. Valía la pena intentarlo. Había aprendido mucho durante esos seis meses con Gaspar y Marlow. Sus habilidades mágicas eran impresionantes y sus avances eran notorios, llegando casi al nivel de los magos.

—Está bien. Hagámoslo.

Gaspar se acercó a ella y le dijo:

—Cierra tus ojos y piensa en lo que te he dicho. Sé un ave. Actúa como un ave, vuela como una de ellas. Mira lo que ellas miran, toma lo que ellas toman, haz lo que ellas hacen. Siente tus plumas, siente tus garras. Vive el estado de ser águila —Gaspar continuó hablando sobre todo lo que significaba ser un ave de esa naturaleza.

Amy cerró los ojos y, con su imaginación, se hizo águila. Sintió la fuerza de sus encorvadas garras, el garbo estilizado de su cuello, la agudeza visual y el aleteo cosquilloso de sus alas. No supo cuánto tiempo estuvo en ese estado. Se disoció por completo de lo que la rodeaba, y se transportó, con su mente, al santuario de las águilas de la Casa Aire. Rememoró la imagen de las aves con sus crías en los grandes árboles y el olor dulzón de la fruta desparramada por el suelo, el ambiente húmedo y el desgarrador frío. Después recordó a las águilas que se agolparon en la playa el primer día de su entrenamiento, el día en que conoció a Marcus. Entonces, sintió un fuerte estremecimiento, un crujir de huesos y la sensación de ser una masa amorfa en un universo cambiante. De repente, escuchó las expresiones de asombro de los magos y los muchachos, y entendió que lo había logrado. Cuando abrió los ojos su cuerpo había desaparecido. ¡Era un águila! Tan grande y ágil como las que estaban a su lado, alzando vuelo, y sin pensarlo, alzó vuelo ella también. Voló muy alto, debajo veía las cabecitas blancas de Marlow, Gaspar, y a su lado, a Brenia y Victorio, quienes gritaban alborozados ante la súbita

transformación. Como águila planeó y les pasó por encima, volviendo a remontar el vuelo, yendo hacia la bahía. Por las mejillas de Marlow rodaron dos lágrimas, pensando en lo orgullosa que estaría Dora si pudiera ver a su hija en ese momento.

—HEY, NIÑA, NO ABUSES —gritó Gaspar, viendo que Amy hacía piruetas temerarias en el aire.

—¡REGRESA! —gritó Marlow.

Amy dio tres vueltas más, y se posó al lado de Marlow.

—¿Volverá a ser Amy otra vez? —preguntó Brenia, mientras miraba fijamente al ave, asustada.

—Solo cuando lo desee con fuerza —y habiendo dicho esto, Amy se convirtió de nuevo en la muchacha que siempre había sido.

Llegó con las mejillas sonrosadas y las palabras atropellándose en su boca.

—¡Es increíble! ¡Jamás lo hubiera imaginado! ¡Puedo volar! No hay palabras que puedan explicar la sensación de sentirse libre y sin ataduras. Marlow, desde las alturas el mundo es diferente, tienes otra perspectiva de las cosas y te das cuenta de tu propia insignificancia.

—Cálmate, Amy. Las conversiones no se pueden hacer por mucho tiempo. Es un estado antinatural, por lo que pronto empezarás a sentir sus efectos.

—No siento nada —dijo, eufórica, pero pronto entendió de lo que hablaba Marlow, cuando un fuerte dolor de cabeza y huesos hicieron que se esfumara toda la alegría que había sentido minutos antes.

Al día siguiente, tuvieron una buena noticia. La madre de Victorio, finalmente, abrió los ojos, luego de que Gaspar escudriñara su libro de magia buscando el alivio para su mal. Intentó decenas de hechizos, hasta que dio con el que la curó. Y aunque la esperaba un largo período de recuperación, el mago tuvo la corazonada de que lo haría por completo. Victorio, al fin, pudo hablar con su madre y no cabía en sí de la emoción.

—Nunca me alcanzará el tiempo para agradecerte lo que has hecho por nosotros —le dijo a Gaspar.

Gaspar se estaba acostumbrando a tener a los muchachos en su casa. En las mañanas desayunaban avena con leche, almorzaban tarde, después de las sesiones, y generalmente era alguna carne con verduras, y la cena era una especie de pan amargo, con mantequilla y leche que proveía Azucena, la vaca del viejo mago. Lamentaría el día en que tuvieran que marcharse, la presencia de los jóvenes le había traído una felicidad que no había sentido en mucho tiempo.

Amy, por su parte, no esperaba sino el momento para regresar, liberar a su padre y vengar la muerte de su madre.

21

El Regreso de Amy

Amy, Brenia y Victorio esperaban agazapados en medio de un bosque poblado de cocoteros y palmeras, con la mirada fija hacia la bahía. La oscuridad era total y lo poco que veían era gracias al claror de la luna en el poniente. Marlow los había dejado allí, mientras descendía hasta la orilla de la playa, esperando ver a uno de los botes de Pita. Pero no se veía nada, y ahora caminaba por la arena atisbando por entre las tinieblas hacia el mar. El plan era sencillo, aunque no exento de riesgos. El barco pasaría una de las tantas alcabalas costeras que Bolmer instaló en diferentes puntos estratégicos, simularía que navegaba hacia aguas profundas y, luego, retornaría para llegar por el oeste de la isla, sin ser vistos. Pero, no había forma de llegar hasta ese lado de la isla, sin pasar frente al muelle de Bolmer, por lo que Pita se enfrentaría a dos riesgos potenciales: primero, tendría que sortear el fuerte oleaje del acantilado, complicado con la presencia de arrecifes, en completa oscuridad para no delatar su presencia, y segundo, debía hacerlo sin que ninguno de los guardias que custodiaban el recién construido muelle los viera.

Todos contenían la respiración, de llegar la claridad, habría que abortar el plan, ya que no había forma de realizarlo a plena luz del día. Entonces, apareció un pequeño bote que se abría paso en dirección a la playa. Marlow esperó, podrían ser guardias costeros en rondas nocturnas, era poco probable, pero no imposible; y no daría la señal a los muchachos hasta estar completamente seguro. Cuando el bote llegó a la orilla, Marlow reconoció la inconfundible figura de barril de Pita. Ambos hombres se abrazaron con emoción, entonces, Marlow dio la señal y los muchachos salieron de su escondite y, corriendo, llegaron a la bahía. La primera en llegar fue Brenia, quien con lágrimas en los ojos se arrojó a los brazos de su padre. Habían pasado seis largos meses sin verse. Pita no dejaba de mirarla y abrazarla al mismo tiempo, agradecido de que estuviera bien. Después, saludó a Amy y a Victorio.

—Es hora marcharnos. Pronto amanecerá.

Marlow asintió, y acomodando a los muchachos en el bote, partieron. Al llegar al barco, abordaron subiendo por una escalerilla a

la proa, dos marineros alzaron el bote y lo colocaron en su compartimiento. Se sintieron aliviados.

—Aún no estamos a salvo —dijo Pita— Todavía falta pasar frente al muelle de Bolmer. Está amaneciendo muy rápido, y es probable que cuando pasemos el sol haya salido por completo. No es fácil ocultar un barco de estas dimensiones.

Marlow arrugó el ceño.

—¿Y no pudiste traer uno más pequeño?

—Es más peligroso. La guardia los revisa con mayor minuciosidad. Es más probable que nos detengan si vamos en una embarcación pequeña que en una grande.

Y echando una mirada a la costa.

—Prepárense, en veinte minutos aproximadamente, estaremos frente a ellos —Pita contuvo la respiración y abrazó a Brenia.

Amy miró hacia el puerto, las modernas lanchas a motor, la garita de vigilancia y la amplia estructura en madera a donde llegaban los barcos, lucían nuevas, y resaltaban en la intrincada selva verde que los rodeaba. Uno de los guardias uniformados, que conversaba con otros dos que estaban sentados bajo la sombra de un toldo tomando algo que parecía licor, volteó, alzó los binoculares y los atisbó. Enseguida, se levantó y se perdió detrás de la garita. Al cabo de cinco minutos, tres hombres enfundados con armas, aparecieron corriendo y abordaron una de las lanchas, cuyo motor ronroneaba al encenderse. Se dirigían al barco.

—¡Nos vieron! —dijo Pita, y actuando rápidamente, abrió uno de los compartimientos de pescado— ¡Entren, escóndanse y aguanten!

—Amy puede convertirse —arguyó Marlow.

—No es necesario. Me desharé de ellos pronto.

El olor en el compartimiento era insoportable, aun así no tuvieron otro remedio que entrar, agacharse y soportarlo. Era suficientemente amplio para los cuatro. Escucharon el motor de la lancha detenerse, luego pisadas cuando los abordaron y la voz de un guardia que decía:

—Estas no son rutas comerciales para navegar —habló mientras lanzaba miradas furtivas al barco.

Pita trató de asumir un tono de voz calmado y una actitud despreocupada.

—Lo sé. Tenemos un desperfecto en el cuarto de máquinas y el timón no está funcionando bien. Por eso, estamos regresando y es posible que nos hayamos desviado de nuestra ruta de navegación.

—¿Puedo ver su manifiesto de embarque?

Pita se dirigió a la cabina de mando, registró en un escritorio y le mostró los papeles al guardia. Este los revisó minuciosamente.

—Así que transporta pescado.

—Sí, señor. Transporto arenques.

—¿A dónde los lleva?

—A Valparaíso, para el mercado.

—¿Puedo ver su mercancía?

El corazón de Amy dio un vuelco. ¡Los iban a descubrir! Marlow mantuvo la calma y les hizo una señal para que permanecieran callados. Oyeron como Pita abría el compartimiento contiguo y oyeron el sonido del hielo cayendo al suelo.

Luego de un rato:

—Todo parece en orden. Los escoltaremos para que no tengan problema —dijo amablemente el guardia.

—No hace falta. Estamos cerca…

—Igual los escoltaremos —repitió el oficial con un tono tajante, solo por el capricho de ejercer su autoridad.

Y haciendo caso omiso de lo que decía Pita, los hombres volvieron a su lancha y los seguían a corta distancia. Este abrió un poco la puerta del compartimiento en donde escondía a los fugitivos, susurrándoles:

—Respiren un poco de aire mientras puedan, tenemos a la guardia pisándonos los talones, no vayan a salir hasta que les avise.

Cuando llegaron a la Ciudad Flotante, la lancha de los guardias dio la vuelta y se perdió de vista. Entonces, Pita abrió la puerta por completo y ayudó a salir a Marlow y a los muchachos. Estos tosían y trataban de respirar el aire en grandes bocanadas. Encima, sus ropas estaban impregnadas de sangre de pescado y apestaban.

—Creo que voy a vomitar —dijo Victorio, a horcajadas, al tiempo que se tocaba la garganta.

—¡Aquí no, muchacho! ¡Respira! —gritó Pita— y si aún quieres vomitar, hazlo por la borda.

—¿Cómo se te ocurrió la idea de transportar arenques? —preguntó Marlow, con algo de color en sus mejillas.

—Pensé que debía tener una excusa creíble en caso de que nos detuvieran en alguna alcabala.

—¿Y no se te ocurrió transportar frutas o flores?

Todos rieron.

—¡Vamos! Creo que todos necesitan un baño —dijo Pita.

Dejaron el barco bajo el calcinante sol de mediodía, y ya en la residencia oficial, los fugitivos tuvieron tiempo de asearse y cambiarse de ropa. Extrañarían las pieles y los improvisados atuendos que Gaspar confeccionó con sus floreadas cortinas para ellos, porque cuando llegaron los chicos solo tenían lo que llevaban puesto. Brenia pasaría la noche en el complejo, porque al siguiente día se reuniría con su hermana en Valparaíso. Mientras Bolmer estuviera de Regente, Pita tendría a sus hijas fuera de su alcance.

Cuando Amy abrió los ojos, luego de una noche de relajante

descanso, se encontró en una habitación impregnada de la calidez del aire marino que se colaba por la ventana y los sonidos propios del muelle, con su estridente ruido producido por el movimiento de los contenedores al embarcarse, o desembarcarse, y los potentes gritos de los marineros y los trabajadores que iniciaban sus labores en el puerto. Recordó que esa mañana se reunirían en el templo de Damaris con Toroh, para juntos idear un plan para recobrar el manejo de la isla y el Coliseum.

Amy vio, por primera vez, las paredes de cristal y la fauna marina que hacía vida bajo las aguas del océano. La claridad de las aguas descubría ante sus incrédulos ojos la osamenta de arrecifes que poblaban el fondo arenoso con su multiplicidad de habitantes, de todo género y tamaño, deslizándose por aquel mundo azul que la mano del hombre aún no había tocado. Peces fluorescentes, anemonas, brillantes cardumes, delfines y tortugas marinas revoloteaban alrededor del templo, mostrando sus increíbles fisonomías. Aquella cámara era una obra maestra de ingeniería y se sentía como si uno estuviera sumergido en un acuario. El altar estaba al fondo, fabricado enteramente de cristal. Los asientos y las mesas eran de un fino plástico transparente, así que todo daba la impresión de estar suspendido en el aire.

—¿Y Brenia? —preguntó Amy al llegar. En la sala ya estaban Pita, Marlow y Victorio. Una pareja de inquietos delfines se acercó lo suficiente para saludarla, y la muchacha se tomó un momento para arrimarse a la pared e interactuar a través del cristal y por medio de señas con los animales.

Al verla, Pita contestó:

—Ya veo que tienes una relación muy especial con ellos. Es digna de estudio.

Luego, cambiando el tema;

—A Brenia la saqué anoche de la isla. La envié con Brocania a Valparaíso. No quiero que esté aquí cuando enfrentemos a Bolmer. Quiso despedirse de ustedes, pero cuando fuimos a sus habitaciones, dormían tan profundamente que nos dio pena despertarlos. Ayer comenté con Marlow que tú y Victorio deberían dejar también la isla.

Marlow asintió desde su trono de plástico.

—No —aseveró Amy, con contundencia— De aquí no me muevo. Sacaré a mi padre del calabozo y asumiré la Regencia del Coliseum, y Bolmer tendrá que pagar con cárcel la muerte de mi madre.

—Yo tampoco me iré —dijo Victorio— Recuperaré mi Casa y traeré a mi madre de vuelta.

—Me lo imaginé —dijo Pita— Dos chicos tercos, hijos de padres tercos. Nunca conocí a nadie tan fuerte como tu madre Amy, era capaz de mover montañas con tal de salirse con la suya; y tu padre —dijo

dirigiéndose a Victorio— no se quedaba atrás, nadie le llevaba la contraria, así no tuviera la razón.

Ambos sonrieron.

—Sé que Gaspar los entrenó bien, aun así no se confíen. Bolmer es poderoso y Atroyana trabaja con magia negra, así que deberán estar muy alertas.

—Entonces, ¿Cuál es el plan? —preguntó Marlow.

—Toroh debe llegar en cualquier momento. Esperemos a ver qué tiene que decir.

Media hora más tarde llegó. Dijo que había tardado porque tuvo que tomar un desvío para evitar una alcabala. Todos se abrazaron y comenzaron a analizar la situación.

Pita era de la opinión de que debían tomar el Coliseum, apresar a Bolmer, y, posteriormente, liberar a Nicolai. Después podrían ir a la Casa Fuego por Atroyana. Toroh pensaba que era mejor formar dos comandos y atacar a las dos Casas simultáneamente.

Amy intervino:

—Mi prioridad es liberar a Nicolai. Yo puedo encargarme de eso.

Marlow se alarmó:

—No puedes ir sola.

Pero la muchacha insistió, entonces el viejo mago agregó:

—Puedo conseguirte apoyo con algunos hombres de Nicolai que aún son leales a él.

Todos los detalles del plan se acordaron aquel día, sin dejar cabos sueltos. Se enviaría un emisario al Concejo de Magia y Hechicería explicando la situación y las acciones que tomarían para recobrar el control del Coliseum y la Casa Fuego. La operación se llevaría a cabo cuando recibieran la ratificación de los cargos de Amy y Victorio, por escrito del Concejo. Contaban con que Triano, a pesar de la simpatía que sentía por Bolmer, hiciera lo correcto y actuara en consecuencia, ratificando así los valores que le hicieron merecedor de la presidencia, que eran su sentido de la justicia y la transparencia en sus juicios.

Esa noche Amy durmió en la Ciudad Flotante, pero sus pensamientos estaban en el Coliseum, con su padre. ¿Estaría bien? Seis meses en una cárcel podrían cambiar a una persona y minar su fortaleza. Esperaba que estuviera sano y que pudiera seguir gobernando sin problemas. Aun en contra de su voluntad, pensó en Marcus. ¿Qué estaría haciendo? ¿Alguna vez pensaría en ella? ¿Qué diría cuando atraparan a Bolmer?

Marcus, por otro lado, se había entregado en cuerpo y alma a la recuperación de la Casa Tierra, de esta forma, no le quedaba mucho tiempo para pensar en Amy. Ralf seguía trabajando en la remodelación del templo y veía con pena cómo su amigo se consumía en su propia conmiseración y miseria. Las mazmorras se habían

vaciado y la situación financiera daba visos de mejoras, por los aportes de Bolmer como Regente y a la adecuada administración de los recursos que obtenían de las minas. Se había visto con Marlow un par de veces, pero no había querido decirle en dónde se encontraba la muchacha, contentándose con repetirle que no quería verlo. Al final, Marcus supuso que había regresado a su granja en Grasspick.

Pero en las noches, en la soledad de su habitación, cuando los ajetreos cotidianos amainaban, los recuerdos atormentaban al joven mago, quien no hacía más que pensar en Amy. Se preguntaba si alguna vez lo perdonaría, mientras el insomnio lo mantenía desvelado la mayor parte del tiempo. Y las pocas veces que dormía, lo hacía siempre en un estado de angustia y arrepentimiento.

22

El Rescate de Nicolai

Amy entró por el viejo pasadizo que solía usar cuando escapaba con Brandy al Bosque Garay y que desembocaba en la guarida de la bruja. El lugar estaba oscuro y tardó un rato en adaptar su vista al entorno, hasta que, poco a poco, distinguió las siluetas grises de los objetos que la rodeaban, tan familiares para ella. Entonces, reanudó su marcha, buscando salir al corredor. De pronto, un ruido a sus espaldas la detuvo. Vio a una rata corriendo por una tubería que se escabullía por un agujero en la pared. Entre penumbras, distinguió la puerta labrada y se apresuró a abrirla. Un suave chillido delató su presencia, pero no había nadie en el pasillo que lo escuchara. Estaba desolado. El corredor lucía aún más siniestro que como lo recordaba, como un gigantesco túnel plagado de figuras atemorizantes que se alzaban a todo lo largo, con sus amenazantes y tenebrosas sombras, propias de los seres de la noche. Se deslizó apoyándose en los difusos objetos que encontró a su paso: las esculturas de mármol negro, los gabinetes de caoba, las retorcidas sillas de cuero, las armaduras tullidas y las suntuosas vitrinas que conservaban aún las huellas de todos los habitantes que vivieron en la siniestra casa. Al final del pasillo, se detuvo nuevamente, tratando de ubicarse hacia el ala en donde estaban los calabozos.

Marlow había reunido un puñado de hombres leales a Nicolai, que la esperarían en una buhardilla cerca de las mazmorras. La muchacha siguió su camino hasta llegar a unos metros de la entrada. Vio a dos guardias de Bolmer, uno recostado de la pared, fumando un humeante cigarrillo que coloreaba el recinto con una nube gris, y el otro, de frente, mascando chicle, con las manos dentro de los bolsillos, alardeando de sus encantos masculinos en la conquista de una mesera que conoció en la taberna la noche anterior. No vio a ninguno de los hombres de Nicolai. De repente, un movimiento detrás de las columnas delató a dos corpulentas figuras que se abalanzaron sobre los desprevenidos guardianes. Hubo un violento forcejeo, y los hombres de Bolmer fueron contenidos. La joven se acercó.

—Soy Amy —dijo, y los hombres masculllaron un saludo. Uno de ellos vació los bolsillos de un oficial, al que mantenían boca abajo en el piso.

—¡Las tengo! —profirió alzando en sus manos un puñado de llaves.

Ahora solo faltaba abrir el pesado portón de hierro forjado y bajar las escaleras de piedra que llevaban a las mazmorras. Al tercer intento con las llaves, la puerta cedió. El descenso lo hicieron a oscuras, cuidándose de no hacer ruido porque no sabían cuántos guardias había en el lugar. Las aguas negras, de fétida consistencia y aroma, se filtraban por las paredes y el piso, haciendo que la superficie estuviera peligrosamente resbalosa. A medida que se acercaban, a lo que parecía ser una antorcha encendida a la entrada de los calabozos, escucharon voces roncas y risas provenientes de abajo. Dos o tres guardias, quizás, calculó Amy. Estos hombres jugaban póker en una destartalada mesa que alguna vez fue de cedro, con patas desiguales desfigurada por las termitas, bebiendo whisky de Villa Gnomo y amenizando la partida con los cuentos de lo que hicieron durante el fin de semana. Fueron sorprendidos y ni se dieron cuenta cuando los fornidos hombres de Nicolai se abalanzaron sobre ellos y los tumbaron al piso. Ahora tenían el paso libre a los calabozos.

—¡Ábranlas todas! —ordenó Amy y el muchacho con el manojo de llaves se acercó para abrir las puertas y a liberar a los prisioneros.

Amy buscaba a Nicolai, pero no lo hallaba; aunque era difícil distinguirlo entre la masa famélica, apestosa y greñuda que eran los prisioneros. Finalmente, en la última celda, encontró a su padre, acostado en un colchón ruñido, lleno de alimañas y polvo, con grilletes de hierro acuñados a sus pies. Su rostro estaba demacrado, el cabello graso le caía a los lados, y su barba era abundantemente desprolija.

—Nicolai –susurró Amy.

El muchacho de las llaves llegó y, desplazando a Amy a un lado, se concentró en la cerradura logrando abrir la puerta. La muchacha, ansiosa, entró a la celda y le dio un fuerte abrazo a su padre, quién no lograba levantarse a causa de los grilletes. Entonces, el chico se abocó a buscar la llave para liberarlo.

—Pensé que habías muerto —le dijo Nicolai a Amy.

—Me alegro de que estés bien, papá —dijo Amy con emoción, era la primera vez que lo llamaba así.

Luego, agregó:

—Debemos buscar a Bolmer y apresarlo para entregarlo al Concejo. Pagará por la muerte de mi madre y por tu encarcelación. Los hombres de Pita ya deben estar afuera, controlando a su guardia.

Un tenue y sutil chasquido se oyó y Nicolai supo que era libre. Estaba demasiado débil para caminar y Amy tuvo que ayudarlo, pero la eminencia de la victoria y su deseo de recuperar la Regencia le infundió fuerzas y, a pesar de su cojera, recobró rápidamente el uso de sus extremidades.

—¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder —dijo Nicolai, quien ya salía de las escaleras y se dirigía hacia el vestíbulo.

Se escucharon detonaciones que provenían del exterior.

—¡LOS HOMBRES DE PITA! —gritó Amy.

Se hacía necesaria una acción rápida para llegar a la sala y detener a los hombres de Bolmer. Amy convenció a Nicolai de que se quedara en uno de los salones con los prisioneros, mientras el resto iría por el jardín a sorprender a los que disparaban en la sala. La guardia de Bolmer, apostada en la ventana, estaba fuertemente armada y se enfrentaban al grupo de Pita que trataba de ingresar a la mansión. Los hombres de Nicolai les cayeron por la retaguardia, y luego de un interminable forcejeo, los dominaron y los colocaron en fila, cara al piso.

Amy tuvo un momento de inquietud. ¿Tendrían heridos en sus filas? ¿Pita estaría bien? ¿Qué estaría pasando con Toroh y los hombres que iban camino a la Casa Fuego? Enseguida, un capitán de la guardia de Nicolai asomó a la ventana la bandera del Coliseum, y los hombres de Pita supieron que los que disparaban habían sido capturados. Los oficiales de la Casa Agua entraron tomando el control, y después de una minuciosa requisa por todos los rincones, detuvieron a los insubordinados que aún quedaban rezagados. Fueron llevados a las mazmorras para un posterior juicio en Houston. Todo había resultado según lo planeado, sin embargo, Bolmer no aparecía.

Pita se encontró con Nicolai y le dio un fuerte abrazo.

—¡Cuánto me alegro de que estés bien, amigo! —declaró Pita muy emocionado.

Nicolai estaba muy débil por los días de encierro, aun así se reunió con sus oficiales en la sala principal. Se sentía muy satisfecho por el resultado de la redada. El regimiento de Bolmer estaba bajo custodia, y solo faltaba atrapar al traidor.

—Debe estar en el salón de fiestas del ala norte. Es la parte más segura de la casa en caso de ataque, y él lo sabe —dijo Nicolai— Iré por él, es un asunto de honor.

Ninguno de los presentes pensó que aquello fuera una buena idea.

—Quédate aquí, Nicolai. Yo iré —dijo Pita— No tienes la fuerza para enfrentarlo.

—¿No lo entiendes? Él mató a Dora, soy yo quién tiene que arreglar cuentas con él.

—Pero enfrentarte a él, así como estás, puede ser contraproducente para ti.

—Aun así, debo ir.

—Te acompañaré —dijo Amy— Este asunto también es conmigo.

Pita insistió en la conveniencia de que sus hombres lo arrestaran, pero Nicolai y Amy se empecinaron en ser ellos los encargados.

—Pero igual estaré cerca por si necesitan ayuda.

El enfrentamiento entre Nicolai y Bolmer era inevitable. Ya no quedaba nada de aquella amistad juvenil que los juntó en algún momento de sus vidas; solo el odio y el rencor eran los lazos que ahora compartían. Nicolai, cuyo carácter era poco complaciente con las debilidades humanas, no tendría piedad con el acérrimo enemigo que tanto lo mortificó durante los últimos veinte años, y Amy temía que la discusión tuviera consecuencias fatales para alguno de los dos. Antes de llegar al salón, un tintineante ruido de copas los alertó de la presencia de alguien en el salón. ¡Tenía que ser Bolmer! El lugar estaba en penumbras, pero distinguieron su silueta en la mesa, con una botella en mano, tratando de atinarle a la copa para servirse un poco más de vino, una buena cantidad del líquido se derramaba en el mantel, pero, tras varios intentos, logró llenarla. Bebió un sorbo y sintió como el licor bajaba quemándole la garganta.

No vio a Nicolai ni a Amy hasta que estuvieron muy cerca, porque el licor le había aletargado los sentidos y no veía bien.

—¿Nicolai, qué haces aquí? Pensé que te estabas pudriendo en las mazmorras —dijo en tono lastimero— No te esperaba, pero, si quieres, puedo ofrecerte una copa; aunque creo que no la aceptarías. En otros tiempos, sí. ¿Recuerdas cuando íbamos a la taberna de Gladys? ¿Y bebíamos whisky hasta reventar? Sabes, a veces creo que todo aquello fue un sueño, y me preguntó si en verdad sucedió. ¿Realmente fuimos amigos? Creo que hemos pasado más tiempo siendo enemigos que amigos —indicó, tambaleándose.

Nicolai respondió:

—Estás borracho. Déjate de cursilerías, Bolmer. Tú y yo sabemos que no te sientan.

—No me importa. No me importa lo que digas. Dora murió por tu culpa —dijo Bolmer con una mueca de dolor en su rostro.

Nicolai no quería que Amy estuviera en el salón. Las cosas podrían salirse de control y Bolmer era capaz de cualquier cosa, opondría resistencia y lucharía a sangre fría. Pero Amy no deseaba marcharse y el mago pensó que su hija era tan testaruda como Dora. Bolmer continuó destilando su rabia contra su antiguo amigo.

—Esa flecha no era para ella, era para ti —dijo, tirando la botella al suelo— Tú eras el que debía morir.

Amy no recordó cuál de los dos empezó la pelea. En un abrir y cerrar de ojos, los vio como un solo bulto rodando por el piso, propinándose sendos golpes y vociferando maldiciones. Bolmer, pudo levantarse sosteniéndose de una pata de la mesa, a pesar de la borrachera, pero, inmediatamente, perdió equilibrio y cayó. Nicolai le pegaba con fuerza, y el otro se defendía como podía. La fiereza en los ojos de su padre, la asustó. La pelea continuó con puños y patadas.

Amy solo observaba, sin decidirse a intervenir. Le parecía imposible que aquellos dos hubieran sido amigos alguna vez.

—Asume tu culpa, Bolmer. Tú mataste a Dora. Tu ambición te cegó. Tú eres el único culpable.

Bolmer se tambaleaba, hablaba incoherencias y volvía a caer.

—Yo también la amaba —gemía Bolmer, con dolor— Yo la hubiera cuidado mucho mejor que tú, yo jamás la hubiera dejado sola con una hija —y apretaba sus puños en un gesto de impotencia.

Nicolai tenía la ventaja, a pesar de su debilidad, y esto se debía al hecho de que el alcohol había minado mucho de la fuerza y la coherencia de Bolmer, y sus golpes eran cada vez menos certeros. Su padre golpeaba con más fuerza a su oponente, y ya se preveía quién iba a ser el ganador.

—No me importa si la amaste o no. Vengaré su muerte —dijo Nicolai— Jamás perdonaré lo que hiciste y, encima, pusiste en peligro la vida de mi hija.

Nicolai, con nuevos bríos y con una maldad insólita alimentada por el encierro, tomó a Bolmer por los hombros y le propinó un golpe en la quijada que lo estremeció y lo dejó inconsciente. Cayó golpeando su cabeza contra el ángulo saliente de la mesa, y ya no se movió.

Amy estaba pálida, sintió horror y una mezcla de remordimiento. Pensó en Marcus y en el dolor que le causaría la pérdida de su padre, porque no tenía dudas de que el hombre estaba muerto. Para cerciorarse, se acercó y le tomó el pulso.

—¿Lo mataste? —preguntó Amy atónita.

—Creo que sí —asintió Nicolai, quien desfallecido, al lado del cuerpo, trataba de recobrar sus fuerzas.

Amy volvió a pensar en Marcus y un estremecimiento la sacudió. En eso, entró Pita con sus hombres y, detrás de ellos, venía Petronio, quien también había estado en prisión, y acercándose a Nicolai le indicó:

—El Coliseum ha sido tomado. Ya no hay insurgentes.

Henchido de la emoción, el mago abrazó a su hija. Petronio lo ayudó a levantar. Nicolai dijo:

—Avisen al Concejo que Amy es la nueva Regente.

Los hombres formaron una algarabía, pero Amy se sentía incómoda; no era aquel el final que esperaba para Bolmer, quería que lo juzgaran y lo condenaran. Aun así su venganza estaba consumada, pero su alma no estaba tranquila. Necesitaba a Marlow, él siempre le brindaba consuelo y oportunos consejos, pero se había quedado en el templo de Damaris y debía esperar para hablar con él.

—¡Que jamás se olvide este día! —dijo Nicolai— ¡Que nuestros enemigos jamás se olviden de las consecuencias de transgredir el orden!

Amy se fue a un rincón alejado. No había estado en el salón desde el día de la presentación y revivió el momento en el que la fatídica flecha se incrustó en el pecho de su madre. Ahora, Bolmer yacía en el piso, en el mismo lugar en el que cayó ella. Su muerte estaba vengada, pero ¿A qué precio? ¿Por qué no se sentía satisfecha? En cambio, sentía ese enorme vacío en el corazón. Entonces, escuchó a Petronio aconsejar a su padre:

—Que cuelguen el cuerpo en el bosque para que sirva de advertencia a los que mal proceden.

Amy se acercó con enojo e intervino:

—¿No crees que es un poco exagerado lo que intentan hacer?

Petronio escudriñó su rostro. Ya una vez había tenido problemas con su madre, ahora parecía que los tendría con su hija.

—Debemos dejar claro que actuaremos con mano dura cuando sucedan este tipo de situaciones. Cuando gobiernes, verás que en ocasiones es necesario tomar decisiones que van en contra de nuestros principios. La disciplina y la obediencia a la ley son importantes cuando se maneja una comarca, una institución o un país.

La muchacha se puso roja de ira.

—¿Cuando gobierne? Pensé que ya estaba gobernando, al menos eso es lo que dice el edicto del Concejo que cargo en el bolsillo.

—Gobernarás cuando seas mayor de edad. Ahora solo puedes hacerlo con un tutor.

Nicolai se mantuvo callado, entonces, Amy se dirigió al guardia.

—Ponga el cuerpo en un vehículo y llévelo a la Casa Tierra para que le hagan los funerales que correspondan. Si mal no recuerdo —agregó dirigiéndose a Nicolai y Petronio— Bolmer sepultó a mi madre con honores, y es justo que actuemos con reciprocidad.

Se volteó y se dirigió a Pita:

—Creo que debemos reunir a los hombres e ir a la Casa Fuego, por si Victorio necesitara ayuda.

Pita asintió, esbozando una sonrisa de satisfacción. No quedaba duda de quién mandaba en el Coliseum.

Por otro lado, Victorio había entrado a la Casa Fuego, con Toroh y algunos guardias que había enviado el Concejo, a donde el joven había levantado su reclamo por la usurpación de su cargo por la hechicera. El Concejo había actuado con rapidez, entregando las certificaciones de sus cargos a Amy y Victorio y enviando tropas para apoyarlo.

La toma de la Casa Fuego fue más sencilla. En principio porque muchos de los guardias, tan pronto supieron que su Director estaba vivo, depusieron las armas y se pasaron a su bando, también porque la población, cansada de los abusos de Atroyana, se alzó para exigir que los derechos del legítimo heredero del cargo fueran restituidos. Sin

embargo, el enfrentamiento no estuvo exento de bajas.

Cuando Atroyana se supo perdida, se recluyó en el templo con las sacerdotisas y *Rayo de Nieve*. Pero viendo que los soldados pronto derribarían los portones, corrió con sus aprendices al volcán con la intención de sacrificarse. Una a una fue saltando, devorada por el magma ígneo que corría en las entrañas de la tierra. Pero, cuando le llegó el turno a la hechicera, no pudo hacerlo, tampoco pudo deshacerse del lobo.

—¡Corre, *Rayo de Nieve*! Corre y no mires atrás —le dijo y el animal se perdió por una de las laberínticas cuevas.

A la orilla del volcán la encontraron los guardias cuando fue detenida y puesta a la orden del tribunal disciplinario que la juzgaría en Houston. Jamás pensó que Victorio regresaría para tomar posesión de la Casa, ni que lo haría con el respaldo del Concejo.

Victorio se alegró mucho cuando vio que Itzel continuaba en la residencia y que no le habían hecho daño. Así fue que el Director recuperó su cargo, tomando como primera medida la eliminación de los sacrificios, en cualquiera de sus formas.

No obstante, los enfrentamientos habían dejado bajas y heridos, y la isla se aprestaba a enterrar y a llorar a sus muertos.

23

El Espejo Dimensional

Luego de los sangrientos acontecimientos, la normalidad se fue restaurando poco a poco en la Isla de las Águilas, y al cabo de unas semanas pareció que todo lo que ocurrió había sido solo un sueño; y la comunidad mágica volvió a inundar el mercado de Durling, las tabernas de los pueblos mágicos y los lugares turísticos reportaron más visitas que nunca. Después de reflexionar, Amy resolvió nombrar a Nicolai como su tutor, quien gobernaría en su nombre, y a Marlow como su consejero. Petronio, quien tomó este nombramiento como un exabrupto y una ofensa muy grave hacia su persona, abandonó la isla tan pronto fue enterado del hecho, augurándole a Amy un sinfín de calamidades por su falta de pericia para el cargo.

Amy decidió regresar a Grasspick, y se presentaría en la isla solo cuando fuera requerido. Un sentimiento de nostálgica tristeza la invadía mientras preparaba sus maletas, las mismas que arrastraron ella y Dora en el puerto de Valparaíso y en el *Brocania* en su travesía hacia la isla. Partiría a la mañana siguiente y llevaría consigo las pertenencias de su madre, pero *Sombrita* no aparecía por ningún lado y sin ella no pensaba marcharse.

El día anterior se había despedido de sus amigos. Brocania y Brenia, a su regreso de Valparaíso la visitaron en el Coliseum y fue el comienzo de una bonita amistad. Su último encuentro lo tuvieron en la amplia terraza, con vista al mar, de la Ciudad Flotante, y Pita estuvo presente. Tomaron chocolate y galletas danesas y evitaron hablar del adiós hasta último momento. Allí se enteró de que Victorio finalmente pudo traer a su madre de vuelta y ya estaba en franca recuperación, gracias a los esmerados cuidados de Gaspar. Y para sorpresa de todos, el viejo mago abandonó su vida de ermitaño para establecerse en un chalet en Pueblo Hermoso, para estar más cerca de los muchachos en caso de que fuera necesario reprenderlos, o asesorarlos en alguna complicada maniobra mágica. También dijeron que Atroyana permanecía en prisión, esperando su juicio, y todo parecía indicar que pasaría lo que restaba de su vida en el Valle de los Condenados, prisión a donde enviaban a las hechiceras y magos negros. Al despedirse, todos tenían el corazón compungido y el velo de las lágrimas abrillantaba sus ojos.

Pero, aunque las cosas parecían retomar su curso, el vacío en el corazón de Amy se hacía cada vez más palpable e insondable. Desde la muerte de Bolmer, no había tenido noticias de Marcus y la incertidumbre de no saber de él, la estaba matando.

—Pienso que deberías quedarte —le decía Brandy, con nostalgia, recostada en el sofá de la guarida de la bruja. Ella y Mabel habían regresado al Coliseum, tan pronto Nicolai estuvo de vuelta.

Luego añadió:

—¡No resolvimos el enigma del cuarto misterioso!

—Te dije que ya no es más el cuarto misterioso. Fui con mi madre y no había nada de lo que nosotros vimos —respondió dando un último vistazo a la guarida, y viendo que la gárgola aún conservaba su encarnado vestido, su sombrero y sus collares.

—Tampoco supimos quién movió todo del lugar.

Amy no quiso decirle que sospechaba de Mabel, pero era mejor dejar las cosas como estaban. Después de todo ya no tenía caso.

—Ni supimos qué era el *Duce*. Muchas cosas quedaron sin respuesta —seguía enumerando la joven bruja.

Y ambas guardaron un silencio reflexivo.

—¿Te despediste de los hermanos Jacobor? —preguntó, tratando de ocultar una lágrima que venía resbalando por sus ojos. Amy se sorprendió; no sabía que Brandy fuera capaz de llorar.

—Sí, ayer visité a Pita y a Toroh. Sabes, no me gustan las despedidas. Además de ser de lo más triste, te dejan con un extraño vacío en el corazón que no sabes si lograrás llenar algún día.

—¿Y de Marcus?

A Amy se le hizo un nudo en la garganta. A pesar de lo ocurrido, aún tenía sentimientos por él, los cuales pensaba alivianar con el cambio de ambiente, y nada como Grasspick para curar un corazón herido.

—No, de él no —dijo, tratando de parecer indiferente.

—Entonces, no nos queda más que despedirnos. Ya terminaron mis vacaciones. Mañana empiezan los cursos y en un rato voy saliendo para la Casa Aire. Quiero llegar antes de que Amgar entre a mi habitación y me tienda alguna de sus tontas bromas.

Brandy se acercó a su amiga y le dio un fuerte abrazo.

—Siento mucho que no te quedes. Lo habríamos pasado muy bien juntas.

Amy, por su parte, correspondió a su abrazo y le dio un beso en la mejilla.

—Cuídate, Brandy. Te escribiré.

Aquella misma tarde, estando en su habitación, Mabel le anunció una visita. Era Marcus. Trató de controlar sus emociones, no lo esperaba y no había sabido de él en mucho tiempo. Lo recibió en la

sala, ocultando sus manos para que no se diera cuenta de que estaba temblando. Lo vio más maduro, con una mirada mucho más serena y profunda. El sufrimiento hace que las personas adquieran esa impresión distante y oscura en los ojos, la misma que Marcus ostentaba en aquel momento, pero no había perdido nada de su apostura.

—Hola, Amy. Quise pasar a despedirme. Salgo para Surrey en algunas horas, y no quise irme sin agradecerte lo que hiciste por mi padre. Me enteré de lo que intentaba hacer Petronio, así que estoy en deuda contigo.

Amy intentó parecer calmada; su entrenamiento, entre otras cosas, le enseñó a esconder las emociones. Respondió pausadamente:

—No tienes por qué. Tu padre honró a mi madre en sus funerales. A pesar de su comportamiento injusto y cruel, no podía hacer menos por él.

El joven mago la miró con tristeza, también la veía cambiada, con aquella expresión dura y sarcástica que no le conocía.

—Mi padre hizo más que honrar a tu madre. La amó con locura, eso te lo puedo asegurar. Él nunca le hubiera hecho daño.

Amy encogió los hombros.

—¿Quién sabe? A veces dañamos lo que más queremos.

Y de alguna manera, Marcus supo que hablaba de ellos, y no de sus padres.

—Yo nunca quise hacerte daño, Amy. Cometí una equivocación, y por ella, me arrepentiré toda la vida. Sé que es tarde para decirlo, pero yo te amo, y siempre te amaré. No tengo dudas sobre ello; como también sé que para ti es difícil perdonarme, así que ni siquiera intentaré pedírtelo.

La muchacha se tensó. Le molestaba que adivinara sus sentimientos, por lo que intuyó que lo mejor era terminar aquel encuentro cuanto antes.

—Sí —dijo, cortante— pienso que tendrás que vivir con tu arrepentimiento por siempre.

Quiso cambiar el tema y sacarlo del ámbito personal.

—¿Quién se queda al frente de la Casa Tierra?

—Ralf es el encargado de la Casa. Trabajará en conjunto con el instituto de Magia Contemporánea. Pronto recibirás sus credenciales. Ralf es muy bueno en lo que hace. Aun pienso que la magia debe actualizarse, aunque reconozco también que el legado de Alluvien tiene derecho a subsistir. Mi madre dejó la isla y se fue a Lisboa con sus padres, después de lo ocurrido, no la culpo por querer cambiar de ambiente.

Entonces, agregó:

—Traje algo que quizás quieras conservar —y le entregó un

puñado de cartas que Bolmer había recibido de Dora.

—Las encontré mientras vaciaba su escritorio. Estoy seguro de que mi madre nunca las leyó.

—Gracias —dijo la muchacha con un hilillo de voz.

—Es hora de irme. Espero que encuentres la felicidad, Amy. La mereces.

Y estrechando fuertemente su mano, dio la vuelta y se marchó. Amy no se movió, ni siquiera cuando sintió cerrarse la puerta tras de sí. Estuvo allí unos minutos aguantando las ganas de llorar, luego subió a su habitación a terminar de empacar.

Esa noche la sensación de vacío era mayor que en otras ocasiones. Marlow estaba visitando a Gaspar y Nicolai se había marchado en la mañana a Cabo Centella y de allí iría con unos amigos al Bosque Garay a cazar perdices, por lo que no lo esperaban hasta bien entrada la noche.

Amy descansaba en su cama, sin poder dormir, tratando de dominar sus pensamientos. En la mañana se iría y dejaría atrás todo aquello. Las cartas, atadas con un fino cordel de seda azul, reposaban en la mesa de noche. Se notaba, por lo gastado del papel y el tono amarillento de las hojas, el irreversible paso del tiempo. Sintió curiosidad ¿Qué podría haberle escrito su madre a Bolmer? Tomó el fajo de cartas y las esparció sobre la cama. Tomó una para leerla. Enseguida, reconoció su menuda escritura.

"*Querido Bolmer,*

Mi vida en el Coliseum es muy entretenida, aunque extraño el ritmo acompasado de la Casa Tierra. El interminable río de personas que buscan hablar con Nicolai para que les resuelva sus problemas es indecible. Pero, a pesar de sus ocupaciones, él es muy atento y amoroso conmigo, aunque desearía que trabajara menos; pero, en fin, así es esto. ¿Puedes creer que Serge dijo su primera palabra? Lo escuché claramente cuando dijo "mamá", en dos sílabas entreveradas. No sabes cuánto tiempo me esforcé en enseñársela, pero al final valió la pena. ¡Cuán emocionada estoy! No puedo esperar a mantener una conversación completa con él.

Por otro lado, cuéntame cómo van tus cosas con Celeste; la última vez me dijiste que se habían reconciliado. Me gustaría que tú y Nicolai hicieran las paces también, dos amigos nunca deberían estar disgustados por siempre.

Saludos,

Dora"

Amy empezó a abrir una por una. En cartas posteriores, le hablaba de los primeros pasos de Serge, de sus avances en el mundo de la magia, de sus problemas cotidianos y las luchas de Nicolai para mantener a las Casas en paz. Amy siempre imaginó que la enemistad de su madre con Bolmer había surgido a raíz de su matrimonio con

Nicolai, pero, según las cartas, Bolmer no era considerado un enemigo en ese tiempo. Se fijó en las fechas, la mayoría eran de veinticinco años atrás. Algo debió haber ocurrido que enemistó a Dora con Bolmer. La única razón que se le ocurría era que lo culpara por la muerte de Serge. ¿Cómo era eso posible? Algo no cuadraba en la historia. ¿Había sido Bolmer el causante del *Duce?* Porque estaba convencida de que el *Duce* debería ser un poderoso hechizo o un hechicero.

Entonces, desde la ventana, un extraño bulto se asomó y, de un brinco, saltó a la cama. Amy gritó, al tiempo que se llevaba la mano al corazón.

—¡*Sombrita*! ¿Dónde has estado? ¡Vaya que me has dado un buen susto! Te he buscado por todos lados. Pensé que no te volvería a ver —y para su sorpresa, la gata se acurrucó entre sus brazos y Amy la abrazó. Lloró recordando a su madre.

—Tú también la extrañas, ¿verdad? Tendremos que hacernos compañía y cuidarnos mutuamente.

La gata saltó al piso, y se dirigió a la puerta, maullando y posicionando su cola de una manera muy peculiar. Parecía querer que Amy la siguiera. La muchacha se levantó y abrió la puerta y *Sombrita* salió. Se dirigía hacia las escaleras del tercer piso, Amy fue tras ella.

El corredor estaba oscuro, esta vez no había traído linternas. La gata apenas se veía entre las sombras que lanzaban los diferentes muebles. Abrió, aplicando algo de fuerza, una de las ventanas para alumbrarse con la luz de los faroles que provenía del exterior. La gata ignoró la puerta del cuarto prohibido y siguió caminando con su felino contoneo hasta el final del corredor. Se detuvo ante una puerta.

—¿Quieres que la abra?

Amy tomó la perilla y la giró. Una luz sulfúrea, que provenía de un farol que se veía a través de una ventana abierta, alumbró el recinto. Se trataba de un cuarto en donde se ponían los trastos viejos e inservibles y que olía a moho y encierro, entre otras cosas. Todo parecía excesivamente antiguo y gastado, muebles de madera podrida y comida por termitas, lienzos rasgados, mesas tullidas, y polvorientos tapices. *Sombrita* se escurrió entre dos muebles y Amy tuvo que dar la vuelta para ver los objetos que se encontraban detrás. La gata estaba de frente a un espejo que Amy reconoció inmediatamente: el *espejo dimensional*.

—Lo has encontrado, *Sombrita*. ¡Estaba aquí!

De repente, espesas nubes grisáceas se mostraban en la superficie lisa del espejo y se movían como si una tormenta estuviera a punto de estallar. Amy estaba en suspenso, hipnotizada, sin poder apartar los ojos de él. ¿Qué le mostraría? Las nubes comenzaron a disiparse y el corazón de Amy latió con desenfreno.

Entonces, apareció un niño, con el rostro pecoso y el cabello despeinado, con una gran sonrisa, a la cual le faltaban los dientes delanteros. Su aspecto no dejaba de ser gracioso y sus ojos incitaban a la simpatía.

—Hola, Amy. Soy tu hermano Serge.

Amy no podía hablar, sintió una emoción muy profunda que le apretaba el pecho. ¿Era aquello un sueño? ¿O era real? En todo caso, ¿Qué diferencia había entre lo real y lo imaginario cuando las sensaciones eran tan fuertes que desafiaban el juicio? Las lágrimas corrían por su rostro y trató de mantener la compostura. Para la magia no había límites ni imposibles, eso ya lo sabía.

—Pero no llores, hermana, creo que no soy tan feo —bromeó Serge con picardía.

—¿Eras tú el niño que lloraba en el cuarto misterioso?

Serge sonrió.

—Sí, lo siento. En ese momento pensé que era una buena idea. Quería llamar tu atención. Todo el mundo atiende cuando un niño llora. Pero, entonces, llegaste con tus amigos y ya no me fue posible hablar contigo. Espera, tengo una sorpresa —y desapareciendo unos minutos del marco, volvió con Dora.

La emoción era abrumadora y el llanto que había ocultado desde su muerte, se desató esta vez sin atadura. Nunca como en ese momento se hizo tan evidente la cuantía de su pérdida.

—Mamá —susurró, quiso tocarla, pero la superficie lisa del vidrio se lo impidió. Su voz se quebró.

—Amy, escucha. No llores, mi niña. No tengo mucho tiempo. Tenías razón. Agatha tenía razón. Antes que nada debo decirte que Nicolai tuvo un hermano que se llamó Serge, este fue el niño que cuidó Agatha y al que enseñó los fundamentos de la magia. A él le correspondía convertirse en Regente del Coliseum, pero murió y Nicolai ocupó su lugar. Nunca supe de la existencia de este hermano, como tampoco entendí la insistencia de tu padre en que llamáramos a nuestro hijo “Serge”, quizás los remordimientos lo indujeron a realizar este último acto póstumo en honor a su hermano para alivianar el peso de su conciencia. Lo cierto es que ambos murieron por la misma mano, por el *Duce.*

—¿De qué hablas, mamá?

—De Nicolai. Él es el *Duce,* así es como lo llamaba Agatha por ser el más pequeño. Contrató a Bora la primera vez para deshacerse de su hermano, y la segunda para asesinar a nuestro hijo, pero esa vez Nicolai no le pagó lo acordado, por eso él quería secuestrarte, para obligarlo a pagar lo que le debía.

Amy estaba confundida.

—¿Por qué Nicolai querría matar a su hijo?

—Él pensaba que el niño era de Bolmer, y maquinó un plan para deshacerse de él. Yo no lo supe hasta ahora, incluso me dio a entender que había sido Bolmer el culpable de su muerte, y a raíz de eso, nos distanciamos. Pero la magia se volvió en su contra y perdió sus poderes en el instante en el que confabuló para quitarle la vida a su propio hijo. Durante años estuvo tratando de contactarlo por el *espejo dimensional*. Él es el único que le puede devolver sus poderes por medio de un acto de perdón. La magia de Serge es lo que impide que Nicolai use sus poderes para hacer daño nuevamente. Pero eso no es todo, Amy. Fue Nicolai quien contrató al asesino que acabó con mi vida. Su intención era mantenerte en la isla para que gobernaras con él, y conmigo a tu lado no lograría su cometido.

—No es posible, madre. Él fue herido. Yo estuve allí, lo vi.

—Puro teatro, Amy, para que las sospechas no cayeran sobre él. Sus heridas fueron superficiales. Lo que no previó fue que el Concejo le concediera la Regencia a Bolmer, porque tú desapareciste, ni que este lo enviaría a prisión. Debes irte Amy. Debes abandonar la casa lo antes posible. Contacta a Marlow, él te ayudará. Nicolai no podrá seguirte, hay un hechizo que le impide abandonar la isla.

Amy no paraba de llorar. Su mundo se derrumbaba. Lo único que le quedaba en este mundo era su padre, y aunque su relación no había sido muy abierta, estaba aprendiendo a apreciarlo.

—Me iré, sí, pero llevaré conmigo el espejo. No quiero perderte otra vez.

—Escúchame Amy. No volveremos a contactarnos por esta vía. Era necesario porque quería alertarte. Pero, por tu bien, no debemos hacerlo. No es sano ni natural. Contacta al Concejo y entrega el espejo.

—No puedo hacer eso. No quiero perderte otra vez.

—No lo harás, Amy. Escucharás mi voz en tu corazón. No lo olvides. Siempre estaré allí. Cuida a *Sombrita* por mí. ¿Quieres? Te quiero hija.

—Te quiero, mamá.

El niño no dejaba de jugar en el regazo de su madre. Tenía una risa contagiosa y una mirada cálida. Se alegró por Dora, había sufrido mucho por la pérdida de Serge, ahora podía recuperar el tiempo perdido; la joven se consoló pensando que algún día estarían juntos los tres. El chico miró a Amy y le lanzó un beso con su sonrisa desprovista de dientes.

—Te quiero, hermana. Yo la cuidaré por ti —dijo, refiriéndose a Dora; y las nubes volvieron a aparecer cubriendo por completo la escena.

Amy estuvo mucho tiempo en aquella habitación, abrazada a *Sombrita* y viendo cómo sus lágrimas se derramaban en la alfombra.

No podía creer que hubiera hablado con su madre y hermano. ¿Habría sido real o imaginario? ¿Qué importaba? La conmovió el hecho de que Dora, aun desde otro plano, buscara la forma de advertirle de los peligros que la acechaban. Ciertamente, el amor maternal desafiaba todos los límites de lo imaginable.

Cuando salió de la habitación, sus pasos eran fuertes y decididos, y tenía un solo objetivo en mente: buscar a Nicolai y hacerlo pagar por sus crímenes. Le preguntó a Mabel por su paradero, y le dijo que aún no regresaba de cazar perdices en el bosque. Se dispuso a esperarlo cerca del lago. La furia la embargaba, una ofuscación, un arrobamiento inundaba su alma y el deseo de venganza parecía controlar todas sus emociones. Nunca sintió un odio de esa naturaleza, tan ciego, tan irrazonable, tan visceral que parecía inhumano.

A las nueve oyó el ruido de un motor. Vio al auto acercarse y a Nicolai bajar y despedirse del conductor. Llevaba a sus espaldas la bolsa con el arco y flechas, y en sus manos cargaba un puñado de perdices que había atado con un cordel por las patas. Lo abordó cuando pretendía subir las escaleras:

—Sé lo que hiciste —dijo Amy, caminando lentamente, sin apartar los ojos de él.

Nicolai la miró con sorpresa.

Era tarde y la luna iluminaba su silueta.

—No sé a qué te refieres.

Amy supo que tenía que ser más específica.

—Sé lo que le hiciste a Serge y a mi madre. Tú eres el *Duce*.

El hombre se hizo el desentendido, y pretendió no entender lo que decía.

—¿De qué hablas? ¿Dónde escuchaste ese nombre?

—Me lo dijo la vieja Agatha.

—Ese era un mote que me decía cuando era un niño pequeño. Ya nadie me llama de esa manera.

Nicolai trataba de entender por qué Amy le hablaba de aquella manera tan burda y con aquella mirada que no le había visto antes.

—¿Vas a matarme también? —lo retó la muchacha.

—No tengo razones para hacerlo.

—Y si contacto al Concejo y te denuncio. Podría hacerlo.

—¿Y con qué pruebas?

—No necesito pruebas. Tenía la esperanza de que me dieras tu confesión.

Nicolai rió con fuerzas y saltó sobre Amy, pero ella lo esquivó.

—Tal parece que soy un poco más rápida que tú.

Del sendero venía Marlow cabalgando, y se encontró con Amy y Nicolai conversando en las escaleras, al menos eso fue lo que pensó, hasta que vio la fiera expresión en el rostro de la muchacha y supuso

que algo muy serio estaba pasando.

—¿Qué ocurre?

La respuesta de Amy no se hizo esperar.

—Bolmer no mató a mi madre. Fue Nicolai, quería mantenerme en la isla para que pudiera gobernar. También mató a su propio hijo. Seguramente, piensa deshacerse de mí, cuando ya no le haga falta.

Nicolai lucía desencajado y aturdido.

—No le hagas caso, Marlow. Se ha vuelto loca, no sé quién le ha metido esas ideas en la cabeza. No pienso hacerte daño, eres mi hija.

Amy lo miró con ironía.

—Eso que dices es cierto. No puedes matarme. De hacerlo, el Concejo colocaría a otro en tu lugar.

—Amy, ven conmigo —insistía Marlow, tratando de subir las escaleras para entrar a la casa.

Pero la muchacha se negaba. Quería respuestas y Nicolai era el único que podía dárselas.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Sabes que encontré el *espejo dimensional*? Hablé con Serge y mi madre. Me dijeron toda la verdad. ¿Sabes que hice hace unos momentos mientras te esperaba? Llamé a Pita y Toroh y les dije todo lo que sabía. Ellos avisarán al Concejo y pronto te estarán juzgando por traición.

Nicolai miró hacia el camino. Si lo que decía su hija era verdad, en cualquier momento los hombres de Toroh y Pita aparecerían. No podía huir de la isla, porque el hechizo de Serge se lo impedía; escapar significaba morir. Estaba atrapado.

—Hubiera sido mejor que nunca hubieras salido de ese rancho —profirió con desdén.

La joven lo miró con dolor.

—En ese punto estamos de acuerdo. De haberme quedado en Grasspick, mi madre aun estaría viva.

Nicolai saltó sobre ella, y la tiró al suelo. Ambos cayeron estrepitosamente, rodando por la grava. La joven se arrastró, buscando algún objeto para apoyarse, pero Nicolai la alcanzó por el talón y la muchacha le pateó la cara. Escuchó una maldición salir de sus labios sangrantes.

Marlow bajó, como pudo, las escaleras, y sujetó a Nicolai por las piernas, pero este se desembarazó del viejo propinándole un puñetazo en el abdomen, lo que le dio tiempo a Amy a correr hacia el lago, con Nicolai siguiéndole los pasos. Entonces, el regente, ciego de furia, sacó el arco del bolso que cargaba en la espalda, y apuntó hacia la muchacha con una flecha que salió zumbando con un silbido. Pero ella fue más rápida y la esquivó. Rodó por el suelo y se arrastró hasta esconderse detrás de un abedul. Amy se movía con la destreza de una pantera y, por más que Nicolai tratara de alcanzarla, siempre se le

escurría. El entrenamiento de Gaspar y Marlow la había preparado para ello.

Marlow gritó pidiendo ayuda y Nicolai le lanzó una flecha que pasó rozando su oreja, por lo que el viejo no tuvo otra opción más que refugiarse detrás de una columna.

—Pierdes tu tiempo, Marlow. El personal ya se marchó. Estamos solos, a excepción de Mabel, pero ella no te será de mucha ayuda.

Luego, dirigiéndose a su hija:

—Amy —articuló Nicolai, acercándose a su hija— Sal de una vez y terminemos con esto —y soltó una flecha que se quebró en un tronco.

Amy corrió a esconderse detrás de un árbol, que fue impactado por otra de las flechas. La muchacha cerró los ojos y escuchó la voz de su madre, más que una voz era un susurro dentro de su cabeza:

—Usa tu magia.

Otra flecha alcanzó a enlazarse en un pedazo de tela de su manga y quedó incrustada en un árbol. Su brazo se salvó por pocos centímetros. La muchacha luchaba por zafarse porque Nicolai ya se acercaba. Entonces, Marlow, con un destello, deshizo el resto de las flechas que le quedaban en la bolsa, mientras *Sombrita* se lanzaba sobre Nicolai, arañándole la cara. De un manotazo se quitó al animal de encima, y la gata quedó tirada sobre el pavimento, aunque se enderezó a los pocos minutos.

Entonces, la situación cambió. Nicolai vio un cambio en la actitud de la muchacha, que de perseguida pasó a ser la perseguidora. Salió a su encuentro, con la mirada altiva y la seguridad que da un buen manejo de la magia. Sus movimientos eran felinos y por un rato, se miraron sin hablar.

—¿Me retas? Creo que Dora no te enseñó bien. Tendrías que haber aprendido a obedecer a tu padre, así no estarías en esta contingencia.

La muchacha seguía mirándolo, mientras con pasos cortos se acercaba a él.

—Creo que deberías bajar tu arco. Ya no te quedan flechas.

—No pienso hacerlo, dijo tomando el arco por la parte baja con sus dos manos para usarlo como una vara.

—¿Me vas a matar a golpes?

—Si tengo que hacerlo…

El hombre no había notado que el jardín se había llenado de águilas. Iban llegando, una a una, y tomando posición en las ramas de los árboles, en las escaleras, en el jardín. Por el lado izquierdo, llegaron los lobos.

—Baja tu arco o los animales te atacarán.

—En serio ¿Quieres hacerme creer que tú los controlas?

—No me tientes. Puedo probártelo.

—No te creo, Amy —y diciendo esto, se abalanzó sobre su hija,

pero no llegó a tocarla. Una bandada de águilas se lanzó sobre él y lo picotearon en las manos, en la cara, en los brazos, en las piernas, y sus gritos se escucharon en la casa y Mabel salió aturdida para ver qué estaba sucediendo. Quedó paralizada con la aterradora escena que vieron sus ojos.

A una señal de Amy, las águilas pararon el ataque.

El hombre se tambaleó, pero aun así no se dio por vencido; hizo otro intento para alcanzarla. Esta vez fueron los lobos los que lo halaron por los talones y lo arrastraron hasta dejarlo al frente de la muchacha.

—¿Ahora me crees?

Y el Regente no supo que responder. Estaba malherido por las heridas infligidas por los animales. Entonces, a una señal de la joven, las águilas lo alzaron por los hombros, y se lo llevaron por los cielos hasta que se perdió de vista.

Marlow se había levantado y le explicaba a Mabel los hechos. Después corrió hacia donde se encontraba Amy.

—¿Qué harán las águilas con Nicolai, muchacha? —preguntó viendo que el hombre era solo un punto negro en el cielo.

—¿Me preguntas si lo matarán?

El mago asintió.

—No, no soy una asesina, aunque su sangre corra por mis venas. Lo llevan a darle una vuelta. En un rato lo traerán de vuelta, y Pita lo llevará a la Ciudad Flotante en donde lo embarcarán a Houston para ser juzgado. Serge levantó su hechizo y puede salir de la isla.

—¿Recuperó sus poderes?

—No. Esos los perdió para siempre.

—Me alegro —contestó Marlow, aliviado.

—Eso no implica que se salvará sin magulladuras. Algún castigo debe tener.

—¿Y qué harás ahora?

Amy se encogió de brazos.

—Esperaré para hablar con el Concejo.

—Eres la Regente legítima del Coliseum. Podrías gobernar si así lo quisieras.

—No sé lo que quiero.

A lo que el mago contestó:

—Yo creo que sí lo sabes.

24

El Encuentro

El camino serpenteaba hasta el mar, y Amy tomaba aquel sendero cada mañana, después de desayunar. De Grasspick se trajo a *Trueno* y a *Pelusa*, a quienes el clima cálido les había sentado tan bien que parecía que hubieran vivido siempre en la isla. Conservó el rancho *La Estancia*, no tuvo valor para deshacerse de un lugar que guardaba tantos recuerdos de la vida de su madre, pero se instaló en el Coliseum, con Marlow como su consejero, y Mabel como su ama de llaves. Le gustaba caminar temprano, cuando las nieblas de la noche aún no habían sido disipadas por el sol y la marea ya había dejado esparcidos sobre la arena tesoros marinos de desconocida procedencia. Sus ojos veían con avidez los lugares que antes recorriera con Marcus, aspirando el perfume del mar mezclado con el suave aroma que desprendían los cocos que durante la noche cayeron desgajándose en dos. Después de ponerse el sol, las montañas se aclaraban y dejaban ver sus crestas desnudas y contorneadas, entonces, la caminata se acortaba porque el calor los obligaba a refugiarse bajo techo.

La isla había entrado en un período de estable calma. Ralf administraba la Casa Tierra y el Instituto de Magia Contemporánea, pero solo asistían aquellos que sentían interés por aprender algo nuevo; el resto iba a los entrenamientos de la magia de los elementos enseñado en las Casas, siguiendo las directrices de Alluvien. Amy pensaba, y Marlow estaba de acuerdo, en que ambas corrientes podían subsistir sin anularse una a la otra. Brandy seguía siendo su incondicional amiga, y, finalmente, había logrado conquistar el corazón de Amgar, mientras Cesor se había ennoviado con una bruja de Pueblo Hermoso que conoció en una de sus andanzas por el Bosque Garay, y que era la menor de siete hermanas. Solo Maxelor pareció no haber encontrado un final feliz para su historia de amor, ya que Brocania se casó con su prometido Primio y se preparaba para asumir la Dirección de la Casa Agua, tras el retiro de Pita. *Sombrita* y *Pelusa* llegaron a un acuerdo de mutua convivencia y se soportaban lo suficiente como para compartir los mismos espacios.

Amy se consolaba visitando los pueblos que su madre tanto amó. En cada uno de ellos parecía adivinar algún episodio de su vida, y en sus amigos escuchaba anécdotas y relatos de sus vivencias en la isla,

que le desnudaban aspectos de ella que no conocía. En ocasiones, creía escuchar su voz, entonces, una lágrima se escurría por sus mejillas, y experimentaba un dolor punzante en el pecho.

El Coliseum fue renovado por completo y las gárgolas y los objetos de espeluznante procedencia fueron embarcados al *Museo de Magia Antigua* en Dinamarca. Se abrieron todas las habitaciones, incluyendo las del tercer piso, y Amy solo conservó algunos objetos y fotos de Serge y Dora para preservar su recuerdo. Amy se había convertido en una Regente justa y compasiva. Delegó en Marlow la resolución de los casos ordinarios y cotidianos que se ventilaban en el Tribunal Conciliatorio, y aquellos que por su naturaleza acarrearan mayor complicación eran dilucidados por el Concejo de Magia y Hechicería en Houston. Por un artículo de *Magia al Día* supo que su padre había sido sentenciado, de por vida, al Valle de los Condenados. Se sintió dominada por una mezcla de emociones, pero ninguna tenía que ver con compasión ni perdón. Tenía suficiente con vivir con el estigma de ser la hija de un asesino.

Había pasado casi un año desde que se despidió de Marcus en la sala de su casa. No había vuelto a saber de él, salvo por boca de su amigo, Ralf, quien ocasionalmente pasaba por el Coliseum y le comentaba sobre las actividades que aquel acometía, y los lugares del mundo que visitaba auspiciando un novedoso programa que buscaba rescatar a niños que hubieran caído en las siniestras manos de hechiceras o magos negros; pero ni una sola vez trató de buscarla, ni volvió a la isla.

—Le dejaste bien claro que no querías verlo ¿Por qué te extraña, entonces, que no aparezca? —le decía Marlow, cuando se reunían a mordisquear bizcochos y a tomar ponches en el jardín, frente al lago, los largos domingos de mayo, y salía a colación el nombre de Marcus en la conversación.

Amy apretaba los labios, sorbía un trago y miraba hacia otro lado, cambiando de tema. Pero, en ocasiones, la soledad la embargaba con más bríos que de costumbre. Era cuando jugueteaba con la idea de que volvía, de que la esperaba en la playa, como tantas veces hiciera, y que juntos caminaban por la arena hasta que el amanecer los encontraba. Otra estampa lo pintaba corriendo por el valle de margaritas de Pueblo Hermoso, o comiendo fresas y dulces en la feria de la Casa Tierra, o conmemorando el día del Gnomo Claudio en Villa Gnomo. Entonces, se entristecía.

—Llámalo —le decía Marlow— a quien consentía todo consejo, excepto los concernientes al corazón. Pero Amy se hacía la desentendida, y se dedicaba de lleno a actividades que la hacían olvidar, como acicalar a *Trueno* en el establo, quien ya estaba cansado de que lo cepillaran, o retozar con *Pelusa* y *Sombrita* por los

alrededores de la casa, destrozando las cerezas que habían caído al suelo. Pero tal variedad de actividades no hacían más que afianzar el recuerdo de Marcus en su memoria.

—Llámalo —volvía a repetir Marlow una semana después— no haces sino pensar en él. Deja el orgullo y llámalo.

La muchacha, entonces, con un dejo de rencor, contestaba:

—No puedo olvidar que me traicionó, Marlow.

Entonces, el viejo mago la amonestaba:

—¿Y qué? Todos hacemos cosas malas alguna vez. Hay un poco de bien y mal en nosotros. No justifico su comportamiento, fue erróneo desde todo punto de vista. Pero debes considerar que fue influenciado por su padre, de la misma manera en que tu padre te influenciaba a ti. Conozco a Marcus desde que era un niño. Es un buen muchacho. Lo importante es que al final se reivindicó y fue Marcus, quien te puso en mis brazos para que pudiera salvarte, y arriesgó su vida para volver por Nicolai y Dora aquel día fatídico en que el incendio consumió gran parte del Coliseum. Después de eso, se ha comportado tan correctamente que hasta parece británico.

La muchacha lo escuchaba, pero seguía resentida. Marlow disertaba entre lo parecidas que eran Dora y Amy, clásico ejemplo de las mujeres testarudas y orgullosas.

—Tú tampoco eres una blanca paloma, ni un dechado de virtudes. Estuviste dispuesta a engañar a todo el Concejo para conseguir la Regencia para tu padre. ¿Qué te hace diferente a él? —le decía con dureza— Si Triano pasó por alto tu engaño es porque supo que Nicolai había sido el artífice de todo aquel espectáculo y que tú eras solo un instrumento entre sus manos. ¿Si ellos te perdonaron, por qué no puedes perdonar tú?

Cuando Marlow sacaba a colación aquel episodio, se enojaba muchísimo con él y dejaba de hablarle en varios días. Sin embargo, Marlow tenía razón. No dejaba de añorar a Marcus y su corazón ya estaba predispuesto a perdonarlo. ¿La recordaría él tanto como ella lo recordaba? El tiempo diluye los afectos si no están bien sustentados en un verdadero amor. ¿Sería su amor lo suficientemente fuerte para resistir los embates del tiempo? ¡Con que angustioso pesar veía el correr de los días y las noches sin tener noticias suyas! El brillo pícaro de sus ojos, el tenue calor de sus manos y la enigmática sonrisa eran imágenes recurrentes en sus sueños.

Un día, Amy se levantó temprano con una idea en mente. Le escribiría. Vaciaría en la carta la ansiedad de su corazón, sus temores, sus sentimientos, su amor por él. No tenía caso seguir ocultándolo, era un hecho demasiado obvio para negárselo, y entendió la inutilidad de enquistarse en un patético orgullo que no hacía más que brindarles penas y desesperanzas. Se encerró en el estudio, sin comentarlo con

nadie. Sonrió al pensar en lo que diría Marlow de su proceder; seguramente, lo avalaría. No había visto nunca a nadie defender con tanta vehemencia los desvaríos de su pupilo, como lo hacía Marlow con Marcus.

Redactó una carta de tres hojas de apretada escritura; las enrolló como un pergamino y las ató con una cinta de raso que terminó con un lazo. Abrió la ventana y llamó a *Xondor* . El ave acudió enseguida, y la muchacha aseguró el cilindro en sus patas. El águila sabría dónde encontrarlo. Cuando salió del estudio, tenía una expresión calmada, serena, que hacía tiempo no manifestaba. Los viejos demonios se habían desvanecido, ahora todo lo que tenía que hacer era esperar.

Durante las calurosas tardes de Junio, Amy, *Trueno, Pelusa y Sombrita* tenían por costumbre salir a dar una vuelta por la playa. La brisa marina, el sonido de las olas rompiendo en la orilla y las extravagancias del sol en su ocaso, eran un lujo del cual todos disfrutaban. A veces las águilas se unían a sus excursiones, y en ocasiones, los lobos, y en especial *Rayo de Nieve* quien parecía haber olvidado ya a su antigua protectora, se acercaban y compartían con la muchacha una caminata, para luego volver a su bosque salvaje.

Una tarde en que la nostalgia se regodeaba con más intensidad en sus recuerdos, rememoró el primer beso que Marcus le diera en aquella misma playa. La sensación de tenerlo cerca le devolvió un poco de alegría. ¿Estaría en la isla? Ralf no había dicho nada, pero la sensación era tan fuerte que era casi una certeza. Se entretuvo viendo a los barcos que zarpaban en el muelle de la Ciudad Flotante, mientras *Pelusa* le ladraba a un cangrejo azul, cuyas tenazas competían en ferocidad con el aspecto de su cuerpo.

Entonces, a lo lejos, como en el primer día de su entrenamiento, vio a un jinete que cabalgaba en su dirección. Su respiración se detuvo, su corazón palpitaba con más fuerzas que nunca ¿Sería posible que fuera él? Se acercaban. El caballo hundía sus patas en la arena humedecida por el mar, levantando tajos a su paso, la estrella en su pecho se hizo más blanca y brillante. Aquel era el hombre de sus sueños, el hombre del caballo rojo y Amy no tuvo dudas de su identidad. Se dirigía hacia ella, sonriendo, y sus verdosos ojos le dijeron todo lo que necesitaba saber.

—Marcus —dijo para sí, y supo que sus caminos se habían encontrado nuevamente.